
ARLEQUIN

ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORÍSTICO ILUSTRADO

DIBUJANTE: JOSÉ M. CAO | DIRECTOR: ROBERTO J. PAYRÓ | ADMINISTRADOR: COSTA ALVAREZ

Número prospecto | Buenos Aires, 6 de Mayo de 1899 | **Edición Gratis**



¡Adelante, Señoras y Caballeros!
¡La función dá principio! ¡No más esplín!
¡A reir los alegres y los severos!
¡A reir pobres, ricos, nobles, pecheros!
¡Adelante, Señoras y Caballeros,
que el telón se descorre y habla Arlequín!

¡Señoras y Caballeros!

Birrete en mano y empuñando mi sable de madera, tengo el honor de saludar al respetable público. Yo soy Arlequín, la máscara elegante por excelencia, triunfadora en los teatros, jocosa ó grave según los casos, y bajo mi antifaz río ó lloro, burlo ó aplaudo, con la libertad del que nada teme y la franqueza del que nada tiene que pedir.

¡Señoras y Caballeros, salud! ¡Va á levantarse el telón y á comenzar la comedia. Es ésta una mezcla de lo ridículo y lo trágico, de lo serio y lo bufo, de lo alegre y lo lacrimoso, tan grotescamente revueltos como en la vida misma, tan bien unidos como los jirones de mi traje multicolor.

En ella toma parte toda la compañía: chicos, grandes, ricos, pobres, buenos, malos, feos, bonitos, desde lo más alto hasta lo más bajo, desde el sillón del funcionario hasta el caño del atorrante, sin excepciones ni olvidos, cada cual en su papel y todos contribuyendo á la diversión de los que ríen mientras no les toca el turno de entrar, también, en escena.

¡Adelante, Señoras y Caballeros!

No hay tiempo que perder y la función es única en su género! Arlequín ofrece al respetable público, casi gratis, un buen momento de solaz, un pasatiempo honesto y agradable, que incitará á la sonrisa ó provocará la carcajada, según los casos. La actualidad dominante, reseñada á lapiz y á pluma, la moda, el arte, el teatro, el sport, la literatura, la música, hasta la política... ¡No! no tembleis! no es para tanto: la política de Arlequin será una política... de Arlequín, como ahora se usa, y nada más.

Para realizar mi programa y ofrecer un espectáculo digno de pueblo tan culto y exigente, Arlequin cuenta, Señoras y Caballeros, con todo el apoyo que necesita. Le prestan su concurso, por un lado, escritores y artistas de nota; por otro, la humanidad entera con sus virtudes y sus vicios, sus generosidades y sus miserias, sus bellezas y sus ridiculeces.

¡Adelante, Señoras y Caballeros! El espectáculo no hará ruborizar á nadie y obligará á sonreír á todo el mundo! Es una comedia intrincada con desenlace moral, y Arlequín es su protagonista. ¡Nadie se quede fuera! Pasad á la boletería y entrad luego al recinto, seguros de que se os dará más del equivalente de vuestro desembolso! Aun hay sitios disponibles, pero por esta vez los últimos no serán los primeros!

Leed antes el programa; ved el lugar que en él ocupan la sátira, la crítica, la burla y la broma, codeándose festivamente con personajes graves como la historia anecdótica, la leyenda, el *folk-lore*, la música, el dibujo, la poesía... Pero no temais tampoco á estos últimos, los serios, pues en mi obsequio adoptarán su aspecto menos pesado y fastidioso: hasta se dignarán reír, que es cuanto puede decirse.

Manos expertas, y cerebros capaces de humorismo, es decir, benévolos, ilustrados, tranquilos y sanos, se ocuparán de estas cosas, las trabajarán con cariño para las personas de buen humor, también ilustradas, benévolas, tranquilas y sanas, como vosotros, Señoras y Caballeros, para quienes la risa no es un delito!

¡Señoras y Caba



Hay quien cree perder su gravedad y su importancia si se sonríe, y hay quien se considera perdido si llega á reír! ¡Horror de naturaleza! Los burros tampoco se ríen, Señoras y Caballeros! ¡Los gansos no se ríen! Los pingüines, que tantos puntos de contacto tienen con la gente estirada, no se ríen tampoco!... La risa es lo que nos distingue de los animales, y el que la desdeña renuncia á un importantísimo privilegio del hombre.

Pero no creais tampoco que estaremos continuamente haciéndoos cosquillas, amabilísimas Señoras, distinguidos Caballeros. No haremos lo de Tony, que por hacer reír se mata á golpes, ni como el bufón que se ofrece á la burla cuando no tiene otra cosa que ofrecer al que le paga.

Los colaboradores de ARLEQUIN, mis colaboradores, tienen la risa fácil; son por lo tanto sobresalientes en la humanidad, y sabrán hallar el gracejo, la agudeza, el *esprit*, el *humour*, la sal, sin el prurito de hacer gracia á todo trance, sin necesidad de ser acróbatas ó contorsionistas, sin torturar el idioma, ni rebajarse á bufones, gesticular como macacos, andar á clownescas bofetadas, burlarse de los sabios, denigrar á los buenos, calumniar á la mujer, desgreñar á las suegras, deprimir la moral, ajar las creencias, hacer el papel del pavo...

Vereis, Señoras y Caballeros, el primer número de ARLEQUIN, si os apresurais á tomar puesto en sus lejiones de abonados, y admirareis á sus colaboradores en la tarea. ¿Nombres? ¡Oh! Señoras y Caballeros! debeis estar escamados de promesas y aburridos de listas de distinguidos escritores que no escriben... y que probablemente no han escrito nunca!... No. Leereis sus nombres al pie de sus trabajos, y tendreis más de una gratísima sorpresa. ¿Soy ó no soy suficiente garantía para que creais que cuantos colaboren en ARLEQUIN serán buenos, hábiles, inteligentes, correctos, agudos, sabios, modernos, joviales, finos, cultos, agradables, donairosos, prudentes, discretos, justos, amenos, frescos y sabrosos?

En cuanto á mí, ya sabeis que mi sable es de madera, y no causa heridas. Cuando mucho, produce contusiones y por lo general sólo hace ruido. No lo temais más de lo necesario, que no destruirá vuestra reputación, ni amenazará vuestra fortuna, ni os cortará siquiera las verrugas de la nariz, que exhibirá unas veces y acardenalará otras.

Hay quien dice que ése mi sable es palmeta... ¡Calumnia! No he nacido para maestro de escuela, ni estoy por el sistema de enseñanza que tal instrumento simboliza. Mi sable es sable, y el hecho de que ni pinche ni corte no lo metamorforsea; si esto bastara para transformar un arma ¡cuántos andarían con palmeta por esas calles de Dios!..

Pero ¡Señoras bellísimas, elegantísimos Caballeros, Público, en fin, selecto y culminante! basta ya de discurso, basta ya de proclama!... ¡Obras son amores! y quien quiera saber tanto como yo, acuda á comprar su entrada y corra á ocupar su puesto antes de que se levante el telón.

He dicho.

...balleros! ¡Salud!



ARLEQUIN

PERIODICO HUMORISTICO ILUSTRADO

APARECERA el SABADO 20 de MAYO

CON DIECISEIS PÁGINAS DE LECTURA Y GRABADOS, EN NEGRO Y EN COLORES

Y SE OCUPARA DE

ACTUALIDADES — LITERATURA — ARTES GRÁFICAS

HUMORISMO — CRÍTICA

SPORT — MODAS — TEATRO — SOCIABILIDAD — MUSICA

HISTORIA — FOLK-LORE — POLÍTICA

y todo lo que pueda procurar al lector un momento de solaz, y al propio tiempo informaciones generales presentadas en estilo ameno y siempre risueño.

Colaborarán en Arlequin los escritores más sobresalientes, así como los mejores artistas nacionales y extranjeros, y la colección de cada semestre formará un hermosísimo Album de cuatrocientas páginas, con unos mil grabados en negro y en colores, poesías, cuentos, leyendas, artículos de actualidad, de crítica política y social, de moda y sport, etc., etc., album que podrá andar en todas las manos y que para todos será útil y agradable.

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

	Ciudad	Interior	Exterior
Por 3 meses	$ 2.50	$ 3.00	$ 4.00
„ 6 „	„ 5.00	„ 6.00	„ 8.00
„ un año	„ 9.00	„ 11.00	„ 15.00

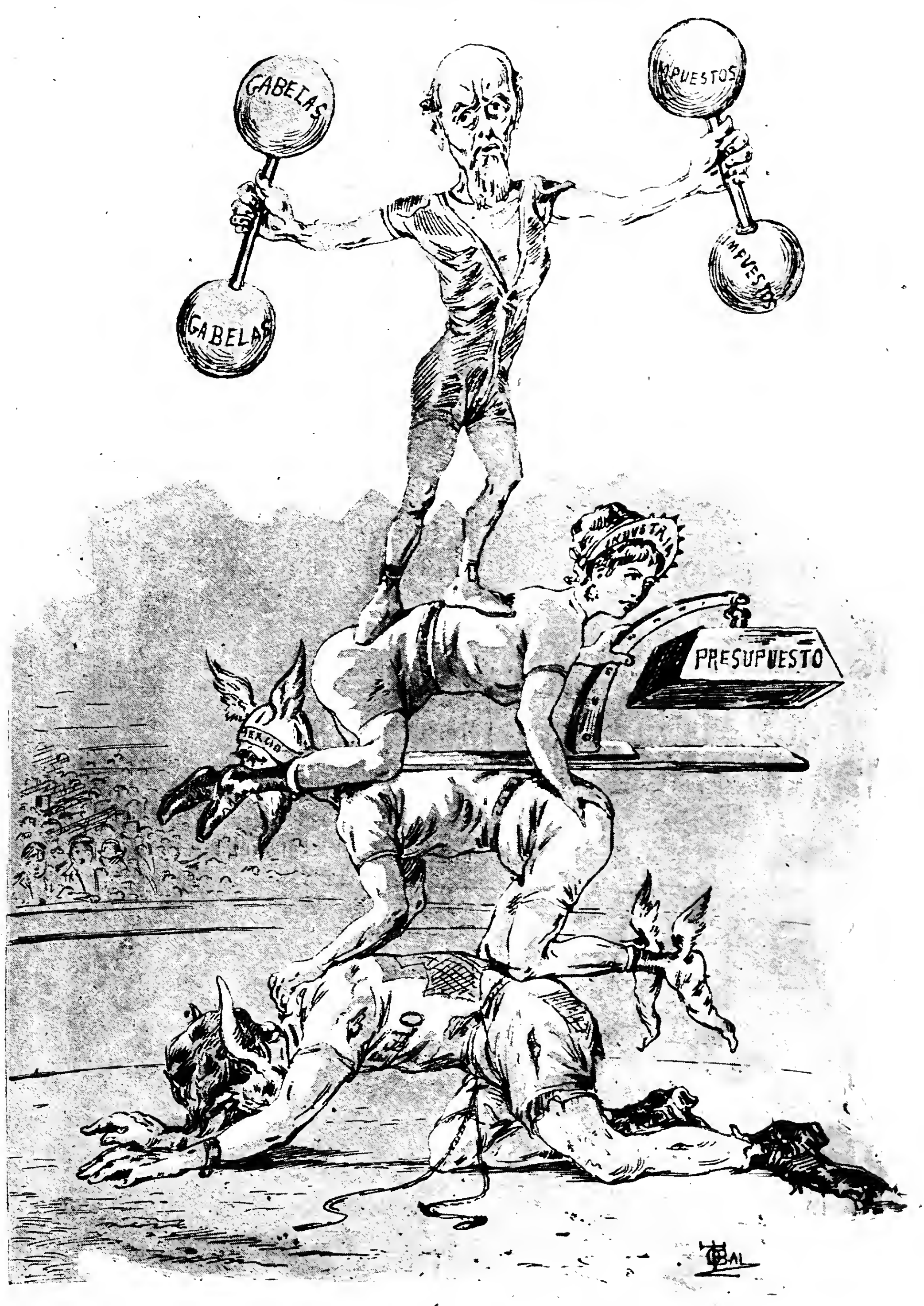
Número suelto: En la Capital: 20 centavos. En el Interior: 25 centavos.

Redacción y Administración:

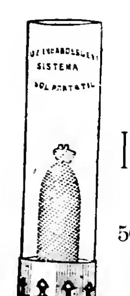
Calle FLORIDA 67 — Buenos Aires.

Arlequín

La pirámide humana



¡Pobre pueblo!... Él es el más divertido!...



"Sol Portátil"

LUZ

INCANDESCENTE

para gas

50 % de ecodomía y 300 % de aumento de luz

Artes 578 y Moreno 733

CASA



Lámp. N. 1 — Lámp. N. 2

Lámpara N. 2 completa, como el dibujo $ 3.00 m. n.

» » » » » » 6.00 »

colocada en casa

Gran surtido en Tulipas, Bombas, Pantallas y todo cuanto concierne la luz incandescente.

NOTA - Pídase siempre factura mía original por cada lámpara colocada; sin factura no me hago responsable por la colocación ó venta de mechas de repuesto.

S. IANCOVICH

MORENO 733 — **ARTES 578**

Malas digestiones

Tómese el VINO TEGAMI

Pídanse prospectos

de las acreditadas **Especialidades TEGAMI**

en la FARMACIA DEL PLATA

ARTES 214 — **Buenos Aires**

Agencia General

DE PUBLICACIONES

EDMUNDO L. de BARTELS

27 de Abril 63 ½ - CÓRDOBA

Se reciben avisos y subscripciones para todos los diarios y revistas de la República.

TONIKINA

(DE QUINQUINA, KOLA Y COCA)

El vino tónico y aperitivo reconstituyente más enérgico que se importa

J. MIRANDA & Cía.

12 - CERRITO - 12

AGUA MINERAL NATURAL

BIRRESBORN

Para garantizar al público contra toda falsificación, cada botella lleva una etiqueta con un número y letra que corresponden con nuestros libros de venta; en caso de duda. rogamos se sirvan comunicarnos la numeración para indagar donde está la falta. Como no hay ya en venta botellas del aguâ mineral natural

BIRRESBORN

sin la numeración indicada, debe rechazarse toda botella cuya etiqueta no reuna dichos requisitos.

ÚNICOS CONCESIONARIOS

ROTHES & KERN

Viamonte 536, entre Florida y S. Martín

Fotografía ARLEQUIN

67, FLORIDA, 67

UNION TELEF. 1955

Se atienden pedidos de retratos y vistas á domicilio. Precios sumamente reducidos.

Los valiosos elementos de que dispone la empresa de **ARLEQUIN** para su sección fotográfica le permiten ofrecer al público estos servicios en condiciones especialísimas, tanto por la excelencia de los trabajos que se le confían como por la modicidad de sus precios.

SE RECIBEN ORDENES POR TELEFÓNO

















WIENGREEN & Cía.

Gran surtido de Papeles, Tipos, Máquinas y Útiles para Imprentas, Litografías, Encuadernaciones y Aserraderos, Aceites minerales, Grasa consistente, Correas de algodón, Motores á gas, Trilladoras y Locomóviles de Garret Smith & Co.



484, RECONQUISTA, 488 - Buenos Aires



CASILLA DE CORREO 886



Union Telefónica 322 — **Coop. Telefónica 1237**



Arlequín

PERIÓDICO HUMORÍSTICO ILUSTRADO

DIRECTOR: ROBERTO J. PAYRÓ

Vol. I — Buenos Aires, 22 de julio de 1899 — Nº 10

Habladurías

LOS MINISTROS BAJO EL MICROSCOPIO

—¡Te has metido en honduras, Arlequín!—exclamó Colombina, mirándome con su airecillo sarcástico.

—¿Por qué y cómo, amada prenda mía?—la pregunté, ocultando mal la turbación que me producían sus burlonas palabras.

—Porque lo menos que has hecho en el último número de tu periódico es ofrecer la disección completa del gobierno, es decir, de los hombres que lo componen.

—No tal, Colombina; no he prometido semejante cosa.

—Mucho y muy bueno... quiero decir... y muy malo.

—¿Por ejemplo?

—Que en todo el gabinete no había sino un hombre inteligente, ó mejor dicho, brillante y aparatoso.

—¿Magnasco?

—Eso es: Magnasco. Quien se ensañaba con él era el anciano, ya sabes, el que dijo que yo iba á salvar el país, encarnando en mí el renacimiento del espíritu popular. Lo hubieras oído, Colombina! "Ese chiquillo, —exclamaba refiriéndose á S. E. de Instrucción Pública,— ese chiquillo no carece de talento, pero es de un desequilibrio peligroso y de una bambolla única en el género. Nació en el banquete incondicional, y es una de las características hechuras del juarismo. Elocuente y teatral, más teatral que elocuente, prestó su voz y sus grandes ademanes de mímico de profesión, para el sostenimiento del sistema que erigió al gobierno en feudatario del país entero, que hizo de los bancos caja exclusiva de los directores del partido nacional, y que nos arruinó corrompiéndonos, haciéndonos más cartagineses que los hijos mismos de Cartago. ¿Y creen ustedes,—proseguía con vehemencia el viejo,— que un muchacho que en la edad de las ilusiones y de los versos abdica de su independencia y de su libertad, para entregarse incondicionalmente á un hombre que vale menos que él, ha de reformarse más tarde, y cesar, entrando en años, de supeditar su inteligencia y sus convicciones á lo que le indique quien puede más, quien le facilita los medios de satisfacer su desmedido amor propio?"





—¡Hombre! ¡no sabré yo leer!...

—¡No te enfades, querida! Nunca podré inferirte ofensa semejante, por más que haya millares de personas que leen sin saber y que no entienden de la misa la media... Lo que tu lees, bien leído, bien entendido y bien sabido está. Pero no caigo en eso de la disección que dices, á menos que se trate de mi promesa de repetir la charla de aquellos señores del club... Y me confesarás que en tal caso no soy yo quien se mete en honduras, sino ellos, y que mi papel está limitado al de un fonógrafo indiscreto...

—Yo creo que vas más lejos, que haces mal, que tu actitud te acarreará serios disgustos. Esas cosas se oyen pero no se repiten.

—¿Por qué?

—Porque no se gana un pito con repetirlas. Te apuesto á que si publicas los nombres de los tres interlocutores, los tres te desmienten al unísono.

—No te diré que no. Bien puede ser, Colombina.

—¡Oh! ¡y tanto!... Lo que es ahora, hijito, nadie tiene el valor de su opinión. El pueblo sufre y calla, y los diarios, que lo ven tan sumiso, lo entretienen con un par de paparruchas, sin ahondar para nada en la situación, ni ponerles cola á los hombres públicos, que ya la tienen de paja... Pero, vamos á ver ¿qué decían tus hombres de los señores ministros?...

—¿Eso decía, Arlequín? Ya ves como harías

El país



— ¿No te cansás de estar así, cabez' abajo?
— ¡Bah! ¡Ya estoy acostumbrado!
— Entonces sós como el páis, que dice papá que está hace muchos años patas arriba!...

mal en repetirlo: no te conviene.

— ¡Oh! ¡si fuera eso sólo, Colombina! Pero lo lo que te he dicho es un pálido reflejo de lo más incoloro y desabrido que mi hombre expuso aquella noche famosa.

"¿Qué ha hechoM agnasco? — preguntaba. — Mírenlo ustedes encarando la cuestión judicial con una violencia que parecía no respetar vallas, que prometía arrollarlo todo... Y al primer tapón... ¡zurrapas! Varela se fué, ganándose un premio con su renuncia, como dijo Frers en el Congreso. Aurrecoechea es enjuiciado porque Gouchon y Lobos y los otros han descubierto y exhibido tanta porquería que no era posible echarles tierra encima, como hacen los perros decentes. Pero ya saben ustedes cuanto se hizo para sofocar el asunto al nacer... El resto de la cuestión judicial se ha desleído en agua de borrajas y todo seguirá como hasta aquí. Total: Magnasco encontró un golpe escénico de primer orden, pero la situacion drámatica era demasiado grave para que él pudiera desarrollarla, y se retiró por el foro *chingado* sí, pero contando con que el efecto duraría, como dura para los espectadores cándidos, á semejanza de los grandes gritos con que se suplanta la expresión de las pasiones en las malas comedias..."

— Pero — interrumpió Colombina — el anciano en cuestión no ha podido desconocer las iniciativas del ministro...

— Sí, — contesté. — Recuerdo que á ese respecto decía con un tono de burla que ya ya... "Cada decreto de Magnasco ha producido una verdadera revolución, y ha resultado imposible. Los que marchan aún son los que eran ya viejos y se dió el trabajo de barnizar para que pareciesen nuevos y suyos: de Bermejo, la mayor parte..."

— Pues si esos señores juzgaban que el ministro de instrucción pública descollaba sobre los otros ¡ya están frescos los demás! — exclamó Colombina.

— ¡Y tan frescos!... los dejaron como chupa de dómine; y no sólo á ellos sino también hasta á los mismos ministerios. ¿Qué han hecho los de reciente creación? — decían. — Hasta ahora nada más que demostrar su completa inutilidad!

Tal es la conversación que tuve ayer con Colombina, quien me prohibió terminantemente que siguiera mezclándome en política.

Por eso es que me limito á transcribir nuestro diálogo, sin añadirle ni quitarle nada.

ARLEQUÍN

La "gótera"

COSTUMBRES RIOJANAS

Allá, á dos leguas de Vinchina y en medio del llano, levantábase un ranchito humilde y destartalado, de riojana pobreza, cuyo mueblaje se componía en la única habitación, — cocina, comedor y dormitorio, — de dos banquitos de pino, y dos catres compuestos de un armazón rectangular de madera que servía de marco á un tejido de *tiento crudo*, sostenedor de un colchón en que la abundancia de la lana hacía perdonar hasta cierto punto la confección primitiva.

En aquel rancho y en aquella mísera vivienda habitaban dos gauchos riojanos que, á vivir Facundo, quién sabe á qué proezas estarían llamados. Pero Facundo pasó á la historia, y los riojanos tienen el derecho de dormir tranquilos.

Así dormían los del rancho, descansando de no haber hecho nada en todo el día, cuando por fenómeno singular en aquellos parajes descolgóse un aguacero de padre y señor mío, que comenzó por repicar en el techo, resbalar á lo largo de él formando charcos junto á las paredes, para ir infiltrándose luego, resuelto á introducirse en el rancho y ver cómo podía fastidiar á la parte de humanidad durmiente que dentro de él había...

Y cuando el agua se propone una cosa, claro está que lo consigue.

No tardó mucho en asomar entre dos haces de paja de los que formaban la techumbre, una gota curiosa, á la que siguió otra, y otra más, que fueron cayendo á los pies de la cama de *Calistro*, uno de los dormilones, que tuvo que despertar al fin, conmovido por la helada sensación hasta el punto de encoger un poco las piernas... tarea hercúlea para todo riojano que se estime.

Pero las gotas invasoras no se dieron por satisfechas, y ensanchando su campo de acción al propio tiempo que aumentaba su número, abrieron en el techo un boquete y fueron convirtiendo el catre en laguna.

Como es lógico, Calistro continuó encogiéndose á medida que la inundación avanzaba, y tanto creció ésta y tanto se agazapó él, que llegó un instante en que tenía casi todo el cuerpo encima de la almohada. Pero ni por ésas cesó la lluvia ni amainó la inundación, sino que, por el contrario, ensanchóse el boquete del techo y de pronto cayó sobre el catre una verdadera catarata que tuvo la virtud de convertir al riojano en un ovillo, y de obligarlo á pedir socorro á su compañero que, al parecer, dormía á puño cerrado.

— Chey! compañero!...

Silencio absoluto.

— Chey! compañero!...

El mismo silencio.

— Chey! compañero!...

— ¿Qué querís, oh!—refunfuñó el otro, allá á las cansadas.

— Lévantáte, paque me áyudis á sácar la cama.

— ¿Y diai pórque?

— No estais viendo que voy á nádar aurita no más?

— Naa... Si hace como do horas que m'está cáindo una gótera en el ojo y no lo cierro, y tí ayudar!...

R. SISTO

En la Casa Rosada

UN ACUERDO COMO HAY MUCHÍSIMOS

NOTAS DE UN TAQUÍGRAFO

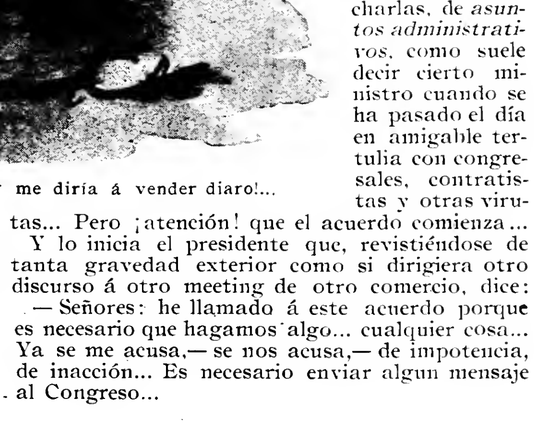
El teatro representa la casa de gobierno. Por la obscuridad reinante en casi todos los ministerios, se conoce que son las tres de la tarde. Cruzan las galerías conventuales, ó de gran casa amueblada, los negros ordenanzas, de andar importante, que desde atrás parecen ministros y por dentro suelen valer más que ministros, trayendo y llevando relucientes bandejas llenas de tazas de café, más que regular porque lo paga el... (gobierno iba á decir)... el pueblo. Uno que otro repórter de diario grande, con cara de periodístico aburrimiento, y algún particular presuroso que va á inquirir cómo marcha el expediente presentado hace mil años, completan el número de las figuras *movibles*. Las inmóviles están escalonadas en las columnas delos corredores, como apuntalándolas: tienen diversas fisonomías y expresiones, pero todas ostentan la característica del cesante, — herencia española que hacemos fructificar con cariño, — y sus ropitas raídas y sus caras angustiadas los denuncian á la legua. Acechan la llegada de los visitantes de influencia, y apenas ha caído uno en sus garras... ¡zas, tras!... sacan cuarenta cartas de recomendación, ya de un congresal, podador él también del presupuesto, ya de un personaje político que si va á palacio es en busca de empleos para sus parientes, ya de cualquier quidam que á su juicio pueda pesar algo.

Son los más asiduos concurrentes. Se les ve en los ministerios, en las oficinas, hasta en los laboratorios cafeteriles de los ordenanzas. No vacilan ni para detener á un ministro... todo un ministro!... en pleno corredor, con el desteñido sombrero en una mano y la infaltable cartita en la otra.

— ¡Señor... el diputado X... un empleo!

Del natural - por Steiger





— Si tata me dejara, yo mejor me diría á vender diaro!...

El ministro, malhumorado, le devuelve la carta ó la hace pedazos allí mismo, partiéndola con un inapelable:

¡No hay vacante!... que lo deja pegado á la pared, mejor dicho á la columna, como el Cristo de los azotes

—

Pero hoy es día de acuerdo. Por lo menos para eso citó ayer el Presidente á sus activos é inteligentes segundos. ¡Acuerdo! Palabra misteriosa, cuyo significado transcendental buscan vanamente los no iniciados, que por lo mismo la creen sagrada como un *tabú*. Uno por uno van los ministros entrando en la presidencia, con aire grave y preocupado éstos, con la ligereza que dá la superioridad convencida aquéllos. Van á entrar en *acuerdo*, y á estar de *acuerdo* si lo manda el *general*. (El general es Roca ¿y quién otro? Lo es por antonomasia y por eso cree parecerse á Mitre, ya que no se parece en otra cosa.)

¿Se tratará de algún asunto grave? Debe ser, puesto que se necesita la opinión de todo el gabinete y hasta la del ministro de la guerra!...

Pues, no señor, no hay nada de eso. Se trata de charlas, de *asuntos administrativos*, como suele decir cierto ministro cuando se ha pasado el día en amigable tertulia con congresales, contratistas y otras virutas... Pero ¡atención! que el acuerdo comienza...

Y lo inicia el presidente que, revistiéndose de tanta gravedad exterior como si dirigiera otro discurso á otro meeting de otro comercio, dice:

— Señores: he llamado á este acuerdo porque es necesario que hagamos algo... cualquier cosa... Ya se me acusa,— se nos acusa,— de impotencia, de inacción... Es necesario enviar algun mensaje al Congreso...

INTERIOR — ¡Cómo! ¡Qué dice, general! Si días pasados mánde el miyo sobre reeformas de la ley orgánica municipal, que de puro largo todavía lo estarán leyiendo!

HACIENDA. — ¿Y para qué tanto mensaje?

MARINA. — ¡Pucha que es poco ténico, amigo!... Mandando muchos, los diputados no pueden fijarse y apruéban todos!

PRESIDENTE. — ¡Lo dicho, señores! Muchos proyectos largos, bien largos... Y, sobre todo, de economías.

HACIENDA (*melâncólico*).—¡Economías!

MARINA. — Yo ya tengo uno sobre eso mismo.

PRESIDENTE. — ¿De qué trata?

MARINA. — ¡Hombre! ¡no sé!... Barilari... ¡Ah, sí! ya recuerdo: economías en los pantalones de marinero...

EL CORO. — ¿Cómo? ¿Cómo?

MARINA. — ¡Muy fácil! Ya saben que esos pantalones son muy anchos de abajo y forman lo que se llama *campana*. Pues bien: se suprime todo eso y se economizan qué sé yo cuantos metros de paño, me ha dicho el intendente.

Todos lo aplauden entre bromas y veras, pero le objeta el del

INTERIOR. — Pero véia... ¿y si después no pueden caminar?

MARINA. — Mire, dotor: si no pueden caminar se les hacen otros...

PRESIDENTE. — ¡Claro! Mandeló no más, ché comodoro.

AGRICULTURA (*muy animado*).—Entonces yo voy á hacer traducir otro! Me ha dicho Lynch que es muy bueno. Se trata del monopolio de la zanahoria, una especie de estanco.

GUERRA (*empinándose en la silla*).—¡Como en Alemania!

HACIENDA. — ¿Zanahorias en vinagre? Me corresponderían...

AGRICULTURA. — ¡Qué en vinagre! Buena cara de vinagre tiene usted...

El de justicia se pasa los dedos por la crencha, lo que visto por el presidente, conocedor de esa señal de una formidable lata, lo hace terciar en la cuestión para impedir el solo.

PRESIDENTE (*dirigiéndose al futuro y auto-teniente general*).—¿Qué me cuenta de los indios, que vuelven á hacer barbaridades?... ¡Mire si me lo agarran por allí, muy de levita verde!...

OBRAS PÚBLICAS (*con acento temeroso*).— Han degollado á muchos...

El teniente general no se ríe de las chuscadas del presidente, cuando la víctima es él. Limítase, pues, á decir:

GUERRA. — ¡Cosas de los diarios! Los muertos no pasan de cuatro gringos locos...

INTERIOR. — A propósito de indios... Aquí tengo un telegrama... También por el sur han hecho fechorías...

GUERRA. — ¿Ha muerto gente?

INTERIOR. — No me dicen. Pero han robado mucha hacienda, y asaltado estancias...

GUERRA. — ¡Cosas de los diarios!

INTERIOR. — ¡Que diarios, ni que berengenas! Es un telegrama del gobernador...

El acuerdo rueda después sobre diversísimos asuntos, como en una conversación de locos, y sin que falten los más espléndidos y vastos castillos en el aire, cuando de pronto y en un descuido de sus colegas, atrapa el de la guerra al presidente y le dá la lata del siglo sobre organización militar.

GUERRA. — Dígame, general, ¿podríamos ocuparnos de la remonta del ejército?...

PRESIDENTE. — ¡Ah! ¡sí!... ¿Cómo piensa que la haremos?

GUERRA. — ¡Hombre!... como en Alemania...

PRESIDENTE. — Eso es, asi estará bien. ¿Y la ley de ascensos?

GUERRA. — ¡También! ¡Igual á la que se hizo últimamente en Alemania!

PRESIDENTE. — ¡Sí, sí!... ¿Y el Estado Mayor, cómo lo organizaremos?

GUERRA. — Como...

PRESIDENTE. — ¡Sí, pues! Como en Alemania.

AGRICULTURA (*inmiscuyéndose*).—¡Oh! ¡Alemania es el primero de los países!... Pero yo, para transporte de ganado y policía sanitaria no he acudido á esa segunda patria mía, sino que me he basado en las reglamentaciones americanas.

JUSTICIA (*hablando consigo mismo*). — ¡Y se las copió íntegras!

MARINA (*que iba á retirarse*). — ¡Ah, me olvidaba! Me avisan que se ha montado sobre una piedra el... un buque de la escuadra... no me acuerdo cual...

EL CORO. — ¡Otro más!...

MARINA. — ¡No se alarmen! Era un barco viejo.

VARIOS. — ¡Así, sí!... Nos habíamos asustado porque vamos derechito al desarme... á la fuerza.

JUSTICIA. — ¡En eso nuestra escuadra se parece á la Invencible Armada! Y el general puede decir: "Yo os mandé á luchar, *Ego, non elementus*...

PRESIDENTE (*levantándose, lo interrumpe*). — Señores: antes de que se retiren debo comunicarles que he resuelto irme al Brasil y á Montevideo, viaje que será de mucha conveniencia para el país.

UNO. — ¡Y para mí! Me iré á mi provincia.

OTRO. — Yo á la estancia.

UN TERCERO. — Yo á la quinta.

PRESIDENTE. — Y les traeré un regalito que ya pueden ir eligiendo. Pero pórtense bien... ¡eh!... y no porque venga Pellegrini... ¡Basta; yo me entiendo! Conque, elijan...

Los ministros cuchichean alegremente, y por fin eligen en esta forma: Justicia, una traducción impresa de sus discursos en portugués; Interior, un método de violón; Guerra, un uniforme de reglamento; Obras·Públicas, unas boleadoras y un manual de urbanidad. Los de Marina y Relaciones no hablan porque van en la comitiva. Sólo falta que elijan el de Hacienda y el de Agricultura.

AGRICULTURA. — Yo quisiera... algo útil... algo comestible... una primicia... un... ¡eso es! ¡un melón!...

HACIENDA (*saltando, furioso*). — ¡Mire, doctor! ¡Más amor y menos confianza! ¡No crea que me va á tomar *pa otario*, como dice mi cólega el de la guerra!...

PRESIDENTE.—¡Vaya! ¡No hay que enojarse!... Y usted ¿qué es lo que quiere?

HACIENDA (*malhumorado todavía*). — ¿Yo? ¡Yo!... Libras esterlinas para costearle sus calaveradas...

El presidente se encogió de hombros y guiñó el ojo mirando para arriba.

Había terminado el acuerdo. Los ministros salieron. El de la guerra hacía punta, y con las manos en los bolsillos, el gorro grandote echado de medio lado, y quebrándose un poco, salió cantando entre dientes:

> No me importa que no paguen la quincena,
> no me da pena, ni ví a llorar...

Al día siguiente los diarios publicaban noticias más ó menos como ésta:

"Un importante acuerdo celebró ayer el presidente con sus ministros, ocupándose de asuntos de la mayor trascendencia, entre ellos la reducción pacífica de los indios, la confección de varios mensajes, etc. Estudiáronse también varios proyectos de obras públicas: ferrocarriles, canales, etc."

TAQUÍGRAFO

Un baile de máscaras

Es indudable que Blas no carecía de atractivos físicos: tenía el pelo gris obscuro tirando á castaño, ojos pequeños, llenos de malicia, y aire bonachón. Era muy glotón, y por un poco de azúcar se hubiera dejado hacer pedazos. Blas era un oso. Lo llevaba Alarcón de pueblo en pueblo, en la provincia de Buenos Aires, y era el mejor adorno de su compañía ecuestre y acrobática. Cuando sucedió este hecho, Alarcón y el oso, que era una maravilla de saber, estaban en uno de esos pueblos. Era carnaval, é iba á darse un gran baile de máscaras en la Municipalidad.

Entre los empleados municipales había una competencia terrible para distinguirse por su gracia y destreza en esos bailes, que se repetían todos los años; pero el tesorero, don Camilo, — un andaluz ya entrado en años, decidor sí, mas no inventor de la pólvora, sin embargo, — era el que sobresalía. Sobre todo tenía un talento de imitación sorprendente, y no había tertulia en que no hiciese reir á todo el mundo con sus cacareos, sus relinchos, sus maullidos ó sus rebuznos, según los casos.

Pues aquel año resolvió don Camilo disfrazarse de oso, plantigrado cuyas costumbres, hechos y ademanes había tenido ocasión de estudiar en el circo, y que imitaba admirablemente. Mandó, pues, hacer un traje en Buenos Aires con toda la perfección posible, sin que se olvidara del detalle más mínimo; confió su proyecto al intendente Contreras, que era quien hacía los honores de la casa municipal y aceptaba ó rechazaba las máscaras, y se puso de acuerdo con Alvarez, el oficial primero, para que representara el papel de domador.

El traje llegó. Era realmente perfecto. La piel, las patas, las garras parecían naturales, y la cabeza era una obra maestra, con ojitos de vidrio brillantes de vivacidad, y boca articulada, de ilusión admirable. Contreras, que vió aquello, se hacía cruces; tan notable le parecía.

—

La noche del baile quiso la casualidad que, encontrando mal cerrada la puerta de su jaula, Blas se escapase como tenía por costumbre. Salió al patio, de allí á la calle, y atraído por las luces de la Municipalidad y por la música que lo hacía acordar del circo, entró en el *palacio* y pasó orgullosamente delante de Contreras, que le murmuró al oído:

— Adiós, don Camilo.

En seguida, apenas entró al salón, se encontró con la *intendenta*, que, muy risueña y también en voz baja, le dijo:

— ¡Lo felicito, don Camilo! ¡No puede usted estar mejor!

Blas, sin contestar, como es lógico, continuó su camino. El baile estaba muy animado. Apenas lo vieron tuvo un éxito loco. Todas las máscaras le formaron círculo. Lo felicitaban, lo palmeaban, le preguntaban por *su mujer*, y él contestaba, naturalmente, con gruñidos que hacían reventar de risa á todo el mundo. Pero lo curioso fué cuando Blas vió que se ponían á bailar: creyóse en plena función, y arrastrado por el ejemplo se puso á saltar con su característica torpeza, de modo que la hilaridad general no tuvo límites. Se le hizo coro otra vez, y muchos murmuraban:

— ¡Qué don Camilo! ¡Quién diría que es un hombre de su edad!...

— ¡Qué poco serio! — exclamaba una gazmoña.

— ¡Qué ridículo! — decía un aspirante á tesorero.

Blas, entretanto, terminó su baile con una serie de vueltas de carnero que provocó una tempestad de aplausos. En seguida lo llevaron al buffet, donde lo llenaron de golosinas. Un criado destapó una botella de vino dulce, que Blas tomó por el cuello con la jeta, y se la bebió de un sorbo. Aquel ejercicio, que hacía en el circo noche á noche, causó general estupefacción...

—

Mientras los concurrentes rodeaban á Blas, que no se había visto nunca en otra y que no salía del buffet, el verdadero don Camilo entró en el salón, acompañado por su esposa Petronila. Sólo encontró allí á Contreras, que, engañado por el parecido, felicitó al tesorero por el éxito de su baile. Don Camilo no entendía aquellas felicitaciones, pero no podía hablar á causa de un tubo de vidrio que se había puesto en la boca, y la señora Petronila tuvo que contestar cuando el intendente le preguntó extrañado por la ausencia de Alvarez.

— Está enfermo y no ha podido venir.

— ¡Qué lástima! — exclamó Contreras afligido. — ¡Voy á escribirle á un amigo para que me mande alguno que lo reemplace de improviso, porque hemos anunciado un domador y hay que presentar un domador.

Y corrió á escribir. Mientras que se ocupaba de ello, los concurrentes, avisados de que había llegado otro oso, abandonaron tumultuosamente el buffet, llevándose á Blas con el hocico lleno de crema, y entraron en el salón.



— ¡Hum! — pensó don Camilo al ver á Blas; — éste no puede ser otro que Gómez, que, como es incapaz de inventar un traje, me ha robado la idea para adular al intendente!... Quiere quitarme la breva, pero no sabe imitar á los osos... Nunca he visto un animal que se parezca menos á un oso que ése... Hay que darle una buena lección, una de las que no se olvidan.

Y se acercó á Blas que, tomándolo por un congénere, lo saludó con un amistoso gruñido. Don Camilo contestó con un gruñido semejante, tan bien imitado que el público no sabía á quien discernir su voto... Y Blas y don Camilo, frente á frente, se pusieron á bailar á más y mejor, el uno pensando en su meollo de plantigrado que ejecutaba su tarea habitual, y el otro persuadido de que, á los ojos de los presentes, iba á sobresalir y á derrotar á su vulgar imitador. La verdad me obliga á decir que, gracias á los humos del vinejo, Blas tenía el paso más vacilante que don Camilo, que conquistó los secretos aplausos de todos. Nadie sabía quien fuese el segundo oso, pero también éste tuvo sus calurosos cumplimientos.

La alegría del triunfo hizo que don Camilo depusiera todo rencor, puso á su colega una pata en el hombro y se lo llevó á trincar al buffet.

—

Apenas habían salido de la sala don Camilo y Blas, cuando se presentó Alarcón, látigo en mano. El recién llegado suplicó al intendente con toda cortesía que perdonara á su oso, que había escapado de la jaula, y que le permitiera llevárselo, añadiendo que estaba dispuesto á pagar de su bolsillo todos los destrozos que hubiera hecho.

— ¡Muy bien, muy bien! — exclamó Contreras riendo.—¡Esto sí que es gracioso, original, oportuno! ¡Pero no se aflija, porque la *fiera* ha estado muy juiciosa!...

Y acercándose á don Camilo, le dijo al oído:

— Es Alarcón. El amigo á quien escribí lo ha mandado para que la cosa tenga más gracia. Obedézcale no más...

— ¡Ya me las vas á pagar!— exclamaba Alarcón poniendo una cadenita al cuello de don Camilo. — ¡Ahora sí que vas á trabajar lindo!

— ¡Eso es, eso es! — dijo el intendente, alejándose cada vez más alegre.

Y el ilustre Alarcón sacó arrastrando por la cadena hasta el vestíbulo al buen tesorero, y desde allí se lo llevó á la calle en medio de los curiosos, divertidísimos con la escena.

—

¿Adónde diablos me lleva?... se decía el tesorero. Pero no se atrevía á protestar de miedo al ridículo, y cuando su jefe le había ordenado que obedeciera... Acompañó dócilmente á Alarcón, subió unas gradas, y de un empujón se halló metido en un cuarto obscuro y de piso húmedo y pringoso. No veía nada, pero oía un rumor confuso, como de gente reunida. De pronto todo se ilumina y ¡oh abominable sorpresa! don Camilo ve que está en una jaula y en pleno circo!...

Paralizado de indignación, sólo consigue lanzar un grito inarticulado que hace reir al público; pero cuando Alarcón le ordena que salte por un aro que tiene en la mano, don Camilo no puede más!... Su dignidad se subleva, y arrancándose la careta postiza, como si fuera un bonete, muestra á su inconsciente torturador su cara congestionada y sus patillas, tomando por testigo al público del atropello que con él se cometía.

Aquella inesperada transformación produjo el efecto más extraordinario. La gente aplaudió á rabiar. Alarcón se metió adentro y don Camilo salió de la jaula. Pero acabaron por explicarse. Alarcón afirmó que su oso Blas se había escapado, y que, como le avisaron que estaba en la Municipalidad, corrió á evitar una posible desgracia.

— El señor intendente me recibió con muchísima amabilidad; — agregó — parecía que me esperaba, y él mismo me indicó el oso...

Al escuchar esta explicación don Camilo fué, poco á poco, dándose cuenta de lo que pasaba, y de repente exclamó:

—¡Ahora lo comprendo todo!... ¡El *otro* es Blas!...

Y sin respirar contó lo del baile, y terminó diciendo que el oso estaba en el buffet y que bebía como un verdadero animal. Alarcón se precipitó á la Municipalidad, seguido por una turba tan alegre como bullanguer .

—

Entretanto Blas, completamente borracho y tirado en un rincón, dormía la más formidable mona que se haya visto nunca.

— ¡No sabía que don Camilo fuera tan... tan chupista! — decía indignado el Intendente. — ¡Eh! ¡Basta de bromas! ¡Que se lo lleven! ¡Ya verá mañana lo que es bueno!...

Blas, medio dormido, abrió un ojo.

— ¡Mándese mudar inmediatamente! — le gritó Contreras. — ¡Salga de aquí! ¡Todo un tesorero!... ¡Y á su edad!...

Pero el sermón del Intendente fué interrumpido de pronto por la llegada del ilustre Alarcón y del verdadero don Camilo que, con la cabeza bajo el brazo, mostraba la cara más cómica que imaginar se pueda.

Puestos en autos los presentes, el clown trinchó á Blas por la oreja y se lo llevó á la jaula entre los aplausos del público, que no podía mirar á don Camilo sin reirse.

Este no ha vuelto jamás á disfrazarse de oso... pero allá por el 92 se alzó con la caja municipal.

A. Melandri

Fecundidad



Zola sembrando



El resultado

Un cero á la izquierda

— Es que ustedes los latinos no pueden imaginarse la santidad del hogar inglés, — dijo Ned, golpeando con el meñique izquierdo la ceniza de su cigarrillo, y echando por la nariz el humo que previamente había tragado.

— Será alguna santidad de carácter especial; pero no veo de qué modo el hogar de ustedes sea más santo que el nuestro, — contestó Perico.

— Se funda el hogar inglés en principios religiosos.

— Y políticos.

— Quizá.

— ¿Cómo, quizá? Todavía recuerdo la última vez que oí hablar en la Cámara de los Lores á lord Disraeli.

— ¿Sobre qué?

— Pues nada; sobre la necesidad imperiosa de prohibir el matrimonio con la cuñada.

— Es verdad.

— Y, sin embargo, nosotros los católicos llevamos ese sentimiento de la santidad hasta dificultarlo por los cánones con la prima.

— ¿Es posible?

— Claro, pues. Y ustedes no han llegado hasta ahí.

— Efectivamente. Entre nosotros no está prohibido el matrimonio con la prima.

— Y, sin embargo, antes de tener cuñadas cualquier individuo tiene primas.

— Pero...

—No hay *pero* que valga. Tendremos en nuestras instituciones tantos defectos cuantos ustedes quieran; mas no veo que ustedes se hayan aproximado á la perfección más que nosotros.

—En ese sentido...

— Y en cualquier otro. Precisamente recuerdo un caso...

— Veamos el caso... — dijimos todos aproximando nuestras sillas al hombre del mencionado caso.

— Pues han de saber ustedes, — dijo Perico, tomando un aire tan formal como era necesario, — que la señora Millingwell, además de su marido, respetable caballero de cincuenta y cinco años, tenía una hija en la que se miraba tanto como en sus propios intereses.

— ¿Y era bonita? — preguntó Ned con aire malicioso.

— Sí; muy bonita; tanto como suelen serlo las inglesas de ojos negros, pelo negro y complexión sanguínea. Y me permitirán ustedes que no insista en este punto, porque, si no hubiera sido deliciosamente bonita, no la habría presentado á ustedes.

— Gracias.

— Enriqueta, pues, era la hija única de Mister y de Missis Millingwell. Además de sus ojos, de su pelo y de su complexión, tenía un primo llamado John.

— ¡Viva John!

— Este primo, cuyos padres habían muerto dejándolo muy niño, se había criado en la casa como si fuera hijo de la familia.

— Y sucedió que...

— ¡Claro!... sucedió que, cuando ella tenía veinte años y él veintidós, ya estaban comprometidos para casarse, dentro de la santidad del hogar y de la doble santidad de los compromisos. Los padres no se oponían y hasta llegaban á conversar con agrado respecto de su matrimonio, que lo menos que representaba era la felicidad de la hija.

De un modo ó de otro llegó el momento de las formalidades, y John, joven, fuerte, sano, grandote, inteligente y rico, se comprometió con su prima. Se habló del asunto con los tíos, y todo quedó arreglado para el próximo sábado.

El viernes antes, víspera de la boda, hablaba John con su prima respecto de la cantidad de cacerolas y moldes para budines que era necesario comprar, cuando John, que estaba solo con ella en el comedor, experimentó un anticipo de emoción y tomándole amorosamente la mano hubo de darle en ella un beso.

— No, — dijo ella, retirándola con enojo. — John, usted se equivoca. Yo no me caso con usted!

—¡Cómo!... Kelly... ¿es posible? Déjeme usted siquiera tomar su mano.

— Ni siquiera eso le permito.

— Entonces usted no se sorprenderá de que me asombre.

— Asómbrese usted todo lo que quiera; pero yo no me caso con usted.

— Lo que usted me dice es más fuerte que yo.

— Queda roto nuestro compromiso. Tome usted su anillo.

— ¡Ah, no! ¡eso no! Para aceptar mi anillo es necesario que usted me explique este cambio súbito de opinión.

— Está bien; una vez que el compromiso está roto no tengo inconveniente en explicárselo. John... lo quiero á usted mucho... muchísimo... pero...

— Pero... ¿qué? ¡dígame usted qué...!

— No puedo resolverme á ser la mujer de un hombre que fuma... detesto el tabaco.

— ¿Y es posible que usted me lo haya ocultado?

— No quería darle ese disgusto.

— ¡Cómo! ¿está usted en su sentido, Kelly?

— ¿Por qué me pregunta usted eso?

— Porque usted no tiene corazón. Con todas las libertades que permite la santidad de nuestro hogar, usted ha esperado el último momento para romper nuestro compromiso porque yo fumo.

— Me faltaba ánimo para decírselo.

— Kelly... usted no me conoce. Usted no sabe hasta qué punto llega mi amor. ¿No tiene usted ningún otro inconveniente que oponer á nuestra boda?

— Ninguno.

— Pues si ello es así, no fumaré más.

— ¡John!... ¡cómo! ¿es posible? ¿haría usted por mí el sacrificio del tabaco?

— ¡Oh, Kelly! — dijo John arrodillándose delante de su prima y novia; — yo amo á usted de tal manera que, por hacerle el gusto, no sólo sacrificaría, como lo haré, el tabaco, sino mi vida, mi nombre, mi virilidad; pero mi amor... jamás.

— ¡Oh, John! ¡qué feliz me siento, amada por usted de esa manera!

— ¿Y nos casaremos mañana?

— Ahora mismo si usted quiere.

Al día siguiente, como estaba convenido, se celebró la boda.

—

Al penetrar en la cámara nupcial, Kelly estaba radiante de belleza y de amor conyugal. Sus ojos negros, su pelo negro, su complexión... ¡oh! si John hubiera sido francés le habría dicho: *¡Enfin seuls!* — lo que hubiese sido una mentira, porque siempre habían estado solos, completamente solos, todas las veces que habían querido estar solos, angelicalmente solos, en la santidad del hogar.

— John.

— ¡Querida mía! (*My dear?*)

— ¿Quiere usted ayudarme? Hay una horquilla que no alcanzo... ¿quiere usted sacarla?

— ¡Oh, Kelly! está usted tan linda con esa corona de azahares, tan linda...

— No importa, saque usted la horquilla.

— Tan linda, tan pura, tan angelicalmente pura, que mañana temprano los ángeles mismos le envidiarán á usted su corona.

Y John, arrodillado junto á ella, tomó una de sus manos, y la otra mano, y le dió un beso en la primera y dos en la segunda, y otro en la frente, y otro en las mejillas, y muchos en los labios, y... se fué á dormir.

¡A dormir!

Al día siguiente por la mañana John se levantó, se bañó, se vistió y se fué á dar un paseo.

Apenas salido, penetró en la cámara nupcial Missis Millingwell.

— Buenos días, *my dear*, ¿cómo está usted? — preguntó á su hija la señora Millingwell.

— ¡Mal, muy mal, mamá!

— ¿No se siente usted bien? ¡no importa! ¡oh, no importa! eso pasará.

— ¡Ah! ¡no! eso no pasará.

— Sí, *my dear;* pasará; usted está ojerosa; parece que usted no ha dormido. No importa. Usted puede dormir después de almorzar.

— ¡Ah! ¡no, mamá! me siento mal. Experimento una angustia inexplicable.

— ¡Oh! ¡Kelly! esa angustia pasará. Y la excelente señora Millingwell, con una sonrisa diabólica en los labios y en el vientre, se alejó de la cámara nupcial de su hija.

—

— ¡Oh, Kelly! ¡si usted supiera cuánto la amo, cuánto la adoro, hasta qué punto llega mi adoración!...

— ¡Sí, John! creo todo lo que usted me dice. ¿Ha fumado usted hoy?

— ¡Cómo! ¿no le he prometido no volver á fumar?

— Dispense usted, John; creo lo que usted me dice; pero hágame usted el servicio de desprenderme un alfiler de la bata... eso es... el cordón del corsé se ha anudado; desate usted ese nudo.

— ¡Oh, no, Kelly! ¡jamás! ¡Está usted tan linda con ese nudo en el corsé, tan linda!...

— No importa; desate usted ese nudo...

— ¡Tan linda, tan pura, tan angelicalmente pura, que mañana temprano los ángeles mismos le envidiarán á usted ese nudo...

Y John, arrodillado junto á ella, tomó una de sus manos, y la otra mano... y se fué á dormir.

Pero al día siguiente Missis Millingwell observó que su hija estaba más ojerosa, más inquieta que en la víspera.

— ¡Ah, mamá, esto es horrible! no puedo ni siquiera respirar; no puedo dormir... mi complexión... ¡ah! ¡ay!...

Y la excelente señora Millingwell se alejó sonriendo satánicamente y murmurando: ¡Hace cuarenta y ocho horas que no duermen, oh!

—

A la tercera noche John penetró en la cámara nupcial.

— ¡Oh, John! ¡usted es muy cruel conmigo, muy cruel!

— ¿Por qué me dice usted eso, querida mía?

— Yo no sé; no me puedo explicar lo que siento; estoy loca; usted es tan cariñoso; usted se arrodilla delante de mí; usted me besa una mano, y la otra, y la frente, y los labios; y me acaricia tan amorosamente, y es tan delicado conmigo, tan extremadamente afectuoso, y sin embargo...

— Y sin embargo, ¿qué?

— ¿Qué? Anteanoche usted no quiso ayudarme á sacar una horquilla que no alcanzaba, y se fué á dormir; anoche no pude obtener de su bondad que desatara el nudo del corsé... y se fué á dormir ... A lo menos, ya que yo he podido llevar á cabo ambas cosas sin su ayuda, considere usted mi situación... hace dos noches que no duermo; ni siquiera me puedo inclinar; me duele la cabeza; me duele el cuerpo... despréndame usted el broche de la liga...

— ¡Oh, no, Kelly! ¡jamás! ¡Está usted tan linda con ese broche de la liga, tan linda!...

— No importa, desprenda usted ese broche...

— ¡Tan linda, tan pura, tan angelicalmente pura, que mañana temprano los ángeles mismos le envidiarán á usted esa liga!...

Y John, arrodillado junto á ella, tomó una de sus manos, y la otra mano... y se fué á dormir.

—

Pero al otro día Missis Millingwell, con una cara diabólica y satánica, sin sonrisa, observó, además de los signos ya señalados, que su hija lloraba amargamente.

Con ese ojo de águila que sólo puede abrir una madre, vió todo, comprendió todo, y después de tocar de un modo cariñoso la frente encendida de la joven, corrió á uno de los aposentos interiores, hizo rechinar los dientes, tocó un timbre y gritó:

— ¡¡Joohn!!

John no había salido aún.

— ¿Me llamaba usted, mi tía?

— ¡John, usted es un hombre sin sentimientos!

— ¡Mi tía!

— ¡Usted es un hombre cruel!

— ¡Mi tía!

— ¡Sin corazón, sin entrañas y sin amor!

— ¡Mi tía! — repuso John con tranquilidad — ¿por qué motivo me ofende usted de esa manera?

— Hace tres noches que Kelly no duerme.

— ¿Y cree usted, mi tía, que yo he dormido?

— ¿Por qué motivo, John, no ayudó usted á mi hija á quitarse la horquilla que no alcanzaba la primera noche?

— ¡Señora!

— ¿Por qué no le ha desatado usted el nudo del corsé la segunda noche?

— ¡Mi tía!

— ¿Por qué causa la ha dejado usted anoche sin desprenderle la liga?

— ¡Por favor!

— Es usted un miserable; un hombre sin corazón, sin entrañas, sin amor... un cero á la izquierda.

— ¡Oh, señora! usted me ofende. La noche antes de casarme yo era un cero á la derecha; tenía corazón, entrañas y amor... pero...

— Pero ¿qué? ¿qué cosa?

— Todo eso lo he perdido. No me condene usted sin escucharme...

La señora Millingwell estaba furiosa, pero el pedido de John era razonable, y una señora inglesa es, ante todo, razonable.

— ¡Hable usted! — dijo dando un suspiro que parecía una blasfemia.

— Mi tía: la noche antes de casarme prometí á Kelly no fumar, porque ella me lo exigió de una manera perentoria.

— ¿Y qué tiene que ver el tabaco?... es la primera vez que oigo semejante cosa... ningún autor...

— No sé lo que dicen los autores; pero sí sé que en mi caso...

— ¿En su caso?

— Como usted lo oye.

Y la señora dió un terrible rugido:

— ¡¡Kelly!!

— ¡Mamá!

— Venga usted; pero póngase primero la gorra... Así... El coche está en la puerta esperando... ¿oye usted?

— Sí, mamá.

— Suba usted en él inmediatamente y vaya á la esquina tal y cual...

— Sí, mamá.

— En la cigarrería de Mr. Pipe, ¿usted sabe?

— Sí, mamá.

— Corriendo ¿eh?... y traiga usted, sin más averiguaciones, una caja de habanos para su marido . . . corriendo ¿eh?...

Y la niña se alejó corriendo.

— ¡¡Kelly!!

— ¡Mamá!

— No olvide usted de traer *dos* para su papá.

L. Kaillitz

Tipos populares

EL COMPADRE

Limpio y lustroso el botín,
al cuello rojo pañuelo,
echado sobre la frente
el requintado sombrero.
aceitada la melena,
inclinado á un lado el cuerpo
que al andar se balancea
con rítmico contoneo;
una mano en la cintura
donde descansa el acero,
pronta á sacarle, *si hay caso;*
de puro me caiga muerto,
válgame el cuerpo y la vista,
óigame al maula, aparcero,
déle no más, pues amigo,
que para eso tengo el cuero,
encontrando estrecho el mundo,
de sí mismo satisfecho
la ciudad cruza y recorre
el compadre callejero.
En los bailes de candil
y en ciertos festivos centros,
es de las mozas encanto
bailando con corte y quiebro.
Nadie como él la pareja
ciñe y aprieta á su cuerpo,
moviéndola dulcemente
con lúbrico balanceo,
apartándola de golpe
atrayéndola de nuevo,
imprimiendo á la cintura
mil lascivos movimientos,
y cuando ya jadeante,
encendida de deseos,
reluciente la mirada
y entrecortado el aliento,



la convita á un refresquito
llevándola de bracero,
va diciendo á quien le mira:
— *¡Jué pucha!... Que soy tremendo.*
Conmigo no se purriá!...
Es al pepe, compañero!
Más que al rabajo, á la holganza
y á la diversión afecto,
huye del oficio rudo
dedicándose á carrero,
á cochero, á cuarteador
y si puede, á *mayorengo;*
siempre que no haya una *china*,
que tome sobre su cuerpo
el cargo de asegurarle
el tabaco y el puchero.
Ducho en los lances de *taba*,
sabe manejar el *hueso*,
repuntea la guitarra
con destreza de maestro,
luce en el *monte criollo*
la agilidad de sus dedos,
y en las partidas de *truco*
hace gala de su ingenio
para barajar las frases
con mil vueltas y rodeos.
Tal es el tipo, lectores;
¿os parece malo ó bueno?
De averiguarlo no trato;
sólo sí deciros puedo
que tal como lo he pintado
es el tipo exacto, cierto,
producto de transición
del gaucho y el extrangero.

Adolfo Polfró Escamilla.



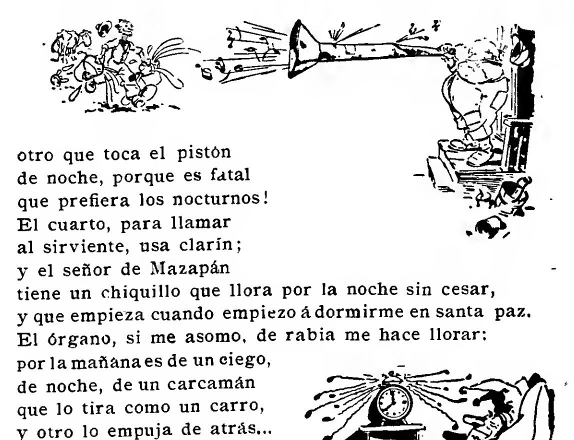
Pasado el 9 de Julio bien se podía esperar
que el ruido disminuyese en esta culta ciudad,
bautizada Buenos *Aires* por afición musical,
como pudieron llamarla
« buenos tangos » ó « buen vals».
¡Pues sí!... Después de la fiesta
que nos hizo abominar
de las bandas, de las bombas,
las campanas y demás,
en la existencia común
sigue la música igual...
¡Qué música... wagneriana
compuesta por un patán
como tantas que andan hoy...
como tantas que andan ¡ay!...
Apenas salgo á la calle
cuando me ensordecen ya
los gritos de vendedores de frutas, *pisco-o de mar*,
de helados en el verano, con corneta ó con tam-tam,
en el invierno de tortas, barquillos y fainá,



(el barquillero con triángulo, el otro á voz natural);
pitos de los biciclistas y vigilantes, rodar
de carros y de carruajes
con su música especial,
órganos, pianos mecánicos,
la trompeta del *tranguay*
y la del mazamorrero
que es la del juicio final,
la campana de los templos
que nos llega á destemplar,
y la del tranvía eléctrico
que es como... electricidad!



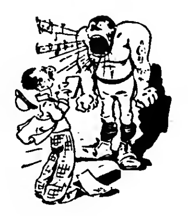
Tiempo, Nación, Prensa, Diaro, La Tribún, El Nacional...
¡qué gritos! ¡qué *batifondo!* ¡No puedo, no puedo más!...
Me voy á casa: en la calle hay un barullo infernal.
¡Pues y en casa!... Hasta allí llega lo de la calle, y á más
tengo un vecino que ronca, otro que canta muy mal,



otro que toca el pistón
de noche, porque es fatal
que prefiera los nocturnos!
El cuarto, para llamar
al sirviente, usa clarín;
y el señor de Mazapán
tiene un chiquillo que llora por la noche sin cesar,
y que empieza cuando empiezo á dormirme en santa paz.
El órgano, si me asomo, de rabia me hace llorar:
por la mañana es de un ciego,
de noche, de un carcamán
que lo tira como un carro,
y otro lo empuja de atrás...
Cerca tengo un batallón,
y si empiezo á dormitar
al alba, la banda lisa
rompe con un rataplán
y lo siguen los clarines con la diana matinal...
¡Me acuerdo de tí, Quevedo! « Siempre son mi vecindad
mal casados que vocean »... Hay una pareja, allá
en mi casa... ¡justo cielo!...
ni Stentor gritara más
que la señora Eduviges
cuando su marido va
entre San Juan y Mendoza
que es su ubicación usual.
Y un Hércules de Raffetto
que cuando le va á cobrar,
de un... ¡canejo!... parte en dos
al infeliz capataz...
¡Oh Buenos Aires bendito!
¡qué música, que ciudad!
¡qué batahola, qué zambra! ¡qué ruído, qué alborotar!...
¡Llámate Buenos *Bochinches* y estarás en la verdad!...

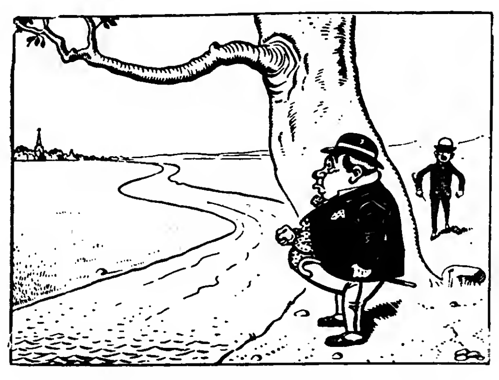
ACÚSTICO.



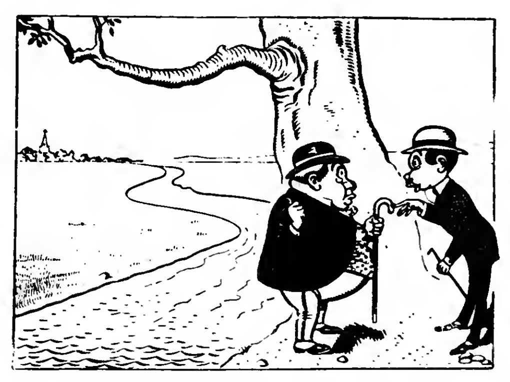




El paso del arroyo



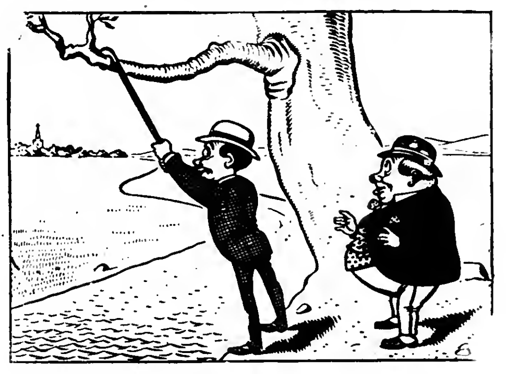
I. — ¡Un arroyo! ¡Caramba! Es duro caso...
Si pudiera saltar... ¿Cómo lo paso?



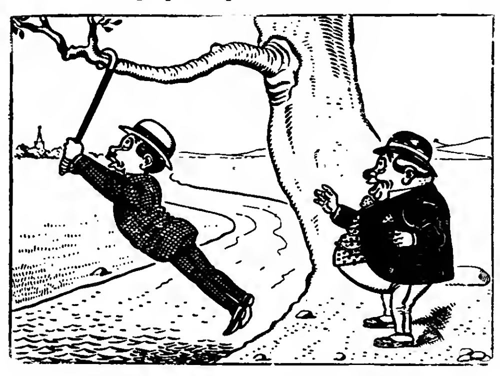
II. — ¿Por qué se aflije tanto, amigo mío?
Déme usted su bastón, y... pasa el río.



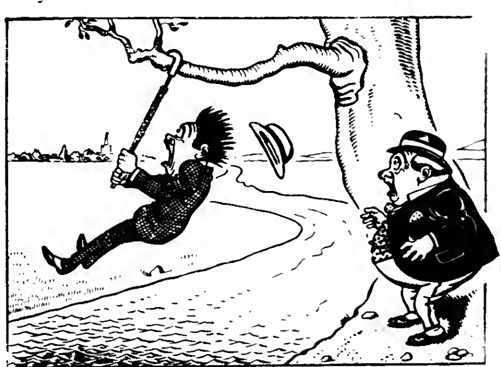
III. — ¡Qué! ¿No adivina usted? ¡Pues es camama!
Lo cuelgo por el puño de esa rama...



IV. Me aferro de él, la cosa es bien sencilla,
y de un envión me veo en la otra orilla.



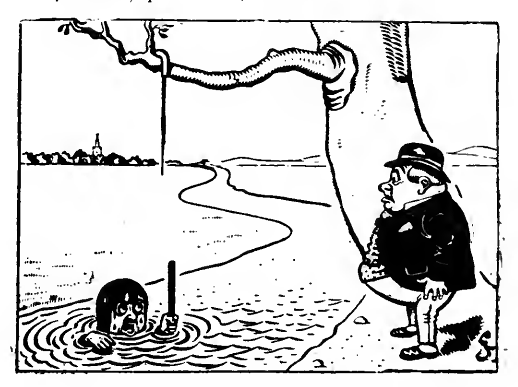
V. Usted me seguirá, que aunque es pesado,
también ha de llegar al otro lado...



VI. ¡Ay! ¡amigo! ¡me caigo! ¡que bastón!
¡socorro, que me doy un zambullón!



VII. — ¡Se cayó! ¡Voto va! Pues si se ahoga...
Y no tengo ni un palo, ni una *soga!*



VIII. — ¡Animal! ¡zascandil! ¡bruto! ¡bodoque!
¿por qué no dijo usted que era de estoque?..

Arlecchino italiano!



Enrique De Putron ÷ el 15 del corriente

In italiano, sissignori! Oggi ho preso la mia brava decisione, e m'intratterró con voi nella lingua di Dante e di Stenterello, di Petrarca e d'Arlecchino, di D'Annunzio e di Sor Balanzon, di Manzoni e di Pulcinella, nella dolce lingua del sí, che é poi, dopo tutto, la mia natale.

Mi ci son deciso dopo un lungo ragionamento che condenseró in poche parole: prima di tutto perché Arlecchino é mondiale, ed é altrettanto popolare, egli e la sua sciabola di legno, in Europa quanto nelle due Americhe, in Asia quanto in Australia, quanto alla corte di Menelik e della vaga Taitú. In secondo luogo ho pensato che qui tutti conoscono il mio idioma e che potevo risparmiare il lavoro mentale del tradurre (anche perché non aspiro alla gloria di Mitre), e scrivere direttamente in italiano; ed anzi... vedete!... ho avuto un altro pensiero: se qualche parola non capirete, cercherete un vocabolario, ne leggerete la spiegazione, ed avrete imparato nuovi vocaboli ed io saró diventato collaboratore del giovane assalonnico Magnasco, concorrendo all'istruzione delle masse.

E, in ultimo, in italiano io scriveró specialmente per i membri della collettivitá ausonica; sapete bene: fra connazionali piace usar la propria favella.

E data questa spiegazione, perché a me piace coi lettori parlar chiaro ed intendersi bene, premesso che probabilmente domani scriveró in francese, un altro giorno in inglese e chissá in amarico, in paupasico, in giapponese (ora che Mascagni ha messo di moda i *Kiotos*, i *Jushiohara* e le *mousmées*), vi diró di che cosa m'occuperó in questa, diró cosí, sessione straniera, che intitolerei quasi *Sezione Italo-Argentina* se non temessi di ricordar troppo la *legione* omonima, di cosí canzonatoria e ridicola memoria; se non temessi che i lettori, per analogia non potessero credere che sotto la vistosa apparenza e sotto le chiacchiere molte, si nasconde il *nulla*, tal quale come la legione famosa, con relativo capitan Deleuse e non meno relativo Perrone, supremo ispiratore.

Io, dunque, non tratteró di alta politica colla ponderazione e col grave pondo del mio giovane amico *Basilio Ciudadanos* e aggregato suggeritore *Ocho Lenguas;* non scriveró contraddizioni patenti critico-musicale-drammatico-artistico-maccanistica come il vecchio *Mader;* né agiteró il turibolo pieno d'incenso ad ogni novello astro sorto all'orizzonte come il crinito *Palabritas;* non faró nemmeno uno studio analitico-sintetico, profondamente superficiale, a volo d'uccello cieco, come l'ispirato e allampanato *Moscardino;* né saró scolarescamente scienziato come *Sombrero;* né useró lo stile novo del cav. *Santiago el Bello;* né faró voli linci come *Peppino Tres-Narices;* io noteró, studieró, analizzeró, e sciaboleró quando me ne capiterá il destro.

Andró nei nostri centri sociali; nell'aristocratico, perché vi si paga piú caro, circolo di via Victoria, e nelle varie societá, e ne descriveró le mende e i pettegolezzi, e ... sciaboleró.

Mi avvicineró, in incognito, ai magnati nostri, ne sorprenderó le vanitá, le necessitá del pubblico e mutuo incensamento, e... sciaboleró.

Non faró maldicenza, né molto meno: la mia sciabola e di legno, le sciabolate son menate di piatto e non fanno dolore né aprono ferite; rideremo insieme, qualcuno di cuore, qualche altro a fior di labbro, qualque altro, infine, con un po' di ghigno; ma vi sará il conforto dell'*Hodie mihi, cras tibi!* che tradotto in italiano significa: Oggi a me, domani a te!

E a rivederci! A.

CONCURSOS.—La agraciada por la suerte entre las que han enviado soluciones del jeroglífico inserto en el número 8, ha sido la señorita Isolina R. Brito, domiciliada en la calle Lavalle 1161, á quien corresponde el premio ofrecido.

La solución es:

"Hace el amor Pepe Rueda—á la candorosa Lola—mas en valde. que á la niña—la destinan para monja.

—

Pocos han sido (bueno es decirlo) los que, inocentemente tal vez, han pretendido descifrar el rompecabezas que constituía el concurso número 9, acertijo que aseguro, á fe de Arlequín, no tiene solución que pueda llamarse lógica.

Colaboración popular



Guillermo — Victoria — Cleveland

Y viene al caso recordar á ustedes (me dirijo á los autores de esas supuestas soluciones) una célebre adivinanza de Quevedo:

—¡Caramba, señores! — decía éste en una reunión. — Me ponen ustedes en grave aprieto... Una adevinanza después de tantas y tan buenas, me vá á ser difícil, y á ustedes también... ¡Qué hacer!... Déjenme pensar... ¡Ajajá! Vean ustedes:

Soy un útil ornamento
de la cabeza del hombre
Es el sombrero mi nombre.
Adivínalo, jumento.

—¡Ya sé, ya sé!—gritó precipitadamente uno, parándose sobre la silla y batiendo palmas.—¡Ya sé, ya sé!... ¡La peluca!...

Á los subscriptores de Arlequín

Debiendo quedar suspendida la publicación de ARLEQUIN por algún tiempo, se hace saber á los que hayan abonado su subscripción por adelantado que pueden mandar sus recibos á la Administración, Florida 67, antes del día 31 del corriente, donde les será devuelto el exceso de su abono.

LA ADMINISTRACION

Imprenta y Encuadernación Elzeviriana, *Florida 701*

ARLEQUIN



Por estos mundos y de esta suerte,
hace ya rato que se divierte.

ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORÍSTICO ILUSTRADO

DIBUJANTE: JOSE M. CAO — DIRECTOR: ROBERTO J. PAYRÓ — ADMINISTRADOR: A. COSTA ALVAREZ

AÑO I. — Buenos Aires, 20 de Mayo de 1899 — N.° 1.

¡BUENOS DIAS!

Señoras y Caballeros, muy buenos días!...

...El mundo es así: cuando menos se piensa sucede una desgracia, ó sale un nuevo periódico.

Aquí estoy, pues, inesperado y satisfecho, resuelto á hablar hasta por los codos, y actuar en la vida pública con tanta animación como cualquier agente electoral.

Y aquí estoy, no porque mis aficiones me inclinen al periodismo, sino porque una serie de extrañas y pavorosas circunstancias me han puesto la pluma en una mano y el pincel tras de la oreja, obligándome á usar alternativamente de ellos para borronear carillas de papel de oficio barato, y hojas caras de papel Wattman y Winsor & Newton.

Las cosas pasaron del siguiente modo:

Ya saben ustedes que estoy enamorado de Colombina, la coquetuela impenitente cuyos defectos conozco y me hacen quererla más, por la razón natural de la natural imbecilidad humana. *Homo sum...* como decía el otro. Ahora bien, Señoras y Caballeros, Colombina es ambiciosa: ama el lujo; quiere vivir en un palacio; tener carruajes, brillantes, vestidos regios, espléndida mesa; dar *recibos* y saraos y bailes; abonarse á la Opera; eclipsar en Palermo y en el Hipódromo y en las fiestas de caridad, á cuantas se atrevan á luchar con ella.. Colombina es mujer, muy mujer, completamente mujer, de lo más mujer que hay... Esto es lo que me ha perdido.



—¿Me quieres, Colombina?—la pregunté un día (hace de esto ocho meses).—Si me quieres, pediré tu mano á Pantalón, tu padre, y nos casaremos inmediatamente.

La niña me sonrió con aire tan provocativo que caí de rodillas rindiendo mi sable á sus plantas... Estaba ¡ay! seguro del triunfo, y no preveia el horrible desencanto!... Pero Colombina cambió la decoración, desapareció su sonrisa, frunciósele el ceño, y haciéndome levantar me dijo con la calma del banquero que impone las condiciones de un descuento:

—Arlequín: tú eres mi preferido, como el mejor mozo, el más elegante, inteligente, astuto y emprendedor de cuantos me pretenden... Pero te falta algo...

—¡Que ha de faltarme!—exclamé interrumpiéndola. —Tengo cuanto se requiere para hacer feliz á una mujer!

—Te falta algo...—repitió impertérrita.—Eres pobre, y no haré la tontería de casarme con un pelagatos, cuando puedo elegir entre Lelio, que espera una herencia y se viste á la última moda de Paris, Polichinela, que es viejo y corcovado pero que tiene mucho dinero, Pierrot, que vá muy en camino de hacer fortuna, Gilí, que es tan considerado en la política y que de la noche á la mañana puede ser rico, el mismo doctor Baloardo, que desde que se graduó en la Academia de la Crusca lo sabe todo, lo cura todo, gana lo que quiere y no me incomodaría mucho pues ya le pesan los años; y tantos y tantos otros que revolotean á mi alrededor... Si quieres casarte conmigo, has de ser poderoso y considerado; si no lo eres, tu pretensión es inútil; elegiré al que más me convenga entre los otros.

Al oír esto, blandí el sable sobre mi cabeza, tras del antifaz echaron chispas de entusiasmo mis ojos, y con el acento de la resolución:

—¡Oh, Colombina!—dije.—Me haces el más feliz los hombres! ¡Nada me arredra, nada me espanta! !Estoy seguro del triunfo! Buenos Aires será mío, y tú con él. Luego conquistaré la República entera, para hacerte su soberana! Como Jerónimo Paturot, correré en busca de una posición social, y más feliz que él llegaré á las alturas y dominaré el mundo; seré el potentado, el rico, el dichoso, el fuerte por antonomasia, y tú harás de tus caprichos leyes! Pero necesito tiempo; tienes que acordarme un plazo, y mientras éste dure no dés á besar tu mano ni á Lelio el petrimetre, ni á Polichinela el corcovado, ni al blanco Pierrot, ni al bufonesco Gilí, ni al Doctor omnisapiente, ni á tus otros adoradores, mis rivales, porque ante esa infidelidad... ¡me moriría!... á fe de Arlequín!

¡Ay, Señoras y Caballeros!... este torrente de elocuencia, este rapto de alta oratoria no conmovió, no inmutó á mi amada!

—Cuenta—me dijo tranquilamente—con un año de plazo. Pero lo de los besos ¿qué te importa? Ellos me servirán para avivar tu ardor y facilitar tu triunfo!...

Y se fué, y me dejó, y yo me quedé meditando, haciendo planes, resuelto á acometerlo todo, á inven-

tarlo todo, á revolverlo é intrigarlo todo, para llegar á la riqueza y al poder, únicos pedestales dignos de Colombina!...

Ya ven ustedes, Señoras y Caballeros, como me conmuevo: es la prueba de que en estos vertiginosos ocho meses no he logrado el triunfo de mis sueños, y que me acongoja la tremenda idea de que los cuatro que faltan para el plazo fatal, se irán también en lágrimas ó en suspiros!...

Todo lo he ensayado: entré en la política, y la política se acabó en ese mismo instante; sólo queda un resto inútil en La Plata, á falta de plata; me dediqué á la ndustria creyendo que los vicios de los hombres son siempre explotables, fundé una fábrica de alcoholes y licores alcohólicos, y gracias á los impuestos y al inspector doméstico y á la obligatoria separación de la destilería y la licorería, fundí el capital que me habían prestado; frecuenté la sociedad, y en ella no hallé otro modo de hacer camino que casarme... pero... ¿y Colombina?... creé una sociedad comercial por acciones, pero el cajero me ganó de mano: está ahora en Africa ó en Oceanía, no sé, y yo estuve á punto de ir á aprender un oficio en la Penitenciaría; me hice sportsman, á medias con el Doctor, que á fuerza de ser avaro suele tirar el dinero para multiplicarlo, y una hábil combinación vulgarmente llamada *tongo* me dejó sin un peso... De fracaso en fracaso, apenas si mi sable me procuraba algún cousuelo, al caer sobre espaldas más ó menos merecedoras de correctivo. Colombina, entretanto, hacía mi desesperación, siempre rodeada por sus galanes, siempre concediéndoles pequeños favores, siempre coqueta, siempre risueña, siempre empecinada en lo mismo.

—¿Has conquistado ya una posición? ¿No? Pues no vuelvas mientras no puedas ofrecérmela.

No se imaginan ustedes, Señoras y Caballeros, las perrerías que me ha hecho, las burlas que le he sufrido, los sarcasmos que he tenido que soportar! Hasta el Doctor, incitado por ella, trató de hacerme encerrar en el manicomio; Polichinela y Pierrot me han dado en su nombre una paliza; Lelio y Gilí, por inspiración de Colombina, me han difamado en la prensa... razones todas ellas que me hacen adorarla frenéticamente, como es natural.

Ahora sólo cuento con cuatro meses para conquistar su mano, después del horrible *vía crucis* recorrido. Quemo mi último cartucho, ofreciéndome al público en carne y hueso, en corazón é inteligencia, haciéndome periodista y echando al viento una publicación que será la carne de mi carne y la sangre de mi sangre.

Una esperanza me alienta, y estoy convencido del éxito: sin ser perversa, la humanidad gusta de reírse de la desgracia ajena.

Si me caso con Colombina, dado su carácter no es difícil prever que estaré lejos de ser feliz, y que mis desventuras se contarán por el número de días que medien entre el casamiento y el divorcio, ó entre la luna de miel y mis funerales...

Señoras y Caballeros: ¿quién de ustedes se negará á contribuir á este desastre que será mi felicidad? ¿Quién de ustedes no se esforzará por ver en qué paran estas misas de boda que se vislumbran en lo futuro?

Negarse ó no esforzarse, significaría no sentir en el pecho un corazón de hombre... ó de mujer...

—

Señoras y Caballeros: se acaba de alzar el telón, y ha empezado la comedia periodística.

ARLEQUIN.

DOCTOR ENRIQUE B. MORENO

Nos apresuramos, también nosotros, á saludar al distinguido diplomático que ha hecho tanto para cimentar la amistad que nos une con Italia.



Comemos de preferencia las pastas italianas; bebemos los vinos de la península con etiquetas genuinas ó francesas, según seamos más ó menos exquisitos; nuestros campos estan labrados por italianos, y no hay en toda Buenos Aires quien no sepa cantar la Marianina.

Ahora se han aumentado los lazos con los buques de guerra ex italianos que tenemos en nuestra escuadra y que miran complacidos á Mazzini, la piedra fundamental de Garibaldi, y á nosotros mismos.

El público de la Opera, después de oir la Walkyria, y sin desdoro de Wagner, ha aplaudido á rabiar las obras de los maestros italianos, que lo divierten más.

A nadie se le oculta toda la eficaz influencia que en esto—y en otras cosas de mayor cuantía que sabemos y callamos,—ha tenido el doctor Enrique B. Moreno, en cuyo honor presentamos el sable.

FRANCISQUE SARCEY

El lunes dejó de existir en París, á la edad de 71 años, el crítico francés M. Francisque Sarcey, que durante largos años ha tenido, si no el cetro de la crítica, por lo menos un látigo que se le parecía bastante.

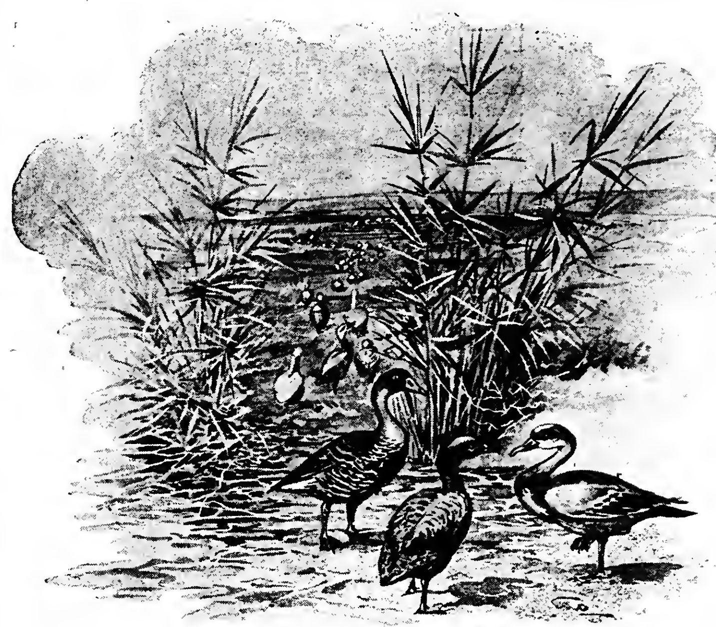
No era pesado, como otros críticos franceses de mayor cuantía, pero no era muy profundo tampoco. Fecundísimo, ha borroneado enormes cantidades de papel, no sólo zurrando la badana á los modernos escritores franceses, sino también produciendo por su propia cuenta.

Sarcey era muy de tenerse en cuenta, pero no llegaba muy lejos en su vuelo. La siguiente frase del crítico de *La Nación* retrata exactamente su individualidad literaria:



"No cabe duda que Sarcey carecía de gran amplitud mental. Las obras que sobrepasan el nivel mediano tenían en él un mal crítico. Si el teatro francés hubiera contado actualmente con un Shakespeare, Sarcey lo habría criticado acerbamente; pero en cambio ¡qué tesoros de buen sentido y de buen gusto no ha derrochado haciendo la crítica de aquellas obras que estaban concebidas dentro de su horizonte visual!"

COSAS DE GANSOS



El pueblo de los gansos, compuesto en su mayoría de personas decentes, amaneció un día muy atareado. Aquellos palmípedos, que hasta entonces habían sostenido una honorable fama de sujetos pacíficos, amantes esposos y cariñosos padres, estaban poseídos por una enfermedad extraña cuyo diagnóstico resultaba imposible hasta para los doctores más prácticos de la comunidad. Consistía el mal en una perpetua comezón agresiva, un insaciable deseo de sangre cuyos dolorosos efectos no tardaron en hacerse sentir. Cada ganso era un arsenal ambulante, con grave detrimento de las ordenanzas que proscribían el uso de armas. Los tajos y los tiros menudeaban que era una maldición. Rara era la pechuga ó rabadilla que no ostentase cicatrices más ó menos profundas. Desde el grave senador al pilluelo de coxis pelado, la enfermedad se propagaba con alarmantes síntomas. Esto llevaba ya sus años de desarrollo, con las preocupaciones y molestias consiguientes. Pero los gansos que son, como es sabido, ciudadanos de Roma, vale decir gente práctica y procuradora, decidieron celebrar una convención reformadora de su Carta fundamental, para discutir el punto.

A orillas de un lago conseguido ex profeso, y abundantemente provisto de vituallas parlamentarias (sapos, culebras y otros manjares), tuvo lugar la memorable asamblea, el día tantos del año cuantos, es decir, en plena eternidad. Iba á discutirse el asunto de las armas, bajo tres aspectos:

1°. Si debe prohibirse enteramente el uso de armas;
2°. Si el uso de armas debe estar permitido;
3°. Si debe ser obligatorio.

—Señores, dijo el primer orador, el espíritu público alarmado por el extraño aumento de la criminalidad, pide correctivos enérgicos, y en este concepto mis electores me han ordenado que vote por la prohibición absoluta del uso de armas. Seré breve. Los acontecimientos dolorosos de los últimos días demuestran que el uso de armas es perjudicial para la seguridad de los ciudadanos; que nuestro pueblo, heredero de las más trascendentales glorias guerreras y sensible como ninguno al agravio, no sabe contenerse ni dominar sus heroicas impaciencias. Mancha en el honor, requiere ablución de sangre—es su divisa. Esta tendencia, trágicamente hermosa á no dudarlo, precisa, no obstante, una ley que la contenga. Los bríos juveniles, los hervores de la sangre que el frío de los años no puede apagar —así un volcán entre nieves —encontrarán en nosotros, hombres prácticos y ricos de filosofía tanto como de experiencia, un dique á sus ardorosos ímpetus. Este dique será la ley coercitiva que propongo. Ante la imposibilidad de saciarse, el apetito bélico se transformará en distintas energías que concurrirán poderosamente al progreso común. La amputación es dolorosa pero necesaria. Hay que hacer bueyes de los toros si se quiere tener fuerza dócil y laboriosa en cantidad suficiente. Esto no perjudicará á nuestro valor, cien veces probado. Seremos mansos y fuertes, siendo útiles á la vez: hé aquí el concepto de la civilización!



El más glacial silencio acogió este discurso. Bien se veía que no era aquél el pensamiento de la mayoría ni de la barra.

Entonces, otro ganso, uno del centro, tomó la palabra para responder al preopinante, que era de la derecha.

—Señores, empezó, los argumentos de mi ilustre colega son tan hermosos como inconsistentes. Mi honorable colega olvida que las leyes deben ser ante todo armónicas con el espíritu dominante en el país para que se dictan; y que así como los países dóciles requieren leyes pacíficas, los países valerosos como el nuestro requieren leyes belicosas (*Murmullos de aprobación*). Un santo horror á la autoridad es

nuestra característica. Nosotros no queremos saber nada de jueces ni de tribunales. Esos desprestigiados instrumentos de opresión nos causan risa. No habrá ley que nos obligue á hacer aquello que no querramos. Llevaremos armas siempre, porque entendemos que la defensa del honor es privativa del individuo. Por otra parte, el uso de armas es uno de los privilegios intrínsecamente comprendidos en las "declaraciones, derechos y garantías" consagrados por nuestra Constitución. Limitarlo ó suprimirlo sería ir contra ese paladium de nuestras libertades! (*Aplausos*). Además, la libertad de comercio, consagrada también por la Constitución, sufriría á causa de esa ley un rudo ataque. Si prohibimos el uso de armas, declaramos implícitamente que la venta de armas es una industria ilícita. Y esto, ¿sería posible? Tendríamos que renegar de esta noble rama de la mecánica, que cerrar nuestros arsenales y clausurar nuestros polígonos para ser lógicos! Verdadera monstruosidad, sin ejemplo en los anales de los pueblos civilizados! (*Aplausos*). Nuestro glorioso ejército, hijo mimado de la victoria, fundador glorioso de nuestra independencia, se levantaría como un solo hombre contra esa prescripción insensata! ¡No, señores! el uso de armas es un derecho sagrado, y debe estar inscrito con letras de oro en las páginas de nuestra Constitución! He dicho.

Durante largo rato os aplausos resonaron sobre las quietas aguas. El presidente agitaba en vano el caracol que le servía de campanilla. Por último, ante una formidable amenaza de desalojo, la barra calló, y un joven ganso de la extrema izquierda, rozagante y erguido, habló en estos términos:

—He escuchado con profunda tristeza las palabras llenas de timidez con que mis dos colegas han discutido el trascendental asunto para cuya resolución estamos congregados. ¡Cómo, señores! ¡Poner el honor en discusión! El honor se discute con la punta de la espada! (*Aplausos*). No es el derecho de llevar armas lo que debe votarse, sino la obligación de llevarlas (*Aplausos*). Así, los cobardes se verán obligados á tener bravura! (*Aplausos*). Mi colega de la derecha sonríe. Yo, en cambio, le llamo ¡cobarde! á boca llena! (*Tumulto indescriptible; el presidente consigue á duras penas dominar los aplausos*).

Sr. Presidente.—Ruego al señor diputado que retire sus palabras; de lo contrario me veré obligado á llamarle al orden (*Murmullos*).

Sr. Diputado.—Está bien, señor presidente; lo haré así en homenaje á esta augusta Asamblea; pero mi interruptor puede pedirme cuenta de las palabras pronunciadas, cuando y donde quiera. Tengo el corazón demasiado altivo y estimo la vida muy poco para olvidar que mi deber aquí, como en todas partes, es el de contestar al agravio como responden los hombres: con la palabra y con la acción!!!!! (*Aplausos frenéticos*).

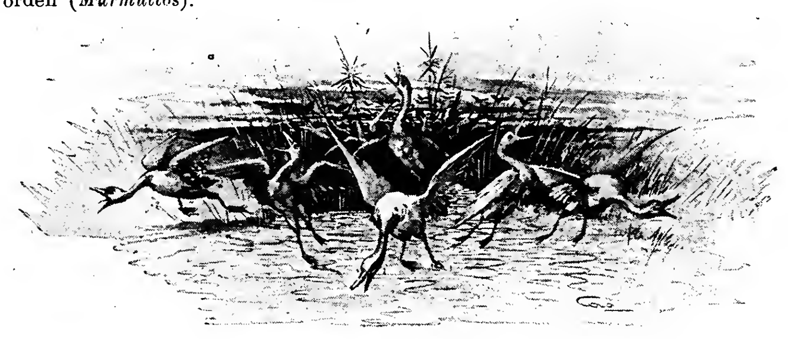
Sr. Presidente.—Queda terminado el incidente.

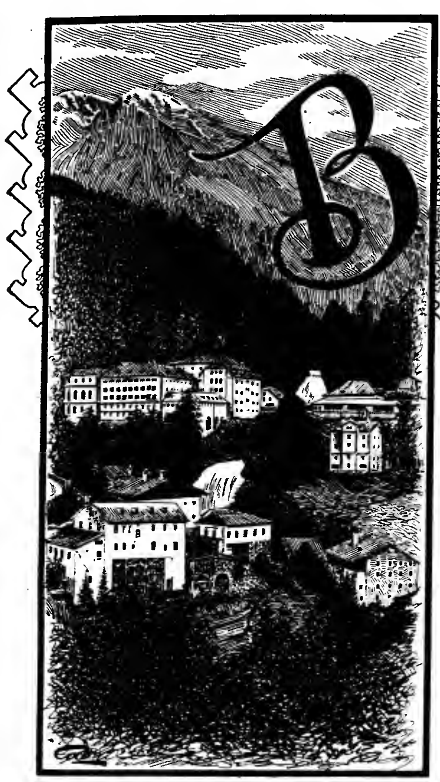
Sr. Diputado.—Continúo. Decía que el honor no se discute sino con la punta de la espada ó con la boca de la pistola! Sin honor no hay libertad, y el árbol de la libertad se riega con sangre! (*Aplausos*). La sangre apaga la sed de los corazones altivos! (*Aplausos*). Repito que debe votarse la obligación de llevar armas. Así la justicia ganará en extensión y solidez, puesto que habrá un juez en cada ciudadano! (*Aplausos*). ¡Ay de los pueblos que abdican en un grupo de hombres pagados la misión de velar por su honor! El castigo debe seguir inmediatamente á la injuria, violento, rápido, aterrador como el rayo! Que la nación se despuebla, que las familias se quedan sin sostén... ¿qué importa? Cuando ya no quede uno solo de nosotros, quedará todavía el honor! (*Aplausos delirantes*), y el honor es lo primero! (*Aplausos*). Húndase el país, pero sálvese el principio! (*Aplausos*). Los cobardes nos llamarán salvajes, aparentarán despreciarnos. ¡Mejor! Los reproches de la cobardía son los más altos timbres de la bravura! (*Aplausos*). No queremos derechos que nos hemos tomado ya; queremos obligaciones. El pueblo de las glorias incontestables, el pueblo de las tradiciones heroicas, el que llevó su enseña redentora por todos los climas, sin aguantar nunca la más leve mancha en sus plumas inmaculadas, pide, impone esa obligación, y por mi parte, señores, (*El orador saca una pistola, la monta y apoya el cañón en su oido*) ó se vota así la ley para eterno escarmiento de cobardes, ó yo estamparé mi único voto, con mis sesos, en la madera de esta banca!!!!!

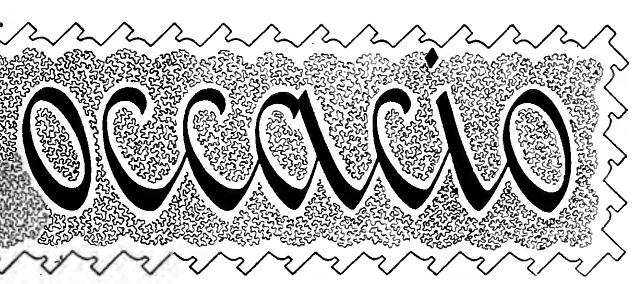
(*Tromba de aplausos y gritos: ¡A votar! ¡á votar! ¡Todo ciudadano está obligado á tener y llevar armas! ¡A votar! ¡á votar! ¡Abajo los cobardes! ¡Abajo los mercaderes del honor!!!*).

Así dijeron los gansos.

Leopoldo Lugones.







Boccacio

(Perla hallada en el fondo del mar de los recuerdos por el pescador que subscribe)

Al autor de *Al pasar*.

No era Juana ni hermosa ni fea, ni alta ni baja, ni gruesa ni delgada, ni blanca ni morena, ni elegante ni vulgar, y con esto y llamándose Juana y no teniendo ni ojos garzos ni como luceros, ó siquiera soñadores, ni miradas de fuego, ni cejas pobladas ó despobladas, ni frente pensadora, ni sedosas pestañas, ni párpados entornados, ni cabellos de oro ó de azabache, ni cuello de cisne, ni nariz aguileña, ni cutis aterciopelado, ni mejillas de rosa, ni boca plegada, ni labios de coral, ni dientes de marfil, ni aliento perfumado, ni voz de sirena, ni brazos torneados, ni busto escultural, ni manos alabastrinas, ni dedos afilados, ni uñas nacaradas, ni talle de sílfide, ni cintura cimbradora, ni movimientos de gacela, ni andar de reina, ni mórbidos contornos, ni maneras aristocráticas ó plebeyas, ni aire particularmente distinguido ó excepcionalmente común, ni sonrisas angelicales ó risas argentinas, ni misteriosas languideces ó arrebatos reveladores, ni vagas palideces ó vivos sonrojos, ni curvas provocadoras ó rectas severas, ni amplias caderas ó pies diminutos, ni nada (que yo supiese) de ésta ó parecida clase, dicho se está que Juana no era más que Juana, ó sea la sencillez en persona, y, para mi gusto, linda como un sábado en salud físico-moral y sin acreedores, aunque por añadidura no fuese, como no era, de temperamento especialmente alegre ó habitualmente melancólico, silenciosa ó charlatana, ilustrada ó ignorante, ni un portento de inteligencia ni mucho menos, fresca ó lo contrario, brillante ú opaca, viva como un rayo ó apagada como un candil, reservada ó insinuante, activa como ardilla ó calmosa como tortuga, ni coqueta, por fin, ó simple al punto de no comprender ella misma que, con todas sus deficiencias, era un bocado de cardenal,—como dijo el herejote que tuvo la peregrina ocurrencia de colocar en las eminencias de la iglesia el summun del saber humano en materia de tentaciones.

Tenía Juana, cuando la conocí, entre veintiocho y treinta años de lozana germinación. Nunca, según decía, había conocido otras agitaciones que las ordinarias de una existencia sin holguras y sin estrecheces, en la que el pasado, el presente y el porvenir se confundían en un mismo ambiente de serena ecuanimidad, con sus luces y sus sombras, ciertamente,—que nada es inmutable en la vida más que la muerte,—pero de lo más propicio para la paz del alma que no cree en milagros ni sueña con imposibles.

En cuanto á saber, sabía lo bastante para saber que no sabía nada, fuera de las nociones morales que no se aprenden en la escuela, y de las intelectuales adquiridas, más que en los libros, en el cultivo de las ideas, por acción refleja de la buena compañía en que se deslizaran sus días como mansa corriente que va del arroyo al río y del río al mar, segura de su curso y despreocupada de su destino.

Vestía con cuidadoso descuido, y perdónese la hipérbole, justificada por aquella gracia ingenua que realzaba sus más sencillos atavíos, tan bien asentados sobre su cuerpo de mujer armónicamente equilibrada, que parecía que allí, y solamente allí estaban en su verdadero sitio, á la manera de esas flores del campo que pierden todo su encanto en el precioso vaso, de artística factura, donde lucen su gallardía los primores del jardín.

Y un olor á mujer sana y limpia... ¡qué olor, Dios mío! Debió ser aquella emanación del femenino en perfecta madurez la que llevó por las narices á Tadeo tras del sabor de lo que tan bien olía. Era casada Juana, y su marido se llamaba Tadeo, como si no fuese bastante lo dicho para caracterizar á aquel anómalo conjunto de toda clase de normalidades. Pero doblo la hoja, que Arlequín se está riendo de mí y me amenaza con su sable de palo,—más terrible que muchos de acero que yo conozco,—temeroso, acaso, de que, siguiendo por este camino, lo comprometa á Tadeo con Juana y á él con el público.

Temor infundado, pero respetable, por lo que no lo discuto y abro capítulo aparte.

***

Nos hallábamos,—Tadeo, Juana y yo, entre mucha gente viajera,—en un lugar de baños "de cuyo nombre no quiero acordarme".

Hermoso el sitio como él solo, y de lo más pintoresco, además de sumamente saludable, según pública voz y fama.

De los baños se contaban maravillas. Varios tullidos, habiendo entrado en ellos en brazos, habían salido caminando, y muchos matrimonios infecundos habían debido á aquellas aguas milagrosas copiosa y robusta prole.

El director del establecimiento, un médico anciano, me dijo que en su opinión fundada en larga expe-

riencia, el bienestar de que allí se gozaba se debía, más que á la virtud de las aguas, á lo bello del país y lo agradable de la sociedad en que se vivía; y yo, mirando á Juana pasearse en el jardín ó leyendo en alguna umbrosa avenida, olvidada hasta de Tadeo, que se aburría soberanamente en el salón de lectura ó dormía lo que él llamaba, riendo de la gracia, su "siesta digestiva", me sentía fuertemento inclinado á pensar como el doctor.

Debe advertir, antes de pasar adelante, que conocía á Tadeo hacía algunos años, habiéndonos acercado, en lejanas tierras, vínculos de recíproco interés que luego hiciéronse amistosos. El comerciaba en artículos ortopédicos y otros por el estilo; yo era lo que soy en el día, con las diferencias consiguientes de fecha y facha: un llenador de cuartillas que no produjeron jamás lo que en poco tiempo le valieron á Tadeo sus fajas higiénicas y sus aparatos de compresión. Vale decir que Tadeo era rico, y yo... periodista, á pesar de lo cual,—necedad ó lo que se quiera,—no habría dado la última de mis plumas por el mejor de sus bragueros.

No porque no fuera muy estimable el marido de Juana, quien ya, por el hecho de serlo, tenía derechoá mi respeto, no exento de cierta admiración;pero tenía yo treinta años menos y no sufriendo de afección alguna que reclamase las artes de Tadeo, las miraba con desdén, confiésolo avergonzado, lejos, muy lejos de pensar entonces que podría llegar un día en que cambiaría gustoso toda mi producción literaria por la mitad de la suya ortopédica.

En aquel sitio, lleno de atractivos,—una parte del cual, la más frecuentada y bulliciosa, representa el dibujo que encabeza esta página,—fué donde conocí á Juana, presentado por Tadeo, quien le hizo los elogios más absurdos de mí y de cuanto conmigo se relacionaba, creyendo halagarme y darse importancia al dármela á mí. No sé lo que ella pensó de aquellas ponderaciones, continuando sin alteración nuestra vida de baños templados y nuestras relaciones del mismo grado de temperatura.

Debían ellos quedar allí al rededor de un mes todavía; yo, unos quince días. El tiempo estaba bien distribuído: á las siete de la mañana, todo el mundo arriba; á las ocho, bien dormidos, bien bañados y bien entualetados, con arreglo á las circunstancias, al desayuno; luego, á la calzada, al bosque, á las ruínas, inseparables de todo sitio del género, á la cascada, al puente, á la montaña. De vuelta del paseo, un poco de música y otro poco de lectura, y en seguida, á almorzar; para empezar la misma existencia al cabo de un rato, hasta las diez de la noche, hora en la cual, con excepción de unos cuantos retardatarios, tomaba cada uno el caminode su alcoba.

¿Puede darse nada igual, más atemperado, más sencillo ó más sano? Y, sin embargo, no me sentía completamente tranquilo en medio de aquel cúmulo de condiciones favorables á la paz del espíritu.

Unas veces, en algún sitio apartado del centro de los hoteles y otros puntos favoritos de reunión, adonde había ido en busca de completo sosiego para entregarme á la lectura, me sorprendí con el libro cerrado entre las manos y el pensamiento muy distante de su contenido, aunque no habría podido decir, de habérmelo alguien preguntado, qué rumbos llevaba, porque yo mismo no lo sabía. En otras ocasiones, mientras la magnífica orquesta del balneario reunía á su alrededor á un público tan numeroso como distinguido, un sentimiento de profunda soledad invadía mi ser íntimo y escuchaba una música que no era la que allí se ejecutaba y me gustaba tanto, sin poderla definir netamente, sin embargo, ni colocarla con exactitud en el sitio de donde la traían mis confusos recuerdos. Y por la noche, retirado á mi aposento, el sueño, tan dócil hasta poco antes al llamamiento de los miembros fatigados, se hacía de rogar para venir, y cuando llegaba, traía consigo extrañas inquietudes.

Del otro lado de la ventana, la cascada vecina, que muestra el grabado; tan vecina que el polvo de agua producido por la caída humedecía los cristales, llenaba la habitación de un ruído fuerte pero no molesto, al menos para mí, que había elegido aquel cuarto,—á pesar de que con franqueza poco común en el gremio, el hotelero me señaló sus inconvenientes,—precisamente por la vecindad del torrente, el que con su voz poderosa y llena de misterios me hablaría de mundos desconocidos, halagando geniales fantasías.

Y sucedió que, lo que antes del estado de vaga intranquilidad al cual me he referido, constituía uno de los mayores encantos del lugar, se convirtió para mí, de la noche á la mañana, sin dejar de agradarme, en nuevo elemento de perturbación agregado á los que me trabajaban hacía días, rebeldes al examen.

¡Oh, la hermosa, la imponente, la estruendosa cascada! Han pasado muchos años desde que pasé á tu lado los inolvidables días en que estas páginas se inspiran; en muchos mares se ha dado de tumbos la débil barca, batida por las tormentas; el sol y la nieve han quemado la savia generosa, y solamente las memorias gratas tienen el poder de despertar el corazón y de hacerlo latir con la fuerza de otros tiempos.

Tú eres una de ellas. Como entonces, sigues rodando de la cumbre al abismo, imagen de la vida y del destino, entre breñas y peñascos. Como entonces, te quiero y te admiro.

***

Apercibido, aunque tarde, de lo resbaladizo del terreno, me apeo del burro romántico en que inconscientemente había montado, para decir á ustedes,—ya que es necesario decirlo todo, aunque no sea más que por propia satisfacción,—que tan pronto mi desazón se traducía en un deseo vivísimo de marcharme con el primer tren, aunque fuera de carga, como me adhería al sitio con clavos más fuertes que los que aferraron á Cristo en la cruz.

ARGOS.

(Continuará)

MI SUEÑO DE ANOCHE

El general Mitre bajó de su bicicleta,—venía del Rosario,—y se encaró con el doctor Pellegrini que estaba sentado en el umbral de la puerta.

—¡Quiero ver á Roca! — dijo con brusco y malhumorado acento.

Pellegrini se levantó, trémulo de timidez como siempre, y apenas pudo articular la respuesta:

—El general Roca está confesándose en este momento con el humilde padre Becco.

Y luego, haciendo un esfuerzo mayor aún, pero con los brazos cruzados y la vista fija en el suelo, añadió:

—Adentro hay otros que lo esperan, y si usted... si usted quiere... pasar adelante...

Mitre no aguardó más; requintóse la galera de felpa y, haciendo retemblar el suelo bajo su paso, atravesó el vestíbulo y penetró en el despacho donde ya estaban Irigoyen, Campos, José C. Paz. Magnasco, Alcorta, Rosa, Yofre, Civit, Frers y Rivadavia.

—¡Viva el general Mitre! ¡viva! — gritaron todos á una, apenas le vieron entrar, poniéndose de pie con muestras de la mayor adhesión y del más profundo respeto.

Hasta Paz. aunque acostumbrado á recibir ovaciones semejantes, se dignó inclinar modestamente la cabeza é incorporarse un tanto en su sillón.

—Gracias, pero basta de gritos!—gritó á su vez el general, que ocultaba la debilidad de su carácter bajo la impetuosidad de su palabra

Y se sentó junto al doctor Alcorta, á quien amaba por su abnegada adhesión á su partido.

—¿Conque no está Roca?—dijo medio afirmativa, medio interrogativamente.

—Sus prácticas religiosas...—dijo Rivadavia. —Pero ¡bah! ya estamos acostumbrados á pasarnos sin él... Por otra parte, no importa: aquí está Paz.

—¡Oh!—murmuró éste, ruborizándose hasta las orejas.—Ustedes me confunden y no sé cómo me he atrevido á venir...

—¡Sí!—exclamó Alcorta.—He tenido que usar de toda mi energía para vencer su indescriptible modestia... ¿verdad, Magnasco?

Magnasco, á quien su prematura calvicie parece haber hecho todavía más taciturno y más sobrio de ademanes, se limitó á hacer una ligera inclinación de cabeza. Por lo regular no podía arrancársele una palabra.

—¡Ca... ramba! Yo no sé que ¡ca... ramba! tiene este hombre!—gritó Irigoyen, fuera de sí como siempre, aunque no hubiese motivo.—¡Conteste usted, con mil diablos!

Civit lo llamó amistosamente al orden:

—Mi señor don Bernardo, todos sentimos mucho que usted se incomode; y si es posible que busquemos juntos una manera de dulcificar las... iba á decir las... asperezas, aunque no es tanto, las ...las pequeñas diferencias...

—¡Déjese de pavadas!—dijo Irigoyen encogiéndose de hombros. —A mí me gusta lo que es claro y terminante, nada más! Ahora vamos al asunto, y despachemos pronto!

Se trataba de declarar la guerra no sé á qué potencia. Alcorta la pedía á gritos, con gran contento de Frers, sordo como una tapia, pero más belicoso que nunca.

Pellegrini estaba tras de la puerta, no animándose á entrar.

A Irigoyen se le saltaban los ojos de las órbitas.

—¡Nada de tratados! ¡nada de camándulas! ¡nada de anfibologías!—gritaba.

De pronto, el general Campos irguió su esbelto cuerpo, y puesto de pie, dominando á la asamblea con su gallarda presencia, dijo en el estilo académico que lo distingue:



—Señores: Sombra es funesta de manzanillo para la viajera humanidad que, como sedienta caravana, en busca marcha de las fuentes puras del ideal que aplacará su abrasadora sed,—la guerra, fruto nefando de atrasados civilizaciones, y el militarismo, sombría y atávica herencia de siglos qne fueron como la negación de los nobilísimos instintos del hombre...

—¡Que se calle! — gritó Irigoyen indignado.

—¡Tiene razón! ¡Déjenlo continuar! ¡Abajo el militarismo! — vociferó Rivadavia.

Prodújose un escándalo indescriptible; todos, menos Magnasco, hablaban á la vez, con tal violencia que Pellegrini, más intimidado aún, escapó de nuevo á la puerta de calle. Todas las opiniones estaban en desacuerdo...

Allá á las cansadas hubo un momento de silencio que aprovechó el general Mitre para decir:

—Que decida Paz si vamos ó no á la guerra.

Y ¡oh milagro de la confianza en un hombre! todos á una gritaron:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Que decida Paz!

Este se levantó, más ruborizado que nunca por su insanable modestia, se negó con empecinamiento hasta que, vencido, murmuró por fin:

—Si ustedes lo exigen... lo haré, aunque no me gusta .. inmiscuirme en las cosas de gobierno. Lo haré; pero ya saben ustedes que yo jamás parto de ligero ni adopto una opinión sino después de largas y profundas meditaciones... Pido, pues... dos años para resolver...



En ese instante entró Roca, á quien se puso al corriente, por fórmula, de lo que pasaba Al saber lo resuelto, exclamó:

—¡Dios sea loado!

Y cayendo de rodillas alzó los ojos al cielo, y gruesas y piadosas lágrimas de agradecimiento á la Divina Providencia corrieron por sus sonrosadas mejillas.

ARLEQUIN.

MI PEQUEÑO ARLEQUIN



Allá en los años alegres de mi infancia, cuando me gustaba engalanar mi cuartito de estudiante con regalos de tías y parientes, tenía yo una rinconera, y sobre la rinconera una repisa, y sobre la repisa un precioso Arlequín, hecho en madera y vestido de yeso, y con la sonrisa más pícara del mundo sobre los labios.

Nada era tan mío en mi casa como mi Arlequín: él asistía á mis tareas de Cortázar, de Balmes y Duruy, inspiraba mis balbuceos poéticos y disipaba al fin y al cabo con su alegre sonrisa mis raras melancolías.

Un día que se habían sacado los muebles al patio para sacudirles el polvo, se presentó en el zaguán de casa una pobre vieja á pedir limosna.

Arlequín resplandecía de malicia bajo el claro sol matinal, parado sobre una mesita, con su alegre traje á rombos y su cara pintada.

La anciana, llena de gratitud por el atado de trapos viejos con que mi santa madre socorría su miseria, la dijo con voz entrecortada dirigiéndose á mi Arlequín:

—A este santo, señora, le voy á rezar por usted!...

Cuánta gracia pícara llenaba los ojos y los labios de mi Arlequín en aquel momento, no lo encarecen mis lejanos recuerdos; pero me atrevería á jurar que en sus negras pupilas inmóviles clareaba algún pensamiento divertidísimo.

Arrullo de cascabeles ahogando acaso suspiros ó encubriendo estulteces... tal vez llegaban á su oído bandadas de risas cortadas de besos .. ó quizá, y esto es sin duda lo más probable, se alegraba sinceramente de haber hallado por fin un alma buena que lo tomara por santo.

¡Mi Arlequín!

Mendoza, Mayo de 1899. JULIO LEMOS

EL AZAHAR DE ORO

No nos ocuparemos de bodas de menor cuantía; ésas se festejan solitas, y bien que les va con ello.

Entre las notables de la semana figura en primera línea el enlace de la señorita María Luisa Martinez Chas con el doctor Alberto Leloir.

Fot. ARLEQUIN



Nuestro fotógrafo ha sorprendido la pareja, rodeada de amigos y curiosos en el momento de salir de San Ignacio, donde monseñor Terrero había bendecido su unión entre guirnaldas de azahares y blancas flores, y acompañado por las notas amorosas de la orquesta de Marchal.

Casándose con tales
esplendideces,
dará ganas de hacerlo
diversas veces.

DE LA RISA

La risa no es solamente el privilegio exclusivo del hombre, es un producto social. Adán y Eva no aprendieron á reír hasta que tuvieron hijos; únicamente la serpiente pudo haber sonreído ante la singular aplicación de las hojas de parra ideada por la primer modista, pero las serpientes no ríen...

Con el andar del tiempo la risa ha venido á ser la más continua aspiración humana, y puede decirse que el hombre no llora sino cuando colije que ya no es posible reír. Ello no impide que la risa sea tenida en menos, y se haga entre dos carcajadas el elogio de la seriedad; en realidad, todos huyen de las personas adustas y buscan empeñosamente la compañía de la gente risueña.

El hombre reprime la risa cuando está solo, como si la imaginación — fuente de toda risa— no pudiera reír sino con el pretexto banal de una compañía! Así se observa que dos personas al encontrarse, lo primero que hacen es reír; la costumbre ha arraigado tanto, que aun tratándose de saludos á la distancia, el que más se agradece es aquél que muestra mayor número de dientes.

No se desconfía de la risa de un conocido: se presume siempre que no ríe de nosotros; sucede lo contrario con cualquier desconocido: siempre se supone que ha de ser de nosotros. Esto afirma la modestia de las gentes; se reconocen ridículas á los ojos de los indiferentes y confiesan implícitamente que se necesita la complaciente atenuación de la amistad para disimular sus defectos.

Las mujeres ríen más á menudo que los hombres, pero éstos suelen hacerlo más intensamente. El humorismo es condición masculina; la mujer no alcanza sino al buen humor. Ha podido decirse con fundamento que la mujer que ríe está desarmada, aun cuando no sea bajo la presión de las cosquillas que haya resuelto abandonarse á su destino.

El humorista es el más cortés de los altruístas, y el hombre aburrido el más pesado de los egoístas.

La seriedad debe ser breve si quiere ser tomada á lo serio; la lágrima es noble y el sollozo conmovedor mientras no se repite. La belleza es indispensable para evitar el ridículo del llanto en un rostro convulsionado por el dolor. La escultura, aun más que la hermosura de Niobe, contribuye á ennoblecer su pena porque es la petrificación de un sollozo, de uno solo, la inmovilización eterna de un breve espacio de sufrimiento agudo.

El libro, la conferencia, la conversación de un autor aburrido son formas de tropelía propias del hombre delincuente civilizado, tan comunes que casi nadie para mientes en ello; y la gente que vive en sociedad, continuamente expuesta á caer en las emboscadas apenas disimuladas entre los juncos que atraviesa, no tiene otra defensa que la vista, el olfato y la ligereza de las piernas. Sin embargo, el crimen se realiza á menudo y constantemente, y difiere de los otros, en que no se consuma en silencio; el crimihabla, gesticula, hace ruído, parece complacerse en marear á su víctima antes de asestarle el golpe postrero; la perfidia le lleva á dirigirlos todos á la cabeza, calculados para desgarrar el cerebro sin machucar el cráneo; el miserable es prudente, no quiere tener que habérselas con la justicia, y su puño de hierro traidor está envuelto en la gamuza de un guante.

Ningún mortal evita estos dos tributos: el ridículo y la muerte. Hay personas que son siempre ridículas y otras que no lo son sino á menudo. Las más ridículas son aquéllas que saben serlo ingenuamente, con toda el alma; lo que no impide que haya conscientes, es decir maliciosos, que caigan en ridículo por el afán enfermizo de no incurrir en él.

Los griegos, por hallarse en la adolescencia de la civilización debieron delegar en la máscara cómica y en la máscara trágica la mueca que su rostro sereno era incapaz de hacer; la civilización moderna ha podido ejercitar sus músculos faciales y arrojar por inútil la máscara ingenua de sus antepasados; los profesionales del dolor y de la risa, los plañideros y los llorones, los payasos y los histriones han sobrepasado el capricho, la exageración y la fantasía de cualquier careta. El espejo de Darwin sirve lo mismo para arreglarse el espíritu y la corbata.

E. Schiaffino.

Dr. ANGEL JUSTINIANO CARRANZA

Fotografía de Freitas & Castillo.

Como un recuerdo á la memoria del doctor don Angel J. Carranza, cuya vida estuvo consagrada al estudio de nuestra historia y nuestro *Folk-lore*, publicamos el último retrato del distinguido ciudadano.

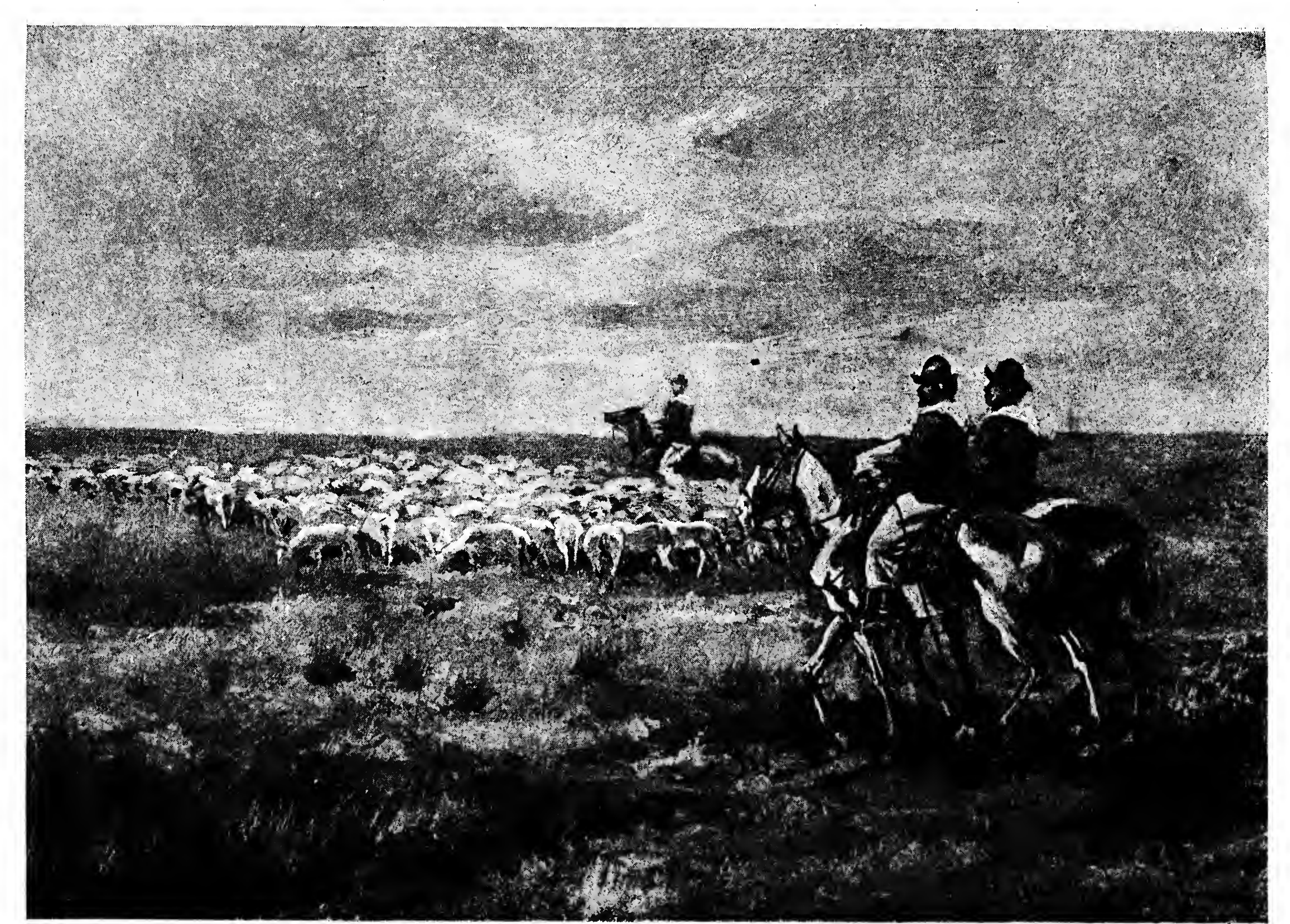
Lo acompañan los miembros de la Junta de Historia y Numismática que preside el general Mitre, señores (comenzando por la izquierda) Antonio Cadelago, Julián Miguens, Dr. Adolfo Decoud, Alfredo Meabe, el doctor Carranza,—motivo de la publicación—el doctor Jorge Echayde, el general Mitre y el señor Alejandro Rosa, en cuya casa se celebraba la reunión.

POLITICA PLATENSE



EL ÚNICO REMEDIO

CAMINITO AL MATADERO



Comp. y dibujo de Campabadal.

¡Honor al talento!

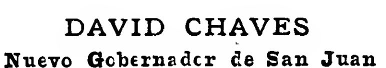
En Buenos Aires no se honra á los intelectuales!... Es una de las frases de cajón que salen á relucir á cada dos por tres, en libros, diarios y revistas. Sin embargo, nada más ingrato, más perverso y más falso. Entre muchos otros honores que se disciernen á literatos y periodistas, amén de las fabulosas ganancias que cosechan, nótase en primer término los que les tributa modestamente la Municipalidad, que de algún tiempo á esta parte viene dando sus nombres á las vías públicas, y haciendo que, aún en vida, sepan que han de pasar á la posteridad . . .

¿ Lo dudan ustedes? Pues recorran la siguiente lista, incompleta aún, pero demostrativa del aserto:

Alvarez
Argerich
Arias (Chavarría)
Arredondo
Avellaneda
Belgrano (C. Vega)
Bermejo (Antonio)
Cabral
Cabrera (Genes)
Carrasco
Castro
Correa (Luna)
Díaz
Dupuy
Escalada (Miguel)
Filiberto (de Oliveira César)
Fonrouge
Freire (Jaimes)
Granada (Nicolás)
Guido
Gutiérrez
Holmberg
Lopez (Obanza)
Lugones
Mansilla
Manzanares
Martín García (Mérou)
Montes de Oca
Moreno (Godínez)
Muñiz
Obligado
Ocampo
Pacheco
Pico
Pintos
Pizarro
Portela
Posadas
Quesada
Ramos
Rivera
Sarmiento (Aug. B.)
Seaver (Seeber)
Soria
Suárez (Orozco)
Uriarte
Varela (Ortiz)
Viedma (Biedma)
Zeballos.

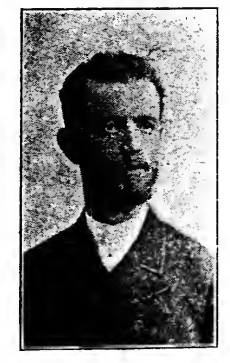
¿ Quién, después de esto, no querrá dedicarse á la literatura y al periodismo, fuentes inagotables de fortuna y de gloria?

PIERROT.



DAVID CHAVES

Nuevo Gobernador de San Juan



El 12 del corriente tomó posesión del cargo de gobernador de la provincia de San Juan, prestando el solemne juramento de práctica (no jurar mi santo nombre en vano), el señor David Chaves, que mucho tendrá que hacer si quiere que San Juan vuelva á las antiguas intelectualidades del tiempo de Sarmiento.

San Juan está cargada de bonos, buenos para la colección de Argos... ó poco falta; tiene estampillas para los cigarillos, más grandes y mas baratas que las nacionales, y cuenta con otras mil lindezas por el estilo.

Nada de política, fuera del círculo del gobierno, y el mosto que llega para fermentar en el estómago de los porteños (para lo que merecen los porteños!) completan el amable cuadro de la provincia cuyo gobierno inicia el señor Chaves.

Demás está decir que ARLEQUIN confia en sus buenas intenciones, pero que no olvida lo de que "de buenas intenciones . . ." etc.



ARLEQUÍN CRIOLLO

Buenos días, ARLEQUÍN. Te esperaba. Harto de los garabatos de tanto escritor amorfo con fanfarronerías de cáustico, creí siempre que un buen día vendrías tú á recrearnos el espíritu. No podía haberse perdido aquel viejo buen humor argentino que hizo famosos á nuestros curas provincianos, ni aquella gentil gracia porteña, encanto de los salones que frecuentaba Alberdi. ¡Arlequín! No pudiste encontrar mejor tipo en toda la redondez de la tierra, para encarnar el alma de este país. La traviesa figura italiana tomará carta de ciudadanía entre nosotros, acrecentando su expresión con un alto simbolismo que no tenía originariamente. ¡Arlequín! Cómo encarnan tus losanges verdes, rojos, azules, blancos y demás colores, el cuerpo y el alma de esta Cosmópolis! Tu ingenio encontrará aquí muchas paradojas que hacer; tu astucia bastantes enredos que sacar á luz; tu bufonería infinitos donaires que decir; sin perjuicio de que, por otra parte, nos engañes siempre con tu aire bobalicón...

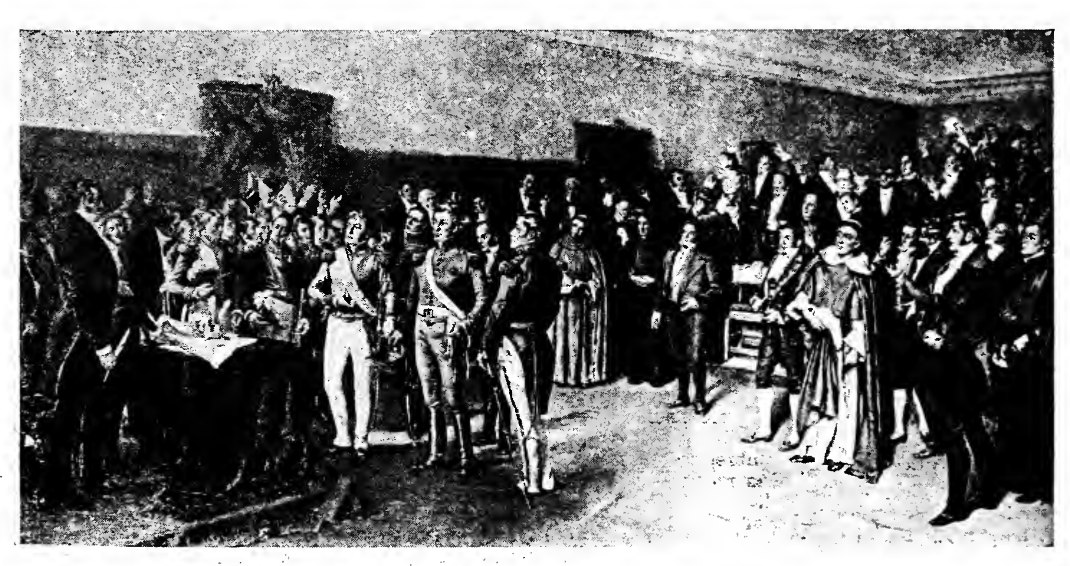
Eres nuestro, Arlequín. Como otros muchos y buenos italianos, harás fortuna entre nosotros. ¿No es más vasto teatro éste, que el de la escena que te vió nacer? Aquí tienes, para señalar con el índice, las pasiones y enfermedades morales de todas las razas, y una agrupación de gentes y de cosas *sui generis* que te dará amplia y novísima tela en que cortar, sin permitirte un punto de descanso.

Así, pues, reiremos contigo de todos los adefesios nativos é importados. La risa es sana, y no hay cosa mejor para recrear el espíritu. Tu intencionada frase hará mover ampliamente el nervio facial, y sus fibras motoras animarán los movimientos expresivos de la fisonomía. La parálisis de ese nervio inmoviliza la mitad de a cara, y se diría que hace rato estábamos riendo á medias ..

Tú nos harás reír de veras.

CARLOS PINTOS.

EL CUADRO DE GIUDICI



PRESENTACIÓN DE SAN MARTIN AL SOBERANO CONGRESO DE 1818 *Fot.* ARLEQUÍN

Fot. ARLEQUIN



¡LA MERCED EMPAREDADA!

Es la gran curiosidad
del centro de la ciudad
la improvisada pared
que nos cubre la Merced
con verdadera fealdad.

Ocurrencias de un pintor
—un verdadero primor—
modesto á más no poder,
que no quiere hacernos ver
qué pinta y de qué color.

Pero (no es irreligión,
irreverencia, ni nada)
la iglesia en tal situación
parece vieja pintada
de las que usan armazón.

EL PASEANTE EN CORTE.

LA MAGIA DEL MARINERO

HAY algún ser más desgraciado que un burro de carga ó de tiro? ¿Lo hay?...

El de mi cuento parece opinar por la afirmativa.

Tiraba, allá, junto á la dársena, de un carrito cargado hasta los topes por un carrero inhumano, más amigo de propinas que de los preceptos de la Sociedad Protectora de Animales. Es decir, no tiraba, porque filosóficamente había resuelto no dar un paso, ni para atrás ni para adelante, convencido de que era una injusticia y un abuso obligarle á arrastrar semejante cargamento. También los burros saben á veces reivindicar sus derechos, encastillarse en la protesta pasiva, y sostener una oposición á todo trance que, si fuera tan duradera como firme, daría al traste con el más fuerte gobierno carreril.

—¡Arre! ¡borrico! ¡arre!

Aunque la voz del carrero fuera subiendo de tono y el látigo comenzara á chasquear con silbidos de más en más amenazadores, y aunque ya una y otra vez le hubiera surcado los lomos, dejándole una raya blanquecina en el pellejo, el burro no se movía.

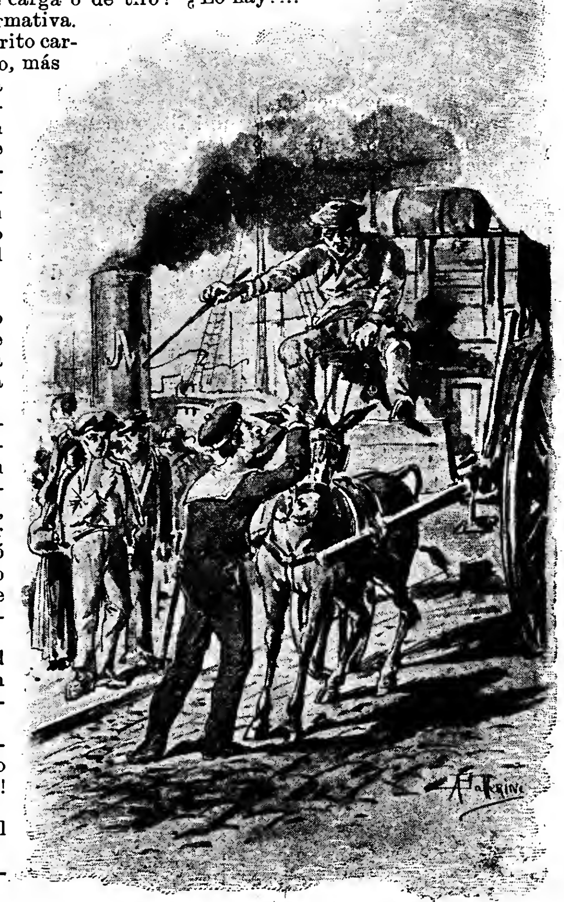
El amo iba entusiasmándose poco á poco, arreciando y menudeando los golpes, y sazonándolos con imprecaciones que ya pasaban de castaño obscuro, sin conseguir que el animalejo hiciera otra cosa que menear las largas orejas y la cabezota misantrópica, como diciendo que entre dos males había que elegir el menor. La gente que pululaba en la dársena formó corro al rededor del empacado animal, comentando su testarudez y la crueldad del carrero, cuyo brazo se levantaba y bajaba, látigo en ristre, con la regularidad y la rapidez de una máquina de vapor.

—¡Eh! ¡no sea así! ¡No castigue de ese modo al pobre animal! gritó de pronto indignado y sin poder contenerse un marinero de la armada argentina que estaba entre los circunstantes.

—¡Cómo que no le pegue!—gritó rojo de ira el carrero sin cesar en el torturante vaivén del látigo—¡No he de perder la *changa* porque á él se le antoje! ¡qué canastos!

—Pero hay otros medios—dijo conciliador el marinero.

—¡Pucha que sí! Quisiera verlo haciéndolo arrancar...



No esperó más nuestro hombre; se lanzó á la cabeza del burro, le murmuró unas cuantas palabras en la oreja, y por poco cae bajo las ruedas del carro: tan violenta arremetida dió al oirlo el borrico, que siguió corriendo como alma que se lleva el diablo.

La gente, admirada, rodeó al marinero. ¿Qué había dicho? ¿Qué palabras mágicas eran aquéllas? ¿Qué oculta virtud tenían?... El se hizo de rogar, y allá á las cansadas, sentenciosamente, contestó:

—¡Le dije que si no tiraba lo iban á... meter de marinero en un buque de guerra!...



LA PETITE GUERRERO

—Beba usté su *cañita*, y de seguida irá esa historia que pide el malicioso ARLEQUIN.

—Bien, gracias!... Brindo por ustedes, por toa esta compañía y por sus piececitos de usted!...

—¡ Vamos... señó gachó !... ¡ qué gracia tiene !

—Pues... míe usté... Yo nací en Barcelona ¿sabe usté?... En el barrio de Gracia ¿sabe usté?... Pues... como iba iciendo, entonce fué que yo y mi hesmana... digo, la *Belle Guerrero*... ¿sabe usté?... Que, como consiguientemente, es mu amiga de la *Belle Otero*... ¡Vamos! Cómo que yo, mi hesmana y ella, y los *amigos* de ella... ¡Vamos!... nos pusimos á trabajá... y ahí tiene usté cómo del Eslava fuí á tierra de Francia, Pirineo arriba, y con los trastos á Parí. Entonce tenía quince años, cuando encomencé á *menear* tangos en el Cirque d'Eté y en el Olympia ajunto de mi hesmana. De Parí, pasé á Moscú y aluego á Bérgica y aura me tiene usté en Parí de América, pa lo que guste usté mandá..... ¡Vamos!... ¿Entiende usté?... Conque, de seguida he acabao, y aura abur y salú pa ARLEQUIN.

—Pues... se agradece en nombre de ARLEQUIN.

Sin duda, la *Petite Guerrero*, llegando á los dieciséis años á ejecutar los primores del baile andaluz modernizado por Carmencita, la Otero y la hermana, la *Belle Guerrero* como la llaman allá en París los noctámbulos, —ha realizado el *record* en su exigente género.

Más tarde, cuando los ejercicios de su danza le dén mayor desarrollo físico y mayor *experiencia*, la *Petite Guerrero* formará triunfalmente entre esas brillantes mariposas de luz que, con la Cleo de Merode á la cabeza, hacen pensar á sus admiradores con los pies.

CUENTO VIVO



No sólo de asuntos divertidos y de cosas que hablen puramente al alma por la vía del arte gráfico y literario, ha de tratar ARLEQUIN. También puede hablar en serio, y sobre las graves cuestiones que llegan igualmente al alma, pero por distinta vía: por la del bolsillo. Dentro de su extensísimo programa: ser agradable y útil, le sobra voluntad para satisfacer á aquéllos de sus lectores que, al par de ilustrar el entendimiento y recrear el espíritu con los casos y cosas de la vida ajena, quieran, haciendo algo por la propia, sacar de sus relaciones con ARLEQUIN un provecho más positivo que aquél, un provecho material y tangible, *práctico*, en fin, en el sentido moderno de la palabra.

A estos lectores, á ellos especialmente, está dedicada esta sección, no menos interesante quizás, bajo su aspecto propio, que las anteriores. Su objeto, altamente positivo, es llegar sencillamente al resultado de que, con un poco de ingenio y con otro poco de diligencia, cualquier lector de ARLEQUIN esté desde hoy en condiciones de hacerse pagar, á veces espléndidamente, lo muy poco que ARLEQUIN le cueste. Le bastará acertar con la solución de cualquiera de los variados problemas que le serán presentados semanalmente, y enviar á la Dirección de ARLEQUIN esa solución, autorizada con su firma y con su domicilio, antes de las 12 de la noche del martes de cada semana; el firmante de la primera carta que se abra y que contenga la solución acertada, será el favorecido con el premio correspondiente. El resultado de cada concurso se publicará en el número inmediato, y al conocer ese resultado los beneficiados deberán ocurrir *personalmente* á la Administración de ARLEQUIN, donde les serán entregados sus respectivos premios.

He aquí ahora los problemas con que ARLEQUIN inicia su interesante serie de concursos:

Concurso No. 1

El centavo perdido

Una mañana entran juntas al mercado dos vendedoras, cada una con un cesto que contiene treinta manzanas; una de ellas ha resuelto venderlas á 2 por 1 centavo, y la otra á 3 por 1 centavo también.

Pero antes de empezar la venta, una necesidad imperiosa, que la obliga á ausentarse, asalta á esta última, y deja encargada á su compañera de la venta de sus manzanas.

—¡Ya sabes que yo las doy á 3 por 1 centavo! —le grita.

—Sí; —dice la otra. — Las juntaré todas y las daré á 5 por 2 centavos ¿no es eso?

— Eso es.

Y así lo hace, con tan buena suerte que, al volver su compañera, todas las manzanas han sido vendidas.

— Mis 30 manzanas á 2 por 1 centavo son 15 centavos que me corresponden, —dice la vendedora. —Toma los 9 que te tocan á tí.

—¡Cómo 9 centavos! — exclama la otra.— Mis 30 manzanas á 3 por 1 centavo son 10 centavos justos.

— Pues no tengo más. He vendido las 60 manzanas á 5 por 2 centavos, y la cuenta es clara: me han dado 24 centavos, de los cuales me corresponden 15, y á tí no te quedan sino 9...

En vano protestó la otra. Efectivamente, se había perdido un centavo, pero ella no quería cargar con la pérdida.

Ahora bien: ¿cómo y por qué se había perdido el centavo?

El firmante de la primera carta que contenga la solución acertada de este problema será obsequiado con un magnífico reloj con horario universal, que puede verse desde ahora expuesto en las vidrieras de la joyería del señor Manuel Escasany, Florida 96, y cuya fotografía reproducimos aquí.



Reglas para los competidores

Las cartas que se envíen á la Dirección de ARLEQUIN conteniendo soluciones deberán llevar siempre en el sobre, para poder ser distinguidas, la indicación del número del concurso á que se refieran. Para esto convendrá recortar y pegar sobre ese sobre la viñeta que presentamos á la cabeza de cada problema.

No serán tenidas en cuenta las comunicaciones verbales: todas deben ser escritas; y serán desestimadas las que, por cualquier causa, se recibieran después de las 12 de la noche del martes de cada semana.

ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORISTICO ILUSTRADO

Aparece los Sábados — Unión Telefón. 1955

Precios de Subscripción (Pago Adelantado)

	Ciudad	Interior	Exterior
Por 3 meses	$ 2.50	$ 3.00	$ 4.00
„ 6 „	„ 5.00	„ 6.00	„ 8.00
„ un año	„ 9.00	„ 11.00	„ 15.00

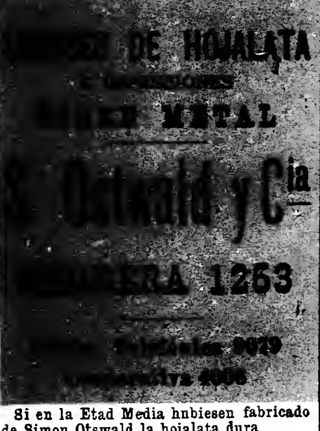
Número suelto: En la Capital: 20 centavos. En el Interior: 25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle Florida 67 — Buenos Aires







Si en la Etad Media hubiesen fabricado
de Simon Otswald la hojalata dura
no hubiera caballero ni soldado
que llevase otra especie de armadura.
Impresa es bella como un cuadro, encomia
el universo su arte y su relieve.
Y conservada en ella, hasta una momia
al sacarla revive, habla y se mueve!

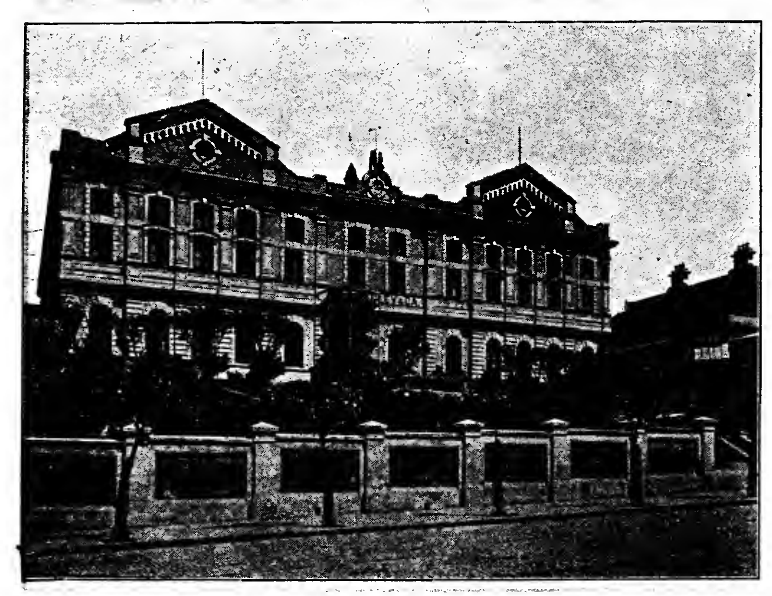
GRAN ALMACEN PERELLI

SANTA FÉ, 2400

esquina Larrea



Vendo vino, salchichones,
jamón, conservas en lata,
bacalao, betún, jabones,
té, café, aceite, morrones...
y mi casa es tan barata
que por poquísima plata
hay allí... hasta indigestiones.



M. S. BAGLEY

& Cia. Lda.

Unicos Fabricantes de las



LOLA La Reina de las Galletitas.

HESPERIDINA Es el licor mas favorito del público.

DULCE DE NARANJA Delicado y saludable manjar.

205 Avenida Montes de Oca

Buenos Aires

ARLEQUIN



En la cuestión judicial,
que es del tiempo del farol,
con un discurso marcial
puso los trapos al sol...
tan sucios que huelen mal.

ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORÍSTICO ILUSTRADO

DIBUJANTE: JOSE M. CAO — DIRECTOR: ROBERTO J. PAYRÓ — ADMINISTRADOR: A. COSTA ALVAREZ

AÑO I. — Buenos Aires, 27 de Mayo de 1899 — N.º 2.

LA INFLUENCIA DE COLOMBINA

Tengo sobre mi mesa rimeros de cartas: unas son perfumadas y de letra menudita, obra indiscutible de mujer; otras toscas y con olor á tabaco; las de más allá, comunes como cualquier epístola de las que se reciben diariamente pidiendo dinero ó cosa que lo valga. Todas, como es natural, se ocupan de mí...

La modestia me impide entrar en ciertos detalles, enumerar los aplausos, clasificar las demostraciones, y, como tantos otros, hacer de mi periódico portavoz exclusivo de la naciente y ya ruidosa fama que me rodea: mi única aspiración es la mano de Colombina, no la gloria que se lleva el viento, y puedo sin sacrificio doloroso renunciar á la inútil vanidad de exhibirme como grande hombre... cosa fácil, por otra parte, para cualquier Arlequín, aunque no tenga mis méritos.

Pues, iba á esto: entre las cartas hay una de la misma Colombina, cuyas consecuencias me hacen vislumbrar inmensos horizontes de ventura, y me abren de par en par las puertas de la esperanza.

"Arlequín:—dice—Has comenzado bien, sólo que debieras haber comenzado al revés. Si te pones en contra de los que ganan dinero,—mal ganado, pero buen dinero,—¿cómo supones que en los tres meses y tres semanas que te faltan habrás conquistado tu posición y mi mano con ella?"

Fuí á verla inmediatamente, y la encontré sentada junto al balcón, pensativa, pero no triste ni ceñuda.

—Te esperaba, Arlequín,—dijo al verme, tendiéndome su blanca mano.

Me arrodillé y le besé la diestra como un Cyrano fin de siglo, y luego me senté, clavando mis ojos en sus pupilas de amatista, llenas de fulgores.

—He recibido tu carta y no la comprendo muy bien;—murmuré fascinado por sus miradas.

—¿Eres argentino?—preguntó ella, como eludiendo la contestación.

—Ya sabes que me he naturalizado...

—¿Y basta para naturalizarse pedir un papel ó documento que la ley acuerda á quien lo solicita llenando ciertas vagas condiciones? ¿No es acaso necesario amoldarse á las costumbres, las tendencias, las aspiraciones, las comodidades, los usos y hasta los vicios del país que se adopta como patria? Si eres un cafre y te naturalizas, si eres un parisiense y lo haces, ¿no te comprometes por ello á no ser "mosca en leche" como se dice aquí? ¿A no seguir cafre, á no continuar parisiense?

—Hablas como un libro, Colombina, pero no sé á qué viene todo eso.

—*Eso* va á la caricatura, á la cuestión judicial que has tratado con ceguedad de niño recién nacido.

—No veo...

—¡Claro! si eres ciego! Tu antifaz debió ser venda, como la del amor y la justicia... ¡pobre Arlequín!... Oye: ya sabes que te quiero bien y deseo que aproveches tus tres meses y tres semanas; para ello es menester que te hagas completamente argentino y bailes al son que te toquen...

—Pues en la cuestión que dices creo haber acertado, y de lleno! afirmé. La opinión pública se ha manifestado con un calor!...

—No hay opinión pública—dijo Colombina categóricamente, cruzando las piernas con un ademán lleno de gracia.

—Sin embargo, *eso* ha hecho que el gobierno vuelva sobre sus pasos, quitando á Varela el libro ridículo que le encargó... para darlo á otros, porque no se vea muy claro el subterfugio.. Los presentes autores son los únicos beneficiados, pero la opinión pública ha obtenido un triunfo!...

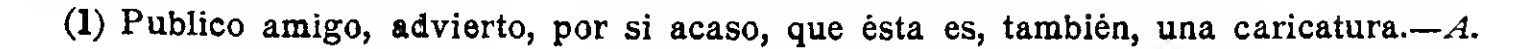
—¡Desgraciado! ¿supones que vá á haber siquiera juicio político? ¿Te imaginas que una manifestacioncilla de estudiantes y una reunión de abogados jóvenes y bulliciosos bastan para conmover el país? ¿Crees que los esfuerzos de *El Nacional*, que inició la campaña, y los del resto de la prensa que los ha secundado—salvo honrosas excepciones, *et pour cause*—valen para curar de raíz males crónicos que lejos de disminuír progresan lentamente? Díme, infeliz criatura, ¿te has olvidado del 90?

—El 90! el 90! ¿Qué tengo yo que hacer con el 90?

—No te apartes de la cuestión. El pueblo duerme; de él no hay que esperar nada. En cambio, puedes esperarlo todo del gobierno, en sus tres ramas: ayúdalo decididamente, Arlequín, sin perderte en líricas disquisiciones. Hazte argentino hasta la medula de los huesos; sé práctico... Los mismos que batallan en contra de estas ideas te muestran el camino; y sino, recuerda el final del discurso-anatema del Dr. Lobos...

Arlequín

(1)



(1) Publico amigo, advierto, por si acaso, que ésta es, también, una caricatura.—*A.*

—Pero...

—No hay pero que valga!... ¿Quieres casarte conmigo?

—¡Oh! Colombina, y tú me lo preguntas!

—Pues tienes que ajustar tu conducta á la razón...

—O á tu capricho; haré cuanto quieras!

—En primer lugar, argentinizarte.

—Bien.

—No meterte á destapar nada.

—Convenido.

—No criticar á quien pueda más que tú.

—Perfectamente.

—Ser frívolo.

—Sí.

—Llamar energúmenos á cuantos ataquen algún sistema establecido, en cualquier rama del gobierno.

—¡De mil amores!

—Repetir á todo trapo la luminosa frase del general Roca.

—¡Con entusiasmo!... pero ¿cuál es?

—Apúntala, Arlequín, para que no se te olvide.

Y apunté: Estos mozos porteños son muy vivos, pero me atengo á mis mulitas provincianas.

—¿A quién se refería?—pregunté á Colombina, á riesgo de enfadarla con mi interrupción.

—¿A quién ha de ser sino á sus ministros porteños, después del discurso del de Agricultura? Bueno: además, dirás que es blanco lo negro.

—De acuerdo.

—Que las finanzas marchan bien, que el país prospera á vista de ojo, que el crédito se afirma que es un gusto, que en las provincias no hay pobres, que en Buenos Aires se atan los perros con longanizas, que en el ferrocarril al Neuquén no ha habido el más mínimo negocio, que era necesario que el "9 de Julio" encallara, y que el honor del país reclama que antes de lavar en público los trapos judiciales, se dejen tan sucios como antes, ó se ensucien más...

—¡Lo juro, Colombina!

—Si así lo haces, no te faltarán protecciones, y hasta quizás puedas echar tu manotón por ahí... Entonces, Arlequín mío, habrá llegado la hora de nuestra felicidad.

...Por eso dije en un principio que vislumbro inmensos horizontes de ventura.

Arlequín.

—

Nota.—Este es mi artículo de las notas. Si se ponen postdatas á las cartas ¿por qué no ponerlas á los artículos, sobre todo si llevan también el sello del autor? Pues, iba diciendo que casi, y más que casi decidido estaba á echar la capa al toro por la exigencia de Colombina, cuando ha venido á rozarme con impalpables alas el pensamiento y el recuerdo de lo que simboliza este mes de Mayo para los hijos nativos ó adoptivos de la República Argentina, madre fecunda y buena... demasiado buena! Y me he dicho que no, que no puede ser, que no hay que claudicar, que no debo buscar el éxito, ó una manera de éxito, ni adulando á los poderosos ni sirviendo las bajas pasiones de mi amigo el pueblo, del cual salgo y al cual pertenezco, pero que tiene defectos como el gobierno vicios. ¡Oh! Colombina!... renunciaría á tu mano antes que renunciar á mis ideales, y mucho más cuando tremolan al viento las banderas que anuncian nuestro regocijo de pueblo independiente... porque en estos días, hasta los arlequines sienten que algo les suena dentro del pecho... ¡Oh! Colombina! ¿no has experimentado tú también, algo así como los arrullos de los nidos que se forman?...

Yo sí, mi amiga; descreído y todo, en estos regocijos de Buenos Aires no encuentro, por más que lo busco, pero sé que existe, un poderoso hipnotizador que me subyuga, me enternece, y me dá ganas de salir también tras de la banda, gritando como un desesperado un ¡viva la patria! que no le iría en zaga á los más calurosos del tiempo de la independencia...

—Extrangero! dirá alguno.

—¿Extrangero? ¡Más extrangero será usted!—contestaré yo, como aquel buen paisano de adopción mío, al francés que así lo señalaba en París.—¡Yo soy criollo puro!...

—

Otra.—Tomasito Buena Fe, y el encargado de las actualidades, me han dado dos comisiones para el público: pero ahora que recapacito, no sé si me dijeron que los libros serían más abundantes y mejores desde el número próximo, y que hablarían de las fotografías que se les enviara, con tal de que fueran aceptables, ó si me juraron que los libros iban á ser horrorosos y escasos, y que no se hablaría sino de fotografías inadmisibles. Allá ellos. Yo sé que se trata de alguna innovación, de alguna mejora, pero ¿por qué no lo cuentan ellos mismos?

—

Otra.—Hago al movimiento actual contra la mala justicia, la buena justicia que merece, y no creo amenguar sus méritos diciendo que una de las cosas mejores que hasta ahora ha producido es la supresión del libro destinado á la Exposición de París.

Falta ahora que el gobierno, sacando todo el partido que debe de tan feliz coyuntura, persevere en el buen camino y economice los miles de pesos que exigiría la ejecución del trabajo, fuese quien fuese su autor.

La sesión fiambres del gran concurso perderá, tal vez, una muestra notable del género, pero el país ganará en el concepto de los que han creído de buena fe que no íbamos á la fiesta porque no queríamos hacer en ella un papel ridículo.

—

Otra.—Se prohibe el juego en los bodegones, cafetines y trastiendas, aunque sea por maní ó de balde, y se juega hasta descamisarse en los grandes hoteles, en los clubs, en los cafés de tono, en la Bolsa, en los sports, y hasta en la casa de gobierno, ó sus dependencias como la administración de la lotería.

Esto y cobrar coimas (vulgo patentes) á las jugadas, será muy legal pero es muy feo.

No hay que olvidar que los pobres son también gente, con iguales derechos y más duros deberes que los ricos, no siendo culpa de ellos si entre las ruletas de toda clase del gran mundo y el truquito de las esquina por el paquete de cigarillos ó la copa, tienen que optar por éste último para divertirse un rato después del trabajo.

Ellos también pondrían una lotería para ganar á la fija, si lo permitiera el timbero mayor.

O irían á la Opera, á oír la Walkyria, si la Policía, para no incomodarse cuidando del orden en los almacenes y otros negocios de menor cuantía, les diese con qué pagar la entrada, aunque fuese al *Paraíso*, que es, en el teatro, lo que menos cuesta.

—

Otra y última.—Las cartas de que hablo más arriba,—el rimero de mi misa,—vienen dirigida á Payró, á Cao, á Costa Alvarez, al director, al administrador ó á cualquier otra persona... Debo advertir, una vez por todas, que en estas páginas no hay mas personas que yo, Arlequín sin don, ni artículo, ni nada, y que quien quiera evitar confusiones, debe poner mi nombre á secas.

Demostraré que no hay más que un Arlequín con una simple pregunta.

—¿Quién aspira á ese título.... sin periódico?

Vale.

UN CRIOLLO EN PARÍS

Joven, rico, y en París, ya se imaginan ustedes lo que haría y lo que querría hacer Pancho, acabadito de llegar de Buenos Aires.

Los primeros meses pasaron como un soplo y le costaron un dineral. Era... ¿cómo lo diré?... bastante ingenuo, y se aturdió creyendo divertirse; le dieron cien veces gato por liebre, fué blaneo de petardistas, filón de fonderos, cabeza de turco de burlones, alcancía de *garçons*, nabab de mujerzuelas, *rastaquouère*, en fin, de lo más selecto y perfeccionado.

Sus compatriotas y algunos parisienses gozaban de él de dos maneras: oyéndolo y aceptando sus ostentosas invitaciones. En el boulevard á la hora verde, en el restaurant en seguida, en el Moulin Rouge ó en Folies Bergères por la noche, y en el *cabinet particulier* después, Pancho derrochaba con ellos su talento, aderezado, felizmente para él, con una salsa espesa de patacones.

Pero en aquel cielo espléndido había un nubarrón, tenaz, implacable: Pancho no lograba, no podía, no podría nunca aprender el francés. Todo esfuerzo era vano: no lo entendía, no recordaba una miserable palabra de aquel miserable idioma! A lo más que llegó fué á pedir en pleno restaurant, y con voz estrepitosa, dos huevos pasados por agua, en la siguiente abracadabrante forma:

—Degüef! De güef, de galín, blan, pasé par l'o calán!



En las cenas nocturnas, su ignorancia forrada en tontería servía para las burlas de invitadas é invitados.

—Es un asno albardado!—exclamaba uno, en francés.

—Tiene toda la estupidez de un mono recién llegado en pleno invierno!—agregaba una, dirigiendo á Pancho una tierna mirada.

Y Pancho, convencido de que hablaban de él en terminos elogiosos si no admirativos, se pavoneaba, arqueaba el pecho, retorcíase el bigote, contento de sí mismo, y pensaba:

—De veras que se está bien en París! La gente es de una amabilidad y una justicia admirables!... Sólo en mi tierra no se dá su lugar á cada uno!...

Entre sus relaciones figuraba en primera línea Ernesto X., argentino también, no muy aviado de fondos, capaz de jugar una mala pasada al mismo diablo, alegre, sin escrúpulos, mujeriego, jaranista, decidor, rico en iniciativas, y sin un centavo desde el cinco de cada mes. Hasta ese día hacía locuras por su cuenta; á partir de él, las continuaba por cuenta ajena, y fácilmente, gracias á su carácter jovial, á su conocimiento de los rincones de París, á su relación estrecha con *ces dames*, y á lo poco pesado que, relativamente, solía ser para los compatriotas á quienes servía de cornac.

Este era el paño de lágrimas de Pancho, el que lo sacaba de todos sus apuros, el que lo llevaba como un lazarillo á través de fiestas y de orgías.

—Para cualquier cosa que se le ocurra, cuente usted conmigo!—decía Ernesto desde un principio á su compatriota, agradecido hasta la efusión.

¡Ay! pero lo que éste quería era tan difícil!...

A causa del maldito idioma no había podido pasar aún de las conquistas triviales, hechas por señas en el boulevard ó en el Moulin, y eso hacía su horrible desesperación; las damiselas que arrastran coche propio, que dan recibos, tienen corte y exigen de sus amigos atenciones, galanterías y hasta algo de *esprit*, eran inaccesibles para él, pues ¿cómo decirles dos palabras en el *patois* infame que se había creado y que sólo acertaba á comprenderle el camarero español que le servía en el Grand Hotel?...

Y espoleado por la misma dificultad, su único deseo, su ardiente anhelo, su preocupación diurna y nocturna, no interrumpida ni en sueños, era triunfar de alguna de esas beldades semi recalcitrantes, exhibirse con ella en Longchamps, en los Campos Elíseos, en el Bois, en la Opera, quedar sancionado así como hombre de mundo, poder codearse con todo lo más *smart* de París!...

Una tarde se hallaba en el café con Ernesto, extrangulando un loro ó sea bebiendo una copa de ajenjo con agua y azúcar, cuando exclamó de pronto:

—Mira! (ya tuteaba al cornac) ¡Qué linda mujer! ¿La conoces?...

—¿Cuál? ¿Aquélla que está junto al espejo?

—Sí; ¿quién es?

—Es madame de Letourmonde, una de las bellezas parisienses. La conozco, he hablado con ella algunas veces; porque tengo mucha relación, pero mucha, con su amiga íntima, madame Clapier.

—¡Es lindísima!

Ernesto, que miraba atentamente á madame de Letourmonde, le hizo un ceremonioso saludo apenas volvió la vista hacia su lado.

Ella le contestó con una sonrisa, y los ojos del joven relampaguearon.

—Parece—dijo por fin, dirigiéndose á Pancho, —que la francesita te ha flechado, eh? Pues bien, mira: como cortejo á la Clapier, no tengo inconveniente para hablar en favor tuyo. ¡Oh! La chica es capaz de hacerte aprender francés!... Pero te advierto que no es cuestión de un par de luíses: las invitaciones, los regalos...

—¡Qué me importa! — exclamó desdeñosamente Pancho, que iba á realizar su sueño acariciado.

—¿Lo intentaremos, entonces?

—¡Oh! te lo ruego!

Levantóse Ernesto, se acercó á la dama haciéndole otro cortés saludo, y á una indicación se sentó frente á ella. Pancho, con júbilo inmenso, observó que la conversación iba animándose, y que la bella lo miraba de tiempo en tiempo con una sonrisa extraña y encantadora... Momentos después, y llamado por Ernesto, él también se hallaba sentado á la misma mesa y conversaba con la Letourmonde por medio de intérprete. Si antes no comprendía el francés, aquella tarde no hubiera comprendido ni el castellano...

Al día siguiente, y por intermedio de Ernesto, le hizo el primer regalo: un manojo de lilas tempranas que le costó un disparate. Al otro, y con una esquela que Ernesto escribió, le envió nuevas flores, pero con un brillante en medio. Al tercero, ya seguro del triunfo, hizo que Ernesto presentara en su presencia y en su nombre, á madame de Letourmonde, un aderezo completo, de una riqueza absurda para aquel caso, algo vulgar al fin.

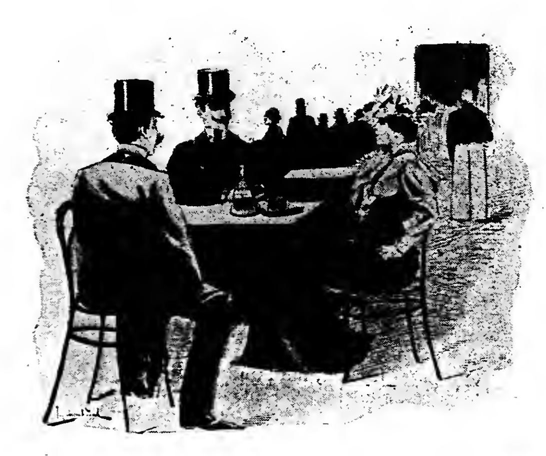
—Todo va bien, muy bien!—le decía Ernesto.—¡No sabes cuánto te agradece, y con qué calor me pide que te lo diga!

Y en efecto, la Letourmonde que se encontraba con

ellos todos los días, ya á una hora, ya á otra, ya en éste, ya en aquel sitio, hablaba cada vez más animada y efusivamente con Ernesto.

—Tradúceme lo que dice...

—Déjame! ¿no ves que habla muy ligero?...



Pancho se había gastado varios miles de francos y estaba ya impaciente por palpar la realidad de su conquista, así es que el día del aderezo se interesó en saber cuando se materializarían sus ensueños de felicidad... A su pedido, el cornac preguntó algo á la bella, y después de oírla le dijo, llenándolo de júbilo:

—Mañana. Dice que te esperará en el Bois, y te tomará en su carruaje para que la lleves á comer á Vefour.

¡Cómo se acicaló, cómo se peinó, cómo se perfumó Pancho al día siguiente! ¡Qué frac irreprochable, qué deslumbrante camisa, qué lazo de corbata, qué estirado pantalón, qué charol fascinador el de sus zapatos! ¡Y el sobretodo, que sólo había de sacarse cuando se sentaran á la mesa! ¡Y el portamonedas, repleto de los cuadraditos de papel del Banco de Francia!... ¡Oh! qué envidiable satisfacción, qué aire triunfal, qué brillo el de esos ojos, qué altivez la de aquel bigote!... Nunca pisó el asfalto de París, atravesando la acera para subir al faetón de *remise*, un pie más firme, un pie más contento de sí mismo...

...El Bois de Boulogne... Una, dos y tres veces recorrió Pancho en su faetón la avenida principal, llena de carruajes, y ni la primera, ni la segunda, ni la tercera vez vió á madame de Letourmonde. Pero no se inquietó ¡qué había de inquietarse! por ello: la victoria era indiscutiblemente suya. Y las horas pasaron... y comenzó á obscurecer... y se inició el desfile de regreso... y nada!...

—¡Bah! me esperará en Brebant.

Y fué á Brebant.

—¿Avé ví madán Leturmón?

El *chasseur* no pudo comprenderle.

—Madán Leturmón me debé esperé... ¿No está?

El *chasseur* lo miró perplejo, murmurando algo ininteligible, pero muy respetuosamente.

—La coné madán Leturmón. ¿Ha vení?

Con toda cortesía, el *chasseur* hizo un ademán equivalente á un encogimiento de hombros.

Pancho salió, buscó por todas partes á Ernesto, cuyas madrigueras conocía, pero naturalmente no lo encontró.

—¡Es particular! Ni ella, ni él!...

No comió aquella tarde, no durmió aquella noche, anduvo ofreciéndose en espectáculo en los círculos de sus relaciones, sufrió pullas, escarnios apenas disfrazados, farsas de una bufonería sangrienta, y por fin allá á la madrugada, derrengado, maltrecho, con la conciencia de que lo habían engañado como á un chino, volvió á su *garconnière*, se arrojó en un diván, y medio sollozando se quedó dormido...

...Sólo muchas semanas después encontró á Ernesto, y congestionado, furioso, lo interpeló:

—¿Y mis alhajas?

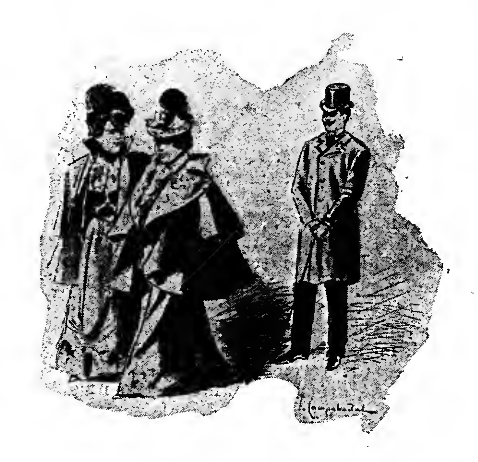
—¿Tus alhajas? ¡Ah! ¿Las que regalaste á madame de Letourmonde?... Ella las tendrá, si no las ha vendido..

—Sí; pero tú...

—Te he servido de intérprete hasta el fin... ¡Vaya! no seas *rastaquouère!*...

Y se alejó, burlón, silbando un estribillo de Paulus

Aquel mismo día, y por naturalísima coincidencia, halló también á la Letourmonde, se acercó á ella,



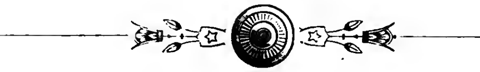
enamorado á pesar de todo, y doblándose en dos para saludarla comenzó tiernamente, aunque no supiera qué decir:

—Madán!...

Pero ella lo miró al soslayo, le volvió la espalda con soberano desdén y dirigiéndose á la Clapier que la acompañaba:

—*Connais pas!*—dijo, y lo partió por el eje...

Brighella.





SEÑORES: Era necesario una institución como la que fundamos en *esta modesta fiesta!* Sin ella, los puestos públicos podrían quedar acéfalos en un futuro no lejano!... Estais llamados á llenarlos.

NOTA CALLEJERA



—¿Cuánto tenés, ché?

—Treinta centavos.

—¿Le has dáu golpe á Anchorena?

UN NOVIO Á PEDIR DE BOCA

ó

EL SI DE LAS NIÑAS

y Todo lo puede el amor, ó la Pata de Cabra

Los tres autores de las obras cuyos títulos forman el de la presente lastimera historia, necesitarían reunirse para contarla: tal es su trascendencia. Pero como ni Bretón de los Herreros, ni Moratín, ni Hartzenbusch se hallan en condiciones de hacerlo, entre otras razones porque han muerto, lo haré yo de la mejor manera que pueda, pidiendo á los altos cielos la inspiración de Fernández y González, Pérez Escrich ó cualquier otro de los que batieron el *record* de la novela por entregas.

Es el caso que en un crudo día de invierno, ó del sofocante verano, que en eso no están muy de acuerdo los Cid Hamete Benengeli de las crónicas policiales, desembarcó en Buenos Aires un joven nacido en la tierra de la Virgen del Pilar y de Matilde de Lerma. El susodicho joven, que tenía muy buen sentido, en vez de dedicarse al periodismo ó á la vagancia, imitó al virrey Cisneros ó á cualquiera de los antecesores de éste, explotando la colonia. Es decir, ganándose muy buenos centavos en una de las colonias santafecinas.

Cuando ya se hallaba como uno de esos gansos, víctimas propiciatorias del *pâté de foie gras*, con el riñón bien cubierto, recordó que en su país había dejado su corazón en usuf ucto á una muchacha que, aunque aragonesa, no se llamaba Dolores ni había dejado fama en Calatayud de los favores que hiciera.

El joven colonial hizo venir á su futura á estos lugares, más próximos al "helado" que "al ardiente polo", valiéndonos del célebre verso de un precursor de los decadentes.

La novia llegó á Montevideo, donde permaneció una buena temporada, y luego á Buenos Aires, manteniendo activa y fogosa correspondencia con el que debía ser su esposo, el cual no se había movido de Santa Fe.

El aragonés, pensando en las delicias del himeneo, se trasladó al fin al lado de "su bien querido" y le dijo:

—Yo me muero por tus pedazos.

—¿Por cuales?

—Necesito casarme con urgencia.

—¡Ay! No puede ser . . .

—¡Rediez! ¿Por qué?

Ella dió varias excusas, hasta que él comprendió que su adorada inventaba los pretextos, á causa de hallarse poco provista de "vil metal".

—Toma,—la dijo—toma mi corazón . . . y estos dos mil quinientos pesos para que vayas encargando el ajuar.

La chica aceptó lo uno y los otros, amén de unas cuantas joyas cuyo valor subía á unos novecientos pesos de nuestra moneda, mejor dicho de la moneda de ustedes, los que la posean.

—¡Ea! Ya está todo arreglado, - exclamó el paisano de los Argensolas.—El día 2 de Mayo, para demostrar soy digno descendiente de los héroes que inmortalizaron tal fecha, me caso.

La baturra se sonrió pensando en el aniversario que quería solemnizar su novio.

Sin duda, recordando también el 2 de Mayo, pensaba ella en representar el papel de invasor francés, reservando el de víctima al que la adoraba.

Pero hagamos lo contrario que los autores de folletines: adelantemos los acontecimientos.

Llegó el día del matrimonio; la novia salió de su casa para no volver; el novio y su suegra aguardaron en vano, y por fin se echaron por esas calles de Dios preguntando á todo el mundo:

—¿Ha visto usted á una chica que se come todas las *d* en las sílabas finales de los participios pasivos?

—¿Cómo?

—Sí, á una chica que dice *venío* y *llegao*, y que tiene un lunar con pelos así, y usa las ligas debajo de la rodilla.

Inútil preguntar. Pronto marido y madre política frustrados supieron que la muchacha se había extraviado, pero en compañía de los 2500 pesos y las joyas que le había entregado el que se iba á casar con ella. Además, para que los cuidase, á los pesos, á las alhajas y á ella, se había ido con otro, con el verdadero elegido de su corazón, un ciudadano á quien había conocido en estas latitudes y que era quien corregía las faltas de ortografía en las cartas que la aragonesa escribía al de Santa Fe.

Este se dirigió á la policía refiriendo el suceso y dando que hablar á todos los que redactan la sección correspondiente en los diarios.

Hasta la fecha no se sabe nada de los prófugos, ni del dinero y alhajas de que se hicieron fieles custodios.

Todo lo cual bien podría decirse que es asunto de una verdadera novela por entregas.

De dos, cuando menos. Una, la *entrega* de las joyas y otra la de los dos mil quinientos nacionales consabidos.

LUIS GARCÍA.

LA PINKERT Y LA BELLINCIONI

Anécdotas



Jarro, el intencionado crítico artístico italiano,—que más de un cantante ha de tener entre ojos,—nos cuenta algunas anécdotas sobre dos estimables artistas de la Opera: la Pinkert y la Bellincioni. Tiene Jarro la palabra:

Regina Pinkert es la gracia y la elegancia personificada; es también la agudeza. Una noche, mientras yacía cadáver en el proscenio, siguiendo la ficción de la ópera, el telón no caía no sé por qué dificultad. Al fin, y no pudiendo soportar más la posición, se atrevió á ponerse en pie ante el público, murmurando:

—Para mí no hay descanso ni después de muerta!

—

Un gran señor toscano, bastante grosero, hacíale la corte un día. Ya la había importunado con el recuerdo de muchas fechas históricas de la música, y habládole mucho de sus terrenos. Y como hiciera un gesto algo atrevido, la artista exclamó:

—Señor, ahora comprendo lo difícil que es soportar á un hombre de su cultura y de su agri...cultura!

Un barítono importuno murmuraba á menudo al oído de Regina, y entre los bastidores de Covent Garden, en Londres, que la amaba. Ella está acostumbrada á que le repitan frases así, y á no escucharlas. Una noche, el barítono, más fogoso que nunca, la dijo:

—Si no me corresponde usted, me suicido!...

Regina Pinkert replicó al instante:

—Apenas me haya dado usted esa prueba de amor, comenzaré á corresponderle!...

—

Tiene un relojito elegantísimo, del siglo XVIII, con una *R* esmaltada y rodeada de figuritas: un pequeño tesoro. Muchos desearían poseerlo; se lo han pedido varias veces, haciéndole lisonjeras ofertas, pero en vano.

Hé aquí la historia del relojito con la *R*.

La linda artista lo debe á una distracción. Había asistido á una representación en el Covent Garden de Londres. Salía del teatro; de pronto siente que la empujan; el gentío era enorme; busca su reloj y no lo encuentra; se vuelve y ve junto á ella á un joven pálido, de fisonomía siniestra.

—Vuélvame usted mi reloj —le murmura, —ó lo denuncio!

El joven, suplicante, le entrega un reloj y se aleja... La artista guarda el reloj en el seno, pero, al llegar á su casa nota con sorpresa que su reloj, que creía haberle sido robado por el ratero, estaba sobre el mármol de la chimenea!

El ladrón que, probablemonte había robado varios aquella noche, había juzgado mejor darle uno y huir para evitar el escándalo.

El reloj había sido robado á la condesa de R... amiga de la señora Pinkert, y también polaca, quien lo regaló á la gentil compatriota...

—

Y, por último, contaré un episodio de su vida, ó mejor dicho, de la vida de otra.

La grande y delicada artista está entre bastidores; se hace el ensayo general de una ópera. De pronto, á una bailarina demasiado arrimada á la rampa se le incendia el vestido. En un instante la envuelven las llamas. Regina Pinkert se precipita, acude en socorro de la muchacha, la estrecha entre sus brazos, se quema, pero la salva!...

¿Ustedes creerán que la otra le agradeció?... Pues apenas vuelta en sí pregunta á su linda salvadora:

—¿Por qué me ha salvado usted?

—Porque no podía obrar de otro modo...

—Deseaba morir... para librarme de tanta deuda había pensado en el suicidio...

—¿Así agradece usted?

—¡Muy bien! Justamente ha dado en la tecla!... En este momento acaba usted de recordarme una deuda más!

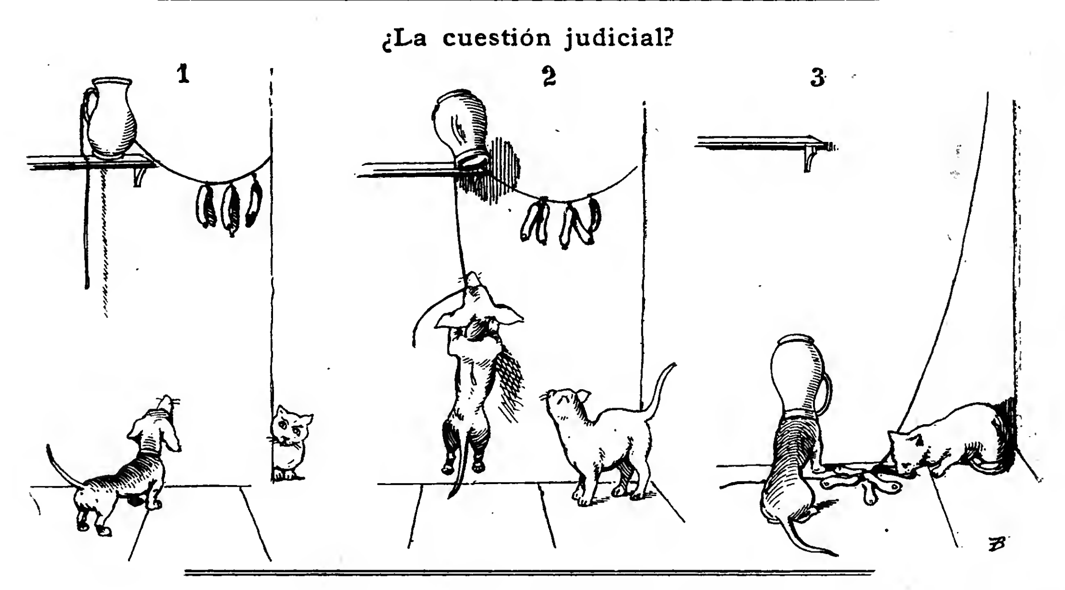
¿Quién podía haber enviado el cofrecito?... ¿Qué contenía?... En aquel momento llegó Tamberlick.

—¿Teme usted que se trate de una máquina infernal?—dijo á la joven, tomando la llave de plata para abrir el cofre.

La artista y su acompañante se retiraron asustadas á otra pieza, después de haber indicado que mejor sería hacer abrir la caja por un soldado que se hallaba frente al hotel... ¿Y por qué no derechamente por un condenado á muerte que, si salía sano de la aventura, hubiera obtenido su indulto?...

Tamberlick abrió heroicamente el cofre, y no saltó hecho mil pedazos por una explosión que no se produjo. En vez de quedar reducido á polvo, se quedó maravillado. El misterioso cofrecito, causa de espanto tan grande, contenía... ¿la cabeza de Holofernes? ¿un mirlo blanco? ¿un revólver con una amenaza de muerte si la graciosa artista no correspondía á las declaraciones de algún ardiente enamorado?... No... Sobre tres cojines de seda color ciruela, estaba dispuesta toda una colección de joyas... de teatro: diademas, collares, cinturones, anillos, alfileres, brazaletes... Las señoras espiaban desde la puerta, pero volvieron á la sala al ver todos aquellos rubíes, topacios, esmeraldas .. Y lanzaron una carcajada. Sacaron el cartelito impreso que llevaba el nombre de

¿La cuestión judicial?



Gemma Bellincioni ha llevado siempre consigo, durante varios años, un cofrecito de ébano... ¿Qué contenía? ¿Diamantes? ¿valores al portador? ¿cartas de admiradores? Es lo que muchos se preguntaban. Yo seré el primero que cuente la historia de ese cofrecito tan misterioso.

Gemma había cantado una noche el Barbero, por primera vez en Barcelona. A la mañana siguiente dejáronle en el hotel un cofrecito, el de ébano.

—¿Quién lo ha traído?—preguntó la amable artista.

—No sabemos. Un desconocido, de aspecto bastante triste, lo entregó al portero desapareciendo en seguida.

En una cajita envuelta en papel color de rosa había una pequeña llave de plata. Sobre el cofrecito, en letras impresas, leíase el nombre *Gemma*.

El que lo había enviado quería rodearse de impenetrable misterio pues había cortado el nombre de un programa teatral y lo había atado sobre la tapa. La joven artista no sabía qué hacer. ¿Abrir el cofre?... Tenía miedo. Otra artista le hablaba de un ramo de flores envenenadas que, en una forma análoga, había enviado á la célebre Lagrange una *comprimaria* celosa.

Gemma, y vieron debajo, en letras de oro el de *Giuditta Pasta*.

Aquéllas eran las joyas en otro tiempo usadas en la escena por la célebre Giuditta Pasta, la gran creadora de Norma y de Sonámbula. ¿Quién hacía aquel regalo á la joven artista, presagiándole con él un espléndido porvenir? ¿Quién la había creído digna de ser, en cierto modo, la heredera de una de las más grandes artistas que haya tenido el mundo?

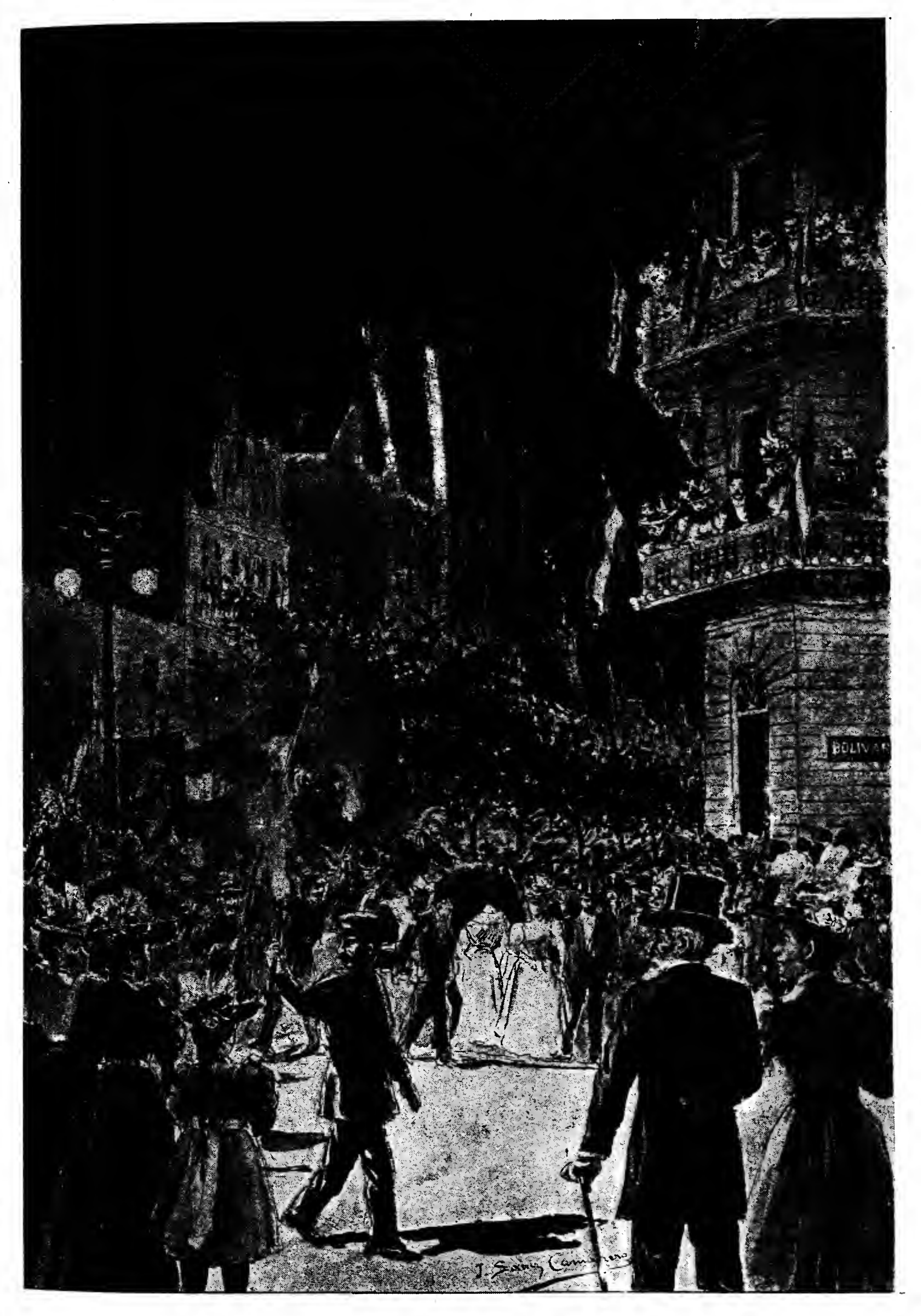
No se sabe.

Por las precauciones tomadas por el misterioso donante, se puede suponer.. que no se sabrá nunca!

Y así como fué misterio la aparición, así también fué misterio la desaparición del cofrecito. La señora Bellincioni viajaba en ferrocarril, cerca de Bilbao, en España. Llevaba siempre consigo el cofrecito, convertido en talismán. Por la noche y en una estación, subieron dos monjas al vagón de señoras, donde Gemma iba sola. Cuando, á la mañana siguiente, la artista despertó, el cofrecito había desaparecido y las monjas también.

Supiéronse después otros hurtos cometidos en aquella región por una banda de malhechores que, para asegurar el éxito de ciertos golpes, habían tenido la original idea de vestir hábitos religiosos.

FIESTAS MAYAS



EN LA RETRETA CON ANTORCHAS

EL ELEFANTE ARTISTICO-ACROBATICO



Oh! la incorregible é inconmesurable vanidad de los artistas! Vanidad contagiosa por cuantos forman parte, por equeña que sea, del pequeño mundo histriónico!

Recuerdo de una vez que debía representarse una pantomima: se buscaban hombres que formasen juntos un elefante.

Se encontraron algunos que habían hecho de elefante en varios teatros, pero todos querían el primer papel, es decir, hacer las patas de adelante: creían rebajarse haciendo las patas de atrás.

Este último es un papel que exige estudios serios, y los movimientos son difíciles. Sólo uno lo comprendió así, y reclamó, además, hacer la pata izquierda y la cola: la pierna derecha la dejó á un su aprendiz!

El que ama el arte no tiene ambiciones inconsultas!...

JARRO.

UNA VIEJA CARICATURA DE LA JOVEN ARTISTA MARIA GUERRERO

El número 172 de "Madrid Cómico" que corresponde al 5 de Junio de 1886, publicó la caricatura-retrato que ahora reproducimos de la entonces tiple, y hoy distinguida actriz española, señora María Guerrero, acompañándolo con este principio de seguidilla:

Es usted un estuche,
niña Guerrero;
olé por las actrices!
¡ viva el salero !

Entonces la señora Guerrero, que no era aún grande de España, ni del arte, se lucía en el género chico, y aún se animaba con palabras mayores, como *Mzelle. Nitouche*, por ejemplo; y tanto que, según se cuenta, estuvo á punto de irse á Paris á cultivar la opereta, cosa que,—en su tiempo,—desmintió ella en los diarios de Madrid.

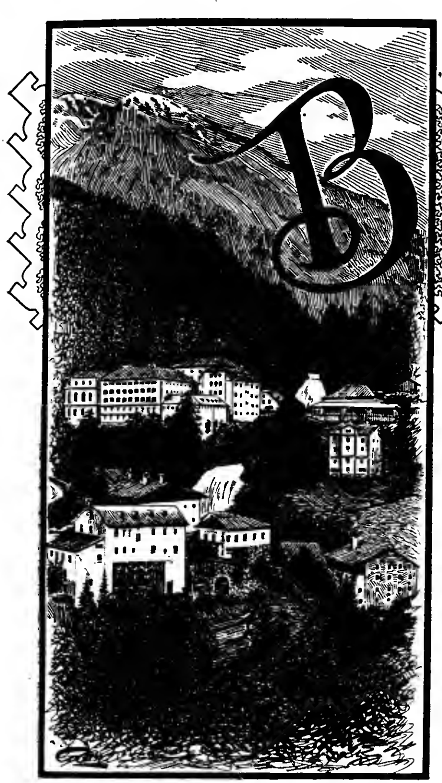
Curioso como soy, me encontré, rebuscando papeles viejos, con el dibujo de Cilla, que la representa no tan joven como es ahora, pero ensayando ya un gracioso paso de baile francés.

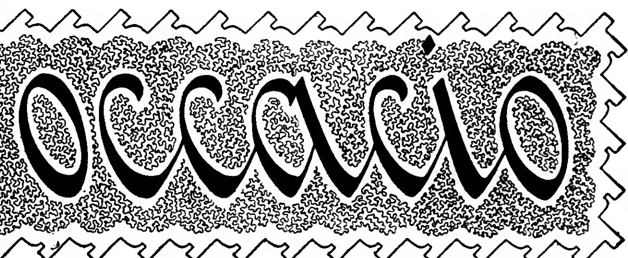
No sería yo Arlequín si no diera la ya antigua primicia á los amigos...

Pero, de entonces acá, la excelente dama y distinguida actriz se ha convertido en más estuche que nunca, y Díaz de Mendoza sabrá, no lo dudo, estimarlo en lo que vale: él está mas al cabo que ninguno.

Este estuche precioso,
vale, en el día,
mucho más que un estuche
de cirujía.
Porque del teatro chico
subió á tal punto,
que es del arte de veras
vivo trasunto.

Versos, segun se ve, tan malos como los anteriores, aunque los anteriores hayan sido escritos con trece años de anticipación.





(Continuación)

Pero, en fin, ¿qué diablos tenía yo?

No sufría de ninguna afección que me molestase particularmente, y en lo moral no tenía más motivos para estar triste ó preocupado, que los que existían quince días antes.

¿Estaría, por ventura, enamorado?

¡Qué tontería!

—¿No es verdad, señora?

Esta pregunta, dirigida á Juana, no la formulé entonces, ni la formulo ahora, relacionándola con la situación de ánimo, que he tenido necesariamente que tratar en alguna extensión por requerirlo así el desarrollo natural de esta historia, ó como se la quiera llamar. Se la hice á la esposa de Tadeo una mañana, muy de mañana, en que nos habíamos encontrado casualmente en un camino abierto en la montaña, desde el cual se dominaba un bello panorama. En primer término, hasta el fondo del valle, entre el verdeobscuro de una fuerte y compacta vegetación, aquí la blanca mole de un levantamiento rocalloso rompía la unidad del paisaje, y más allá asomaban las torres de una construcción con aires de castillo; extendiéndose la región, á derecha é izquierda, hasta donde alcanzaba la vista, con alternativas determinadas por la forma y el destino de los edificios, y los accidentes del terreno, unas veces más quebrado que otras, pero siempre en declive y cubierto de la misma vegetación. Un poco más lejos, ya en la llanura, una corriente de agua, de orillas pobladas por establecimientos rurales, y en último término la cadena de montañas que cerraba el valle por la parte opuesta á nosotros.

La mañana no podía ser más linda, y Juana se me presentó como de costumbre, con todos los *nis* del principio de estas líneas.

Estaba sentada en un banco del camino, con un libro en la mano, que no leía, cuando el acaso me llevó á pasar por junto á ella. Imposible no detenerme, aunque fuese un instante, y ésta fué mi intención; pero como Juana se corriese hacia un extremo del banco, invitándome á sentarme á mi vez,—sin decirlo, sin embargo, ni indicarlo de otro modo que con el movimiento mencionado,—juzgué que no tenía el derecho de privarme del placer que tan inesperadamente se me ofrecía.

Al principio se habló de generalidades (siempre se habla de generalidades al principio) y luego, de palabra en palabra, de frase en frase, de sentimiento en mirada y de pensamiento en observación más ó menos felizmente encont pararada decir algo que no fuera precisamente un despropósito, la conversación tomó el giro que toman por lo común estas cosas, después de las generalidades.

—¿No es verdad qué?—contra-preguntó Juana, con ingenua curiosidad.

—Que esto es delicioso...

—Sin duda, pero hay otros sitios tanto ó más hermosos. ¿No ha estado usted en V...?

Había estado en V... y me había parecido muy lindo, pero en aquel momento no le encontré la gracia que cuando lo conocí.

—Sí, señora; he estado en V... Bello paraje, en verdad. ¿Fué allí donde conoció usted á Tadeo?

Había creído hasta entonces que por el cielo de aquellos ojos, siempre serenos, no podía nunca cruzar un relámpago. Lo que en él pasó en aquel instante no me dejó la menor duda de lo contrario, y temí haber hecho un disparate. Pero no tuve tiempo de acabar de asustarme, porque en seguida me contestó con abominable tranquilidad:

—No; nos conocimos muy jóvenes, en la ciudad; su familia y la mía habitaban casas contiguas. El se fué, como usted sabe, y cuando volvió, después de la muerte de papá, siguió nuestra relación, hasta que me pidió á mamá, y nos casamos.

—¿Le quiere usted mucho?

—Sí; es muy bueno con la pobre mamá y conmigo: no piensa más que en darnos gusto.

—Pero lo que reflejan esas palabras se parece más á la gratitud que al amor...

—¡Por Dios! ¡Las nueve! ¡Estarán creyendo que me ha sucedido algo! Hasta luego, señor Claudio.

—Hasta luego, señora.

Ya en marcha, volvió sobre sus pasos para decirme:

—¡Y ahora que me acuerdo! ¿Va usted esta tarde á nuestro concierto de caridad?

—Seguramente.

—¡Vale dos pesos la entrada!

Iba á contestarle que no tuviese cuidado por esto, pues ahí estaba Tadeo para prestármelos, si no los tenía, pero no me dió tiempo, felizmente, y agregó:

—Se trata de una obra santa, y todos tenemos que hacer lo posible para ayudarla. No deje de llevar á sus amigos...

—No tengo ninguno.

—¡Ah!

Y con esta exclamación, que no comprendí á qué venía, constándole á ella muy bien que eran pocas y puramente de ocasión las relaciones que allí cultivaba, se alejó en dirección del hotel, sin apurarse mucho ni acortar el paso lo bastante para que se pudiera sospechar que deseaba ser alcanzada.

¡Allá va todavía, á través de los recuerdos, por el angosto sendero abierto en la montaña; su traje sencillo, de lanilla azul y vivos blancos, ni provocativamente ajustado ni desairadamente suelto; el sombrero de paja y la sombrilla, apropiados al resto del traje, y su aire de mujer de peso en risueño contraste con algo que no sabría describir, algo de virginal que se desprendía de todo su ser: de sus movimientos elásticos como de la expresión habitual de su rostro, sin ninguno de los signos que revelan, en la plenitud de la vida femenina, la satisfacción del alma, coronada por la realización del ideal que perpetúa la frescura de los azahares y hace cada vez más delicado su perfume.

¡Y luego el recodo, el maldito recodo del camino, que la oculta á mis miradas!

No importa; ya sé que hay relámpagos en el cielo de aquellos ojos, siempre serenos, y esto me basta.

¡Pobre Tadeo, tan bueno, tan servicial, tan feliz con su Juana inalterable y sus artefactos perfeccionados!

Yo también soy tu amigo y te lo probaré, á pesar de los pesares.

—

—Pero ¿cómo? ¿Así, de improviso? ¿Qué ha sucedido?

—Ha sucedido que si no me voy en seguida, puede suceder de un momento á otro que me quede en la calle. Mire usted...

Y me extendió Tadeo un despacho telegráfico que acababa de recibir.

El telegrama decía: "Situación muy peligrosa. De nada respondo si no vienes en seguida".

Y agregó Tadeo:

—Se trata de la situación del Banco en el cual tengo mi dinero. ¿Comprende usted ahora?

—Perfectamente. Pero...

—Pero nada; me voy esta noche.

—Lo siento, mi amigo, y deseo que todo no pase de una falsa alarma. ¿Volverán ustedes?

—¿Cómo ustedes? ¡Si me voy solo!

—¿Y la señora?

—Se queda aquí hasta mi regreso, ó hasta que vea lo que hay que hacer. Y de esto era precisamente de lo que quería hablarle, para pedirle un gran servicio al amigo y al caballero. Juana queda bien recomendada en el hotel y no le faltan relaciones que harán lo posible para hacerle agradable su estadía aquí, durante mi ausencia. Pero nadie sabe lo que puede venir de un momento á otro, como lo demuestra este viaje precipitado, y me he permitido decir á Juana que si se le llegara á ofrecer algo en que usted pueda ayudarla, no deje de decírselo.

—Y ella ¿qué ha dicho?

—Que está bien. ¿No es verdad, mi amigo, que me prestará este servicio y me comunicará inmediatamente cualquier novedad?

—Sin duda alguna...

—Gracias. No esperaba menos de usted. ¿Nada se le ofrece de la ciudad?

—Nada. Pero ¿y si me veo obligado á partirme antes de su regreso? Usted sabe que esto puede suceder, también, en el momento menos pensado.

—Me lo avisa usted para tomar mis medidas, y tan amigos como siempre. Hasta luego; voy á preparar la maleta.

....

....

Tuvo lugar este diálogo después del concierto de caridad, el que resultó espléndido en todo sentido, como Juana lo deseaba. Salía del salón de fiestas con la cabeza llena de armonías y bajo la influencia de las encontradas impresiones recibidas, cuando me llamó aparte Tadeo y se entabló la conversación que dejo consignada y me dejó patitieso.

¿Azar, fatalidad, predestinación, capricho de la suerte?

¿Qué me importaba el nombre? Allí estaba, frente á mí, semillero de dudas é incertidumbres, pletórica de inquietudes, rodeada de misterios, la indiscutible realidad.

Tadeo se iba, Juana se quedaba... y yo también.

Y se fué Tadeo, con el tren de las nueve de la noche, y le acompañó Juana, con dos ó tres personas, y se despidieron cariñosamente, abrazándose y besándose. y ya en el vagón, dada la señal de partida, me gritó Tadeo:

—Ya sabe Claudio. Avise cualquier novedad. Gracias, y hasta la vuelta.

Se oyó el silbido final, movióse el tren pausadamente, luego con mayor rapidez, y pronto no vimos de él más que la luz roja del último coche, como un ojo sangriento, que un instante después se perdía de vista.

Volvimos al hotel, yo con un brasileño, con quien había hecho relación en la mesa y que parecía lo más convencido de que yo escuchaba con mucho interés lo que decía, de tal modo lo prodigaba; y ella, la viuda por algunos días, con las personas que la habían acompañado hasta la estación.

(Continuará)

ARGOS.

FLACAS Y GORDAS



Pascual Carnuja, sentado delante de la mesa, después de comer encendió un cigarro y lo fumó despacio. Hizo un movimiento con la cabeza como aprobando una idea, y fumó otro cigarro, más lijero... Torció un ojo, porque le había entrado humo, y fumó con precipitación otro cigarro...

Pascual Carnuja fumó con rabia el cuarto cigarro, y mascando furiosamente el rabo del quinto, gritó:

—¡Me caso!

Y fué á visitar á sus amigos.

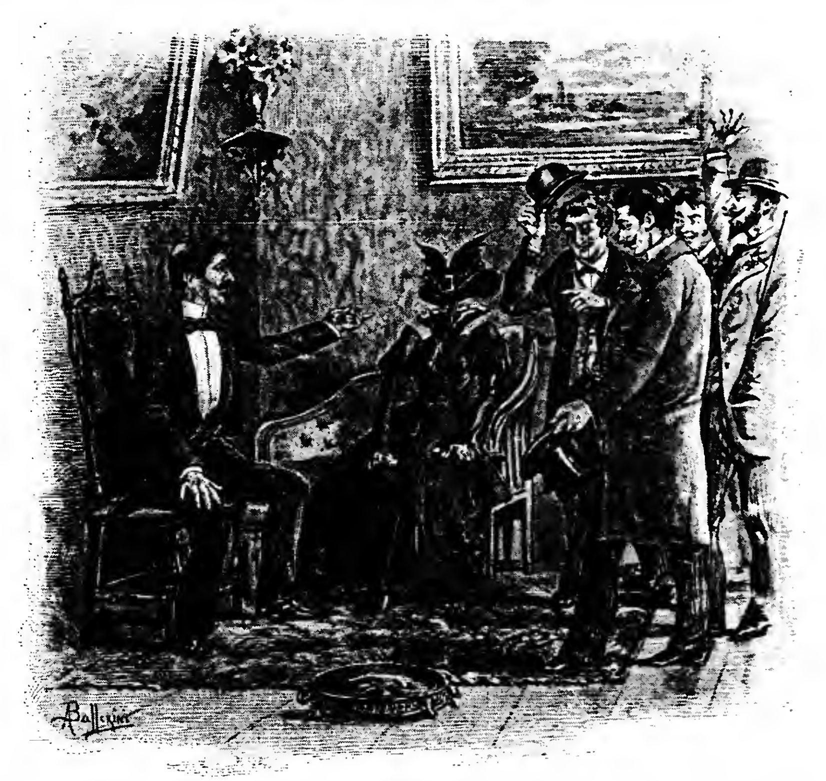
—¡Bruto!—le dijo el primero.

—¡Animal!—vociferó el segundo.

—¡Cretino!—gruñó el tercero.

—¡Bestia!—aulló el cuarto.

—¡Loco!—gritó el quinto, y dándole un feroz puñetazo hundióle la galera hasta los ojos.



Esta decepción horrible no conmovió su inquebrantable ánimo. Fumó desesperadamente el sexto cigarro, y triturando con arrebato la cola del séptimo, decidió, con más violencia aún, ¡casarse!... Y se fué á visitar á un hombre á quien no conocía.

—Cásese usted;—aconsejó éste.

Al oirlo, Pascual Carnuja sintió humedecérsele los ojos.

—¡Al fin encuentro alguien que me comprenda!—exclamó.

—Cásese... pero cásese con una mujer gruesa.

Y tras estas palabras el desconocido lo invitó á sentarse junto á la chimenea.

—¡Mujer gruesa! Cásese con mujer gruesa...—repitió, sirviéndole un vaso de ponche humeante.—No hay como las mujeres gruesas!

Estiró las piernas con fruicion hacia el fuego alegre, y entornando los ojos como un fumador de hachich, continuó:

—La mujer gruesa es la encarnación de la forma: hiere el espíritu con toda la magnificencia de su ser espléndido; embriaga con toda la fuerza de sus líneas poderosas; y la morbidez de sus carnes blancas, el suave modelado de sus formas, son como una caricia intensa. El poder de sus curvas se traduce en vigor de expresión de la figura, y de ellas brota la elegancia suprema .. Sus ojos... ¡oh! sus ojos tienen el poder magnético que emana de los seres magníficamente fuertes... ¡oh! sus ojos!...

Pascual Carnuja abrió los suyos desmesuradamente, y volviéndolos á entornar bebió un sorbo de ponche y se quedó en beatífico éxtasis.

—¡Oh! las mujeres delgadas!—suspiró suavemente. —¡Cuánto más cerca están de lo bello que las mujeres gruesas!...

El huésped torció furiosamente las narices y miró á Pascual Carnuja con actitud de gato esponjado. Pero éste continuó impertérrito:

—La plenitud robusta de la forma, llama; pero llama á la forma misma, y el hombre queda sobre la tierra. La mujer delgada es la *forma fugitiva*, tiene en sí la delicadeza, y llama también... pero llama al ideal. Los ojos dominan en su ser, y su ser es la expresión, la expresión gentil, exquisita, llena de suavidad, del ángel. Y el hombre, mirando la luz de sus grandes ojos que irradian en el marco de sus pestañas, no ve sino esa expresión dulcísima, y entonces la idea germina pura en el alma, que se enloquece y que sueña, fuera ya de la tierra. El ideal supremo puede encarnarse en esa forma y vivir como

un trasunto de la vida del cielo... El tipo estético de la mujer, es la mujer delgada!...

—¡Mujeres gordas, muy gordas, más gordas!—clamó su huésped, desarticulándose en la silla.— Mujeres que, si uno se enloquece hasta pegarles, sean mujeres y no ideas de mujer que se escapen de entre las manos. ¿La mujer flaca?... pincha con los codos, desuella con los dedos, corta con la nariz, entristece con el seno...

—¡Mujeres que no se sientan!—replicó Pascual Carnuja.—Mujeres cuya presencia sea una caricia de brisa...

—¡Quiero sentir la mujer!—gritó amostazado el huésped.

—Quiero sentirla lo menos posible, para desearla; —continuó Carnuja.—Sin deseo no hay amor, porque hay hastío... La mujer gruesa es un delito porque es la satisfacción, y el alma necesita un anhelo para el verdadero goce... La mujer debe estar siempre vestida, siempre. Mientras menos mujer, es más mujer...

—¿De modo que usted ama á las flacas?—dijo el otro, enseñando los dientes.

—Son mi ideal supremo.

—¡Usted se va á pinchar!—gritó el desconocido.—Déjese de querer ideas, y quiera mujeres! Usted que se va á casar, sepa que en el hogar no hay mujer más cómoda que la mujer gorda, que hasta cuida mejor de la cocina. Y aquí quiero traerlo, lejos del idealismo, á la cuestión práctica.

—Pues en la cuestión práctica es donde tienen más fuerza mis argumentos!... La mujer, en el hogar, es un bicho fastidioso, exigente, malo y obtuso... La mujer gorda tiene, pues, la enorme desventaja de ser más mujer que las otras... La mujer es una necesidad incómoda, horriblemente incómoda, y la mujer flaca, que es la menos mujer, es por consiguiente la incomodidad menos sensible.

—¡Y cómo quiere usted casarse, so animal, con tales teorías!—bramó el huésped dándose un puñetazo en la barriga.

Pascual Carnuja abrió los ojos y los cerró tres veces seguidas, como quien ve de pronto una luz que lo deslumbra, y se quedó con la boca de par en par abierta.

—¡Es cierto!—murmuró por fin.

—Pues ¡largo de aquí, borrico!—rugió el otro.—Y vaya usted á casarse con un vestido, que es menos mujer que cualquier mujer!...

Sin embargo, Pascual Carnuja juró otra vez que se casaría, pero con la menos mujer posible. Y corriendo por las calles se convencía cada vez más de la verdad de sus afirmaciones. La mujer delgadita como un canario belga, sutil como un soplo; la mujer que se desvaneciese entre las manos, era su ideal... Pasó por la tienda de una modista y le llamó la atención un vestido de terciopelo negro que estaba armado. Su medida era tan grácil que se ajustaría al cuerpo que soñaba. Del cuello y los puños surgían blancos encajes...

Pascual Carnuja se puso trémulo. Luego, con inexplicable emoción entró en la tienda, compró el vestido y se lo llevó á su casa con verdadero mimo. Entró á su salita, buscó un sahumador, y allí, junto á la chimenea, perfumó el vestido. Su emoción iba en aumento, humedecíansele los ojos y miraba aquella prenda con infinito amor. La abrazó con ternura indescriptible; llorando á gritos se arrojó sobre el sofá, y, como buscando la cabecita angelical, hundió las narices en los encajes del cuello. Del centro del vestido subió, al oprimirlo, una onda de perfume suave, un olor atenuado y femenino que acabó de enloquecerlo...

—¡Eureka!—gritó Pascual Carnuja, enamorado de su vestido.—¡He resuelto el problema!

La voz de que se había casado corrió por todas partes y sus cinco amigos fueron á verlo. Le hallaron en el sofá, con su vestido.

—¡Hombre inteligente!—dijo el primero.

—¡Consumado práctico!—gruñó el segundo.

—¡Sabio profundo!—vociferó el tercero.

—¡Sublime!—aulló el cuarto.

—¡Piramidal!—rugió el quinto.

Y los cinco se alejaron, después de haber dado á Pascual Carnuja un beso en la nariz.

Carlos Gutierrez

EL TEATRO COLÓN



Parece, por las señas, que la Municipalidad va á terminar, por fin, no la construcción del teatro colombiano, que eso sería mucho, sino los inacabables trámites en que se ha envuelto el problema, al parecer sencillo, de si se continuaba ó no se continuaba edificándolo, trámites que pudieron ser más largos, desde que la justicia tomaba participación en ellos...

El arreglo está bastante adelantado, y sólo falta... lo que faltaba desde un principio: que se pongan de acuerdo las partes, y que haya plata para seguir las obras.

Estas se hallan también muy adelantadas: con levantar varias paredes, construir algunas tapias, rebocar el edificio por fuera, pavimentarlo por dentro, hacer los palcos, decorar el interior, poner asientos, pintar telones, colocar el techo, instalar el alumbrado y la maquinaria, y algunos otros insignificantes detalles que se me escapan, el teatro estará concluído...

El grabado representa la sala que, en un 25 de Mayo más ó menos próximo, ostentará, en lugar de los cuévanos vacíos como ojos de calavera, regios palcos resplandecientes de terciopelo y oro, marco adorable de adorables y aristocráticas bellezas, amigas de Wagner por cuanto el maestro de Bayreuth les da ocasión de lucirse;—que reprimirán bostezos llenos de gracia en la Walkyria á obscuras, para gozar luego con la música rumorosa del público móvil en los entreactos.

...Un teatro tan grande!... ¿Podrá por fin el que no abunda en centavos oir ópera cuando comience á funcionar Colón?

Estaría por creer que sí, pues ya se sabe que Colón es el abuelo de Colombina, y ésta es demócrata por naturaleza.

La chistera, la galera, la galera de felpa, el sombrero de pelo, el de copa alta, o lo que Vds. quieran.

Ya estamos en invierno, punto de mira de los *fashionables*, de los *smarts*. Las modas nuevas se ostentan en los maniquíes de las modistas, en las "cabezas" de los peinadores, y en los figurines de los sastres. Ya el público que se viste no tiene nada que esperar. Llegó el reinado de la ropa forrada, del sobretodo, y del horrible sombrero de felpa, símbolo y apoteosis de las fábricas, negro simulacro de las chimeneas... ¡El sombrero de felpa! ¿Quién alzará la voz contra ese ridículo tubo, anti-estético, pesado, sucio con la lluvia, bamboleante con el viento, martirizador con el sol, incómodo siempre, insanablemente feo, sin gracia ni razón de ser?... ¡Ay! ese apóstol no ha sido anunciado todavía...

Mientras no venga, seguiremos usando ese espantoso adminículo que posee todo ciudadano desde la adolescencia—y especialmente en la adolescencia,—y llevaremos en la cabeza, hoy como ayer, mañana como hoy, y siempre igual,—ese cilindro lustroso que, á pesar de sus pretensiones aristocráticas es el signo de la igualdad absoluta, como que lo ostentan el empleadillo y el presidente de la república, el cochero y el diputado, el lacayo y el ministro, el sablista y el banquero, el procurador ave negra y el *sportsman* con *stud*... ¡Oh! sí, galerainmortal! Te conservaremos con tu pelo luciente, tus alas anchas ó angostas según la moda, tus bordes que nos machucan las sienes, tu peso enorme, tu altura absurda que atestigua el siniestro capricho de la más fantástica y macabra de las imaginaciones! Te usaremos, te usaremos siempre; y hasta cuando se haya realizado el máximum del programa anarquista, seguiremos usándote aún! Como que te hemos visto reinar en la misma Patagonia, y nada te conmoverá si no viene el profeta y apóstol que derribe tus altares!...

Sí! Hasta en Patagonia. Cuando llegaron al Chubut los colonos galenses, cada uno traía su galera. Comenzaron á cultivar la tierra, en el aislamiento, y la tal les fué inútil en las monótonas y solitarias festividades. Pero, como no era cosa de perderla así como así, y de todos modos el sombrero era sombrero, uno hizo punta, y cierto día salió tras del arado, muy de galera de felpa. Poco á poco el ejemplo cundió, imitáronlo los demás, —que economía es riqueza, —y en el valle que habían de transformar con su trabajo, vióseles manejando la esteva como unos *gentlemen*, de sombrero de copa y levita larga. Meses después de tanta andanza, los sombreros pasaron á completar la indumentaria de los espanta-pájaros de los trigales, pero sin desprestigiarse por ello. Como que hoy lo llevan desde Candelario que reparte carteles y Gigio que reparte saludos, hasta el funcionario que recoje genuflexiones á su paso, y no sólo aquí sino hasta en el Japón, donde vá sustituyendo á los sombreretes de paja y de papel.



Hay quien lo usa por ahorrar.

—¡Amigo!—exclamaba uno de esos.—Este es el sombrero más económico de todos, y al mismo tiempo el más serio y el más elegante. El que llevo tiene cuatro años de uso, y... como si tal cosa!

Y nos mostraba uno cuya parte inferior, mucho más lustrosa que la superior, le había dibujado en medio de la copa todas las altas cumbres de los Andes...

¡Espantable apéndice! ¡Ridículo agregado! Imaginémonos á Voltaire con la galera de Mansilla, ó á Cicerón con la de Mariano Varela... ¡Horror!.. Su fama se desvanecería, moriría su renombre, desaparecerían sus estatuas.

¿Quién ha visto una estatua con sombrero de copa? ¿Nadie? Pues ésa será la razón que aduzca el apóstol demoledor de la galera:

—Señores:—dirá.—Estais condenados: ninguno de vosotros se transformará en estatua con ese antiglorioso aditamento. Pedestal apenas...

Lincoln & Benett.



La primera carta que abrí, el martes á las 12 de la noche, conteniendo la solución del problema del centavo perdido, fué la siguiente:

"Buenos Aires, 21 de Mayo de 1899. — Sr. Director de ARLEQUIN. — Distinguido señor: Imagino que no será la intención de usted eliminar del concurso al sexo femenino, y en esa suposición envío la respuesta á la pregunta: ¿Cómo y por qué se había perdido el centavo?

No estoy fuerte en cálculos aritméticos; pero contando por los dedos, encuentro esta solución:

Se perdió el centavo porque no todas las manzanas se vendieron al precio fijado de antemano.

En virtud de la distribución en lotes de cinco manzanas. seis de las de medio centavo fueron vendidas á razon de tres por un centavo. Como la diferencia de precio entre unas y otras es un sexto de centavo, deduciendo esa diferencia de las seis mal vendidas tenemos el centavo perdido.

Mas claro: las sesenta manzanas reunidas forman doce lotes de cinco cada uno. Como para que cada lote valga dos centavos es necesario que entren en él dos manzanas de medio centavo y tres de un tercio de centavo, una vez formados diez lotes estas últimas están agotadas, porque diez por tres hacen treinta. Los otros dos lotes, por consiguiente, están formados exclusivamente por manzanas de valor de medio centavo.

Al vender cada uno de esos lotes á dos centavos, valiendo dos y medio, se ha perdido en cada uno medio centavo.

Creo que dejo contestada satisfactoriamente la pregunta.

Y con e te motivo saludo á uste l con la mayor consideración.—*Lucía C. de Vera.*—S/c. Pasaje de la Piedad núm. 12."

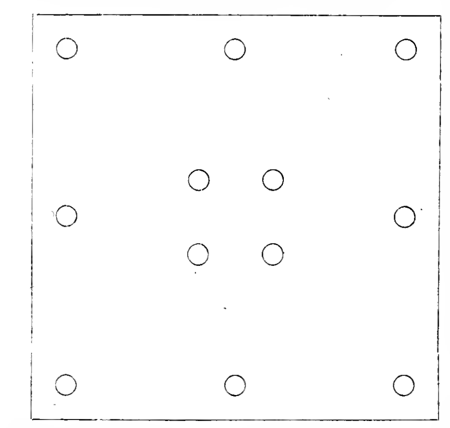
Corresponde, pues, el premio, á la señora Lucía C. de Vera, quien puede pasar á recogerlo en la Administración, Florida 67, presentando los justificativos del caso para acreditar su identidad.

Buen pro le haga el premio á la ganadora, que me imagino gentil, y que mi reloj le señale solamente horas felices, aquí ó en cualquier parte del cuadrante universal.

Concurso No. 2

Una partición difícil

En un pueblo de la provincia, un juez se ha visto recientemente en apuros para hacer cumplir fielmente las disposiciones testamentarias sobre partición de herencia, que había hecho un vecino de esa localidad. Este dejaba á sus cuatro hijos toda su fortuna, un solar en el que había doce árboles colocados en la forma que indica el dibujo adjunto; disponía que el terreno fuera dividido en cuatro partes exactamente iguales y simétricas, con la condición expresa de que ningún árbol podía ser cortado, entrando tres de ellos en cada uno de los lotes.



Dada la disposición de los árboles, los herederos nunca pudieron entenderse; y para el juez mismo, el caso fué un problema. ¿Lo será también para nuestros lectores?

Los concurrentes á este concurso pueden copiar nuestro dibujo, si no les es más cómodo recortarlo, y enviárnoslo indicando con una raya cómo debe hacerse la partición.

El firmante de la primera carta que contenga la solución exacta, será obsequiado con un valioso juego de 12 cucharillas de metal blanco, marca Selecta XXX, que puede desde ahora verse expuesto en las vidrieras del Bazar Penco, Chacabuco 351.

REGLAS PARA LOS COMPETIDORES

Las cartas que se envíen á la Dirección de ARLEQUIN conteniendo soluciones, deberán llevar siempre en el sobre, para poder ser distinguidas, la indicación del número del concurso á que se refieran. Para esto convendrá recortar y pegar sobre ese sobre la viñeta que presentamos á la cabeza de cada problema.

No serán tenidas en cuenta las comunicaciones verbales: todas deben ser escritas; y serán desestimadas las que, por cualquier causa, se recibieran después de las 12 de la noche del miércoles de cada semana, día y hora en que tendrá lugar la adjudicación del premio.

Esta se hará mezclando las cartas, á fin de que desaparezca el orden en que han sido recibidas, y la primera carta que se abra y que contenga la solución exacta será la premiada.

Es indispensable que las cartas sean autorizadas con el nombre y el domicilio del competidor.

El resultado de cada concurso se publicará en el número inmediato, y al conocer ese resultado los beneficiados deberán ocurrir *personalmente* á la Administración de ARLEQUIN, donde les serán entregados sus respectivos premios.

ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORISTICO ILUSTRADO

Aparece los Sábados — Unión Telefón. 1955

Precios de Subscripción (PAGO ADELANTADO)

	Ciudad	Interior	Exterior
Por 3 meses	$ 2.50	$ 3.00	$ 4.00
„ 6 „	„ 5.00	„ 6.00	„ 8.00
„ un año	„ 9.00	„ 11.00	„ 15.00

Número suelto: En la Capital: 20 centavos. En el Interior: 25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

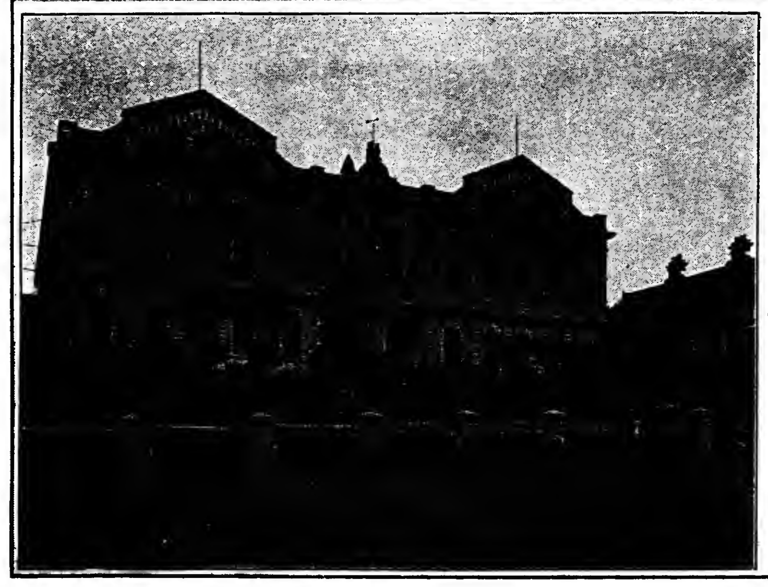
Calle Florida 67 — Buenos Aires





Si en la Edad Media hubiesen fabricado
de Simon Ostwald la hojalata dura
no hubiera caballero ni soldado
que llevase otra especie de armadura.
Impresa es bella como un cuadro, encomia
el universo su arte y su relieve.
Y conservada en ella, hasta una momia
al sacarla revive, habla y se mueve!





M. S. BAGLEY
& Cia. Lda.

Unicos Fabricantes de las



LOLA La Reina de las Galletitas.

HESPERIDINA Es el licor mas favorito del público.

DULCE DE NARANJA Delicado y saludable manjar.

205 Avenida Montes de Oca

Buenos Aires

ARLEQUIN

LAS DOS GRANDEZAS... VIAJANTES



Guillermo:—Yo he dado la vuelta al mundo.
Julio: —Darla, á mí esta vez me toca.
Guillermo:—Yo soy Guillermo segundo.
Julio: —Yo Julio Argentino Roca...
Tu reino en viajes se pasa...
Guillermo:—Tu reino en viajes empieza...
Julio: —Pues irá á ver en tu casa
mi grandeza á tu grandeza!

ARLEQUIN

LAS DOS GRANDEZAS... VIAJANTES



Guillermo:—Yo he dado la vuelta al mundo.
Julio: —Darla, á mí esta vez me toca.
Guillermo:—Yo soy Guillermo segundo.
Julio: —Yo Julio Argentino Roca...
Tu reino en viajes se pasa...
Guillermo:—Tu reino en viajes empieza...
Julio: —Pues irá á ver en tu casa
mi grandeza á tu grandeza!

MALAS DIGESTIONES

Tómese el VINO TEGAMI

Pídase Prospecto

de las acreditadas Especialidades TEGAMI

EN LA FARMACIA DEL PLATA

ARTES 214 — BUENOS AIRES

ACABA DE APARECER

Y SE MANDA GRATIS

GRAN CATÁLOGO ILUSTRADO



DE APARATOS Y ÚTILES FOTOGRÁFICOS

CON



Nuevas Rebajas

ENRIQUE LEPAGE Y Cia

BOLÍVAR, 375

BUENOS AIRES

A $ 6.50

LA DOCENA DE VINO

SANTA MARTA

LA PORTUGUESA ARGENTINA

165—ESMERALDA—165

BUENOS AIRES



FOTOGRAFIA ARLEQUIN

67, FLORIDA, 67 — Unión Telefónica 1955

Se atienden pedidos de retratos y vistas á domicilio

á precios sumamente reducidos

Los valiosos elementos de que dispone la Empresa de **Arlequín** para su sección fotográfica le permiten ofrecer al público estos servicios en condiciones especialísimas, tanto por la excelencia de los trabajos que se le confían como por la modicidad de sus precios.

Se reciben Ordenes por Teléfono

Exposicion Nacional de Turín 1898

MEDALLA DE ORO

NICOLAS LOMBARDI

Florida 211, altos

CASA FUNDADA EN 1874

ESPECIALIDAD EN

Trajes de Frac y Libreas

DE TODAS CLASES

CASA

DE

Equipos Militares

N. MANCINI, HIJO Y CIA.

Proveedores de Uniformes y Equipos

DEL EJERCITO Y ARMADA NACIONAL

670, CUYO, 670

Gran Rebaja de Precios para artículos de la Guardia Nacional.

ROMAN BRAVO & Cía.

REMATES A EFECTUARSE

DOMINGO 4 DE JUNIO 1899

A las 2 CASITA — San Eduardo 20. Superficie, 179,54 varas cuadradas. Base, 1600 pesos.

A las 2 SANTA FÉ 1947 á 57. — 16 v. 30 de frente por 63,34 de fondo. Base 35,000 pesos.

A las 2 EN LA BOCA — 2 lotes calles Zárate y Lamadrid 10 v. 40 á 15 de frente por 31 á 40 de fondo: Sin base.

A las 2 JUJUY 971.—Superficie 2115 vc. Base 13,000 pesos.

A las 2 DOS CASITAS NUEVAS — Yapeyú 97 y San Cárlos 615. Superficie 141,85 vc. la primera, y 115,26 la segunda. Base $ 4,500 y 3,000 respectivamente.

A las 3 PASCO 73 y 75.—10 v. por 27 v. 25. Base $ 15,000.

A las 3 Casita de poco precio.— COLOMBRES 89, 9 v. por 25. Base 4,000 pesos.

A las 3 IRIARTE 40.—10 v. por 25. Base $ 6,000.

A las 3 VICENTE LOPEZ 81.— 9 v. por 38,75. Base $ 24,000.

A las 4 LIMA 1231 á 35.— 9 v. por 17 y ½. Base $ 18,000.

A las 4 Propiedad de renta.— ECUADOR 1342 á 44. 10 v. por 40. Base 6,500 pesos.

A las 4 Buena casa habitación.— ANDES 826. 9 varas por 55. Base 14.000.

Informes, San Martín 361

ROMAN BRAVO Y Cía.

ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORÍSTICO ILUSTRADO

DIBUJANTE: JOSE M. CAO — DIRECTOR ROBERTO J. PAYRÓ — ADMINISTRADOR: A. COSTA ALVAREZ

AÑO I. — Buenos Aires, 3 de Junio de 1899 — N.º 3.

III. DE MIS BODAS

Señoras ¡ por favor! ¡ basta de cartas! En efecto, Colombina se ha puesto furiosa conmigo á causa de mi último artículo, en que revelaba nuestra última conversación, y más que todo á causa de la nota en que hablaba de las fiestas mayas y de las buenas ideas que su entusiasmo comunicativo había engendrado en mí.

Pero no hay que preguntármelo á todas horas del día y de la noche, fatigando al correo y haciendo temblar los hilos del teléfono; que bastante indiscreto soy yo, *de mío*, para necesitar de tanta incitación, provocación ó lo que ustedes gusten. Los carteros están que trinan, y ya una señorita del teléfono me ha puesto en la disyuntiva: ó renuncio yo á hablar, ó renuncia ella á darme comunicación... Lo curioso es que, en ambos casos, me veo condenado á la mudez!...

Vuelvo á decir que no hay que apurarse, ni obcecarse, ni entusiasmarse demasiado, que yo prometo solemnemente á mis lectoras darles minuciosa y exacta cuenta de la marcha de mis amores, con todos sus pelos y señales.

Pues: es lo cierto que Colombina, al leer artículo y nota, quiso tomar el cielo con las manos, y pues al perro flaco todas son pulgas, me puso como chupa de dómine, hizo huir mi contento como los dineros del sacristán que cantando se vienen y cantando se van, me dijo cosas que me venían como pedrada en ojo de boticario, exclamando que pedirme sensatez era pedir peras al olmo, pero que perro que ladra no muerde, que aquél que al cielo escupe en la cara le cae, pero que no importaba, porque olivo y aceituna todo es uno, y hay mas días que longanizas, y que, entre la espada y la pared hay que hacer de tripas corazón, y cada oveja marcha con su pareja, porque lo que no se vá en lágrimas se vá en suspiros, y no hay que buscarle cinco pies al gato, animal que escaldado del agua fría huye, porque á buen hambre no hay pan duro, y oveja que bala pierde bocado...

Yo me eché á llorar, gritando:

—¡ Sancha!... quiero decir: ¡ Colombina!... No me llega la camisa al cuerpo, pero perdóname, que yo te prometo cuanta enmienda pueda; á su tiempo maduran las uvas, y te juro que no me meteré en camisa de once varas, ni estiraré las piernas sino hasta donde alcancen las sábanas, que, al fin y al cabo, el que con lobos anda á aullar se enseña!...

Apiadada por mi llanto, Colombina convino en que á pesar de todo mantendría su promesa hasta que se cumpliera el plazo, y en que yo podría hacer cuanto me pareciese en el periódico, siempre que no hiriera ni á sus amigos ni á sus relaciones, que los tiene en tanto número como Roca cuando los empleos estaban en disponibilidad.

Así, pues, sólo faltan tres meses y dos semanas para el día fausto ó infausto en que mi linda novia decidirá de mi suerte, y lo único que me extraña es que algún cronista social, tan indiscreto como mal informado (peculiaridad del gremio), no haya dado aún noticia de mis bodas.

Creo que hasta entonces todo marchará bien, porque el soberano público no me ha escatimado sus favores, ni sus aplausos, ni su mismo dinerito (0.20 por ejemplar), y si continúa como hasta aquí voy á nadar en riquezas dándome al propio tiempo un baño de gloria. Este monarca democrático tiene, en efecto, una fuerza incontrastable de protección; y, cuando se le ocurre, hace siempre más, pero mucho más, que cualquier rey absoluto, constitucional ó anfibio, que generalmente tiene que recurrir á las condecoraciones, á los cordones ó á las cruces cuando quiere dar algo... sin arruinarse.

Gracias á esa eficaz protección, que raya en la predilección,—y que ha permitido á la empresa desde mejorar el papel hasta otras innovaciones de mayor cuantía,—ya en mis horas de ensueños é ilusiones me considero el esposo feliz de Colombina (cuya ira se calmó sobre todo al saber el número de ejemplares vendidos), y calculo la importancia enorme que me dará la alianza con una mujer de ese temple y ese talento.

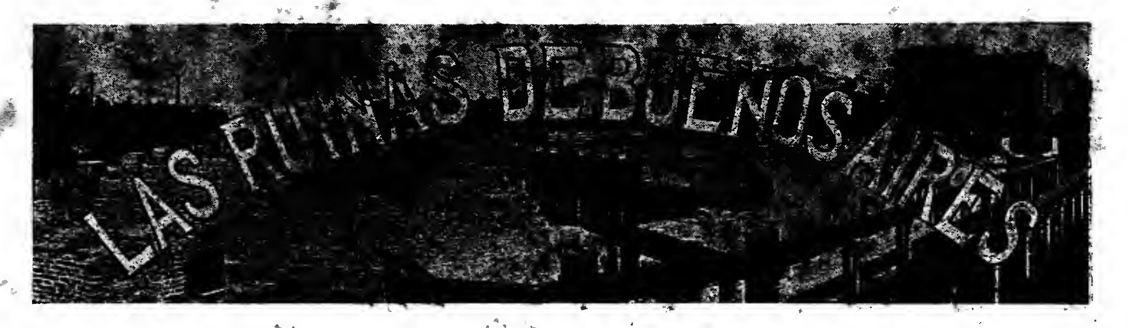
Porque Colombina es de aquéllas que hacen decir "el marido de Fulana", en lugar de Fulano á secas; y de ésas que dan relieve al cónyuge dejándolo sin embargo en segundo término con relación á su absorbente personalidad.

¡El marido de Colombina! ¡Cuánto daría yo por ese título, aunque perdiera mi buen nombre de Arlequín!



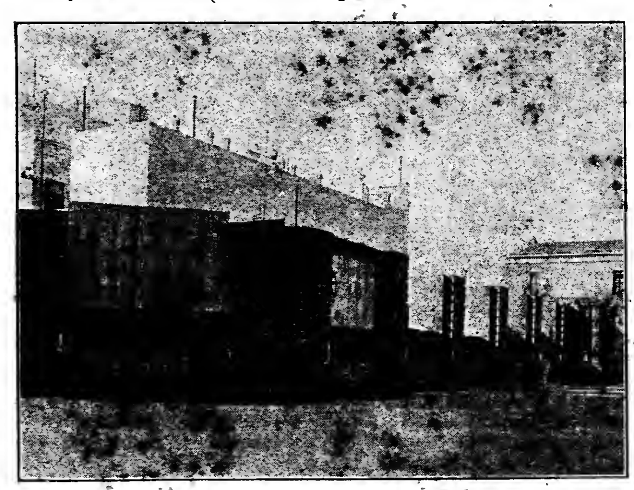
Y eso será. Eso será dentro de tres meses y dos semanas, es decir el 23 de Septiembre, pese á los viajes de Roca, su peregrinación á Luján, la fiebre amarilla, la cuestión judicial, los renacientes *negotiums*, la huelga de los cocheros, la voz de Ruíz (¿el actriz ?-Sí; el actriz), el nombramiento- resurrección- escándalo de Pacheco, y otras cosas capaces de impedir que un Arlequín honrado se gane honestamente el puchero y la mano de su amada.

ARLEQUIN



El capitán Scoffing acaba de publicar en *The Daily Fib*, de Londres, un largo y profundo estudio arqueológico, profusamente ilustrado, sobre las antigüedades de Buenos Aires.

El ilustre sabio se ha detenido ante nuestras ruínas, y las ha escudriñado con paciencia verdaderamente británica: sus conclusiones son también luminosas.



Fot. Arlequin

Extractaremos algunos párrafos de su notable trabajo.

Como casi todas las grandes ciudades cuya historia se pierde en la noche de los tiempos, Goods Winds, —dice—ha sufrido una catástrofe que la detuvo en plena actividad, que la mató repentinamente, si se prefiere.

Pero más feliz que Nínive, Cartago, etc., y en cierto modo como Roma, Goods Winds se ha levantado de sus cenizas por un inexplicable fenómeno.

Los restos que quedan de la antigua ciudad, en los parajes denominados Bon Marché, Paseo Colón, Cuadrados del Paseo de Julio, etc., etc., parecen de mostrar que ha sido bastante extensa, y que sus edificios, de una arquitectura pobre y seca, eran sin embargo vastos y podían alojar tribus enteras, y aún diversas tribus á un mismo tiempo.

Los ciceroni bonaerenses se complacen en mostrar las ruínas á todos los extranjeros que llegan y requieren sus servicios.

Cuentan gustosos la leyenda de la destrucción de la ciudad.

Como yo les preguntara como era que en las ruínas se veían grandes armazones de hierro, no habiendo minas de ese metal en la comarca, me contestaron:

—Oh, capitán! Antiguamente no sólo había minas de hierro en los alrededores, sino también minas de oro y de plata. Pero la catástrofe que destruyó la ciudad trastornó hasta las entrañas de la tierra, de tal modo que las minas de metal se trocaron en minas de papel, tanto que muchas de las casas modernas, casi todas mejor dicho tienen los cimientos hechos de un papel especial que se llama cédula hipotecaria.

—¿Y son sólidas, sin embargo?—pregunté.

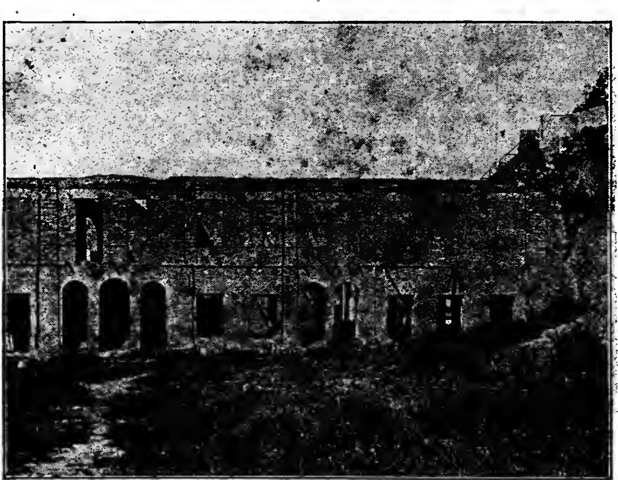
—Oh, capitán! nunca pueden ser sólidas; pero sin embargo duran unos cuantos años, y la gente vive alegre en ellas á pesar de sus grietas y sus agujeros, cada vez más grandes.

Cuentan que la destrucción de la ciudad sobrevino como un castigo del cielo. El pueblo se había corrompido poco á poco, contagiado por el ejemplo de la dinastía reinante, hasta que el Señor, aburrido de sus farras, lo suprimió de una sola plumada, dejando chasqueados á sus muchos acreedores.

Cuando los habitantes de Goods Winds, creían nadar en mayor abundancia y estar invitados á más brillantes festines ¡zás! secáronse las fuentes, agotáronse las minas, y la desolación cubrió la ciudad, como un inmenso y mortífero fantasma...

—Lo que más asombra—añadía el cicerone—es que la catástrofe bonaerense haya repercutido hasta en Inglaterra, en Alemania y en Francia, como si Dios hubiera querido castigar, junto con los culpables, á los que facilitaron la culpa!...

El capitán Scoffing se ocupa en seguida científicamente del asunto con una erudición portentosa, y después de largas y bien fundadas deducciones deja probado para siempre que la raza que habitaba la Buenos Aires destruída,—ó Goods Winds como él la llama—era *la misma que la habita hoy*, aunque algo menos mezclada.



Fot. Arlequin.

En opinión del ilustre sabio, este descubrimiento va á causar una verdadera revolución en la arqueología.

Joke.



Discurso patriótico con motivo del 25 de Mayo

SEÑORITAS:

Me piden ustedes un discurso patriótico para celebrar el nuevo aniversario que como una hoja de laurel se desprende de la corona del tiempo para adornar la frente de nuestra nacion.

Lo siento por ustedes, más que por mí. No sé hacer discursos de ningun género y temo que, debido á mi natural timidez, pueda decir lo que no quiero y falsear la verdad á todas luces.

No venía preparado tampoco; pero voy á hacer un esfuerzo y á dejarlas complacidas, rogándoles me escuchen con paciencia y conserven esta improvisacion como mi mayor esfuerzo de oratoria.

Hasta ahora, ustedes han vivido mistificadas por los historiadores y han tomado al pie de la letra cuanto ellos dijeron. Ya les he dicho, al tratar de los compuestos del fósforo, que la risa es el más noble regalo que los dioses hicieron á los hombres, y cuando nació la risa nació la historia.

En testimonio de mis afirmaciones les recordaré lo que ha pasado con el descubrimiento de América. Hasta hace poco, ustedes creían que la etiqueta de la corte de España en tiempo de los reyes católicos, á fines del siglo XV, era la más grave, y sin embargo, Max O'Rell, citando á Mark Twain quizá, nos refiere que cierta noche, y despues de comer Fernando é Isabel con Cristóbal Colon, la reina se levantó y el rey quedó pensativo.

Despues de un momento de abstraccion, levantó el rey la cabeza:—"¿Te animas, Cristóbal, á ir á descubrir la América?"—"Sí, señor; pero necesito alquilar la Pinta, la Niña y la Santa María, y contratar á los Pinzones."—"Eso está muy bueno; pero yo no tengo plata."—"Menos tengo yo."—"Espera" dijo el rey, y alzando la voz: "¡Isabel! ¿quieres venir un momento?"—"¿Qué deseas, Fernando?"—"Díme: ¿no te animas á empeñar tus joyas para que vaya Cristóbal á descubrir la América?"—"Con el mayor gusto."

Y así fué cómo el Almirante pudo embarcarse. En esta historieta hay algo de Palos; pero no sé si es con mayúscula ó con minúscula.

Colon cruzó el mar y pasó por muchas peripecias, entre otras la de la brújula, que se le volvió loca á la mitad del camino;—por no haberle dado cuerda á tiempo, segun opiniones autorizadas.

Cierta mañana un marinero se puso á gritar como otro loco:—"¡Colon! ¡Colon! allí se vé la América!"

Poco despues, Cristóbal bajó de su buque á una ballenera y se acercó á tierra. Antes de pisarla, vió una multitud de indios armados, cuyo cacique se acercó á la orilla.—"Ohé! el de la ballenera!" vociferó. "¿Es usted el cacique de estos indios?"—"Sí, señor; á sus órdenes. ¿Y usted es el señor don Cristobal Colon?"—"En efecto. ¿Y esta tierra es la América que nosotros venimos á descubrir?" — "La misma."—Y dándose vuelta, exclamó, de manera que todos sus indios pudieran oirle:—"Señores, nos han embromado!... ¡estamos descubiertos!"

Comparando esta version con la que ustedes conocían, pronto se darán cuenta de que la necesidad de los giros literarios, elegantes y solemnes, y la no menos imperiosa de no copiar textualmente á los predecesores, ha modificado de tal manera los hechos que al fin han sido desfigurados.

Los historiadores Funes, Mitre, López, Carranza, Fregeiro y otros, les han referido, en sendas páginas, cómo nació la Revolucion de Mayo, cómo se desenvolvió y cuáles fueron sus consecuencias. Pero no es menos cierto que sobre estas narraciones debe pesar algún grave error, porque las consecuencias de la Revolucion de Mayo no produjeron los frutos que se esperaban, y los desórdenes, anarquía y tiranía que la siguieron, demuestran que su origen no ha sido bien estudiado.

Ya lo dijo un poeta: la Naturaleza se complace en dar realidad á lo que surge en la llama del genio; y como la Naturaleza tardó más de cuarenta años en realizar el Sueño de Mayo, esto debe atribuirse al desconocimiento de los verdaderos orígenes.

Los hechos han sido tergiversados, y si tienen la bondad de escuchar otra version, podrán explicarse lo que antes parecía obscuro é indescifrable.

Berutti y French tenían una mercería en la esquina de Victoria y Bolívar; y como en esa época todos los habitantes de Buenos Aires eran españoles, las únicas cintas predilectas eran las amarillas y encarnadas. En la mercería tenían un *clavo*, un cargamento de cintas de color azul y blanco.

—"French ¿no te parece que sería bueno salir de este artículo?" preguntó Berutti.—"Sí; pero ¿có-

mo?"—"De un modo muy sencillo: hagamos una revolución."

Ambos convinieron en que el procedimiento era superior, y desde ese instante comenzaron á cortar las cintas y á repartirlas sigilosamente á sus amigos y relaciones.

Pero la cosa no marchaba.

—"Mirá, Berutti," dijo entonces French; "esta causa no adelanta mucho; hay que jabonarla." Y entonces se acordaron de Vieytes, que era dueño de una jabonería.

Pero Vieytes carecía de ánimo, y dijo:

—"En la forma que ustedes lo hacen, no se puede. Si nos descubren los godos, nos van á ahorcar. A propósito: al pasar por lo de Rodríguez Peña he visto un letrero que dice: *Se alquila un sótano para sociedades secretas.*

Y adoptando la resolucion de esconderse, y bajo la tutela del misterio, fuertes por la conviccion del triunfo y animados por la misma ingenuidad de un acto cuya trascendencia no sospechaban, dieron comienzo á la conflagracion política que dió en tierra con el antiguo régimen colonial. Belgrano, Moreno, Larrea, López y los otros señores de la liga, se embriagan de entusiasmo individual y colectivo, y durante el primer período de su accion, que es el período de la hipérbole, improvisan generales, ejércitos, himnos y recursos, y hasta inventan una expresion que se ha hecho bastante popular: "Sol de Mayo". Y es una circunstancia muy curiosa, y sobre la cual llamo la atencion de ustedes, la de que el sol de Mayo no es una clase particular de sol, sino simplemente el de todos los días. El día 25 de Mayo de 1810 amaneció lluvioso y no había sol. Sin embargo, ese sol que no se veía, ha llegado á ser el Sol de la Libertad, de la Independencia, y un emblema de la patria Argentina.

Estos antecedentes no están documentados en su totalidad; pero si ustedes se preocupan tanto de los documentos, van á concluir por no creer en nada. Todas las arengas de Plutarco son iguales, lo que no es verosímil, mientras que en la Iliada todas son distintas. La humanidad es muy inconsistente. Basta que una afirmacion cualquiera esté apendiculada con los nombres de Ctesias, Heliodoro de Sicilia, Josefo ó lo que fuere, para que eso sea historia. Hay escritores que afirman que Alejandro fué vergonzosamente derrotado en la India y que por eso se quedó en Babilonia y no volvió á su país. Otros aseguran que la nariz no existía en otro tiempo y que tal órgano es de un desarrollo consecutivo al uso de los anteojos; y es verosímil que eso sea cierto, á juzgar por los documentos, que son las estatuas antiguas: éstas no tienen nariz. El chimpancé no tiene nariz; Quevedo era muy narigudo, y observen ustedes qué anteojos los que usaba. Ovidio Nason vale tanto como Ovidio el Narigudo, y, sin embargo, era ñato. Es difícil atenerse al criterio histórico. Siempre he pensado que la Historia fué primitivamente instituída para entretener á los chicos y asustarlos, y ahora estoy convencido más que nunca porque tengo experiencia personal: hace dos años, por idéntico motivo al de ahora, al pedido de ustedes, me comprometió el doctor Zubiaur, en la Concepcion del Uruguay, á hacer un discurso patriótico; y asusté de tal manera á toda la concurrencia, que al principio se reía á carcajadas y acabó llorando; y lo curioso es que reía cuando hablaba de hechos que habían sido presenciados por algunos de los oyentes, y lloraba cuando les decía algo que no se podía protocolizar ni con papeles, ni con pergaminos, ni con monumentos.

Por ese motivo no creo en las versiones relativas á la Revolucion de Mayo. Ya lo han visto ustedes: en la época á que antes me referí, no existían las calles de Victoria y de Bolívar, ni podían existir. Faltando el lugar, el sitio, ¿cómo podía existir el hecho? Hace tiempo escuché una conferencia histórica de un profesor. Aludiendo á las invasiones inglesas afirmaba que uno de los más esforzados adalides de la defensa había sido un joven Zelaya, que con pandillas de muchachos mataba á los ingleses á cascotazos.

Pero hay que atenerse á algo.

No se preocupen ustedes, en el estudio de la Historia, de las mojigangas quiméricas; y siempre, mientras vivan, prepárense como hoy á saludar el 25 de Mayo, porque es el símbolo del honor, de la libertad y de las aspiraciones crecientes de la Nacion Argentina.

Guarden siempre, en el rinconcito más tibio de su corazon, la cinta azul y blanca, porque es un pedazo de nuestro cielo, y el que no lleva el cielo en el corazon, lleva el infierno en todas partes.

Los dioses del paganismo actual no se contentan con el humo del incienso, ni con la sangre de víctimas coronadas de flores: quieren alegría, pero profunda, íntima, esa alegría que brota sana como un perfume grato y se conserva en el alma como una Primavera perdurable. La alegría es la salud, la moral, la perla de la vida. Y está bien que al aproximarse estos días de Mayo, sintamos más que nunca la influencia que irradian el azul y el blanco, porque el azul y el blanco, siendo la alegría, son la salud, la moral, la perla de la Patria.

Eduardo Ladislao Holmberg.

Nota.—*El general Roca acaba de inaugurar con gran aparato, lucido séquito, espléndida música y tres trenes expresos, la nueva línea férrea, llamada estratégica, al territorio nacional del Neuquén.*

Antes, sin contar los viajes largos, había estado en Luján, confirmando así mi sueño de la otra noche en que lo veía tan cristiano y practicante; en seguida, se marcha al Brasil; después ya inventará otra jira...

El Congreso lo ha autorizado para que vaya y venga cuantas veces quiera...

Y no se va nunca solo... un viaje presidencial arrastra. Hoy no tenemos, por ejemplo, más que tres ministros en su puesto, es decir, cerca de su puesto, porque á la verdad, éstos, como los otros, no pueden dejar de enfermarse ó indisponerse frecuentemente, ya como ministros, ya como simples individuos á quienes alcanza también esta funesta influencia del viento norte.

¡Oh! si siempre nos hubieran gobernado así... en perpetua ausencia... ¡cuánto mejor gobernados nos hubiéramos visto!—A.

Nota.—*Se agita nuevamente la cuestión de si se enmienda ó no se enmienda el himno nacional, y parece que esta vez va á ser la definitiva.*

Por lo que valga mi voto: Pienso que no hay necesidad de fastidiar á nadie, y menos á huéspedes amables, trabajadores, y que nos hacen bien en vez de perjudicarnos. Pienso que, palabra más, palabra menos, el himno nacional será el mismo, pues la música es lo que entusiasma, y en cuanto á la letra, bastaría para nuestro orgullo y satisfacción aquella estrofa que comienza:

Desde un polo hasta el otro resuena...

Cuyos versos amplios, rotundos y nobles, retratan la majestad del pueblo argentino, sin rozar siquiera la epidermis de nadie.—A.

CASTELAR

Era Castelar, entre todos los políticos españoles, el que más vinculaciones tenía con la República Argentina, no sólo por sus ideas, sino también por el hecho material de haber escrito durante muchos años para sus diarios.

Aun están frescas en el recuerdo sus elocuentes correspondencias á *La Nación*, (reproducimos aquí la carilla final de una de ellas), en que ponía al corriente á los americanos del sur de la intrincada política europea, mirándola y considerándola con un criterio amplísimo, que no ha contribuído poco á educar á nuestro pueblo,—quien, por otra parte, ha aprovechado escasamente sus lecciones.

UNA PAGINA AUTOGRAFA

cambio todo una verdadera catástrofe. Y he aquí la triste condición de los poderes personales y de las instituciones familiares: el dolor causado por la enfermedad incurable del Príncipe Imperial se aumenta con los recelos terribles del carácter atribuido por la opinión universal a su hijo, en quien todos ven a un funesto déspota para Germania y para Europa. Serán quizás infundadas las aprensiones tales sospechas; pero todo el mundo juzga la guerra encendida en cuanto ascienda sobre los cadáveres de su malogrado padre y de su viejo abuelo el Príncipe Guillermo al trono imperial. Bajo tan triste pensamiento cierro esta carta y me despido en esta quincena de vosotros. ¡Qué naufragio para la civilización una guerra europea! Suyo vuestro afmo. amigo

Emilio Castelar

La desaparición del gran tribuno español, que muere á los 67 años de una vida agitadísima, llena de labor y consagrada al triunfo de los ideales republicanos, ha causado hondo pesar en España y en los países americanos de habla castellana, á que estaba tan vinculado; su muerte ha sido profundamente sentida hasta por aquellos que no pensaban como él, pero que no podían desconocer ni su genio, ni su austera y noble perseverancia.

Es que respetaban al hombre y al ciudadano los mismos que estaban dispuestos á hacer fuego á sus doctrinas, porque nadie desconoció jamás que, como dijo Núñez de Arce cuando las jornadas del 73:

Tal vez ceñida de fulgentes galas
forjóse tu ilusión que en pleno día
la república, austera como Palas,
del cerebro del pueblo surgiría.
Tal vez pensaste que al tender sus alas
paz y ventura y luz derramaría,
siendo para tu fama ¡oh nuevo Orfeo!
la honrada encarnación de tu deseo.

Los realistas temían su acento poderoso y los torrentes de su elocuencia, y combatiéndolo sin descanso no podían sin embargo dejar de reconocer sus altas prendas morales é intelectuales, su extraordinario brillo y facundia de orador, su notable criterio histórico, su talento evocador en las descripciones, y la firmeza de su carácter y de su convicción política.

Del periódico satírico barcelonés *La Flaca*, copiamos una de las más célebres caricaturas de que haya sido objeto el distinguido hombre público. Esa caricatura tiene la fecha del 9 de Julio de 1873.

Una manifestación partidista de los hombres del gobierno español, que asociándose á los honores póstumos que se le tributaban, no lo hicieron sin restricciones, ha dado margen á que el dolor del pueblo se hiciera mas vehemente y combativo; pero se volvió sobre el mal paso, á tiempo aún de evitar ulterioridades muy dignas de crítica: según lo pronosticaba *La Nación*, Castelar, como el Cid, venció una vez más á sus enemigos, después de su misma muerte.



¡SEÑOR MAESTRO, OJO CON ESOS NENES!

ACTUALIDADES

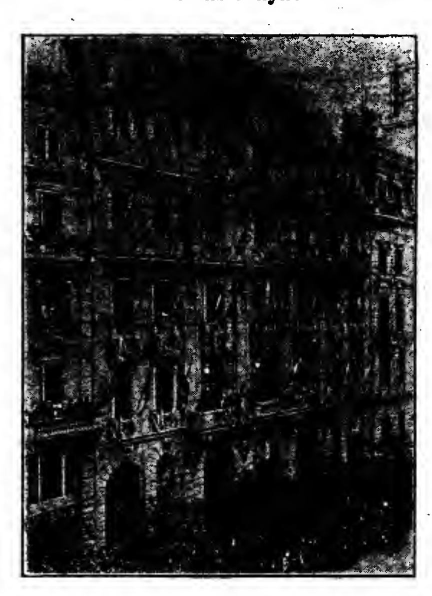
Fecundidad—Acabo de leer el primer libro de "Fecundidad", la última novela del maestro naturalista Emilio Zola, que promete echarle tierra á "La Tierra" en punto á verdores, y, como diríamos por acá, á insolencias: en el primer libro no hay apenas sino un panorama de París amoroso-fraudulento, en su brillante conjunto; y en el segundo, (de que tengo alguna noticia), sólo llegan á verse dos abortos provocados, con una serie de consecuencias que el autor se complace en describir para... dramatizar la obra.

Dejemos aparte todo lo que ustedes quieran y mucho más, para arribar tranquilamente á este resultado:

¿No esperaba el mundo, del bravo polemista, un alegato sobre la justicia actual, vibrante como un rayo y que hubiera hecho como un renacimiento de Voltaire en el asunto Dona¿-Calas?

No tocarlo, no tratar tema de tan universal importancia, con el pretexto de esperar un fallo ó una solución, es simplemente una ingenuidad. Y cuando esperábamos una flagelación *mundial*, se nos sale fustigando un vicio inmundo de gran capital corrompida!...—*Tomasito Buenafé.*

Fiestas Mayas



Fot. ARLEQUIN

EL PALACIO DE LA PRENSA

La huelga de cocheros.—No han accedido los cocheros á dejarse retratar, pero en cambio se han declarado en huelga, con gran contentamiento de las empresas de tranvía.

En esto no hay vuelta: el Intendente es quien tiene la culpa, por haber tratado de proteger demasiado á los fotógrafos, con detrimento de la gente de látigo, y sin que para nada se necesite el retrato en cuestión. De las tres mil docenas de retratos que se esperaba procurar á los fotógrafos, sólo se han hecho cuarenta y cinco! Los demás automedontes no han querido pasar á la posteridad, en lo que han obrado como unos tontos, mientras el Intendente se ha mantenido en sus trece ó en sus tres mil, sin duda para parecerse en algo á don Torcuato...... ¡Tenía tantas cosas imitables y tantas otras inimitables el creador de la Avenida de Mayo!...—*A.*

Otra nota

Fot. ARLEQUIN

EL CARRUAJE PRESIDENCIAL

Si esto de andar en coche estuvo bien ó mal hecho, yo, como Arlequín, no lo discuto. Cada uno es dueño de tomar un carruaje cuando le plazca, con tal que el coche sea limpio, lo que no es cosa corriente, y con tal que lo pague además, lo que tampoco es de práctica.

La cuestión judicial. — ¡La justicia en nuestra tierra! No me es dado hablar... ¡Lástima grande!... Pero que un miembro de la justicia federal tenga que ver—por remotamente que sea—con una falsificación de billetes de banco, y no en su carácter de juez de los autores y cómplices... esto, Arlequín, es como el "apaga y vámonos"... Cualquier asunto Dreyfus queda chiquito, y juro que, si tal cosa resulta cierta, me indignaré de veras y por la primera vez de mi desastrada vida!... ¡Habráse visto!...—*A.*

Fiestas Mayas. — Han sido las notas más sobresalientes de las fiestas mayas, las dos que reproducimos aquí: el hermoso edificio de "La Prensa", engalanado artística y hasta lujosamente, y el no menos interesante carruaje presidencial, que sirvió á nuestro general en jefe del ejército y armada para pasar revista, cómoda y descansadamente, á las tropas de guarnición y á los regimientos de guardias nacionales en la Avenida y en la plaza de Mayo.

Desembarco de Colón. — Colón sigue viajando. Después de ir á Chicago, desde Europa, se halla hoy entre nosotros.

Publicamos en la página siguiente su retrato, como es de orden, dada la distinción de la persona y sus muchas relaciones en la sociedad porteña, añadiendo que, á su paso por la exposición de Chicago, hizo obtener una medalla de oro al pintor romano Pietro Gabrini.

Colón llega con un tortícolis muy doloroso, que le produjo el salvataje de uno de sus compañeros, quien tuvo la malhadada y peligrosa idea de desembarcar con casco y armadura, y cayó al agua.

El conocido navegante, después de la proeza que salvó la vida á su compañero, tuvo que quitarse las botas en la misma lancha y ponerse unos zapatos de etiqueta, que traía por si acaso aunque no fueran lo más apropiado para desembarcar.

Puso el pie en tierra firme, con sus compañeros junto al lavadero municipal, por cuyo motivo el agua de la orilla está bastante turbia y llena de espuma de jabón.

Sea de todas maneras bien venido nuestro distinguido amigo,—abuelo, como se sabe y lo repito, de Colombina mi novia.

PIETRO GABRINI — DESEMBARCO DE COLÓN



EXPOSICIÓN COSTA — CUADRO PREMIADO EN CHICAGO

Fot. ARLEQUIN

YAPÚ

En torno de uno de los fogones del campamento se oyó de pronto una voz burlona que rompía el silencio:

—¡Brava heladita la que está cayendo!

—Como pa peludiar,—respondió otro en el mismo tono.

—Sí... en la pulpería,—retrucó riendo un tercero más allá.

—Si ya no puedo juntar los dedos,—contestó el primero y añadió, formando una bocina con las manos en que sopló un instante para darlas calor:

—Che, Patricio, alcanzá la limeta; no la besés vos solo.

El aludido, levantando la falda del grueso poncho, sacó una caramañola que arrimó á los labios, y echando la cabeza para atrás la mantuvo en alto breve rato; hizo chasquear después la lengua con delicia, y la pasó al compañero que repitió la misma operación hasta que, sorbida la última gota, el que se quedó sin ración, para consolarse, se puso á tocar un triunfo en la vasija vacía.

Una corriente de vivaz alegría pareció circular entonces entre aquel grupo de hombres huraños y sombríos, desatando la lengua á los conversadores.



—¡Bah! esto no es nada,—exclamó gravemente uno, mientras se sujetaba las alzaprimas de la espuela sobre la bota de potro con blanco delantal.—Helada bárbara fué la que yo pasé una noche allá en la pampa de Buenos Aires, cuando marchamos pa Cepeda; como no había leña y todo estaba mojado, era muy difícil hacer juego; pero rastriando en una vizcachera yo junté unas biznaguitas y las prendí. Después me fuí á llenar la caldera á una lagunita, y lo que volví con el agua y me arrimé al fogón... ¡Cosa fiera la que vide!...

—¿Qué vió, amigo?

—Que mi fogón estaba desparramao, y las biznagas andaban moviéndose entre los pastos.

—¿Habría hecho juego sobre alguna sepultura?

—¡Qué esperanzas!... si habían sido víboras heladas las que yo había juntao por biznagas!...

Una risotada estrepitosa coreó la agachada del paisano. Entonces el sargento,—un veterano cuyos ojitos picarescos se revolvían inquietos entre un bordal de pelos canosos, y á quien por sus tretas y zorrerías denominaban *Aguará*,—haciéndose el que no había comprendido la broma, contó con aire muy formal:

—¡Vaya! de ésas he visto yo muchas en mi vida de milico. Pero caso peliagudo el que me aconteció á mí una vez que andábamos cuereando toros cimarrones allá por el rincón de Cupalén.

—¡A la fija ésa es guayaba!...

—¿Guayaba, decís?... ¡Si parece cosa de brujería!

—Bueno, á ver la relación.

—Pues era tan fría la madrugada, que por hacer entrar el cuerpo en calor saqué del tirador un pedazo de tabaco y me puse á mascarlo; pero el naco era fierazo y al ratito no más se me enllenó la boca de saliva, y lo que fuí á... ¡Pero si peligra la verdá!...

—Suelte el rollo de una vez.

—Pues...en cuanto la solté, me quedé en tres patas...

—¿Y cómo jué eso?

—¡No ven que se me heló la escupida!..

—*¡Yapú, yapú!*... andá á contar bolazos á tu madrina,—barbulló con rabia un tapecito correntino que había seguido con la boca abierta el relato de la extraña aventura; y el narrador, guiñando un ojo á los compañeros entre dos chupadas al cigarro, le replicó sonriendo:

—¡Te la tragaste ñandú!... ¡aprendé pa otra!

Y el del cuento de las biznagas, reconociéndose vencido, al alcanzarle un mate dijo, canturriando aquel profundo refrán popular que Hernández engarzó en las estrofas de su *Martín Fierro*, y con el cual la gente campesina parece expresar su risueño desdén para la petulancia de los que creen penetrar en las intimidades más recónditas del alma compleja de nuestro gaucho con sólo revesar su lenguaje pintoresco y atormentar la ortografía:

Tiene mucho que rumiar
el que me quiera entender...

En esto, de allá arriba, junto á los flecos del lucero, como un fragmento desprendido del nimbo luminoso partió viboreando una exhalación rojiza y brillante, que cruzó veloz el firmamento yendo á hundirse en las negruras de la noche.

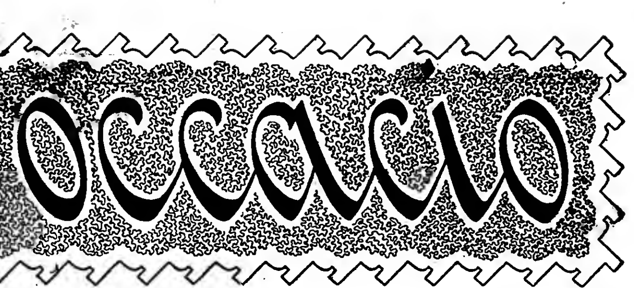
Aquellos hombres siguieron con la mirada inquieta el reguero de luz, y como si un presagio siniestro les advirtiera que tras el macizo misterioso de las sombras velaba el emboscado destino, sus rostros se tornaron súbitamente hoscos y los labios callaron; mientras en torno del grupo imperaba de nuevo el silencio, ese silencio inmensamente triste de la noche en los campos, que todo lo acalla y absorbe, compenetrando el alma de indecible mudez.

MARTINIANO LEGUIZAMÓN.

SOCIEDAD DE BENEFICENCIA
DE LA CAPITAL







Boccaccio

(Continuación).

Ya en el hotel, la ví en la sala de lectura y de entretenimientos, formando parte de un grupo de señoras y caballeros que departían animadamente de las cosas del día: la hermosura del tiempo, favorable á los largos paseos, la fiesta de caridad, realizada con éxito brillante, la partida de Tadeo tan inesperada.

Juana no parecía más triste ó más alegre que de costumbre, y cuando trajeron el te, ella fué quien lo sirvió, poniendo en ello el especial cuidado de otras ocasiones.

Aquella noche la reunión se prolongó hasta las diez y media. Juzgué de mi deber acercarme al grupo, antes de retirarme, y aproveché la oportunidad de que Juana me ofrecía una taza de te, para decirla que aun cuando Tadeo no me hubiese pedido que me pusiera á sus órdenes, ella sabía que lo habría estado del mismo modo y completamente.

Me dió las gracias sencillamente y á poco se retiró, con el resto de la compañía, despidiéndose de mí desde lejos, con la mano y un "hasta mañana" probablemente sin otro alcance que el de todas las noches, pero que me dejó preocupado, dispuesto como me hallaba á verlo todo del color de mis ideas y mis emociones.

Dí todavía algunos paseos por la terraza, y cuando tomé á mi vez el camino de mi habitación, en la inmensa mole del edificio, iluminado por la escasa luz de uno que otro pico de gas á medio encender, no se oía más ruído que el de la cascada cercana, amortiguado por el espesor de los muros y las puertas y ventanas cerradas.

Sobre el mismo pasillo que conducía á mi cuarto, se abría el departamento de los esposos súbitamente separados. Al pasar por frente á la entrada, volví la mirada hacia ésta y sentí al mismo tiempo un golpe seco, como el de un objeto que cae al suelo, arrojado con fuerza. Un botín, desprendido de las manos que lo extrajeran violentamente, debe hacer un ruído semejante.

Roentgen no había inventado todavía la fotografía á través de los cuerpos opacos, pero había ya rayos X en el mundo; y yo sé de ojos que los tenían tan penetrantes que, aun cerrados, veían, á través de las puertas, lo que querían y lo que no querían ver.

—

En la mañana siguiente, muy de mañana, ya estaba yo de paseo, favorecido por un tiempo delicioso. Siguiendo el mismo camino de la víspera, tuve necesariamente, al regreso, que pasar junto al banco en el cual tuvimos con Juana la conversación aquella, tan breve como significativa, por lo que se dijo y por lo que no se dijo en ella.

No puedo afirmar que me sorprendió no hallarla allí, conociéndola como la conocía, á pesar de lo corto de nuestra relación, pero,—¿por qué he de ocultarlo, habiendo prometido decirlo todo?—me mortificó, ésta es la palabra, su inesperada ausencia, y digo inesperada porque, sin confesárselo, el amor propio, que desempeña por lo general un papel importante en éstos y otros parecidos asuntos, había interpretado antojadizamente el "hasta mañana" de la noche anterior como una promesa de que se repetiría el matinal encuentro.

No estaba y, todo bien considerado, acaso era mejor que no estuviese; pero váyanle ustedes con estas filosofías al corazón, capaz de todas las abnegaciones, sin excluir el martirio estoicamente aceptado, si sabe que no está solo en la hora del sacrificio, á la par que rebelde, por invencible naturaleza, á las resignaciones que se figura humillantes, por fútiles que sean las causas que las impongan ó dudosos los derechos en que la protesta se funde.

No estaba y me senté solo en el banco, cuyo respaldo tocaba casi el formidable muro de la montaña cortada á pique, por el que escapaban algunas débiles filtraciones que brillaban al sol, alimentando una que otra planta cerril de las concavidades ó la base. Al frente, el magnífico panorama al cual he dedicado ya algunas líneas, y á los lados, por uno, el camino que llevaba serpenteando á la lechería y á un pequeño recreo que los viajeros gustaban de frecuentar, más por las lindas vistas de que en él se gozaba, que por la calidad y el precio de los artículos ofrecidos al consumidor, y por el otro, el mismo camino, rumbo á las casas, como se decía en el lenguaje local, que tomara Juana en la mañana anterior, al cortar brusca pero cortésmente el diálogo consabido.

No estaba y pronto me aburrí del esplendor del día y de la belleza del paisaje, tan cierto es que "todo es según del color del cristal con que se mira"; por lo que tomé á mi vez el camino de *las casas*, no sin escudriñar todos los sitios en los cuales hubiera podido buscar propicio asilo una persona deseosa de soledad y de silencio.

Pero no encontré sino á algunos pasajeros que se dirigían á los puntos de donde yo venía, y ya en la plazoleta del balneario, en medio de la cual se elevaba la estatua del que popularizó aquellas aguas, en cuyas virtudes calmantes empezaba á creer menos que el viejo director del establecimiento, tomé asiento frente á una mesita colocada estratégicamente para que no se me escapase nada de lo que pasase á mi alrededor.

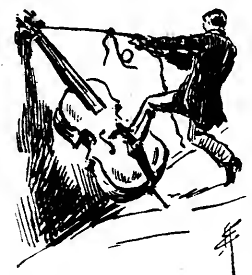
(Continuará)

Argos.

EL CONCIERTO

(COSTUMBRE DE PROVINCIA)

Los movimientos precursores empiezan en el misterio, con muchas semanas de anticipación, como hálitos impalpables de tempestad lejana; y se van diseñando poco á poco en la atmósfera social, bajo el aspecto de una tendencia insólita hacia el filarmonismo.



Nadie habla de conciertos ni por casualidad: la apatía social, el amor á la música, la monotonía de las noches, son otros tantos subterfugios que ocultan la verdadera causa agitadora de los espíritus. Especialmente las señoras, que son muy fuertes en esto de las noches, discuten á más y mejor si comienzan á alargarse en mayo, el gran mes americano, ó si sólo en junio acontece el curioso fenómeno.

Ello es que por todas partes se remiendan cuerdas, se enaceitan tubos, se afinan instrumentos y no pocas gargantas se aventuran en atrevidas escalas cromáticas á través de las óperas italianas. Surgen los oradores y las divas como por encanto; se ensayan solos, dúos, coros, y el concierto se va imponiendo al fin y al cabo á los ánimos, como la resultante palpable de potenciales invisibles.

De repente se lanza la idea, que salta de uno á otro como chispa de incendio, y corre, y centellea, y alcanza el hogar tranquilo, y commueve á la joven y á la anciana; y ante el 9 de Julio que se aproxima cargado de patriótico combustible, el concierto estalla y la sociedad en masa se desvive por darle forma.

Nada más patriarcal que el filarmonismo de todas las categorías sociales, unidas en el arte y por el arte, á pesar de las susceptibilidades de los blancos, y hasta de los morenos. Y es que el concierto ha pasado á ser necesidad ineludible; parece una creciente de la montaña... Allá van confundidos los pétalos amoratados de las humildes florecillas silvestres, las marimoñas opulentas, los tallos burgueses de las hortalizas y las siemprevivas á medio roer por el gusano de la maledicencia... El Apolo provinciano es una especie de Guillermo Tell, con lira italiana y gorra de vasco...

¡Guay de las feas que pretendan arrimar modestamente la brasa á su sardina, y soltar cuatro gorgoritos por entre sus perlas! Allí son las rivalidades, las rencillas, las envidias y hasta los lagrimones!... El director del torneo se ha visto en el caso de ir alargando, alargando, hasta que el programa ha asumido las proporciones de un folleto; todo por contentar á las señoras!



Pero... ha llegado el día!... El teatro está como rejuvenecido; nadie ha querido faltar. Las flores de papel que guarnecen los palcos á manera de adornos de altar, tiemblan en sus peciolos de alambre al soplo de los abanicos que mariposean sobre los senos medio velados por los encajes de la tentación. Mil banderolas de otros tantos países terrestres y hasta neptúnicos, matizan las balaustradas con abigarrados brochazos...

Como es el *nueve*, la orquesta empieza con la canción nacional. Todo el mundo se pone de pie; levántase el telón y aparecen las coristas vestidas de blanco y celeste. Grandes aplausos. Se premia la belleza. De un palco cae sobre ellas un revoloteo de pétalos de rosa... Una linda joven se adelanta llevando la bandera bordada de oro, y canta con acento dos veces argentino la primera estrofa del himno patrio. Su voz tiembla, su seno se agita de emoción y el público envuelve en ruidosos aplausos las últimas notas... El himno ha terminado, las coristas se sientan en semicírculo y reciben sonrientes los ramos y las coronas que los jovenes de la comisión les reparten en grandes cantidades.

La orquesta ataca la *Overtura de Semíramis*. De pronto, un clarinete deja de tocar para decir al director con voz un tanto baja pero resuelta:

— ¡ Yo no *hago* el solo !

El director, furibundo y tragándoselo con los ojos, contesta:

— ¡ Hágalo, *no más* !

Durante este rápido cambio de palabras, dos bronces que han perdido el hilo que devana la batuta, triscan alegres y descuidados por la sinfónica llanura. Un primer violín, que comprende lo grave de la situación, aborda decididamente el solo, sobre la cuarta cuerda, y salva á sus compañeros de un fracaso seguro.

— ¡Bien! ¡Bravo!

La *Overtura* ha salido magnífica.

El público aplaude desaforadamente... Desde el palco de los pétalos arrojan otro puñado sobre la orquesta. Las hojas juguetonas, bajando en caprichosas espirales, han ido á adornar la cabeza rapada del contrabajo. El público pesca el detalle y vuelve á aplaudir.

Innumerables coros han sido aceptados y desechados sucesivamente, unos por pálidos, otros por subidos de color. A última hora se ha resuelto cantar uno de *Favorita*, que sabe de memoria todo el mundo.

—¡ Muy bien que ha *salido* otras veces !

¡ Coro dichoso ! ¿qué oculto encanto tienen tus armonías para que sólo tus notas alcancen la glorias de ser emitidas por aquellas gargantas?...

Durante la ejecución, una bellísima corista observa que otra, no menos hermosa, entreabre apenas los encendidos labios, y temerosa por el éxito vocal del conjunto, le dice con acento persuasivo:

— Cantá, *chey !*

Y la otra, frunciendo el divino entrecejo, le contesta:

— Si no *séee!*...

— Cantá *no más!*... como yo canto!...

Y ella no canta tampoco, aunque no parezca.

El público, por su parte, no puede suponer ni remotamente que una muchacha bonita sea capaz de no cantar siempre como un ruiseñor, y aplaude que se las pela.... Y el coro sale espléndido también, y los ramilletes y las coronas circulan á docenas por entre

las artistas. Los jóvenes enamorados aprovechan este momento psicológico para enviar á *su ingrata* un corazón enorme, fabricado con flores de montonera (*schuria abrotonoides*), que si bien huele detestablemente, sirve en cambio para matar las pulgas y tiene muy buen *lejos*, que es lo que se desea...

El programa indica el tercer número de la primera parte... Un joven, correctamente vestido de frac, se adelanta en plena sala y va á invitar con ademán galante á una señorita, á quien conduce al piano... Este acto tiene en provincia una significación trascendental: quiere decir que "las relaciones están muy adelantadas" y que ambos deben unirse en breve, con la sólida coyunda del himeneo.

Luego, una tras otra, sin interrupción, siguen las piezas, ora de piano, ora de canto, ora de piano y canto, ora de canto y piano, y luego unas veces de piano y otras de... piano, para variar. El público aplaude sin cesar...

En llegando al final de la primera parte, dos jóvenes se adelantan en traje de esgrima y ¡pif! ¡paf! tajo aquí, puntazo allá, finta que viene, cintarazo dámo y refilón te pego, caen el uno sobre el otro en una de pinchazos y reveses verdaderamente descomunal... Cada parte del programa comienza regularmente con un discurso y termina regularmente con un asalto.

A eso de las dos de la madrugada, unas señoras dicen, saliendo del concierto:

—¡Has visto, *chey*, qué lindo ha estado!

— ¡Lindísimo! ¡Mucho mejor que el otro *nueve*, que fué la mayor indecencia!...

— Y dicen que se repite el 25 de Mayo...

— ¡Si ya pasó, *chey!* ¡en qué estás pensando!...

JULIO LEMOS.

El Presidente electo del Perú

Vieja costumbre, y que suele ser mala, es la de husmear lo que ocurre en casa del vecino; pero en este caso, tratándose de naciones que casi están pared por medio con nosotros, bien puede echárseles una ojeada sin ofender á Dios. El Perú se ha dado—ó le han dado, que en estas repúblicas sudamericanas nunca se sabe eso á ciencia cierta—un nuevo presidente en reemplazo de Piérola que acaba de gobernar por segunda vez, no sin terribles doloramazos de cabeza causados por la oposición encaprichada en derribarlo.



Las elecciones canónicas—mala tos le siento al gato—tuvieron lugar el 28 del mes anterior, ó sea el domingo pasado,



resultando electo el ingeniero don Eduardo L. de Romaña, que asumirá el mando el 8 de Septiembre, día en que Piérola bajará del poder en que por lo menos hizo una obra buena: concluir con el régimen militar.

Además del retrato del señor Romaña, vá con esta nota un cuadro de la revolución que dió en tierra con el gobierno de Cáceres.

El peatón Rodríguez Martínez

Hay gente que no tiene nada que hacer, y que entonces se dedica á dar la vuelta al mundo. A este género pertenece el peatón Rodríguez Martínez, que se promete hacer el viaje un rato á pie y otro andando, como si se tratara de ir de aquí á Barracas.



Fot. ARLEQUIN

Rodríguez Martínez, para no aburrirse, lleva consigo un acompañante, que será su *damo* de conversación, y cuyo retrato publico junto con el del protagonista.

LA NIEBLA

Entra la mancha inmensa y acuosa, á paso lento. Se abre en alas después, y empujada por una racha fría de viento este, cubre de pronto el macizo de casas de la ciudad que duerme. Es un humo de agua que flota y se encajona en las calles. Ha entrado por asalto, invadiéndolo todo, sin encontrar otro obstáculo que el foco eléctrico en los sitios centrales y la luz de gas ó el farol de kerosene del suburbio siempre triste.

Es un huésped nuevo entre nosotros que trae á la memoria el recuerdo de las descripciones de Londres, donde se vive entre brumas. Conocíamos la niebla como algo propio y exclusivo del desierto y del mar. Sabíamos que en medio de las Pampas estraviaba á los viajeros, haciéndoles perder el rumbo; sabíamos que constituía una seria dificultad para la navegación, habiendo sido causa, más de una vez, de choques siniestros, verdaderos dramas que han tenido por escenario el lomo de Leviathán; pero no la creíamos amiga de lo urbano. Suponíamos que la ciudad la repeliera.



Pero ella es tan caprichosa como irresistible. Y así la tenemos hoy continuamente de visita, como un atractivo más. Sutil, como una caricia húmeda que nos envolviera en la finísima malla de un tejido de hilos en formación, se presenta casi siempre antes que el sol, su único enemigo serio, surja en Oriente.

Le disputa su imperio. Lucha contra el poder del astro, que en sus accesos de ira, irresistibles, la acosa, la corre, la dispersa y la aventa lejos, lejos, forzándola á replegarse y deshaciéndola, por fin, después de una lucha desesperada.

Tiene la niebla hermosos encantos. Predispone á una melancolía amable y serena, que no hace mal al espíritu, que tiene cierta extraña voluptuosidad, llegando á dar la sensación de algo así como el comienzo de un placer que no se consuma.

Llega siempre por sorpresa. A veces es tan densa que casi puede palparse. Yo he llegado á desear que fuera masticable y he solido preguntarme muchas mañanas, por qué no había de ser alimenticia.

Y... hasta deliciosa.

ALBERTO GHIRALDO.

El huésped importuno



Con capa y con mascarilla,
para el público miedoso
no soy "La fiebre amarilla"
sino "Un caso sospechoso."

La conferencia del doctor Gori

En una conferencia en la Asociación de la Prensa, el doctor Pedro Gori dió noches pasadas una soberbia paliza al duelo y á los duelistas, haciendo la historia de la bárbara costumbre desde la edad media hasta nuestros días.



La elocuencia y el saber del conferenciante han quedado demostradas una vez más: el duelo, por su parte, seguirá imperando como si tal cosa, ya para vengar ofensas, ya para establecer supremacías, ya simplemente para hacer un poco de ruído, necesario en ocasiones.

Yo, por mi parte, creo que, mientras no seamos convencidamente sensatos, habrá que andar á sablazos y á tiros á cada dos por tres, sobre todo desde que los maestros de armas no quieren limitarse á enseñar á matar, sino que comienzan á ensayarlo por cuenta propia.

Sin embargo, encuentro un calmante que puede aplicarse á la manía homicida: el desarrollo del box, hasta convertirlo en institución nacional como en Inglaterra.

Cierto es que muchos duelos resultarían más sangrientos y terribles; pero, entre una trompada y una estocada, es preferible lo primero, sobre todo si el arma blanca está en manos inexpertas y más peligrosas por lo mismo.—A.



Arlequín puede darnos, en su calidad de multicolor, idea del hombre político que se crea una opinión de acuerdo con su posición social, pero que, como heroe verdadero, tiene la máxima de cambiarla cuantas veces sea necesario para mejorar esa posición.

Podría ser también la sátira del político que para llegar más pronto al poder llega en cuatro pies, y la de ciertos jefes de partido, unidades que adquieren valor de muchos ceros, que—ya en las Cámaras, ya en otra parte,—se colocan á su lado.

Un amigo mío, no Arlequín, tenía una idea nobilísima de la equidad política: para él estaba encerrada en la fábula siguiente:

Un campesino reunió todos sus animales, más ó menos domésticos, y les dijo:

—Queridos animales! Os he reunido para saber con qué salsa debo comeros!

Un pollo:

—Nosotros no queremos ser comidos!

El campesino:

—Eso es salirse de la cuestión.

Los animales hablaban entonces, como ahora: para convencerse basta asistir á la discusión de una orden del día cualquiera. El profeta Balaam ya no es el único que haya oído hablar á un asno. Pídanse informes á los taquígrafos.

Pero no debemos ser demasiado injustos en política.

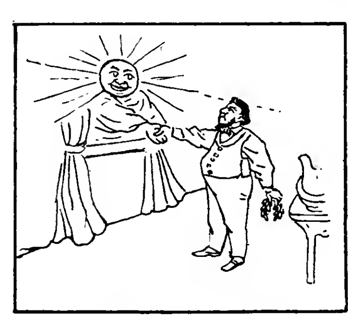
Un respetado, si no respetable funcionario, me decía:

—Se me acusa de ser versátil, inconstante... Por el contrario, nunca he cambiado de idea: quiero y he querido siempre conservar mi puesto!...

Ciertos hombres, no digo arlequines sino políticos, son claros y plausibles. Si hoy manifiestan una opinión y mañana otra, es porque, como Arlequín, temen fastidiar al público repitiendo siempre la misma cosa!

JARRO.

LA JORNADA EXTRADIVINA DE UN PINTOR EN LA ARGENTINA



Se levanta y Sol, ufano, le dá un apretón de mano.



De paseo halla á una musa que le hace ojitos confusa.



A las tres Gracias visita de una manera exquisita.



A Mercurio el comerciante, reprende como á un tunante.



Un cuadro de sus pinceles exhibe á Fidias y Apeles.



Después de tanta labor tranquilo duerme el pintor.

SOBRETODÍTICAS

—Mi país es tan extraño,—decía un amigo y compatriota,—que en el verano hace frío y en el invierno calor.

¿Será que en nuestro afán de *europeizarnos* hemos llegado á trocar el orden de las estaciones, para hacerlas isocrónicas con las del otro hemisferio?

Todo puede ser, porque estas naciones sudamericanas tienen una fuerza de progreso irresistible.

Y en cuanto á espíritu de imitación, no hay quien les tosa...

La verdad es, entretanto, que de noviembre hasta abril hay que andar con sobretodo, y de mayo hasta octubre con traje de brin ó de borra de seda, ó de lustrina si se prefiere.

—¡Que día terrible! —dice uno en pleno mayo, secándose el sudor que le brota á chorros por todas partes.

—¡Claro! ¡como que estamos en invierno!—es la respuesta obligada.

Sin embargo, la experiencia no ha podido con la moda, y aunque haya un calor que parta las piedras, hombres y mujeres andan por esas calles de Dios vestidos de osos.

—El tiempo vá á cambiar de un momento á otro,—dicen.

Y la temperatura estival dura hace tres meses, lo que no obsta para que *ellas* se carguen de pieles como para un viaje en trineo, y lleven manchón, y entre el sombrero y la capa muestren solo la nariz; mientras *ellos*, rutinarios también, no se presentan en parte alguna sino muy ensobretodados, como si fuese indecoroso andar de otra manera.

He inquirido las causas de esta rara peculiaridad, interrogando á las gentes del oficio más interiorizadas por la amplitud de sus negocios.

Y que es por rutina ó por moda arguyo,
pues con estos días de calor mortal
el sastre Cabezas, de la calle Cuyo,
ha abrigado, él solo, media capital!...

Como que el mundo entero anda con sobretodo, desde que los hay baratos, caros y entre medio: el elegante, de vueltas de piel y forros de seda, con el que cualquier quidam queda convertido en una imitación de príncipe ruso; el de *dar gatazo*, también con cuero, aunque sea de ratón, y forros de lustrosa y quebradiza pita, con el que uno se constituye en la imitación de la imitación del príncipe ruso; el modesto y fuerte, de buen paño, con forro escocés, ó ése con el que se quiere mantener aún cierta apariencia y que se adorna con raso de lana ó de algodón, propio de empleados ó de escritores que viven de su pluma y del trabajo de las asentaderas en la silla; el pobre, que ó se cortó y cosió en pura *casineta* con pretensiones de casimir, ó pasó de la sastrería á espaldas bien alimentadas para ir luego al clavo de la ropavejería, de donde fué á sacarlo algún escaso de centavos y abundante de deseos de bien parecer, en cuyos lomos se verá la trama; y por debajo de todo esto, el poncho que ya ni en los suburbios se usa francamente, puesto por la boca (del poncho) ó como bufanda y completamente á la europea; y más abajo aún, allá "en la última camada de la estiva de la gente", que en sociedad no está en el paraíso sino bajo los paraísos del Paseo de Julio, etc., hasta el mismo atorrante tiene su abrigo, su *sobretodo*, que usa, también por moda, en este pseudo invierno: un pedazo de lona ó de arpillera, sacado algunas veces de los fardos de papel de periódico... para que no se diga que la literatura es siempre inútil...



—¿Cuántos sobretodos ha vendido usted, señor Cabezas?—pregunté al sastre de mis informes.

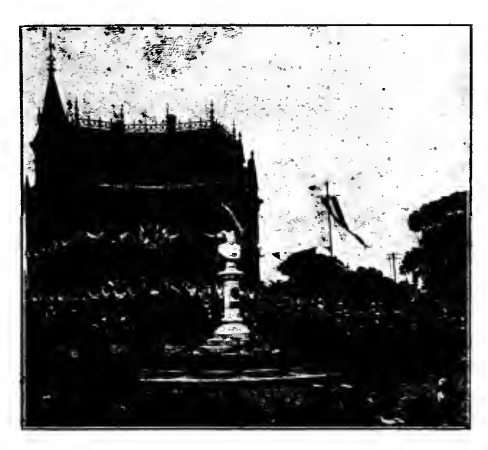
—Entre los de lujo, los buenos y los comunes, he vendido veinte mil, — contestó. — Ahora estoy haciendo otros tantos, pues á la primera racha media frescachona van á afluir los que no quieren creer que haya invierno este año. Ya verá usted...

En cuanto á mí, todavía no tengo sobretodo, pues pienso que

dijo bien el escritor
diciendo que en el país mío,
en el verano hace frío
y en el invierno calor;
y sé por práctica, al fin,
que hay que usar, de cualquier modo,
en verano, sobretodo...
traje, en invierno, de brin...
Es nuestro clima tan rudo
que hay que andar, y con cuidado,
en el verano... abrigado ...
en el invierno... desnudo!

Stenterello

Nota.—*El domingo se inauguró en la plaza de Belgrano, frente á la estación del ferrocarril, el monumento que en honor del general don Manuel Belgrano, prócer de nuestra independencia, ha hecho levantar el señor Antonio Santa María.*



Fot. Arlequin.

Inserto una escena de la ceremonia inaugural, y aprovecho la ocasión para recordar que hoy, 3 de Junio, si el cielo nos los hubiera conservado, el general Belgrano habría cumplido ciento veintinueve años de edad.—A.



Concursos de Arlequín

La suerte ha designado esta vez como ganador del segundo premio de mis concursos al señor Horacio Zapiola Salvadores domiciliado en La Plata, calle 53 número 1066.

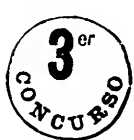
He aquí la solución exacta del problema de la partición hereditaria:

Hay otros diferentes modos de hacer las líneas divisorias, que podrían parecer otras tantas soluciones, pero, en el fondo, todas no son más que modificaciones de la doble línea que en este dibujo se representa en forma de cruz: esas lineas pueden estar quebradas en ángulos rectos, agudos ó obtusos, pueden ser curvas, pueden ser serpentinas, etc., á capricho ó según la inspiración más ó menos artística del competidor.

El señor Zapiola Salvadores puede, por lo tanto, hacer un viajecito á mis oficinas para recoger el premio que ha disputado á unos cuantos centenares de interesados, premio que, como ya lo dije, consiste en un hermoso estuche con 12 cucharillas de metal blanco, marca selecta XXX, valioso artículo que, según me informan, sólo se encuentra en venta hoy día en el Bazar Penco.

Mis votos sinceros porque el señor don Horacio tenga siempre á mano excelente café de Puerto Rico y digestiones plácidas, para que pueda admirar con tranquilidad y esparcimiento las ventajas del regalo que debe á su habilidad en primer lugar y á mi concurso en segundo término,—recordando siempre á Arlequín á fuer de buen agradecido.

Un problema literario



Los lectores saben que un soneto es una composición de catorce versos endecasílabos, dividida en dos cuartetos con dos rimas solamente, y en dos tercetos también con dos rimas. Este es un soneto regular, es decir, consta de dos cuartetos y dos tercetos, pero sus versos son sólo de dos sílabas:

C . . . . .
S . . . . .
V . . . . .
B . . . . .

A . . .
L . . . .
E . . . — .
N . . . .

S . . . .
C . . . .
D . . . .

T . . . .
C . . . . .
C . . .

Para los lectores aficionados á originalidades literarias no será tarea difícil reconstruir este soneto, indicada como está la inicial de cada verso y, con los puntos, el número de letras de cada uno. El soneto, puesto en prosa llana, dice lo siguiente: "El poeta sale á pasear tranquilamente, cantando en lo posible como los pájaros, en los días en que sopla la dulce brisa".

El firmante de la primera carta que contenga la solución exacta, será obsequiado con una notable edición española, lujosamente encuadernada, de la tragicomedia "Cyrano de Bergerac" que tanto furor hace ahora, y que se halla expuesta desde hoy en las vidrieras de la Librería Brédahl, calle Rivadavia 615.

Jeroglífico





El firmante de la primera carta que contenga la solución exacta, será obsequiado con una docena de hermosos retrato Boudoir, hechos por nuestro artista fotógrafo. Si el favorecido residiese fuera de la Capital, podrá optar por un año de subscripción gratuíta.

REGLAS PARA LOS COMPETIDORES

Las cartas que se envíen á Arlequín conteniendo soluciones, deberán llevar siempre en el sobre, para poder ser distinguidas, la indicación del número del concurso á que se refieran. Para esto habrá que recortar y pegar en la parte externa del sobre, la viñeta que presentamos al costado de cada problema. Esto tiene por objeto evitar que quien no compra Arlequín pueda hacer competencia en los concursos á los amigos de esta publicación. Las cartas deben estar autorizadas con el nombre y el domicilio del competidor.

No serán tenidas en cuenta las cartas que no llenen TODOS estos requisitos indispensables.

Todas las comunicaciones deben ser entregadas antes de las 12 de la noche del martes de cada semana, dia y hora en que tendrá lugar la adjudicación del premio, á la cual podrán asistir los interesados.

La adjudicación se hará mezclando las cartas, á fin de que desaparezca el orden en que han sido recibidas, y la primera carta que se abra y que contenga la solución exacta, será la premiada.

El resultado de cada concurso se publicará en el número inmediato, y al conocer ese resultado, los favorecidos deberán ocurrir *personalmente* á la Administración de Arlequín, donde les serán entregados sus respectivos premios.

ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORISTICO ILUSTRADO

Aparece los Sábados — Unión Telefón. 1955

Precios de Subscripción (Pago Adelantado)

	Ciudad	Interior	Exterior
Por 3 meses	$ 2.50	$ 3.00	$ 4.00
„ 6 „	„ 5.00	„ 6.00	„ 8.00
„ un año	„ 9.00	„ 11.00	„ 15.00

Número suelto: En la Capital: 20 centavos. En el Interior: 25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle Florida 67 — Buenos Aires



BIER CONVENT

LUZIO Hnos.

Maipú esq. Cuyo

Bien se ve
que éste es uno
que ni come
ni bebe
en lo de Luzio.





ENVASES DE HOJALATA

É IMPRESIONES

SOBRE METAL

S. Ostwald y Cía

HERRERA 1253

Unión Telefónica 9079
Cooperativa 4006

Si en la Edad Media hubiesen fabricado
de Simon Ostwald la hojalata dura
no hubiera caballero ni soldado
que llevase otra especie de armadura.
Impresa es bella como un cuadro, encomia
el universo su arte y su relieve.
Y conservada en ella, hasta una momia
al sacarla revive, habla y se mueve!

DROGUERIA ALEMANA

BERETERVIDE & Cia.

Sucesores de A. Müller y

Piedras 158 á 170

ACTUALMENTE ENSANCHE

SURTIDO COMPLETO DE DROGAS

Y ESPECIALIDADES MEDICINALES



M. S. BAGLEY

& Cía. Lda.

Unicos Fabricantes de las



LOLA La Reina de las Galletitas.

HESPERIDINA Es el licor mas favorito del público.

DULCE DE NARANJA Delicado y saludable manjar.

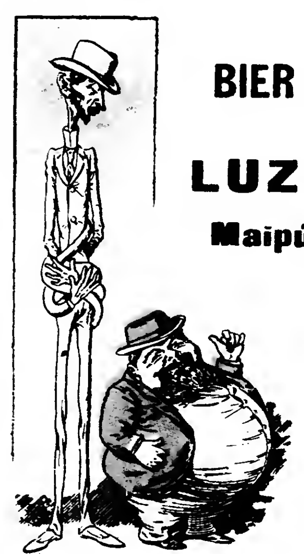
205 Avenida Montes de Oca

Buenos Aires

ARLEQUIN



Pio, felice, triunfador Trajano,
ante quién mudo se postró el cochero!...



BIER CONVENT

LUZIO Hnos.

Maipú esq. Cuyo

Bien se ve
que éste es uno
que ni come
ni bebe
en lo de Luzio.

CERVEZA NEGRA STOUT ARGENTINA
DE LA FABRICA NACIONAL



— Estoy muy flaco, Isidora,
pero ¿qué he de hacer?.....
— Pascual,
ya te he dicho: bebe ahora
la Cerveza que elabora
la Fábrica Nacional.

SE VENDE EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE LA REPUBLICA

Sociedad Anónima Fábrica Nacional de Cerveza

Caridad 350



ENVASES DE HOJALATA

É IMPRESIONES

SOBRE METAL

S. Ostwald y Cia

HERRERA 1253

Unión Telefónica 9079
Cooperativa 4006

Si en la Edad Media hubiesen fabricado
de Simon Ostwald la hojalata dura
no hubiera caballero ni soldado
que llevase otra especie de armadura.
Impresa es bella como un cuadro, encomia
el universo su arte y su relieve.
Y conservada en ella, hasta una momia
al sacarla revive, habla y se mueve!

DROGUERIA ALEMANA

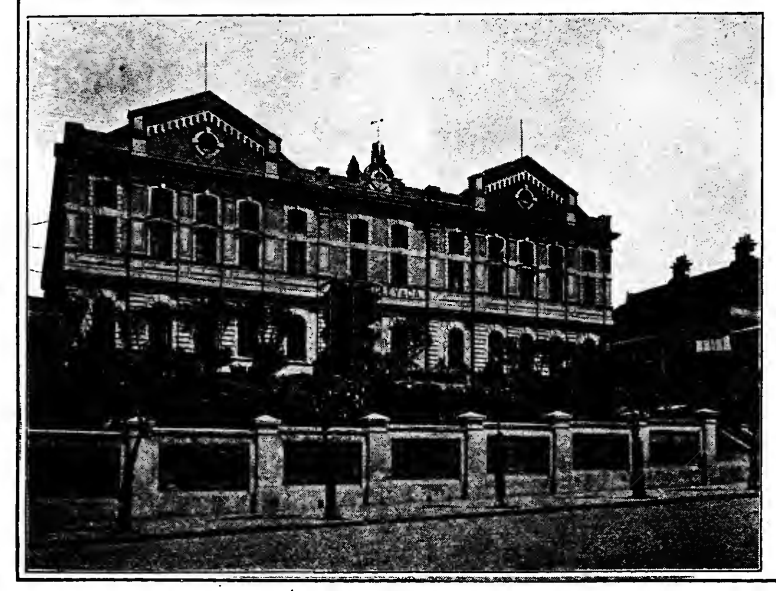
BERETERVIDE & Cia.

Sucesores de A. Müller y Aliverti

Piedras 156 á 170

ACTUALMENTE ENSANCHE

SURTIDO COMPLETO DE DROGAS
Y ESPECIALIDADES MEDICINALES



M. S. BAGLEY

& Cia. Lda.

Unicos Fabricantes de las



LOLA La Reina de las Galletitas.

HESPERIDINA Es el licor mas favorito del público.

DULCE DE NARANJA Delicado y saludable manjar.

205 Avenida Montes de Oca

Buenos Aires

ARLEQUIN



Pio, felice, triunfador Trajano,
ante quién mudo se postró el cochero!...

ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORÍSTICO ILUSTRADO

DIBUJANTE: JOSE M. CAO — DIRECTOR: ROBERTO J. PAYRÓ — ADMINISTRADOR: A. COSTA ALVAREZ

AÑO I. — Buenos Aires, 10 de Junio de 1899 — N.º 4.

IV. — EN PLENA SOCIEDAD

¡Vengo rendido! Y si me pongo á escribir, es como se pone uno á trabajar generalmente: con esfuerzo y sin ganas. Nunca las tengo sobradas, pero esta vez menos que nunca. Hay, también, razón para ello.

Colombina, demostrándome que si quiero hacer camino he de frecuentar la sociedad y hacer el mayor número posible de relaciones, me ha obligado á andar toda esta semana de fiesta en fiesta, de ceremonia en ceremonia y de boda en entierro, de modo que no me ha quedado tiempo ni para descansar, que es el primer deber de todo ciudadano cuando llega la ocasión.



No hay hecho citado en la Vida Social de diario alguno, al que no haya asistido, que no haya visto... ó cuando menos que no haya supuesto, pues suelen citarse hechos vedados al ojo profano. Por esas mismas crónicas sabrán ya ustedes que estuve en todas partes; no hay nómina en que no figure, salvo que los repórters me han puesto entre los etcéteras, como persona de menor cuantía. También verán ustedes mi retrato en el cementerio, en los conciertos, en los bailes y en las inauguraciones, pues ahora se estila retratar á todo el mundo en todas partes, con ó sin asentimiento, aunque casi siempre sea á pedido del interesado, menos en el sorprendente caso de los cocheros huelguistas.

Y vengo tan rendido, que apenas puedo con la pluma; y menos podría con la cabeza, si no me la hubiera hecho perder Colombina. Esta muchacha es de buen consejo, pero tiene unas ocurrencias infernales, y la última es de lo más negro que puede inventar la perfidia humana. No por lo malo que tiene en sí, sino por lo que me hace padecer.

—Es necesario que te hagas conocer, que formes un gran núcleo de relaciones, que frecuentes la sociedad—me dijo, como ya dije.—De otro modo será inútil cuanto te propongas y cuanto esfuerzo hagas.

—¡Pero si no conozco á nadie!—objeté.

—Razón de más: es necesario que conozcas á todo el mundo.

—Pero ¿cómo? ¿quién me presentará?

—No seas badulaque (Colombina tiene muchas de estas ternezas) y haz lo que hacen Fulano, Zutano, Perengano, lo que hace la mayoría de la gente, en fin.

—Pero ¿qué hace esa gente?

—Meterse donde no la llaman, hacerse ver, acostumbrar á los demás á su persona, presentarse en el entierro de un muerto que conocieron ó no conocieron, no importa, y dejar su tarjeta, ir á todos los funerales, á todos los casamientos, y hacer lo mismo, anotar su nombre á la puerta de todos los enfermos, adherirse á todas las manifestaciones, asistir á los preliminares de toda sociedad inútil en formación, procurar invitaciones para todos los bailes y hacerse amigo de algún cronista social ó de sus ayudantes para que no dejen de hacer notar su presencia. Poco á poco vendrán las invitaciones verdaderas, por la fuerza incontrastable de la costumbre; y sobre todo si sabes llevar un frac bien correcto, una camisa deslumbrante, perfectos zapatos de charol, guantes irreprochables, media de seda y elegante corbata. Nadie averiguará, entonces, si te llamas Arlequín ó de otro modo, ni de donde vienes y á donde vas. Te ven, leen tu nombre en los diarios, y eso basta: estás lanzado. Más tarde cosecharás los beneficios, si eres hábil...

—Ya sabes, Colombina,—interrumpí—que antes de ahora me introduje en la sociedad en busca de una posición, y que me retiré desencantado, sin ver nada factible.

—Llevabas demasiada prisa, Arlequín mío. Esas cosas hay que hacerlas con tiempo por delante para que nadie vea el interés que llevan, y si alguien lo ve y quiere combatirlo, vencer por la perseverancia! Pobre porfiado saca mendrugo, y muchos figurones de hoy no deben su renombre de yeso sino al tesón con que se han dedicado á fabricarlo ellos mismos.



Hizo una pausa, y continuó sarcásticamente:

—Yo no debería decirte estas cosas, enseñarte el camino, sino dejarte librado á tu inspiración y tu esfuerzo. Pero me das lástima, pobre Arlequín, y no puedo menos de ayudarte un poco. El plazo se acorta. ¡Ya no tienes precisamente sino tres meses y una semana!...

¡Tres meses y una semana!

—¡Ah, sí, Colombina, sí, haré lo que quieras! Y esta vez no será como cuando me pedías que adulase á las autoridades: ahora adularé á la sociedad!

—¡Yo! ¿yo te he pedido que adules á las autoridades? ¡Vaya! No digas tonterías!...

¡Lo que son las mujeres! Colombina, perfecta por

tantos otros conceptos, no tiene la conciencia de sus convicciones, ni el recuerdo de sus palabras!... No quise discutir, pues hubiera sido mucho peor, y me lancé á la calle en busca de entierros, bailes y otras fiestas en que poner de relieve mi persona...

En ello he estado toda la semana, y de veras que nunca he tenido más trabajo: de un extremo al otro de la ciudad, tratando de estar en todas partes á la vez, triste como un viernes santo (de los antiguos), ahora; alegre como unas castañuelas, quince minutos después; ya grave como un estudiante, ya juguetón como un miembro de la Suprema Corte (uso moderno); correcto aquí, francachón allá, hablando de medicina con los literatos y de moda con los médicos, bromista en los entierros, fúnebre en los bailes, y en todas partes mendigando una sonrisa ó dándola como de limosna, cada día de esta infernal semana he vuelto á mi tugurio derrengado, maltrecho, sudoroso, angustiado, con ganas de tirarme á la bartola, pero con la imprescindible necesidad de pasar una hora doblando el frac y el chaleco, poniendo el pantalón en los estiradores, metiendo las hormas en los zapatos para que no se deformen, lavando la corbata con soda para que sirva otra vez, y limpiando los guantes con goma de borrar!...

—¡Oh, Colombina!... ¡Y tú crees, ingrata, que esto es vida!...

...Aunque, bien meditado, puede ser que esta existencia social,—para llamarla de algún modo,—tenga un secreto que no conozco aún. Pero es evidente que hay escritores, pintores, hombres de ciencia, políticos, hasta financistas, que llevan esa vida, y muy descansadamente al parecer... sólo que no hacen otra cosa; y ni escriben libros, ni pintan cuadros, ni hacen más ciencia, más política, ni más economía que las del interior de su casa, cuando llegan á ella, que suele ser tarde y mal.

Pero no desfallezco por estas primeras dificultades. Perseveraré como el francés aquél, frecuentador de ruletas, perdidoso siempre, quien, si le preguntaban cuándo iba á ganar, contestaba invariablemente:

—*Algún dí, algún dí.*

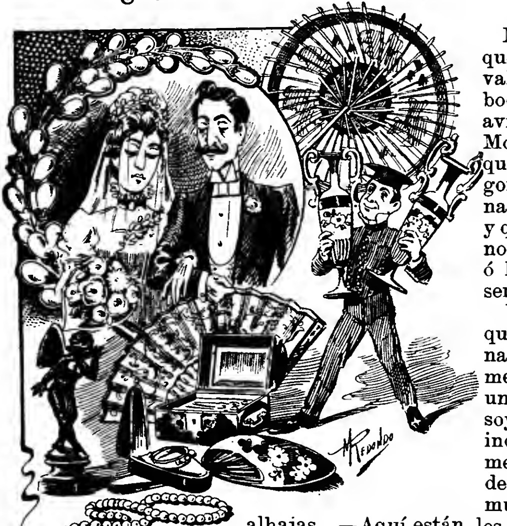
Y el día que ganó había saltado la banca...

Mientras esa hora llega, seguiré siendo uno de los de la *haute* y repitiendo lo que dijo el otro:

—Esto de andar de vago no deja tiempo para nada.

ARLEQUIN.

¿QUÉ SE HACE DE LOS REGALOS DE BODA?



Mucho tiempo hace me tenía preocupado la idea de saber qué demonios se hace de la multitud de regalos más ó menos valiosos que los novios reciben de los amigos el día de la boda. Sospechaba y sospecho que los que no andan muy aviados irán á dar con ellos, mediante retribución, en el Monte de Piedad ó en alguna casa de préstamos de ésas que sirven de encubridoras de hurtos y de miserias vergonzantes. Pero tal sospecha no cabe respecto de los que nadan en la abundancia, que son los que más regalos reciben, y que en la mayoría de los casos no saben donde ponerlos, si no se deciden á formar el más heterogéneo de los museos ó la más inesperada de las ropavejerías. Un suceso bien sencillo ha venido á darme la solución del problema.

Visitaba yo hace días á un amigo casado recientemente, quien se empeñó en mostrarme su casa: no me gusta examinar casas ajenas, porque ó son peores, ó son iguales, ó son mejores que la mía; en los dos primeros casos me importa un pito de ellas; en el tercero me importa demasiado, y soy capaz hasta de envidiarlas, lo que es un sentimiento indigno. Así, pues, no me gusta, pero lo hacía; y mi amigo me enseñaba con crueldad infinita los detalles más ínfimos de su habitación. No me perdonaba uno, y pasé revista al mueblaje, al decorado, á la tapicería, á las ropas, á las alhajas...—Aquí están los regalos de mi casamiento;—dijo por fin, abriendo de par en par un enorme armario. Me quedé absorto al ver tantos objetos inútiles y valiosos: juegos de te, de porcelana, de plata, de metales, por docenas; candelabros, bibelots, adornos de buen ó mal gusto, baratijas de toda especie; floreros, bastones, hasta flores de porcelana...

—¿Y qué vas á hacer con todo esto?—pregunté sorprendido. - ¿Para qué te sirve?

Mi amigo sonrió con gesto enigmático, y después de gozarse un momento con mi perplejidad:

—Para regalarlo de nuevo!—contestó.

—¡Ah! ¿piensas hacer un reparto entre tus amigos?

—¡Dios me libre, tonto! ¿No te ha pasado alguna vez verte en figurillas por tener que regalar algo á uno de tu relación que se casa?—Alguna vez, sí.

—Pues yo tengo obviada la dificultad... ¿Se acerca un casamiento en que estoy obligado á obsequiar á los novios? Abro el armario y elijo un objeto cualquiera, el que me parece más del caso, lo envío, y santas pascuas. Aquí tengo depósito para algunos años, y esa exigencia social está llenada.

No pude menos de admirarlo, y exclamé:—¡Eres realmente un sabio! ¡Tu ocurrencia no puede ser más feliz!...

—¡Oh! no me aplaudas tanto. La cosa no lo merece; ya es vulgar; hoy lo pone en práctica todo el mundo, y cuida tanto de conservar los regalos para regalarlos otra vez, que dentro de dos siglos aun seguirá la contradanza y se obsequiará á los novios con antigüedades auténticas... El que se case en segundas nupcias corre también el riesgo de ver entrar por sus puertas las mismas buenas alhajas de la vez pasada...su mujer inclusive!... Las revelaciones de mi amigo me hicieron recordar un caso ocurrido á la señora M... de D... Una de sus amigas le envió una esplendidez, un ramillete de flores tempranas arreglado con exquisito gusto. La dama, después de admirar las flores y de extasiarse con su fragancia, no quiso ser egoísta, guardar para ella sola aquella preciosura, y resolvió, no sin cierta pena, enviarla á su vez á una amiga.

Horas después, cuál no sería su sorpresa al ver llegar con amable recado el mismo ramillete, que había recorrido media docena de casas, y que otra mano tan altruísta como la suya le enviaba por fin, quizá inspirada por las mismas flores, deseosas de ser galantes con su primitiva dueña!...

LELIO.

El Arbitraje.



(*La escena representa un aposento regio. Junto á la gran ventana abierta sobre el cielo brumoso, sentada en un sillón monumental, una anciana corpulenta envuelta en espléndido manto de armiño que abriga sus piernas, examina gravemente, al través de un lente de mano, una esfera terrestre montada sobre un pie de bronce dorado. A su lado, afable y digno, se halla el Presidente de la Real Sociedad de Geografía.*)

La Reina (*con voz débil y cascada*)—No deja de ser una ocurrencia sud-americana, por no decir peregrina, haberme elegido á mí para dilucidar una cuestión de geografía, quizás controvertida; felizmente son lúcidos mis recuerdos de infancia; sé de memoria casi todas las lecciones de mi viejo compendio de geografía. Además, he asistido como una madre prudente á la enseñanza de sus Altezas Reales, y la palabra elocuente del Honorable Asa suena aún en mis oídos. Baronet, decid que le llamen.

El Presidente (*sorprendido*)—¿A quién, Majestad?

La Reina—Al Honorable Asa Smith.

El Presidente—¡Oh, Majestad!... lo deploro pero no sé en verdad á quien os referís.

La Reina (*amarga*)—¡Baronet!... ¡Vos, el Presidente de la Real Sociedad de Geografía, habeis olvidado hasta el nombre y los servicios de un geógrafo eminente!... No hay nada que contribuya á abreviar mi reinado como la dolorosa comprobación de semejantes injusticias... (*imperiosa*)... Si no sabeis del autor, decid al menos que traigan la geografía de Smith. ¿Supongo que se hallará en vuestra biblioteca?

El Presidente (*visiblemente inmutado sale precipitadamente y vuelve*)—La orden está dada, Majestad; antes de diez minutos tendreis la contestación.

(*Pasa una hora larga; un sueño augusto ha descendido sobre los párpados de la Reina; el Presidente aprovecha de esta tregua para consultar la letra S del Diccionario de Larousse. Después cierra el libro con un suspiro de satisfacción y, ya informado sobre Smith, tose con afectación para despertar á la reina.*)

La Reina (*bostezando*)—¿Dónde estoy?

El Presidente—Vuestra Majestad se halla en su Real Castillo de Pear's, ilustrando una controvertida cuestión de geografía sud-americana.

La Reina (*volviendo en sí*)—Ah, sí, lo recuerdo bien; se trata, si no me engaño, del Chilí y el Argentín, divididos por una vieja contienda que ellos llaman Cordillera de los Andes en su lenguaje infantil y pintoresco.

(*Un lacayo galoneado aparece sin ruído y presenta una bandeja de oro cargada de telegramas.*)

El Presidente (*los lee; después se enjuga los ojos con el pañuelo y exclama con acento conmovido*)—Majestad, preparad vuestra alma augusta á una dolorosa é infortunada noticia: ¡Asa Smith ha muerto!... (*la reina solloza en silencio*)... el mes pasado hicieron diez y ocho años que fué enterrado en Arkansas, donde sus deudos quisieron llevarle.

La Reina—¿Cómo es posible, Baronet, que desaparezca un súbdito nuestro de tanta importancia, un sabio de tanto valer, sin que yo lo sepa? ¿No se le hicieron por ventura funerales nacionales?

El Presidente—No, Majestad; Asa Smith no era súbdito vuestro.

La Reina (*asombrada*)—¿Y entonces?

El Presidente—Smith era americano.

La Reina—¡Dios mío! (*pensativa*) Baronet, decidme: ¿no fueron los europeos quienes descubrieron la América?

El Presidente—Sin duda, Majestad.

La Reina (*con energía*)—¡Y entonces, Baronet, cómo habeis tolerado que un americano recién descubierto enseñe geografía á los miembros de la familia real! ¿No es esto horriblemente impropio?... (*pensativa*)... ¿Acaso los americanos conocían geografía antes del descubrimiento de América?

El Presidente (*con aire reservado pero convencido*) —Sí, Majestad, eso ya no es un misterio para los sabios; en el fondo de una gruta de Kentucky fué hallado por William Bush un texto de geografía contemporáneo del mammouth, en donde se habla irreverentemente de nosotros.

La Reina (*abismada*)—¡Cuando uno piensa que los americanos han estado á punto de descubrirnos!... Ese viaje de Cristóbal ha sido muy oportuno...

(*Un chambelán recamado de oro hace irrupción y dice con voz de tiple*)—Dios guarde á la Reina; la Comisión nombrada por Vuestra Majestad para estudiar la Cordillera, ha terminado su cometido; la línea divisoria ha sido hallada al fin.

La Reina (*visiblemente interesada*)—¿Quién la tenía? ¡Loado sea Dios! yo no he dudado un momento de que la policía de Londres había de descubrirlo. (*pensativa*)... Deseo, que si el delincuente es un súbdito nuestro, sea castigado con todo el rigor de la ley, y que la familia de ese detective afortunado reciba una modesta pensión de nuestra caja particular.



El Chambelán (*respetuosamente*)—Las órdenes de Vuestra Majestad serán cumplidas, pero permitidme que aborde otro asunto: la Comisión de geógrafos nombrada para dilucidar la cuestión de límites entre la Argentina y Chile ha trazado ya la línea divisoria.

La Reina (*dando un suspiro de satisfacción*)—¡Ah, milord!... ¡qué peso me quitais de encima!... figuraos que yo no podía decidirme en qué sentido debía cortar la Patagonia, si á lo ancho ó bien á lo largo. ¿Qué piensa la Honorable Comisión?

El Chambelán—La Comisión ha participado de las mismas dudas de Vuestra Majestad... ¡qué espíritu geógrafo no hubiera hecho otro tanto!... pero ha resuelto el problema cortando á lo largo de la Patagonia, pero no en línea recta como franja de pantalón, sino con una línea serpentina, llena de gracia.

La Reina—A propósito, Baronet, ¿qué noticias hay del carnaval de Niza?...

Gilí.

LA PROCESION del CORPUS



Fot. ARLEQUIN.



¡ BESTIA !

A Enrique G. Anaya.

Por fin he penetrado el misterio del incomprensible casamiento de Angel y el de su fuga, que por causas extrañas á su voluntad pasó inadvertida para todo el mundo.

Hay nombres predestinados, nombres programa, nombres etiqueta que exteriorizan el destino de quien los lleva, desde la pila bautismal. El de mi amigo era así; estaba tan unido á él como el alma al cuerpo, representaba la síntesis de su persona, de modo que no me han sorprendido las horribles revelaciones que contiene esta carta, reflejo de su martirio:

Amigo querido:

Resuelto á romper con la sociedad y á reírme de sus preocupaciones, tengo, sin embargo, en mucho tu estimación y tu cariño, y quiero por eso explicarte mi conducta.

Hace cuatro años me casé ¿recuerdas? Me encontraste poco después, y te parecí desasosegado y mal de salud. Mi timidez que, sin embargo, solía no rezar contigo, me impidió entonces abrirte el corazón. Ahora lo hago, pero ¡ay! cuando está roto!...

Cerca de mi casa y en la misma acera, vivía una muchacha blanca y rubia, de ojos azules y labios rojos, que desde el primer momento me pareció de una belleza maravillosa, con lo cual queda dicho que me enamoré de ella como un loco. Se llamaba Eloisa. Su nombre resonaba á todas horas en mi oído, repercutiendo en el corazón como música celeste, sin necesidad de que nadie lo pronunciara. Su imagen se había enseñoreado de mi retina, y la veía en todas partes. Su presencia virtual era continua.

Sin embargo, no me bastaba esa visión y tomé la costumbre de pasar—de pasearme, debiera decir—frente á su casa, diez, doce, quince, veinte veces al día, pero sin atreverme nunca á mirarla sino á hurtadillas. Mi amor, entretanto, iba en aumento, el tiempo volaba y yo enflaquecía á vista de ojo.

Eloisa vivía con la madre y una vieja sirvienta. La señora, que tendría entonces sus cuarenta y dos años, estaba regularmente conservada y podía dar su *gatazo*, como suele decirse. No sé si más curiosa, más coqueta ó las dos cosas juntas, que su hija, se asomaba al balcón tan frecuentemente como ella, y á veces más, pues Eloisa solía dejarlo desierto para mí días enteros.

Mi timidez me torturaba, no podía vencerla á pesar de todos mis esfuerzos, y en vano buscaba el medio de acercarme á Eloisa sin hacer un papel sobrado ridículo. Recordando aquello, me asombro de atreverme á escribir estas líneas, y me espanto de la otra resolución!... Y pasaba y volvía á pasar por la casa de mi tesoro, viéndola sin mirarla, dirigiendo cuando mucho una ojeada á la madre, por aquello de que "por la peana se besa el santo"... y no ojeadas así como quiera, sino saturadas de respetuosa y tierna simpatía.

Así pasaron meses, sin ir para atrás ni para adelante, hasta que la suerte pareció ponerse de mi lado. Un día, en efecto, estando de visita en casa de mis parientas, las de González, cátate que veo entrar por la puerta de la sala... ¿á quién, dirás?... pues nada menos que á *ella*, á la madre, á mi suegra, íntima de mis tías, y que demostró gran satisfacción al serle yo presentado.

Conversaron las damas, dije á mi vez alguna que otra frase más ó menos entrecortada é insulsa, terminó la visita, y al despedirse mi futura suegra me dijo amablemente:

—Celebro infinito haber conocido á usted... Si no me equivoco, somos bastante vecinos...

—Tengo ese honor...—acerté á balbucear.

—Pues ya sabe usted mi casa, entonces... En ella será recibido con sumo placer cuando se digne ir á visitarnos...

—¡Oh, señora!

¡A visitarnos!... De modo que había comprendido, que me protegía, que no oponía obstáculos á mi felicidad! ¡Oh, mi Eloisa! ¡oh, mi amor! ¡oh, mi gloria! ¿Para qué decirte que bailé esa noche en mi cuarto y que hice gimnasia con las sillas?...

Dos semanas después,—me fué imposible atreverme antes,—entraba tropezando como un beodo en casa de Eloisa y doña Laura, con un recrudecimiento de cortedad que iba hasta los escalofríos y el castañeteo de los dientes. La señora me presentó á la niña, que estaba sentada al piano, ésta se levantó para saludarme y volvió luego á tocar no sé qué cosa sentimental que aumentaba mi emoción. Si fuera yo otro hombre, aquel despego me hubiera desesperado; pero fué un alivio para mí, pues me evitó gran parte de los sinsabores del primer encuentro. El mismo amor me hacía tenerle miedo; la madre, por el contrario, como persona casi indiferente para mí no me cohibía, y pude conversar y hasta ser amable con ella.

Terminada la pieza Eloisa se acercó á nosotros y se sentó frente á mí, hablando con una voz de timbro divino, una voz armoniosa como un canto, que me extasiaba y me sobrecogía á un tiempo .. ¡Ay, amigo mío! fuerza es confesarte que desde que se acercó, ya no atiné á decir una palabra, ya no logré juntar las sílabas y hacerlas desfilar por mis labios trémulos y blancos como el papel en que te escribo!... Varias veces se dirigió á mí, que como el que quiere gritar soñando hacía inauditos y estériles esfuerzos para contestarle... Algun ronco monosílabo solía brotar de mi garganta reseca; nada más... Por fin se levantó y se fué, con un pretexto cualquiera...

¿A qué cansarte? Esta escena se repitió cada vez que, venciendo mi pusilanimidad ó mi tontería, traspuse los umbrales de aquella casa. En cambio, con doña Laura me soltaba á hablar que era un gusto...

Un día !día aciago! Eloisa se retiró fastidiada de oirme deletrear. Desde que se fué, mi lengua se desató como por encanto y comenzé á adular á mi suegra, me atreví á hacerle manifestaciones de respetuoso cariño y terminé por decirle sin muchos tropiezos:

—¡Sí, señora! La simpatía que siento por usted es inmensa, y sería el más feliz de los hombres si no tuviéramos que separarnos nunca...

¡Ay, amigo mío!

Yo la vi, entonces, fascinada y ciega,
llegar á mí, cual llega
la enamorada tórtola al reclamo.

Sin decir ¡agua va! se lanzó sobre mí, me echó los brazos al cuello, y medio llorando, medio riendo, me descargó un aguacero de besos que era un verdadero diluvio, y entre una y otra explosión de su arrebato decía, sofocada:

—¡Sí, amor mío, Angel mío, sí! Ya hace mucho que lo sé, y sólo esperaba que me lo dijeras!... Te comprendí, te correspondí, desde el primer día que pasaste por enfrente... ¡Oh! ¡qué feliz soy! ¡qué dichoso vas á ser!... Tu amor ha ido en aumento, como el mío... pero no te atrevías.. ¡tonto!... y ya vés qué fácil... y cuánta alegría!... Deja, deja que te bese! bésame tú también, mi Angel adorado!... Soy tuya, t da tuya...

No había medio de decir una palabra, de entrar en explicaciones; primero, porque hablaba con una volubilidad de máquina con el volante roto; después, porque lo inesperado de la catástrofe me había sumido en el más taciturno, en el más colosal, en el más pasivo de los estupores!... Sólo acertaba á murmurar á cada instante, implorando misericordia:

—¡Señora!... ¡señora!...

—No, no me digas señora; llámame Laura, tu Laura; tutéame, bésame...

Atribuía mi amargo y monótono lamento, mi persistente exclamación de angustia, á la emoción, al júbilo, á la felicidad que debían henchirme el alma!...

Preocupados ambos ¡ay! por tan distintas causas, no habíamos visto, no habíamos oído nada, y, sin embargo, acababa de entrar gente y de sorprendernos en aquella extraordinaria situación. Eloisa, que acababa de recibir en el vestíbulo á mis parientas ¡justamente á mis parientas! y á otra amiga, las había introducido en la sala...

Doña Laura se desprendió de mis brazos, ó mejor dicho me libró de los suyos, y algo encarnada, aunque dueña de sí misma, saludó sonriendo á sus amigas sorprendidas y perplejas, y les dijo con cierta volubilidad que parecía ocultar su turbación:

—Han sorprendido ustedes un secreto que tarde ó temprano iban á saber... Angel ha pedido mi mano, y yo... he tenido mucho gusto en concedérsela!...

Me quedé atónito, mudo, petrificado. Creí que la casa se me caía encima... Estuve á punto de desmayarme, y volví á todos lados los ojos despavoridos. Eloisa, por su parte, me miró con expresión rara, en que se acentuaba una latente antipatía y se retiró refunfuñando (la oí muy bien):

—No me gustan padrastros. ¡Y ese tipo!...

Doña Laura era una mujer honrada, insospechable. El escándalo podía estallar de un momento á otro, no por mis parientas sino por la amiga (y quizá también por mis parientas; no estoy muy seguro de lo contrario). Era menester, pues, reparar el mal, y tú, que me conoces, adivinarás reparélo...

Laura es mi mujer hace cuatro años!...

¡Suegro de mi novia! ¡Suegro de mí mismo!... Desde aquel día infausto sobrellevo la existencia más aciaga, con la paciencia del mártir, pero también, á veces, con las mudas rebeliones del esclavo! ¡Maldita timidez! Eloisa, que odia á los padrastros, ella que iba á ser mi gloria y mi felicidad, me hizo pasar las penas del purgatorio hasta que se casó, hace dos años. Desde el día de la boda Laura se ha dedicado á envejecer y envejece como por *trolley*. Es celosa como un turco, brava como un *cumbarí*, terca como una mula cordobesa, y gruñidora como perro de panadero... Se ha puesto horrible. Está llena de nanas, y me veo eternamente condenado á ponerle cataplasmas y propinarle otras medicinas. No puedo salir de casa porque á la vuelta me mataría, segura de alguna infidelidad...

Pero tengo un consuelo si eso puede serlo: Eloisa, mata á disgustos á mi pobre yerno, y le ha conquistado cierto título que no puedo repetirte porque no es honorífico. De esto último estoy libre, gracias á Dios, á los años de mi Laura y á la inquebrantable resolución que he tomado, que he puesto en práctica y que no me parece cierta todavía:

Rompo con la sociedad, cambio de nombre, me voy á tierras lejanas, y no se volverá á hablar de mí en Buenos Aires. Puede que te parezca cobarde el apelar á la fuga. Pero, amigo mio, la permanencia es el suicidio. Laura es el puñal que día á día esgrimo yo mismo destrozándome el corazón y las entrañas, moral y físicamente.

He sido un bestia, lo confieso. Pero de hoy en más habrá recuperado su libertad, su salud y su alegría,

Tu amigo que te quiere,

Angel Bueno.

Dos días después de recibir esta carta encontré á mi Angel que daba el brazo á doña Laura. Me dirigió una mirada llena de evangélica resignación, y pálido, demacrado, vacilante, siguió su via crucis...

La dama lo había arrancado del vapor en que se iba á Europa, y ya no lo dejaba ni para sus más premiosas urgencias, pues temía que se le escapase su adorada víctima.

En cuanto á Angel, de esta hecha ó sube á santo ó baja á borrico.

Roberto J. Payró.

LA RESURRECCIÓN DE LOS LAZAROS



¡LEVÁNTENSE USTEDES!... Y Á HACER LO DE ANTES!...

LA FRAGATA "SARMIENTO"
EN EL PUERTO DE LIMA



EL BANQUETE Á LOS JEFES Y OFICIALES DE LA "SARMIENTO" EN EL PALACIO DE LA EXPOSICIÓN
(Fotografía instantánea, tomada de noche, en el momento en que el ministro argentino señor Agustín Arroyo se levanta para tomar la palabra.)

SALÓN PRINCIPAL DEL PALACIO DE LA EXPOSICIÓN EN LIMA

EDUARDO SÍVORI



"BAÑADO EN MORENO"
Acuarela perteneciente al Museo Nacional de Bellas Artes

EL CARNAVAL DEL INGLÉS

Hacía ya algunos meses que Mr. Pitt residía en uno de los pueblos del norte de Buenos Aires.

Sus compatriotas, al aproximarse el Carnaval, habíanle prevenido que en esta tierra existe la costumbre de divertirse en estos días, fastidiando lo más que se pueda al prójimo.

Nuestro inglés permaneció encerrado en su casa durante los tres días de locura.

Al domingo siguiente salió Mr. Pitt de su casa, con ánimo de visitar á una miss á quien andaba arrastrando el ala desde Londres y que acababa de llegar á Buenos Aires.

Mr. Pitt había volcado su guarda ropa: enfundado en ajustada y larga levita negra, pantalón gris perla, escotado zapato de charol, y para completar el atavío, flamante cilindro de felpa, legítimo de la casa Lincoln Bennett y Co., Picadilly, London. La pipa, vieja compañera de su dueño, ocupaba su acostumbrado lugar á un lado de la boca.

Con lento paso, jugueteando con una magnífica caña de la India, iba Mr. Pitt camino de la estación, cuando ¡oh desgracia! una gran masa de agua, arrojada por varios baldes á la vez desde la azotea del Club, y unos puñados de harina de la misma procedencia, pusieron á nuestro hombre hecho una máscara.

Chorreando agua, furioso, saliéndosele los ojos de las órbitas de pura rabia, corrió al medio de la calle y dirigiéndose á los invisibles ocupantes de la azotea, blandió su bastón con aire amenazador, y con voz terrible les gritó:

—*¡Bandidas!* ¿Otra *veis* carnaval? ¿Otra *veis* carnaval?

La Plata, Junio 1899.

AQUILES ZURITA.

NOTA.—*Ha vuelto de Chile, y á las andadas, el doctor Enrique Piccione, que apenas llegado dió su correspondiente conferencia en el Ateneo, sobre San Martín y Garibaldi.*

Pasada la Cordillera, pasó también de pichón á paloma, pues encontró allí su gentil pareja y, como es natural, formó su nido; más claro, se casó.

Un hecho tan trascendental no le quitó sin embargo los bríos, y lo he visto, de ciudad en ciudad, dando conferencias que se las pelaba, perorando con su verba cálida y sus ideas progresistas, recibiendo aplausos y honores: ya un pergamino de los ciudadanos de Génova, y en el que Juan Bovio encabeza las firmas, ya otro de la prensa liberal chilena, ya una bandera italiana bordada por delicadas manos; y siempre incansable como una ardilla, seguía predicando sus doctrinas de pueblo en pueblo, hasta que su destino ó su voluntad lo ha traído aquí, para seguir la vida de eterno discurso y continua acción que en el sociólogo italiano sólo terminará en la hora de su muerte, amén.—A.



Boccacio

(Continuación)

Allí me sirvieron el café, y me disponía á hacerlo durar todo lo posible, cuando la ví en el corredor del hotel, de pechos sobre la balaustrada que daba á la plaza.

La *toilette* era distinta, pero el aspecto el mismo, ni más ni menos notable ó sencillo que de costumbre; sin que su rostro presentase el menor indicio del malestar que era lícito creer que habían dejado en su ánimo el repentino viaje de su esposo y sus serios motivos, dado caso de que los conociese, como era natural suponerlo.

En un momento en que me pareció que nuestras miradas se habían encontrado, la saludé con el sombrero y ella me contestó con un movimiento de cabeza, al mismo tiempo que agitaba su mano derecha en señal amistosa.

El café se había enfriado, pero el mozo se ganó propina doble, y me encaminé hacia donde se hallaba la esposa de Tadeo.

—Buenos días, señora.

—Buenos días, señor Claudio.

—¿Ha pasado usted bien la noche?

—Perfectamente.

—¿Y no ha tenido noticias de Tadeo?

—Todavía no.

—No han de tardar.

—Así lo espero.

—Me alegraré de que sean buenas.

—Gracias.

—Y de que vuelva pronto.

—¿Tanto le extraña usted?

—No, precisamente; pero usted...

—Yo sé esperar.

—Dichosos los que esperan.

—¡Lo dice usted de un modo!...

—Lo digo como lo siento. ¿Y no se le ofrece á usted nada?

—Nada, gracias.

—¿Ni alguna obra de caridad?

—Ah, sí; esta noche en el Casino...

—¿Qué hay? ¿Qué hay en el Casino?

—Cantan la Rasmondi y Lucchesi, á beneficio del Baño de los Pobres, y toca Blandberg. ¿Irá usted, sin duda?

—¿Va usted?

—¡Cómo podría faltar!

—Tampoco yo, naturalmente. Y para el día, ¿qué programa?

—Ninguno. Lo dedico á escribir.

—¿A Tadeo?

—A Tadeo también. ¿Le parece á usted extraño?

—De manera alguna. ¡Es tan bueno, Tadeo!

—Excelente. Hasta luego, señor Claudio.

—Hasta luego, señora Juana.

Confieso que empezaba á cargarme aquella eterna igualdad de Juana, que tanto me gustara en un principio. Verdad era que varias de sus preguntas y respuestas se prestaban á doble interpretación, pero, en resumidas cuentas, era aquélla la prolongación indefinida de una situación indefinible, y yo necesitaba que ésta terminase de cualquier modo.

¿Por qué?

Porque sí, y basta. Averiguar si aquellos baños no me convenían porque eran poco fuertes ó demasiado flojos, á nada útil ó práctico conduciría. Tal vez lo mejor era buscar cuanto antes otras aguas, ensayando las frías, ya que las calientes habíanme dado tan mal resultado.

Pensando en esto seriamente, me dirigía á la sala de lectura, cuando tropecé con el director-médico, que salía de ella.

El buen anciano me había cobrado simpatía, la que me demostraba de mil finas maneras, correspondiendo yo sinceramente á aquel sentimiento nacido al calor de comunicaciones que se habían ido haciendo cada vez más íntimas y agradables. Hablábamos de política, de ciencia, de arte, de cuestiones sociales, de todo, hasta de lo que alimenta la crónica mundana, y lo que venía al caso de nuestros trabajos, nuestros viajes y nuestras aventuras.

En el curso de la conversación que se entabló aquel día, le dije, preparando el terreno para la realización de mi plan y como para afirmarme en él, que estaba por irme de allí de un momento á otro.

—¿Y por qué esa súbita determinación?—me preguntó.

—Asuntos que arreglar; cosas que me reclaman con urgencia.

—¿Pues no estaba usted tan decidido á quedarse algunos días por acá? ¿No lo habrán tratado bien, tal vez? ¿O no le sientan ya estos aires, que antes le gustaban tanto?

—No, no es nada de eso. Es que tengo realmente que irme.

—¿Serán las aguas las que ya no le agradan?

—Usted sabe, mejor que nadie, que las aguas son inofensivas. Es otra cosa...

—Sí; debe ser otra cosa. Lo siento por usted y por mí, que le considero ya como un amigo. ¿Y se vá usted solo?

—¡Cómo! ¿Y quién habría de acompañarme?

—No sé; pero como su amigo, el señor Tadeo, se ha marchado en la confianza de que usted quedaría aquí durante su ausencia, creí...

(Continuará)

Argos.

LA LECCION DE DREYFUS



Alfred Dreyfus



Tte. Cor. Picquart

Francia luchará ahora por la justicia del mundo, como antes luchó por la libertad.

Esto ha dicho, al volver á poner los pies en París, Emilio Zola, culminante figura en el proceso Dreyfus, desde su anatema *J'accuse* hasta el espléndido triunfo de su palabra de verdad y de equidad, de violencia y solidaridad humana.

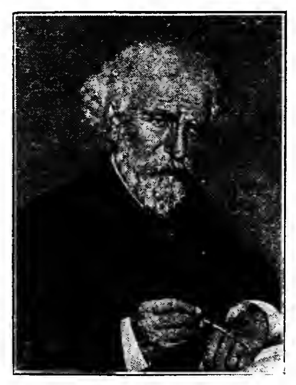


Emilio Zola

Aun para rasgar el seno de la tierra y depositar en él la semilla, la violencia es necesaria. Dichoso nuestro siglo, en que ya la palabra tiene fuerza de arado y no necesita de ayuda material para triunfar...

Francia luchará ahora por la justicia! Le toca continuar la obra.

Después de absolver á Dreyfus, ó de condenarle—lo que no es posible, vista la cantidad de pruebas de su inocencia—debe castigar con mano firme á cuantos tuvieron parte en el horroroso complot que ha hecho enterrar en vida á un inocente, con ardides penados por la ley, y execrados por la conciencia humana. Sino, su acción quedará incompleta.



Procur. gen. Manau

En el primer empuje, Francia, la Francia de la tradición republicana, ha salido triunfante de la otra Francia de escándalo, exacción é injusticia, que se sentía crecer en la sombra. Los portaestandartes no le faltaron: primero el gran Zola, grande aunque no hubiera hecho otra cosa que poner en movimiento la noble idea; después Picquart, que marchó voluntariamente al sacrificio para que fuese imposible detenerlo; y en seguida cien, y luego mil, y más tarde un millón, y por último, no sólo la inmensa mayoría de los franceses, sino los ciudadanos de Europa, los de América, los del mundo entero, porque la causa en debate era una causa universal. Poco le costará á Francia continuar en el camino glorioso que acaba de abrirse, para instituirse nuevamente en guía de las naciones libres.

Abogado Labori

Ahora bien; aunque no esté en la índole común de estas páginas, queremos, recordar que también nosotros tenemos una llaga que se agranda y corrompe cada vez más, amenazando todo nuestro organismo de pueblo: queremos decir que nuestra justicia no lo es, y que es urgentemente necesario acudir al remedio, tomar ese grande ejemplo de Francia, no limitarnos como imbéciles á aplaudir á los bomberos que apagan el incendio vecino cuando el fuego está en casa. Ese es el interés que, fuera del teatro de los sucesos, tiene el triunfo de Dreyfus, aparte del humanitario de la cesación de su martirio: la lección práctica que procura.

Aquí se teme el escándalo, las complicaciones, lo que puede salir si se desenreda la madeja toda; las personas comprometidas, los resortes oficiales rotos, la agitación del pueblo, los montones de barro que habría que remover una vez dado el primer azadonazo, la actitud violenta de una parte de la prensa, y el estallido de mil cosas repugnantes que permanecen ocultas...

Cuéntase que un funcionario ha logrado desvanecer una tormenta que se le venía encima, amenazando con hacer públicos, secretos que comprometerían atrozmente á otros funcionarios... Si eso fuera verdad, probaría sólo que es urgente poner la llaga al descubierto, y curarla!

Y lo es.

La comisión de investigación de la Cámara de Diputados sabe cosas que en cualquier otro país producirían una verdadera revolución, por lo menos una explosión de indignación y repugnancia; aquí pueden pasar sin hacer ruído, muerto el proceso antes de nacer, por criminal operación, como sucede con algunos personajes anónimos é increados que nos revela "Fecundidad."

Com. Walsin Esterhazy

Tte. cor. Du Paty de Clam

Pero esperemos: un pueblo que sigue con interés, casi apasionadamente, las peripecias de un proceso en que va envuelta la justicia misma, aunque se desarrolle en otro hemisferio, es un pueblo del que se puede esperar algo en un futuro cercano.

EL DOCTOR.

GENEROSA HOSPITALIDAD

Al doctor E. F.

Hacía rato que había obscurecido cuando un carruaje cubierto de espesa capa de polvo y barro, pruebas de un trayecto largo y penoso, se detuvo ante la ramada de una solitaria pulpería, allá en los confines de la provincia de Buenos Aires.

De él bajó un caballero, envuelto en rico poncho de vicuña, y entró en la pulpería mientras el peón desataba los caballos, rendidos por el rudo trote de todo el día.



Saludó al pulpero, un español, gallego por más señas, pidióle algo de comer para él y su peón, y se sentó en un banco aguardando á que el asado estuviera á punto.

A pesar del cansancio comieron con apetito, oyendo las noticias que á fuer de gaceta pampeana les daba el patrón sin que ellos se las pidieran, y fumado el cigarro de postre pensaron en acostarse.

—¿Tiene usted donde dormir?—preguntó el viajero.

—¡Oh! sí, señor! tenju una cama manífica.

Tendióse el hombre sin mayor examen en el lecho que le ofrecían, y no tardó en quedarse profundamente dormido; el cochero acomodó sus mantas en un rincón y lo imitó sin pérdida de momento...

Antes de que la orla blanca del alba apareciera en oriente, ya el viajero estaba en pie, fuera de la pulpería, deseoso de continuar la marcha.

Una extraña comezón lo obligaba á rascarse sin descanso; pero ¿qué cosa más lógica que el ardor de la sangre cuando se viaja en plena pampa, reventando caballos?

Era noche aún y no se veía claro; el cochero remoloneaba un poco, arreglando los arneses; el viajero engañaba su impaciencia dando vueltas al rededor del coche. De pronto le llamó la atención un bulto, una forma humana que estaba tendida sobre los cojines del carruaje.

—¿Qué es eso? ¿quién está ahí?—exclamó acercándose.

El bulto se enderezó, y de él salió la voz del pulpero que decía:

—Soy yo, señor, no se asuste. Soy yo, que comu le he dadu mi cama he venidu á dormir aquí...

El viajero, conmovido por tanta generosidad, se deshacía en frases de agradecimiento, sólo interrumpidas por la rasquiña que empezaba á hacerse sobrado incómoda.

—Si lo hubiera sabido... ¡Darme su cama!... ¡No lo hubiera permitido nunca!... Ha hecho usted mal, muy mal... En fin, se lo agradezco con toda mi alma!..

El pulpero se echó á reir.

—¡Nun me ajradezca usted tanto!—exclamó.—Si para mí, es una fiesta cuandu vienen carruagues .. Entonces duermu en ellus y me libru de las puljas que son malditas con este pisu de tierra!...

Polichinela.

Curiosidades Bonarenses



Una equivocación natural y... vistas gratis.



Nota.—*Succi estuvo hace tiempo en Buenos Aires, pero parece que ayunó demasiado, y contra su voluntad, puesto que se fué sin darnos señal de sus habilidades. Ahora viene otra vez, contratado por Ghiglione, adherido á la compañía ecuestre y acrobática de Frank Brown, y dispuesto á ayunar hasta hartarse, por poco que le dé cómo el público porteño.*

Lo que encuentro malo en este ayunador mundial, como diría Ferrari (q.d.D.h.), es que nos dé su espectáculo por secciones, como en los teatros chicos, y no se lo ayune todo de una vez.

Así, á ración diaria de ayuno, hay en el mismo Buenos Aires miles de personas, hasta conocidas, que al cabo del año ayunan más de cuarenta días. Yo, sin ir más lejos, ayuno trescientas sesenta y cinco noches por lo menos, lo que dá á mi favor una mínima de 197 días enteros; pero me quedo corto: sumando mis comidas, resulta que no como sino 35 días en el año. Restan 330, nada menos, de ayuno... y digestión. Succi, ante esto, se queda chiquitito.—Y

LA INAUGURACION DE LA LINEA AL NEUQUÉN


TREN N. 2 *Fot. E. C. Moody*

Ya saben mis lectores que el nuevo ferrocarril que se inauguró, no se inauguró realmente; y los que fueron y vinieron, y comieron y bebieron tras de la banda del presidente, no inauguraron nada de lo que se habían propuesto, porque el hombre propone y los ríos disponen, sobre todo cuando crecen.

Nadie llegó al Neuqnén, aunque más de uno haya ido más lejos, hallándose de pronto en plena Pampa Central y entre San Juan y Mendoza; pero éstos son riesgos del oficio de inauguradores, que no deben extrañar á nadie, aunque no se inaugure nada.

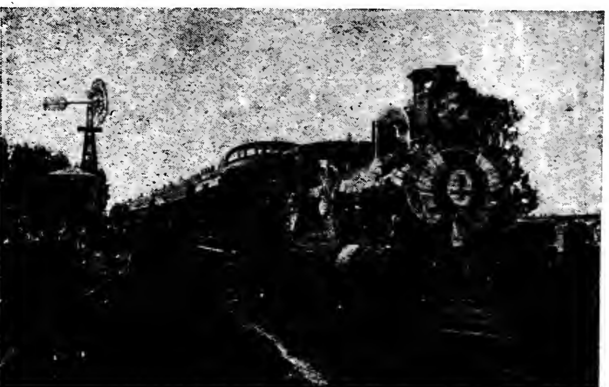
Al que no envidio es al general Roca, porque acostumbrado como está, desde alférez, á que todo


TREN PRESIDENCIAL *Fot. E. C. Moody*

le salga bien, debe haber tenido una de esas rabietas para adentro que son las peores para el que las sufre y para los que lo rodean.

¡Naufragarle un tren interterráneo, en pleno territorio que él conquistó, en una vía estratégica, y el día inaugural!... Es como si descarrilara un vapor en medio del Río de la Plata... A juzgar por el estreno, los servicios del ferrocarril, en caso de guerra, hubieran sido inapreciables... para el adversario...

Pero no murmuremos. Se trata de un caso de fuerza mayor, y los defectos que él ha venido á poner de relieve se corregirán sin duda, que para eso la empresa del Ferrocarril del Sud tiene dinero de sobra, y no le falta decoro. Entonces habrá entrado en función


TREN N. 3 *Fot. E. C. Moody*

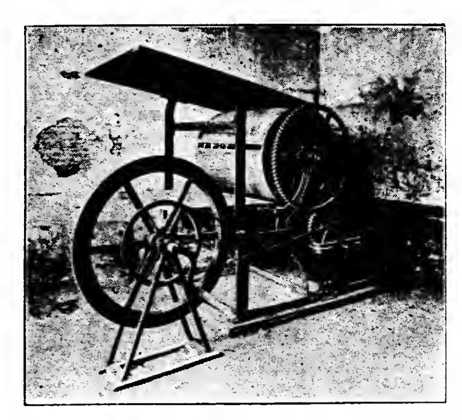
una nueva y grande arteria de la vida argentina. Y así será... Este no es, al fin y al cabo, más que un simple contratiempo, pues, dado el espíritu eminente práctico y juicioso que caracteriza á los realizadores de esta clase de empresas, no es de creer que hayan invertido sus capitales en una obra inútil.—A.

UN PINTOR EMPECINADO

UNA JOYA HISTÓRICA

De esta máquina pedía informes nuestro colega *La Nación* hace algunos meses. En la sección "Varias" decía, refiriéndose á ella: "quién sabe qué se ha hecho esa reliquia de nuestra tipografía nacional".

Aquí está, estimado colega; se la mostramos gráficamente.



Fot. ARLEQUIN

Hoy pertenece al señor Pintos, que la conserva precisamente como una reliquia.

Fué introducida al país en 1843 por los señores Esteban Hallet y Enrique Guilbert, quienes recibieron orden de don Juan Manuel de Rozas para hacerla venir de Nueva York, de la fundición de Roberto Hoe & Cía., la misma que ha fabricado últimamente la gran rotativa en que hoy se imprime *La Prensa*.

Desde aquella fecha hasta el 3 de Febrero de 1852, en que cayó Rozas, la máquina trabajó sin interrupción, lanzando por millares *La Gaceta Mercantil*.

El 1· de Octubre de 1845, este diario, encomiando su edición de ese día, escribía:

"Nos es muy satisfactorio anunciar que en nuestro número de hoy, interesante en sumo grado, hemos dado principio á la impresión en prensa movida á vapor; ensayo que no tenemos noticia haberse hasta ahora practicado en ninguna parte de la América del Sur. *La Gaceta*, de este modo, al entrar en el vigésimo tercero año de su carrera, presenta un elocuente comprobante de los progresos del país".

Puede afirmarse de esta máquina, que es la que ha hecho más notables impresiones en el Río de la Plata.

En los nueve años de trabajo asiduo en que estampó cuotidianamente todos los decretos del tirano, aquéllos que iban precedidos del grito de *¡Mueran los inmundos y asquerosos, etc.*, y que eran siempre nuncios de muerte, en esos nueve años hizo una doble y profunda *impresión* la hoy ya vieja y olvidada máquina de Roberto Hoe & Cía.

BALOARDO.

Definición

Café-concierto:— Café
donde al público de fe
se envenena en plazo breve,
con todo cuanto allí ve,
cuanto escucha... y cuanto bebe.



Yo no sé cómo la gente aficionada al lujo, por pobre que sea, no satisface su pasión saturándose, por lo menos, con las riquezas que se le ofrecen á la vista, y que puede palpar, oler, mirar, gustar, creerlas suyas, en fin, siquiera por algunos instantes.

No abunda el niquel en mi chaleco, ni por consiguiente el papel nacional en mi portamonedas, ni en consecuencia el *confort* y el *chic* en mi casa particular... tan particular que en ella no dejo entrar á nadie.

Pero en cuanto á gusto!... Encerrado en mi escritorio y fumando un cigarro de cualquier mena, que hago arder en nombre de la Habana calumniada, pueblo de copos de humo el ambiente, de ensueños mi imaginación, y de muebles, tapices y colgaduras el pobre departamento que ocupo en un edificio sin más ruído que el necesario para no dejarme trabajar ni soñar sino á ratos perdidos.

Y como resultado de ese sueño, me largo á la calle en busca de la manera de realizarlo.. en teniendo los pesos que me niega la lotería nacional y que no me darán sin duda mis impresiones. He soñado en una sala turca, con cojines y tapices, amplia, cómoda y ventilada, para fumar cigarros admirables, muellemente reclinado, en compañía de amigos ociosos y alegres, que sepan irse cuando están demás. En dicha sala reina el color, un color vivo y jubiloso, grandes manchas extrañas, dibujos grotescos á que dan relieve todas las tintas más cálidas de la paleta, rojo á baldes, negro y azul con derramamientos de orgía, para que todas aquellas masas informes y violentas se atenúen, se esfumen y armonicen entre las nubes azuladas y algodonosas de nuestro propio humo... es decir, del humo de nuestros propios cigarros. Yo me creería turco, y fumaría el narghilé; juglar, y haría juegos malabares; bayadera, y me menearía como un endemoniado: para eso me bastaría un tapete turco...

Llegado á este punto de mi sueño, llamo á mi mujer, y nos vamos á la calle, á realizarlo en lo posible. Porque esta obsesión no se limita á los tapices, ni á las colgaduras, como podría creerse, sino que se extiende á todas las ramificaciones, á todos los accesorios del bienestar moderno. Sólo que la alfombra, lo que nos oculta, dulcifica y embellece el áspero suelo que pisamos, es el punto de arranque y la piedra de toque del hombre de gusto y de comodidad. El poeta de *Home, sweet home*, debió recordar los tapices en que jugaba medio desnudo cuando niño... Y con mi mujer entramos, por ejemplo, en una gran casa como la de Montes & Cía., que ocupa un palacio en la esquina de Cangallo y Suipacha, y nos damos el placer supremo de hacer desenrollar inmensas tiras, buscando lo más espléndido, embriagándonos en una orgía de colores y de arabescos, oliendo con fruición el olor peculiar del tapiz nuevo, convencidos de que aquello es nuestro, de que no sólo tapizaríamos si quisiéramos la casa en que vivimos, sino también la calle que cruzamos y el mundo entero si á mano viene.

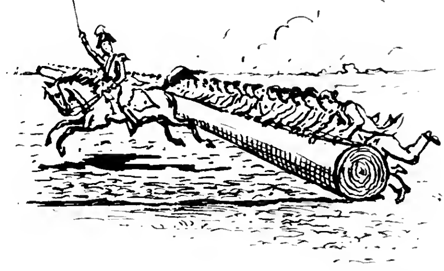
Ya los dependientes nos ven entrar con escalofríos nerviosos, pero sin que desaparezca de sus labios la sonrisa que convierte en comprador á todo el mundo, ni de sus brazos y piernas la actividad que desarrollan para mostrarnos lo que Esmirna, Teherán, en Oriente; Bruselas, París, etc., en la Europa industrial, hacen para satisfacer la fantasía, el capricho ó simplemente la necesidad de los hombres que pueblan el mundo.

A este propósito recuerdo una noche que había comprado por unos pocos pesos una alfombrita para bajar de la cama, linda á pesar de su modestia, y que al salir, ufano con mi compra y por disfrazar mi *dilettantismo* de siempre, dije al señor Montes, que se hallaba á mi paso:

—¿Cuántos vendrán, que después de revolver la tienda entera no comprarán ni una alfombrita, eh?

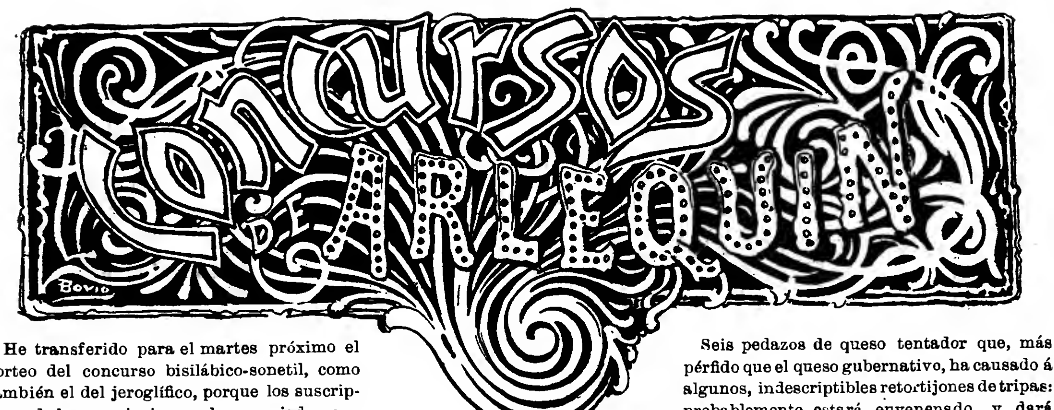
—La mayoría,—me contestó;—pero bien venidos son, que no sólo de ventas se vive!





No lo eché en saco roto. He vuelto desde entonces muchas veces, y he arribado á la convicción filosófica que el que comercia en los más altos productos de la industria y los exhibe sin restricciones, hace obra civilizadora, educando al pueblo.

STENTERELLO



He transferido para el martes próximo el sorteo del concurso bisilábico-sonetil, como también el del jeroglífico, porque los suscriptores de las provincias se han quejado—con mucha razón—de que no se les dejaba tiempo de echar también su cuarto á espadas.

Para que entren en la rueda todos los hijos de vecino—que todos tienen contraídos méritos excepcionales conmigo, tanto los de al lado, como los de más allá del Arroyo del Medio, y éstos especialmente, por la razón misma de la distancia,—he resuelto en supremo consejo trocar en bimensuales los concursos hebdomadarios, sin que por eso haya sábado sin sol, es decir, sin su acertijo correspondiente.

Así, los concursos del número anterior,—3° y 4°—se sortearán á los quince días de propuestos los problemas, de manera que su resultado se conocerá el sábado próximo; y el de este número,—el 5°—también después del mismo plazo, es decir, el sábado 24 del corriente.

En otras palabras: el resultado de cada concurso se conocerá en el número subsiguiente á aquél en que se han abierto, y los concurrentes dispondrán, así, de una semana más para enviar sus soluciones.

Más claro todavía:

Concursos del día:	*Plazo para soluciones:*	*Fecha para el resultado:*
3 de Junio	13 de Junio	17 de Junio
10 ,, ,,	20 ,, ,,	24 ,, ,,
17 ,, ,,	27 ,, ,,	1° ,, Julio
24 ,, ,,	4 ,, ,,	8 ,, ,,

Y así sucesivamente, hasta lo infinito.

—

He continuado recibiendo cartas que no llenaban los requisitos exigidos, es decir, que no traían *en el sobre* la seña correspondiente para distinguirlas del resto de la correspondencia que me llega. Las he abierto, y han ido sin más trámite al canasto.

El objeto principal de la estampilla,—que ahora publico en el margen de la página para que no se eche á perder el número cortándolo, cosa de que muchos se quejaban con razón;—el objeto principal de la estampilla, repito, es el de proceder legalmente al sorteo, sin abrir las cartas, y quien no la coloca en la parte exterior del sobre me obliga á anular su carta, lo que siento con todo mi corazón.

Queden, pues, notificados de una vez para siempre los que toman parte en mis concursos, y lean con alguna atención las *condiciones* que van al pie de la página.

Los ratones infortunados

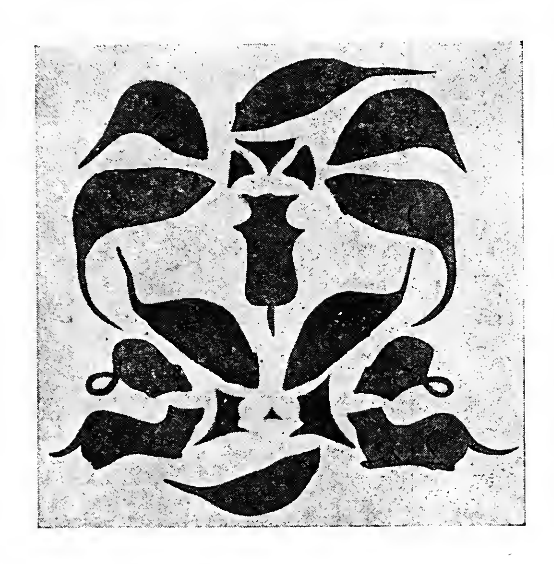
Trece ratones están, como ustedes ven, dándose un formidable atracón de queso.

Seis pedazos de queso tentador que, más pérfido que el queso gubernativo, ha causado á algunos, indescriptibles retortijones de tripas: probablemente estará envenenado, y dará cuenta de ellos en breve tiempo.

Pero, por si el veneno no produce en todos un efecto fulminante, ahí cerca, en ellos mismos, anda su enemigo más terrible: el gato.

¿Dónde está el gato?

No será fácil encontrarlo metido en uno de los ratones, pero será muy sencillo ver su enorme y feroz cabeza, si se toman unas tijeras, se recortan cuidadosamente los roedores y los pedazos de queso roído, y se unen todos, pegándolos unos junto á otros sobre un papel, en un orden que el ingenio del lector no dejará de indicarle, si tiene un poco de paciencia.



El amable amigo que no quiera cortar el número, para conservarlo como cosa buena—que lo es,—puede calcar la figura, y esto le dará el mismo resultado.

Este concurso, tan fácil que no puede serlo más, tiene un premio que se discernirá en las condiciones establecidas, y que consiste en una preciosa caja con tres frascos de esencia *Bouquet des Amours*, de la acreditada perfumería de Roger y Gallet, que puede verse expuesta desde ahora en la vidriera de la Peluquería de los Oficiales, calle Piedad 465.

REGLAS PARA LOS COMPETIDORES

Las cartas que se envíen á Arlequín conteniendo soluciones, deberán llevar siempre en el sobre, para poder ser distinguidas, la indicación del número del concurso á que se refieran. Para esto habrá que recortar y pegar en la parte externa del sobre, la viñeta que presentamos al pie de esta página. Esto tiene por objeto evitar que quien no compra Arlequín pueda hacer competencia en los concursos á los amigos de esta publicación. Las cartas deben estar autorizadas con el nombre y el domicilio del competidor.

No serán tenidas en cuenta las cartas que no llenen TODOS estos requisitos indispensables.

Todas las comunicaciones deben ser entregadas antes de las 12 de la noche del martes de cada semana, día y hora en que tendrá lugar la adjudicación del premio, á la cual podrán asistir los interesados.

La adjudicación se hará mezclando las cartas, á fin de que desaparezca el orden en que han sido recibidas, y la primera carta que se abra y que contenga la solución exacta, será la premiada.

El resultado de cada concurso se publicará en el número subsiguiente, y al conocer ese resultado, los favorecidos deberán ocurrir *personalmente* á la Administración de Arlequín, donde les serán entregados sus respectivos premios.



ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORISTICO ILUSTRADO

Aparece los Sábados — Unión Telefón. 1955

Precios de Subscripción (Pago Adelantado)

	Ciudad	Interior	Exterior
Por 3 meses	$ 2.50	$ 3.00	$ 4.00
„ 6 „	„ 5.00	„ 6.00	„ 8.00
„ un año	„ 9.00	„ 11.00	„ 15.00

Número suelto: En la Capital: 20 centavos. En el Interior: 25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle Florida 67 — Buenos Aires







ENVASES DE HOJALATA
É IMPRESIONES
SOBRE METAL

S. Ostwald y Cia

HERRERA 1253

Unión Telefónica 9079
Cooperativa 4006

DROGUERIA [illegible]
BERETERVIDE [illegible]
Sucesores de [illegible]
Piedras [illegible]
ACTUALMENTE [illegible]
SURTIDO COMPLETO [illegible]
Y [illegible]



M. S. BAGLEY
& Cia. Lda.
Unicos Fabricantes de las



LOLA La Reina de las Galletitas.

HESPERIDINA Es el licor mas favorito del público.

DULCE DE NARANJA Delicado y saludable manjar.

205 Avenida Montes de Oca
Buenos Aires

ARLEQUIN



¿Conque me desdeña Roca
y me quiere *boycotear?*
Pues me vuelvo, y si me toca
¡va á ser chica zafacoca
la que le vamos á armar!

ARLEQUIN



¿Conque me desdeña Roca
y me quiere *boycotear?*
Pues me vuelvo, y si me toca
¡va á ser chica zafacoca
la que le vamos á armar!

ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORÍSTICO ILUSTRADO

DIRECTOR: ROBERTO J. PAYRÓ

AÑO I. Buenos Aires, 17 de Junio de 1899 N.º 5.

Secreto para hacer fortuna

Poco á poco voy acostumbrandome á mi nueva vida, y creo que no tardaré en hallarme en sociedad como el pez en el agua.

Sobre todo, esto de no trabajar es una excelente ocupación.



Y muy honrosa, como que á ella se dedica lo más distinguido de nuestro mundo social, científico, artístico y literario, con ardor infatigable, con entusiasmo verdadero.

En nuestro país no se puede sobresalir en nada, si no se haraganea mucho. Un ejemplo: cualquier escritor se pasa todo el año en su gabinete escribiendo y publicando artículos más ó menos buenos, día á día. Nadie se admira de su producción. Es una cosa tan natural como sacar agua de las canillas de las aguas-corrientes. Lo extraño sería que no produjera. El hombre, pues, se cansa la mano y á veces la cabeza, sin más apreciadores de su trabajo que los miembros de la familia. En cambio, otro que se ha pasado media vida en el pórtico de la Recoleta, en el vestíbulo de la Ópera, en el atrio de la Merced, entre las escobas-árboles de Palermo, y en los salones de nuestros primeros clubs y casas de familia, escribe á ratos perdidos un folletito de diez páginas, en que ha copiado con buena letra ideas mal escogidas y más ó menos contradictorias, de los pocos libros que tiene sobre su mesa de noche... ¡Qué algazara! ¡qué éxito! ¡cuánta congratulación!

—Fulano ha *hecho* un libro!

—¿Has leído el libro de Fulano?

—Hombres como Fulano dan la nota de nuestra intelectualidad!...

Etcœtera, etcœtera.

Lo mismo espero que ha de pasarme á mí, desde que me he dedicado á las dulzuras de la sociedad y no tengo tiempo de hacer otra cosa que adorar á Colombina y darme corte. Ahora, en cuanto improvise un mal verso cojo, estoy seguro de pasar á la posteridad, como cualquier otro genio. Porque, por poco que continúe gustándome la vida que llevo, ya no podré escribir ni estos artículos, y tendré que encargarlos ó á Colombina, que los haría admirablemente, ó á otra persona que quizá no fuera tan del agrado de mis lectores. Entonces mi triunfo es cosa hecha.

Entretanto, ya he saludado á varios personajes: unos me han contestado sacándose la galera de felpa, y otros encogiéndose de hombros y sonriendo. ¿Qué amables, eh? La gente de Buenos Aires es de una cortesía extraordinaria, y hasta en la calle se diría que está uno en un salón. Aquí no se quita la acera á las señoras ni á los ancianos, ni se atropella á nadie para llegar primero, ni se deja de ceder el paso al pobre ó al rico, al grande ó al pequeño, ni se nota jamás una de esas groserías que son características de otras ciudades. La culta capital tiene su adjetivo bien ganado! Sobre todo no se deja á nadie con el saludo, y esa costumbre ha de valerme numerosas relaciones, más ó menos íntimas. Para saber desde un principio á qué grado he de llegar en la intimidad de mis elegidos, me basta observar cómo me saludan.

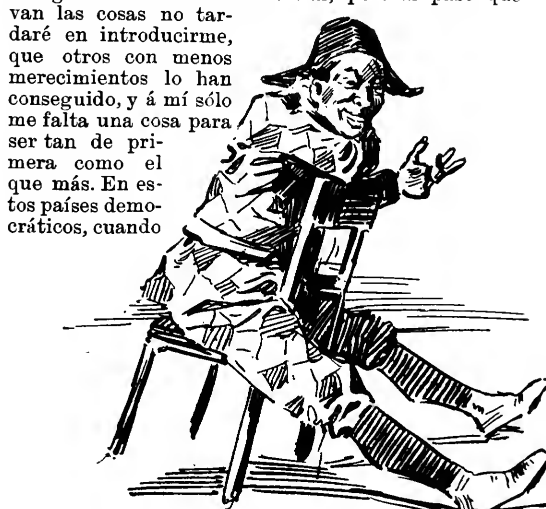
En mi país, el saludo es generalmente protector.



Llega á tanto la generosidad de mis conciudadanos, que no pueden ver á una persona sin protegerla inmediatamente. Verdad es que la protección pasa pocas veces más allá del saludo, y que los protectores serían incapaces de prestar cinco pesos al protejido en un caso de apuro. Pero peor es nada, y á fuerza de saludar y de ser saludado hay quien llega hasta las Cámaras.

Yo, por mi parte, he conseguido ya una invitación para la Lira Juvenil de Barracas al Sud, sociedad de aficionados á las bellas letras y artes, sin exceptuar el coreográfico, que dá un baile el jueves próximo. Prometo la crónica de tan lucida fiesta, como también la del primer sarao del Club del Progreso á que me inviten, siempre que se invite también á Colombina, para tomar con ella champaña helado y jugar al *poker*, el más ameno é inocente de los juegos de sociedad...

Todavía no he logrado meter las narices en nuestro gran establecimiento social; pero al paso que van las cosas no tardaré en introducirme, que otros con menos merecimientos lo han conseguido, y á mí sólo me falta una cosa para ser tan de primera como el que más. En estos países democráticos, cuando



se funda una aristocracia, no puede ser sino la del talento ó la del dinero; talento tengo, gracias á Dios, aunque no sea más que el de hablar por los

codos; pero esa aristocracia está en baja ó no ha llegado á aristocracia todavía; en cuanto á la otra, ya se sabe que si me caso con Colombina es porque voy en camino de la riqueza, y una vez rico ¿quién me tose? ¿quién me quita el señor don y la alcurnia, con los demás gajes? ¿quién deja de considerarme tan aristocrático, por lo menos, como el que tenga renta igual?

Estoy demasiado acostumbrado á tener que respetar á los beatos que poseen, para no exigir igual respeto, ó mayor, apenas pueda.

Y, lo repito, en mi país, para llegar á la riqueza y los honores, ó hay que cortar salchichón para venderlo al menudeo con ciento por ciento de beneficio, ó hay que echarse á la bartola, para que todo el mundo juzgue de la riqueza por la haraganería. El que trabaja que se las pela no tiene tiempo de mirar á su alrededor para aprovechar las ocasiones más ó menos calvas, pero que se le escapan irremisiblemente. En cambio, el que no hace nada está en situación excelente para aprovechar cuanta oportunidad aparezca en el horizonte, sea política, sea administrativa.

Estar al alcance de la mano en el momento psicológico... ése es el secreto de muchos éxitos.

El hombre de mérito y de saber que se necesitaría en el instante dado, que daría relieve al puesto, ha estado y estará en su gabinete, y ni pueblo ni gobernantes se acuerdan de él; á veces, por eso mismo, éstos pasan verdaderos malos ratos, sin atinar con quién podría llenarse una vacante difícil, que al fin ocupa algún inepto...

No pasará lo primero conmigo, dispuesto como estoy á ofrecerme para todo, de ministro de hacienda abajo, en la convicción de que quien no llora no mama, y de que el bailarín de Beaumarchais ocupará siempre el empleo del calculista, mientras el mundo sea mundo.

Entretanto y sabiendo ésto, el que no baila es un tonto.

La fortuna tiene coqueterías extraordinarias, y se ríe de quien la enamora por los medios comunes, para entregarse de repente al calavera ruídoso y mal habituado que la seduzca con su bigote retorcido en ésta ó la otra forma, con su palabra atrevida ó cínica, con su falta de escrúpulos, mérito indiscutible en estos siglos de manga ancha.

Perdónenme los lectores si me notan un poco más melancólico que de costumbre. He estado esta noche mirando cómo salía la luna, amiga de Pierrot, al final de una calle de árboles sombríos, y me ha parecido que la blanca parrandera nocturna se reía de mí con cara de cocinera al volver del mercado.

Así también Colombina, salvo el parecido, se ríe de mis angustias al recordarme que sólo faltan TRES MESES justos para el día de mi eterna condenación ó mi salvación eterna.

ARLEQUIN.

EN EL CEMENTERIO



—Mira Etelvina: Pondré tres tarjetas. Así es más probable que mi nombre salga en la Crónica Social.

LECTURAS AMENAS



—¡Qué fiambre! Ni siquiera un triste asesinato!...

Distingamos...

El papá, *zurrando la badana á Pepito que chilla como catorce gatos en la azotea.*—¡Toma... toma... y toma!... ¡Para que aprendas á mentir!... ¡Pillo, mal educado, sinvergüenza!... ¿Lo vas á volver hacer?

Pepito, *sollozando como u a locomotora en marcha.*—¡No-o.. pa-a-a-pá!

El papá, *con tono doctoral.*—¡Has de saber, desvergonzado, que la mentira es lo más feo, lo más despreciable, lo más odioso, lo más!... En fin, nadie perdona al mentiroso... (*con acento terrible*) y los que mienten van á parar á la cárcel ó la Penitenciaría!... ¿Quieres que te encierren en la Penitenciaría?

Pepito, *asustado.*—¡Oh, no, papá!

El papá.—¿Entonces me prometes no volver á mentir?... ¿Nunca?

Pepito.—Sí, papá.

El papá, *más tranquilo.*—Bueno, ahora toma tu cuaderno de dictado, y á trabajar. (*Abriendo el libro.*) ¡Vamos! ¿Estás?

Pepito, *sofocando los últimos resoplidos que demuestran su aflicción, se prepara á escribir, preocupado con el castigo horrendo que aguarda á los mentirosos.*—Ya estoy, papá.

El papá, *dictando.*—"Sabedor Francisco I de que su canciller Duprat, cardenal y legado del papa, — que en perjuicio suyo había cometido grandes dilapidaciones, - aspiraba al trono pontificio, le anunció un día que Su Santidad acababa de morir..."



La criada, *entrando.*—Señor. El señor y la señora de Quimbo preguntan por usted...

El papá, *fastidiado.*—¿Cómo? ¿Los de Quimbo? ¡Me van á hacer perder una hora!... ¡Dígales que acabo de salir... y que volveré muy tarde!...

Pepito alza la cabeza y mira con profundo asombro á su papá, luego á la criada, que no se asusta del traje completo con que quieren que disfrace la verdad.

La criada.—¿Y si preguntan por la señora?

El papá.—¡Hem, hem!... Dígales que siente mucho, pero que está con un poco de fiebre y no puede recibir...

La criada sale de la habitación, y á Pepito se le salen los ojos de las órbitas.

El papá.—Bueno, sigamos. (*Sorprendido por el espanto de su cría.*) ¿Por qué me miras con esos ojos de sapo? ¿Qué te pasa?

Pepito, *con timidez.*—¡Pero papá, es que haces decir que no estás y que mamá tiene fiebre... y es... y no es verdad!...

El papá.—Claro que no es cierto...

Pepito, *más tímido aún.*—¿Entonces, es... una mentira?

El papá, *encogiéndose de hombros.*—¡Vaya! ¡No seas pavo! Es para no decir á los Quimbos que nos aburren ¿comprendes?... Eso es de buena educación.

Pepito, *sorprendido por el distingo.*—¡Ah! ¡Eso es de buena educación!... ¡Bueno, bueno! *(Se apronta para volver á escribir.)*

El papá, *dictando.*—"...le anunció un día que Su Santidad acababa de morir. Inmediatamente el cardenal suplicó al rey que lo ayudara á hacerse elegir papa, poniendo de relieve lo adicto que era al soberano francés.—Teneis razón—dijo Francisco I—pero para asegurar vuestra elección se necesitan fuertes sumas, y ya sabeis que no tengo dinero.—El cardenal hizo llevar al punto á Su Majestad dos toneles llenos de oro, y no supo, hasta algunos días después, que el papa gozaba de excelente salud. Comprendió entonces que había sido engañado por el monarca que no era sólo un valiente militar, sino también un diplomático de los más astutos..."

Pepito, *perpiejo.*—¿Un... qué?

El papá, *repitiendo.*—Un diplomático... ¿No sabes lo que es un diplomático?... (*Explicando.*) Un hombre que se dedica á la diplomacia!...

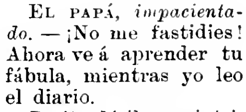
Pepito, *meditando.*—¿Entonces... lo que hizo Francisco I era diplomacia?

El papá.—¡Precisamente!

Pepito, *después de reflexionar un momento.*—Díme, papá, ¿y no lo llevaron á la cárcel?

El papá, *indignado.*—¡Borrico!... Estás confundiendo con Luis XVII.

Pepito.—Pero... ¿acaso...



El papá, *impacientado.* — ¡No me fastidies! Ahora ve á aprender tu fábula, mientras yo leo el diario.

Pepito, dócil pero intrigado, comienza á estudiar su fábula. Pasan diez minutos.

El papá, *mostrando el diario á la mamá, que acaba de entrar.* — ¡Ah! ¿no sabes? El asesino de la Boca ha confesado de plano.

La mamá, *interesadísima.*—¿De veras? ¡Cuenta, cuéntame!

Pepito se pone á escuchar.

El papá. — Ya sabes que cuando lo prendieron no se le pudo sacar una palabra. La mujer se obstinó también. Pero ayer, el juez de instrucción resolvió acabar de una vez... Apenas entró en su despacho el asesino, le gritó: "¡Hola! ¡Lo que es ahora no necesitamos que confiese! ¡Su mujer nos lo ha contado todo! ¡Usted es el único culpable!"

La mamá, *pendiente de sus labios.*—¿Y después?

El papá.—¿Después? El imbécil exclamó: "Es verdad. Pero no fuí yo solo. Ella me ayudó!" Y lo confesó todo. Toma, lee. (*Le dá el diario.*)

La mamá, *entusiasmada.*—¡Oh! ¡Qué bien lo han pillado! (*Devora los detalles del asunto.*)

El papá, *vistiéndose para salir.*—¡Ah! ¡Es una pesquisa admirable! ¡El juez se ha portado! Pero ya verás el final de la crónica... Parece que lo van á ascender...

Pepito, *rascándose la cabeza, inquieto.*—¿A quién?

El papá.—¿A quién ha de ser? ¡Al juez!

Pepito.—Pero la mujer del asesino no ha dicho nada...

El papá. ¡Pues es claro! Sino ¿qué hazaña sería?...

Pepito.—¿De manera que no llevarán al juez á la cárcel?

El papá, *rectificando.*—Al asesino, querrás decir... Sí, ya está.

Pepito, *cayendo de su burro.*—Pero ¿no le harán nada al juez?

El papá, *fastidiado.*—¡Qué chinche! ¿No te he dicho que lo van á ascender? ¡Es lo menos que pueden hacerle después del servicio que ha prestado á la Justicia y á la Sociedad!...

Besa á su mujer y á Pepito, y se va á sus negocios.

PEPITO. *tratando de meterse en la cabeza las palabras de su padre.*—¡Bueno! Eso es un "servicio prestado á la Justicia y á la Sociedad"... "Un servicio prestado"...

LA MAMÁ.—¿Qué haces, Pepe? Ponte á estudiar la fábula.

PEPITO.—Sí, mamá. (*Mientras la madre, palpitante, lee los detalles horribles de la confesión del asesino de la Boca, vuelve á Samaniego y estudia á media voz, distraído sin embargo por una preocupación constante:*)

Una zorra se empeña
en dar una comida á la cigüeña.
La convidó con tales expresiones...

(*Interrumpiéndose bruscamente.*) Díme, mamá, ¿por qué los animales no hablan ya como en el libro?

LA MAMÁ, *sin dejar de leer.*—¿Cómo?... Pero si no han hablado nunca, tontuelo. Las del libro son fábulas...

PEPITO *perplejo.*—¿Fábulas?... (*continuando prudentemente su investigación.*) ¿Entonces... las fábulas no son ciertas?

LA MAMÁ.—¡Claro que no!

PEPITO.—¿Y por qué no son ciertas?... ¿Será por buena educación?...

LA MAMÁ, *sorprendida.*—¿Buena educación? ¿Qué estás diciendo?

PEPITO.—O por... (*pronunciando con dificultad*) ...diplo-ma-cia?

LA MAMÁ.—No sé lo que quieres decir.

PEPITO, *imperturbable.*—¿O porque prestan un servicio á la Justicia y á la Sociedad?

LA MAMÁ, *encogiéndose de hombros.*—Estás diciendo tonterías: las fábulas no son ciertas, porque son cosas que no han sucedido nunca.

PEPITO, *triunfante.*—Mentiras... ¿no?

LA MAMÁ, *volviendo á sumergirse en las confesiones del asesino.*—Mentiras, si te parece.

PEPITO, *cerrando el libro.* —¡Ya están frescos si creen que voy á aprender mentiras y á recitárselas á papá... para que me dé otra soba!...

Se va á jugar, confiando, probablemente sin razón, en la exactitud de las conclusiones de la lógica.

XANROF.

El Masajista

Ema Ivón formaba parte de la compañía del originalísimo Ferravilla, en Milán, é inspiraba verdaderas idolatrías entre los jóvenes y asiduos concurrentes al teatro milanés.

Uno de éstos, muy simpático, no perdía función, ya en luneta, ya en palco. Era un entusiasta... ¿de qué?... ¿del arte ó de la actriz?... Siempre compraba el mismo asiento, fuera palco ó luneta, y solía exclamar:



— ¡ Qué graciosa es !

— ¿Quién ?—le preguntaban.

— ¡ Ema !—respondía.

Luego parecía arrepentirse de haber divulgado su secreto, ó cosa así, y se alejaba con aire misterioso.

Averigüó las señas de la casa que habitaba la actriz y logró conocer á la portera y tener relaciones familiares con ella. La portera, mujer de corazón en la mano y que había sufrido los tormentos de las tiernas pasiones,... estaba por contraer terceras nupcias. La futura, bastante pasada, compadecía al joven y escuchaba gustosa sus confidencias.

Un día le dijo:

— ¡ Tiene usted suerte ! Podrá verla de cerca...

— ¿ Cómo ?

— La Ivón busca un masajista. Lo recomendaré, y usted podrá...

Todo quedó perfectamente combinado. El joven fué aquella noche al teatro, y más atento que nunca examinaba las formas, además de la declamación de la linda actriz.

— ¿ Y mañana ?...—pensaba.

Había ido á casa de un profesor de masaje, y durante varias horas se había hecho enseñar, á lo menos, los principios del arte que debía iniciarlo en la revelación de tantos bellísimos secretos.

A la mañana siguiente, y á eso de la diez, se presenta en la casa y á la actriz. Va muy sencillamente vestido. Tiembla al tocar la campanilla...

— ¿ Qué desea usted ?

— La señora...

— Pase usted.

Aguarda una media hora, y por fin aparece Ema Ivón.

— ¿ Es usted el profesor de masaje ?

— Sí, señora...

Viendo y oyéndola tan de cerca, está á punto de perder el sentido, y no acierta á hablar.

— Es usted muy joven...

— Pero soy fuerte...

— Ensayaremos...

El joven tocaba el cielo con las manos:

— Y en qué parte... quiere la señora... el masaje...—y tartamudeaba, se ponía rojo como una amapola.



Ema, lanzando una de sus más argentinas carcajadas:

— ¡ Pero si el masajista no es para mí ! — exclamó.—¡Es para el director... es para Ferravilla !...

JARRO.

SAN ANTONIO—(Recuerdos de la Sierra de Córdoba)



Dibujo original de Emilio Caraffa

Dos fechas

Marca, sin duda, un acontecimiento único y original en la historia de la prensa en Sud-América, la aparición del primer número de la *Gazeta de Buenos Ayres*, á raíz del movimiento emancipador de 1810.

Mariano Moreno, el após tol fogoso é incontaminado de la revolución, sintió la necesidad de este medio eficaz de propaganda para esparcir á todos los vientos las ideas del nuevo credo democrático, y lo hizo decretar por la Junta de que era secretario, tomando sobre sí el cargo de editar la publicación del periódico oficial cuya aparición tuvo lugar el día 7 de Junio de 1810. Su obra fué muy breve, pero fecunda, porque bastó para señalar al pueblo naciente el sendero, en aquellas horas aciagas de incertidumbre y de trastorno tumultuario.

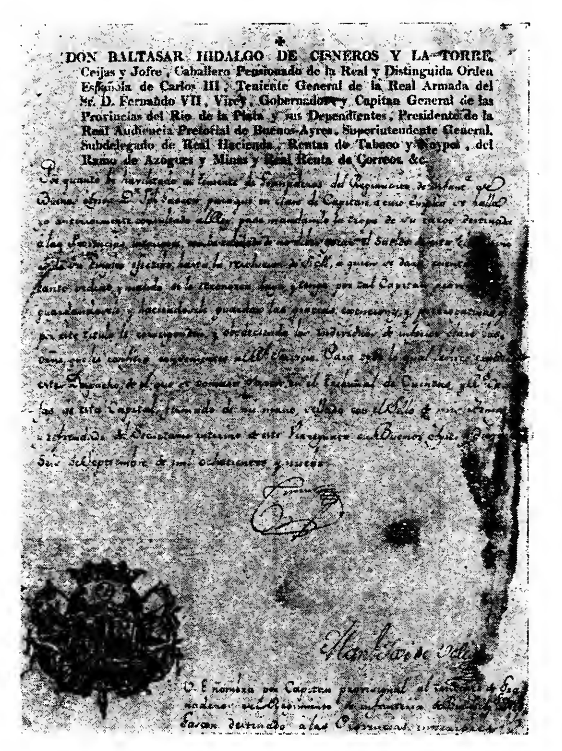
Desaparecido el apóstol en las soledades del mar, otros espíritus esclarecidos recogieron la bandera para continuar la propaganda; y así, nutriendo aquellas páginas, — archivo viviente de nuestras primeras glorias como de nuestras desventuras,—se suceden como redactores el deán Funes, Agrelo, Monteagudo, Herrera, Henrique, Vélez, hasta el legista Castro bajo cuya dirección se publicó el número 74 y último de la *Gazeta* el 12 de Septiembre de 1821, al ser suplantada bajo la forma chata y descolorida del Registro Oficial.

Bien merece, pues, el homenaje de un recuerdo el primer periódico argentino al cual es necesario acudir siempre que se trate de esclarecer cualquier hecho ó dato de la época de nuestra independencia; con tal propósito reproducimos en esta plana la primera de la *Gazeta*,—una rara curiosidad bibliográfica.

Y por una de esas coincidencias que el destino parece combinar, esta fecha de la aparición del periódico portavoz de la revolución se enlaza con la de la muerte del último representante del poder de la metrópoli que aquélla había derrumbado.

En efecto, el 9 de Junio de 1829, fallecía en Cartajena, España, el general don Baltazar Hidalgo de Cisneros, último virrey español en el Río de la Plata, cuya autoridad caducó el 25 de Mayo de 1810.

Completamos esta noticia con la reproducción del retrato de Cisneros y un facsímil del papel que, con el sello al pie y con un abundante arsenal de títulos nobiliarios y de señorío, como encabezamiento, usó en sus actos oficiales el virrey, no tan numerosos estos actos, ni tan lucidos, por cierto, como correspondía á un señor de tanto lustre y de tantas campanillas.



DON BALTASAR HIDALGO DE CISNEROS Y LA TORRE, Ceijas y Jofre, Caballero Pensionado de la Real y Distinguida Orden Española de Carlos III, Teniente General de la Real Armada del Sr. D. Fernando VII, Virey, Gobernador y Capitan General de las Provincias del Rio de la Plata y sus Dependientes, Presidente de la Real Audiencia Pretorial de Buenos-Ayres, Superintendente General, Subdelegado de Real Hacienda, Rentas de Tabaco y Naypes, del Ramo de Azogues y Minas y Real Renta de Correos &c.

Max.



BOCCACCIO

(Continuación)

—¡Ah! ¿Lo sabía usted?

—Sí, me lo dijo él mismo antes de partir, al recomendarme á su señora. ¡Qué interesante señora ¿no es verdad?

—Efectivamente, muy interesante. Pero ella está aquí muy bien cuidada.

—Sin duda. ¡Pero se va quedando tan sola, la pobre!

—Una mujer como ella no está sola en ninguna parte.

—¿Lo cree usted? Sin embargo, y perdóneme la confianza... yo, que usted, no me iría así...

—¿Cómo *así?*

—Tan de improviso.

—Pero si es necesario...

—¡Tal vez no lo sea tanto! ¿Recuerda usted lo que le he dicho varias veces sobre estos baños? No son ellos los que curan ó entonan, sino el medio en que su acción se efectúa. ¿Habrá fallado la regla en su caso y será el medio el que perjudica á las aguas?

—Tal vez...

—Gracias por la franqueza; lo sabía, y crea que lo deploro deveras.

¿Qué sabía y qué deploraba el buen viejo?

No quise preguntárselo, y me despedí de él apretándole fuertemente la mano y casi sin pronunciar palabra, por la sencilla razón de que no habría sabido qué decirle.

—Espero que no se marchará usted sin verme antes...—agregó.

—No, seguramente.

—

La sesión nocturna de canto y piano á beneficio del Baño de los Pobres fué todo un éxito, como el concierto de la tarde anterior para los huérfanos de la comarca. Allí, como en otras partes, no había como invitar á la gente á divertirse, para moverla á caridades.

El acaso, que suele complacerse en estas travesuras, colocó mi asiento al lado del de Juana, á quien acompañaban varias señoras.

Por de contado que no faltaron las generalidades: sobre los artistas y su participación en la fiesta; sobre Tadeo, de quien se había recibido un telegrama que no decía sino que había llegado con felicidad; sobre el tiempo, los viajeros recién llegados y otras cosas por el estilo. Después, con intervalos de audición musical y de reserva aconsejada por especiales exigencias del momento, la conversación se deslizó por una pendiente resbaladiza en la que no faltaron los sobresaltos y hasta las angustias, pero de la cual salí, y pienso que salimos, gratamente impresionados.

—Entonces ¿es cosa decidida que usted se marcha? —dijo Juana, aludiendo á una frase mía, anterior.

—Sí, señora.

—¿Se puede saber cuando?

—Mañana mismo, si usted no ordena otra cosa.

—¿Y por qué se va usted?

—Asuntos de interés y de familia...

—Mal andan los intereses, por lo visto. Ayer Tadeo, mañana usted...

—Dichosa usted, que no piensa en ellos.

—Pero sufro las consecuencias.

—Es verdad. Tadeo...

—¡Tadeo, Tadeo, siempre Tadeo!

—¿Qué cosa más natural, siendo usted su esposa?

—Cierto, muy natural.

(Silencio de un rato, con el corazón en marcha a razón de mil palpitaciones por minuto, para escuchar ó hacer que se escuchaba á la Rasmondi, que cantaba algo del Trovador, de Ernani, del Barbero, ó de cualquier otra ópera, acompañada al piano por Blandberg).

—¿No me encarga usted nada para Tadeo?

—Dígale usted que estoy muy bien.

—No es un cumplimiento...

—Es la verdad. ¿Querría usted que me desesperase?

—Lo sentiría mucho.

—Está usted en vena de amabilidades.

El asunto tomaba mal cariz. No; aquella Juana no era *mi* Juana de los *nis* de marras. Evidentemente pasaba en ella algo de extraordinario. Había en sus palabras, y en la manera de expresarlas, una sequedad que no era de ella y que me pareció seguro indicio de cierto enfado ó despecho extraños á su temperamento, tan igual como dueño de sí mismo.

¿Qué motivaba aquella visible alteración de su modo de ser habitual? La partida de Tadeo podía molestarla por la situación anormal en que la colocaba, pero no justificaba la irritación que *recién* se manifestaba en ella. En cuanto á la mía... vamos! en cuanto á la mía, no podía ser; no porque fuese cosa del otro mundo, viéndose todos los días casos más raros, sino porque era ello demasiado bueno para ser cierto.

Bueno, — entiéndase bien y no se olvide, — para la satisfacción del ser moral, profundamente afectado por el ensueño pasional que duraba hacía algunos días y que lo traía desazonado; que, por lo demás, mi resolución estaba hecha y era irrevocable, cualquiera que fuese el giro que tomasen las cosas por efecto de las circunstancias, favorables ó no á aspiraciones que la honradez nativa rechazaba indignada, antes de existir la conciencia perfecta de ellas.

La hermosa fiesta tocaba á su término, la orquesta atacaba los últimos acordes de la marcha nupcial de Mendelsohn, número final del programa, y ya se sentía en la sala el sordo rumor que precede á la dispersión general en las grandes renniones, después de un período relativamente largo de quietud y de silencio.

Salimos, uno tras del otro, sin dirigirnos la palabra. Una vez en la calle, las señoras, acompañantes de Juana, tomaron la delantera, conversando animadamente con algunos caballeros. En la última fila íbamos nosotros.

A poco andar, mirando al cielo, que amenazaba tormenta, dije, por decir algo:



EL CLOWN—Usteid si pone así, eh! y nou si n

LOS ZANAHORIAS—Sí, señor Clown.

EL PÚBLICO—Ahora los ha convertido en fant



ou si moive **hasta yo nou mando, eh!**

en fantoches. **¡Bravo, bien!**

No me gusta escribir para el público



Te aseguro que no me gusta, amigo Arlequín.

Y si razones en pro me pides, no habrán de faltarte, que de ellas tengo las alforjas llenas; y tan repletas están, que á poco que las fuercen revienta el lienzo, y vacía de golpe, por la herida, todo su bagaje, sobre el indiscreto que se atrevió á manosearlas.

Sábete que entre otros muchos motivos (que no reservaré si así te place), estudio las relaciones que existen entre el público y yo; induzco de mi análisis que el escribir es pecado, y que como tal lo consideran aquéllos muchos que nos miran por cima del hombro, no faltos quizás de buen consejo, por cuanto somos gentes exentas de lo capital, que es el capital, y carecemos del talento de ponernos en camino de llegar á él; y concluyo por exclamar, con rabia, repitiendo á sor Juana Inés de la Cruz, la excelsa mejicana,

¿A quién hay que censurar,
aunque cualquiera mal haga?
¿al que peca por la paga,
ó al que paga por pecar?

y siendo el público el que paga y yo el que por su paga cae en los abismos del pecado, le tomo, al tentador, aversión tan justificada como la de cualquier beata al diablo de la concupiscencia; y me afianzo en mi tesis: "no me gusta escribir para el público".

Amigo soy de conservar con respeto en la memoria, las felices máximas que de sabias inteligencias proceden, y no olvido, por lo tanto, aquello de Velarde: "*escribir para comer, ni es comer, ni es escribir*". Creo que, con lo dicho, aduzco algo convincente en pro de mi aserto.

—

Pero volviendo á la naturaleza del público, pregunto con Larra: *¿quién es el público y dónde se encuentra?*

Porque á ese respetable, ilustrado, benévolo y soberano Señor Don Público, como Larra profusamente lo adjetiva, es tan difícil encontrarlo hoy acá, entre los que nos rodean, como ayer, allá, entre los que rodeaban al célebre Fígaro.

Claro está que no es público nuestro ese innúmero montón de inmigrantes que, si le preguntáramos, diría entre displicentes encogimientos de hombro: "no hemos venido á América á leer, sino á hacer plata"; ni el de los opulentos Abrahanes de esta novísima tierra de promisión, á quienes más interesa entender de vacas que de letras; ni mucho menos el de los catadores de artículos importados en plaza, tan absorbidos por la contemplación de los respingos del oro y tan asendereados por las malandanzas de la Bolsa, como Don Quijote por las felonías del moro encantador, el que al hidalgo secó el seso y á estos especuladores no deja punto de reposo utilizable en lecturas de Arlequines impresos.

Y no siendo *públicos* ninguna de las series que he citado: ni la de los oficinistas, ahitos de leer expedientes; ni la de los jueces, cansados de alegatos; ni la de los tontos, que nada leen; ni la de los sabios, que sólo emplean sus solemnes horas en fundamentales disquisiciones; ni la de las bellas, que harto tiempo prodigan pensando en Dios, el novio y la modista; ni ninguna otra, en fin, que con definidas formas de público se nos muestre, claro está que el tal *Señor Don Público* es un ente anónimo, confuso, indefinible y abstracto, lo bastante para no entenderlo á derechas y ser merecedor de que lo envíen al diablo (con perdón) los que, como yo, gustaren de saber á ciencia fija con quien tratan.

—

Apunta, amigo Arlequín, estos sumandos en la cuenta de las razones que me impulsan á no querer escribir para el público.

Pero no traces la raya de sumar antes de que te diga cómo han llegado á mi oído murmuraciones de redacción y de cenáculo, que certifican mi propósito.

Murmúrase en tales círculos, donde la contumelia es consuetudinaria, que placen al público sobre manera los autores que se ciñen á ensartar un rosario de protuberancias escrofulosas acerca del tropezón que dió Don Simplicio en el cordón de la vereda, ó la descalabradura que Doña Perpetua hizo á su consorte Don Hermógenes por celos de Elvirita, ó que recurren á cuatro variedades y reproducciones de Gedeón para hacerles decir otras tantas simplezas como las que han agotado ya los Luis Taboada, Eduardo de Palacio y demás Bertoldos de la actual generación... Y díme, Arlequín: si tales murmuraciones son ciertas, y son ésos los gustos del tal *público* invisible pero árbitro, ¿no tengo razón sobrada en cerrarme á la banda y quedarme en casa, calladito y holgando... y hasta burlándome, sea dicho con toda inmodestia, del público que las encuentra bonitas y de los autores que las estiman meritorias?

Afirman también en los citados centros, que el Dorado de la gloria literaria se puede alcanzar sin grandes esfuerzos, haciendo laberínticos juegos de palabras

acerca de cualquier *mozo*
que no queriendo ir á *misa*,
hace de ella caso *omiso*
para sentarse á la *mesa;*
y al sorprenderle la *musa*
con las manos en la *masa*,
no sabe lo que le *pesa*,
es decir, lo que le *pusa*,
¡caramba!... lo que le *pasa*.

Yo, Arlequín, tiraría á un *poze* al que así sale del *paso*, rompiéndonos los tímpanos, estragando el gusto y distrayendo una fuerza intelectual que podría ser útil aplicándola á cualquier otra empresa, como la de componer específicos para remediar la calvicie ó polvos para aplacar el dolor de muelas.

E insisto una vez más en que si halagan al respetable, erudito y discreto público estas acrobáticas habilidades, renuncio generosamente á la mano de doña Leonor, en vista de que la Leonor de mi cuento, esto es, el público, no me verá jamás en ejercicio de tales habilidades, para las que me declaro inepto; y considero, por lo tanto, que es prudentísimo mi deseo de no escribir para ese público al que no había de agradar.

—

Recuerdo, sin embargo, tu acertada cita de la noche pasada: era una moraleja en la se afirmaba que el público, como el caballo de la fábula, *si sólo le dan paja, toma paja, pero si le dan grano, toma grano.*

¡Cuán dulces esperanzas me hace concebir la tal moraleja!... Pero pronto se desvanecen, tanto porque la dicha fábula no me define al público que yo todavía encuentro indefinido é indefinible, sino, también, porque ignoro si á la voz de ¡al grano! lo encontraría yo, sano y puro, de mi propia cosecha.

—Pero, á todo esto,—podrás decirme:—si no te gusta escribir para el público ¿por qué lo haces?

¡Ah, mi buen Arlequín!... ya sabes que á la fuerza ahorcan. Deja que yo dé comienzo á la gran empresa industrial y comercial que tengo en cartera, y entonces me oirás decir *otra cosa es con guitarra;* pero mientras no adquiera esa prodigiosa guitarra del comercio, que da serenatas al capital cantándole vidalitas y bailándole gatos con relación, seguiré viéndome preso y maniatado por los caprichos de esta Dulcinea de la literatura, ni más ni menos que lo estás tú por el amor de Colombina, la que te ha transformado en escritor y en cuyo honor te hallas dispuesto á sacrificarlo todo.

—

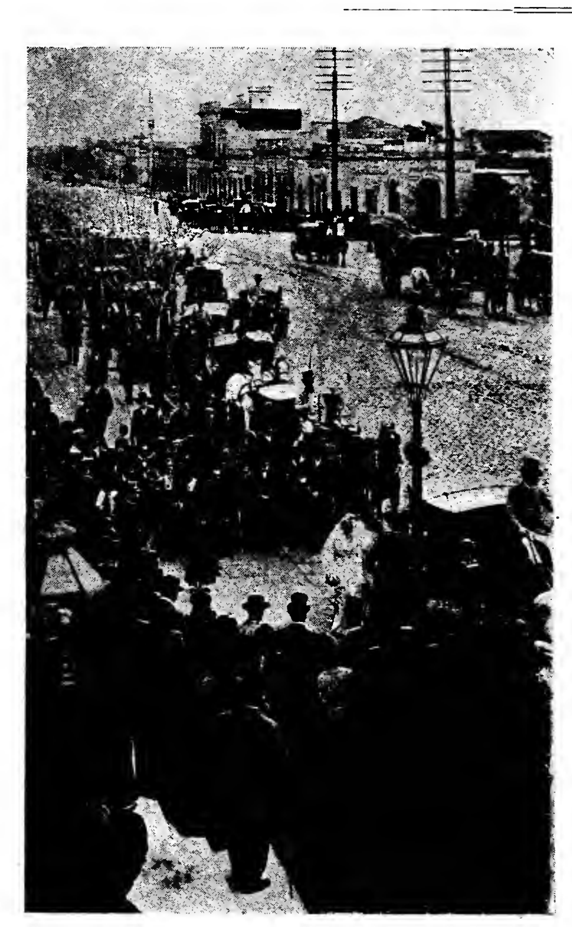
Repentinamente asalta mi mente un temor que me impele á terminar sin demora. ¿Será cosa que por culpa de lo que dejo dicho te enfades contra mí, ya que tan amigo te has hecho de literatos, á quienes querrás halagar probablemente? Quizás corro grave riesgo de desagradarte; pero, en tal caso, debería repetir la frase consabida de Quevedo: *¿siempre se ha de callar lo que se piensa? ¿nunca se ha de decir lo que se siente?*

De cualquier modo que sea, me someto á la suerte que el destino me depare; y si ésta no te gustase, haré severo juramento y formal promesa de nunca más pecar; compraré para en adelante un gran *botafumeiro* con que inciensar á todo bicho escribiente; cantaré palinodias con acompañamiento de bombo y tendré más razón que nunca para repetir que "no me gusta escribir para el público."



Pero, si por arte del diablo, ó mejor, de la egipcia Isis, patrona de la verdad, te cayere en gracia lo ya dicho y entraras en curiosidad de conocer lo mucho y muy jugoso que me queda por decir, no dudes que me congratularé bastante de ello, y seguiré, sin demora, confeccionando sayos, pues te aseguro que para ello tengo, á prevención, mucha tela cortada.

Leoncio Lasso de la Vega.



Casamiento Peña-Olivera

SAN ANTONIO

Recuerdo de la Sierra de Córdoba

De la gran sierra regresaba una noche serena y diáfana; las estrellas se movían dulcemente en el firmamento, con el misterio de lo eterno. Yo cabalgaba en mi mula y los pensamientos, agitados en mi alma por mil encontradas ideas, recorrían años y épocas haciendo desfilar todos los sucesos de mi borrascosa vida. Una vaga melancolía se apoderaba de mi ser, rodeábame el silencio poético de la noche, cuando de pronto llegan á mis oídos vagos rumores de voces que entonaban cánticos. No atiné de pronto a darme cuenta de lo que oía; apuro el paso de la cabalgadura y veo que el paisaje se iluminaba con resplandor de luces que salían, al parecer, de una capilla solitaria. Mi fantasía corrió orgullosa y me creí otro Don Juan de Mañara, porque en verdad ignoraba la existencia de algún monasterio en esas soledades. Llego por fin, y haciendo ruído con mis botas para disimular la emoción, me detengo ante la puerta de una iglesita que tenía sus puertas de par en par abiertas; llena de la luz de las velas que encendidas estaban en el altar del inmortal Santo de Padua, unos veinte religiosos, de hábito franciscano, rodeaban la imagen, y extendidos los brazos cantaban en son melodioso.

Las rodillas se me doblaron instintivamente, porque la fe estaba en mi corazón como preciosa semilla; oré un buen rato, y recordando uno de los pasajes del drama del Duque de Rivas, "Don Álvaro ó la fuerza del sino", llamé á la campana y pedí hablar con el padre guardián. Complacido me dió alojamiento, y allí estuve haciendo vida retirada del mundo de los muertos, pues la vida de aquel retiro era la de los vivos.

Largo sería relatar todas mis observaciones y lo que mi pobre corazón pensaba; deseo hacerlo alguna vez. ¡Oh, insensatos del mundo de los muertos, que no comprendemos cómo estos hombres sacrifican su voluntad, sus gustos y sus cariños! ¿Por ventura son ellos los pobrecitos infelices, ó lo somos nosotros? ¿y qué buscan estos encapuchados haciendo la vida que yo he palpado, de absoluta abnegación? Os lo voy á decir, porque allí lo aprendí. Buscan la vida, porque esta vida no es la vida, sino la muerte.

¡Oh, qué buen recuerdo tengo de mi estadía en el convento de San Antonio! ¡con qué cariño me trataron, con qué bondad el hermano Felipe me traía el desayuno, cuán sabrosas las pláticas que teníamos con el padre Capelli, Lobos y fray Oro, recorriendo aquellas quebradas y aquellos frondosos valles, elevándonos á regiones más sublimes que las de este engañoso mundo! ¡Qué orden en todo el claustro, qué silencioso recogimiento reinaba allí, qué bondad la del buen padre guardián... Razón tenía Felipe II cuando en su agonía deseaba ser un pobre lego y no un rey. Yo también, mísero mortal, me cambiaría con mil amores por el hermano Francisco, á quien espero verlo en los altares algún día. Vayan estos cuatro renglones como homenaje á los buenos hijos de San Francisco de Asis.

X.

Córdoba, Mayo 31 de 1899.

Justicieras

¿Quién no se asombra,
quién no se admira
de que tengamos
tanta justicia?...
—¿Usted lo dice,
misia Dominga?...
pues chocolate
por la noticia!

—

El pobre huérfano,
las viudas ricas
el litigante
que un pleito inicia,
el que un derecho
tiene, y porfía
contra el abuso
de gente indigna,
todos á una
cantan que trinan
las excelencias,
las maravillas
de nuestros jueces
y su familia
de leguleyos
y oficinistas...
¿Quién no se asombra,
quién no se admira
de que tengamos
tanta justicia?

—

Aquí, quien tenga
la razón, prima.
¡Nada de coimas,
ni de propinas!
El hombre injusto
cae y se abisma,
y el estimable
se alza y domina;
pues la balanza
fiel y justísima
nunca se tuerce,
mal no se inclina,
y pesa... ¡pesa
que ya da grima!
No hay más exacta
ni en las boticas!...
– ¿Usted lo dice
misia Dominga?...
pues chocolate
por la noticia!

—

Por demostrarnos
cómo es de digna
la noble gente
que nos enjuicia,
los diputados
inquisitiva
comisión forman,
y ella investiga
si hay peculados
ó si es mentira...
Y se interroga,
y se fastidia,
y hablan los diarios,
y dan noticias
que nada dicen
ni significan...
¡Quién no se asombra,
quién no se admira
de que tengamos
tanta justicia!

—

Queda en veremos
si aquél vendía
con sus sentencias
la razón misma;
si éste aprovecha
desde su silla
de los enojos
siempre pleitistas
que arruinar suelen
á las familias;
si el otro cobra;
si falsifica
el que allá lejos
levanta gritas...
Más todo marcha
que maravilla!...
—¿Usted lo dice
misia Dominga?...
pues chocolate
por la noticia!

—

Mas ¿será cierto?
¡Tanta ignominia:
lo que se cuenta,
lo que se pinta,
lo que en las salas
y las cocinas
de altos y bajos
es comidilla?
Acusaciones,
calumnias, filfas,
quizá verdades,
quizá mentiras,
pero tan gordo
que nos abisma
y decir hace
con ironía:
¡Quién no se asombra,
quién no se admira
de que tengamos
tanta justicia!

—

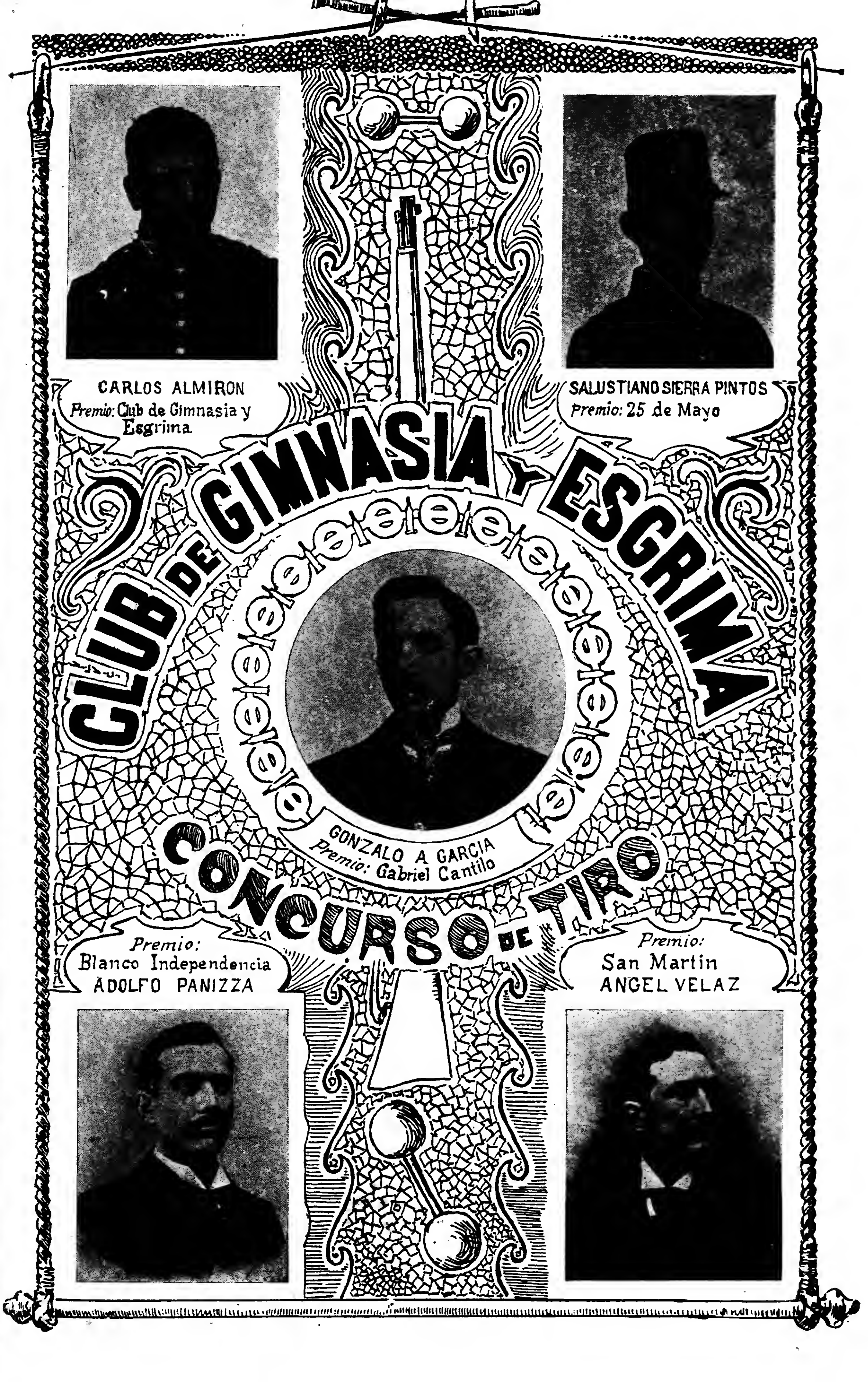
¡No! que si callan
los que investigan,
es que no encuentran
una inmundicia;
pues de otro modo
no callarían.
Jueces honestos,
mentes tranquilas,
es lo que han visto
con alegría.
Fallos ecuánimes,
sentencias dignas
de Salomones
y Evangelistas,
es lo encontrado
por estos días.
—¿Usted lo dice
misia Dominga?...
pues chocolate
por la noticia!...

Don Hermógenes.

AMANECIENDO



Dibujo de Campabadal.


CARLOS ALMIRON
Premio: Club de Gimnasia y Esgrima
SALUSTIANO SIERRA PINTOS
Premio: 25 de Mayo
CLUB DE GIMNASIA Y ESGRIMA
GONZALO A GARCIA
Premio: Gabriel Cantilo
CONCURSO DE TIRO
Premio: Blanco Independencia
ADOLFO PANIZZA
Premio: San Martin
ANGEL VELAZ

La Medalla

¡Quién diría, quién diría
que la Virgen de Luján
á don Julio premiaría,
cuando probó ser un día
el amigo de Satán!

—

Pero el recuerdo se calla,
y como á un hombre de fe
á quien su amor avasalla,
lo premia con la medalla
que acuñara Costa Huguet.

—

La Virgen,— á mí me toca
decirlo bien liso y llano,—
distingue y no se equivoca
entre el bastón de Belgrano
y la medalla de Roca.





Pues si ha acudido el infiel,
su victoria no es entera:
representaba un papel...
!Lo que, en el cielo y de él,
dirá monseñor Mattera!...

—

Llegó de sus ambiciones
mismas, á romper las vallas,
y en medio de aclamaciones
los reyes le dan cordones
y las vírgenes medallas.

—

Y Roca, que es burlador,
aunque no los mire mal
dirá con falso rubor
al tomarlos: —¡Tanto honor
para un pobre general!...

Nota.—*A estar á lo que dicen las últimas noticias que han llegado hasta mí y que son del dominio público va á aumentarse el número ya considerable de los eximios caballeros del florete, dignos por todos conceptos de a alta estimación y terror público, con la llegada del reputado esgrimista italiano Agesilao Greco, campeón de sable y espada, luchador en Florencia, Roma, Vicenza, Catania, Palermo, Venecia, vencedor en París, Bélgica, Nueva York, de Conte Merignac, Desmet, Prevost, que viene á incorporarse al Club de Gimnasia y Esgrima, para hacer de todos nosotros unos portentosos tiradores. ¡Justo es que no haya en Buenos Aires clubs que tengan notables maestros de pintura, escultura, música, etc., porque ¿qué harían y á quien enseñarían ahora que vamos á entre-matarnos, aunque sólo sea por la habilidad esgrimística que adquiriremos?...!*

Bien digna de aplauso puede ser esta curiosa reversión á los tiempos en que la fuerza y la destreza eran los mayores méritos del hombre, y el único medio de que podía disponer para distinguirse de su prójimo; pero, por ahora, á fe de Arlequín, el asunto no me entusiasma; tal vez mañana piense de otro modo, cuando vea las positivas ventajas que el juego de las armas haya traído á ésta nuestra tranquila y culta sociedad.—A.

Nota.—*Esta es una que interesará, por cierto, al mundo de los ciclistas y aficionados. El brazal Sud América Ciclista, que se disputó en las carreras del 11 en el Velodromo de Palermo, fué ganado por el señor Fausto Sintich (fausto el día para él) al señor Angel Jacquier, que lo detenía y que no voló como los ángeles. La carrera se dividió en dos series, una de 1000 y otra de 2000 metros, y el brazal quedo en poder del campeón citado; publico los retratos de ambos personajes.*



—

No sé si ustedes son aficionados al ciclismo; yo, desde que abandoné el infantil velocípedo de tres ruedas, no he vuelto á ensayar esa especie de cabalgaduras, y me encuentro muy bien con ello. Pero si son ustedes aficionados, sabrán que el brazal no es una condecoración puramente lírica, como la de Roca. El que lo gana recibe una pensión mensual que le abonan las sociedades afiliadas á la Unión Velocipedista Argentina, mientras detiene la prenda, es decir, mientras no sobreviene, lo desafía y le gana, otro ciclista de más empuje.

Una pensión mensual, y sólo por correr bien. ¡Si lo supieran los que andan con la lengua afuera tras de un empleíto, aunque sea el de aspirante á pretendiente de ayudante de escribiente!... En resumidas cuentas, el resultado de esta carrera es un caso de comprobación de aquello de que "el que no corre vuela".—A.

EL MENDIGO INDUSTRIOSO

ó lo que hace el gobierno con los impuestos

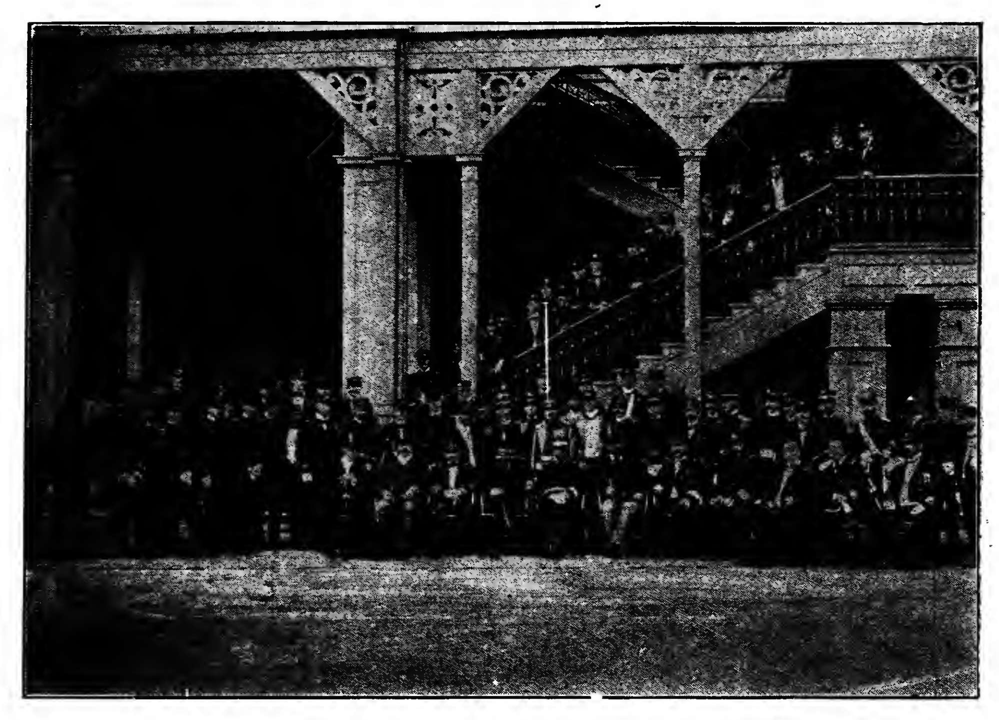


(*Del Fliegende Blatter*).

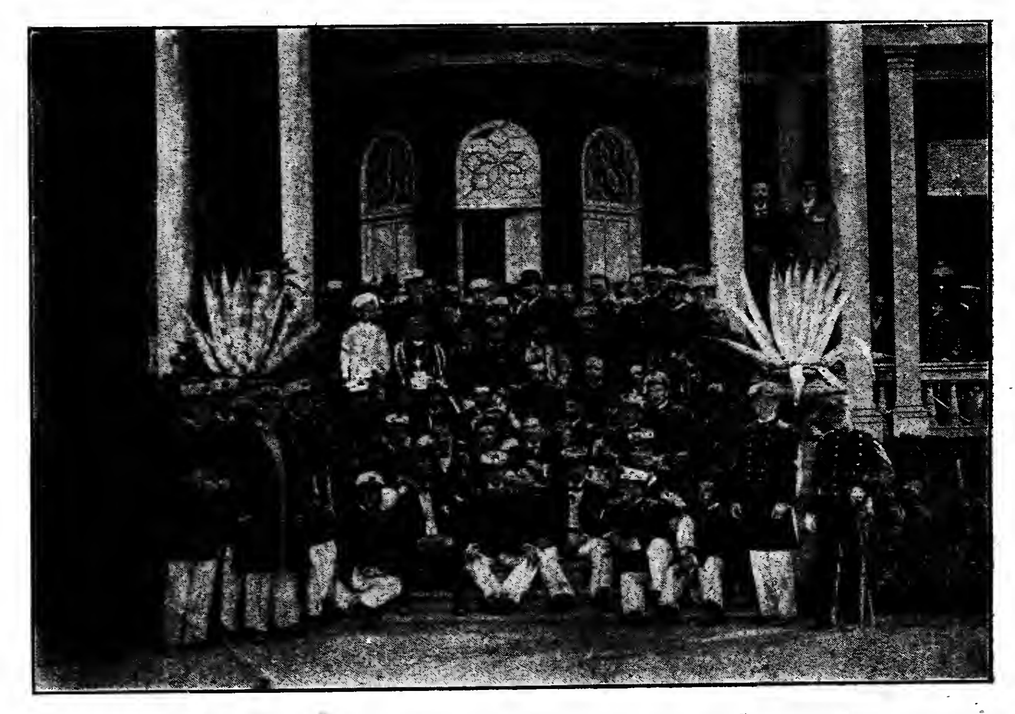
☞ NOTA.—*El otro día me vieron ustedes de frac, vestido por Eusevi, sastre del lápiz que tiene un corte elegantísimo, y se dá un corte bárbaro... Hoy, sin tambor ni trompeta, porque sí,—vale decir porque se me dá la gana,—me he puesto mi mejor traje de colores, por defuera y por de dentro, como ustedes verán en la portada, carátula ó lo que quieran, y en las dos páginas interiores tan brillantes, y que sin embargo les regalo sin recargo de precio,* par gaîeté de cœur, per l'onore, *sin que desembolsen un centavo, pura y exclusivamente porque así me place y me parece más bonito. He agregado un par de páginas—por esta vez y aunque nadie me lo pidiese—á las usuales del periódico, que son dieciséis, y me propongo aumentar cuantas se me antoje, si ustedes se portan bien. Intención hay, voluntad hay, trabajo hay... ¡ay! ¡ay! ¡cualquier día me van á aceptar ustedes!—A.*

EL VIAJE DE LA FRAGATA SARMIENTO

EN EL PUERTO DE VALPARAISO



GRUPO DEL PRESIDENTE ERRAZURIZ, MINISTROS Y OFICIALES ARGENTINOS
EN LA ESCUELA NAVAL DE VALPARAISO



GRUPO DEL MINISTRO DE GUERRA Y MARINA, GENERAL KORNER, MONSEÑOR JARA Y OFICIALIDAD ARGENTINA EN EL FUNDO DE LA FAMILIA CONCHA Y TORO, EN EL VALLE DE MAIPO



—A veces me tengo envidia á mí mismo, viendo las innumerables cartas que me llegan de todas partes y sobre todas las cosas: preguntas, afirmaciones, chascarrillos, punzadas, consejos, consultas, cuentos, datos, noticias, pedidos, indicaciones, recomendaciones, amonestaciones, bromas, veras, charlas, epigramas, panegíricos, críticas, sátiras, todo menos dinero. Ni un ministro tiene tanta correspondencia; de manera que, tomándome por un personaje y juzgándome otro yo, la envidia de mí mismo me muerde y me remuerde,—á mí, que nunca he sido capaz de envidiar á nadie!... Pues poniendo orden á mis cosas, he visto que las respuestas, las negativas, las réplicas, las paradas, las burlas, los desahucios, las renuncias, los agradecimientos, las polémicas, los enfados, las aclaraciones, y hasta las carcajadas que no puedo á veces reprimir leyendo ciertas espístolas, me tomarían más tiempo que el que necesitó la obra de la Catedral, si me propusiese enviarlas por correo, dejando así privados á mis lectores, por exagerada reserva, de una colaboración inesperada, original, frondosa, típica, genuina, fresca, aturdidora, aguda, elegante, grotesca, burda, fina, acerada, popular, chistosa, ó, por lo menos y en la mayoría de los casos, llena de gracia á fuerza de ser tonta. En vista de éste y otros motivos que callo por su mucha extensión, pero que el interesado puede consultar en mis oficinas, Florida 67, he resuelto abrir una sección, intermitente como todas las del periódico (versatilidad que aprendí de Colombina), y en la que colaborará todo el mundo, ahorrándome trabajo y evitándome escribir carretadas de cartas. Sólo lamento que la falta de espacio y de tiempo (ya saben ustedes cuán ocupado estoy), me impida presentar esta página inaugural con todo el esplendor que merece. Pero ya verán después!

— Los señores Juan Ferriol y Julio Flores me escriben, cada uno por su lado, una carta á propósito de mi concurso número 2, incluyéndome una solución de la partición del terreno, que á su juicio es superior á la premiada. En efecto, es más sencilla, pues se obtiene con líneas rectas la división del cuadrado en polígonos iguales. Pero, estimadísimos caballeros, ¿quiere eso decir que el señor Zapiola Salvadores, que se llevó el premio, no haya resuelto el problema y llenado las condiciones exigidas para mis concursos? Yo no he dicho que premiaría la *mejor* solución, sino la solución exacta pues del primer modo tendría que enterarme de todas las innumerables cartas que me llegan, y después me vería más que perplejo para decidir con cuál quedarme, mientras que del segundo, sólo tengo que esperar con ansias la primera acertada, que tarda á veces. El procedimiento que uso es bien sencillo: el día fijado reuno sobre el mostrador todas las cartas que me han llegado para cada concurso, las barajo como si fueran naipes, y comienzo á sacar una por una, abriéndolas y leyéndolas hasta que encuentro la primera con solución exacta. Esa primera solución es la premiada; las demás van al canasto. Si los señores Flores y Ferriol quieren darse la pena de presenciar una noche la operación, convendrán conmigo en que no hay sistema mejor, pues en él se combina la habilidad con la suerte; siendo condición para ganar el premio, tener las dos simultáneamente... lo mismo que pasa en política.

— Respecto de la estampilla para los concursos, ha quedado contestado de hecho el señor Clown, en el número anterior. Ahora no tendrá que mutilar sino un margen del periódico, y podrá conservar la colección intacta. Yo también cuido de mis hijos.

— Rinconete me ha enviado un par de caricaturas sobre la cuestión cocheril, que siento no poder publicar por falta de espacio, pues acusan ingenio y agudeza. Esta colaboración gráfica me complace mucho, pues hay á menudo en ella ideas aprovechables para solaz del público, ó, por lo menos, suele sugerirlas, lo que no es poco.

— Casi apostaría que son del mismo organista las que publico y muestran que tiene dedos, á propósito de las evoluciones del General en sus diversos períodos, que me han llegado sin firma y por correo... ¡raro exceso del Correo que suele no llegar nunca á ninguna parte!... Bien vengan esas cosas, y vengan muchas, que ellas reflejan el espíritu público... aunque se diga que aquí no hay ni espíritu ni público!...



1880-1886 — 1898-1904 — 1916-1922

— Señor Cirio: Me pregunta Vd. cuál es la mejor manera de obtener un empleo administrativo, como si Arlequín hubiese sido empleado alguna vez en la vida! La mejor, la única manera, á mi juicio, es tener una alta protección, mucha ignorancia, escasa vergüenza, y una dosis monumental de suerte. Con eso se puede llegar hasta ministro, si no se prefiere quedar como contratista del gobierno, que suele ser mejor y más seguro.

— Una advertencia á los que me escriben. Me reservo el derecho de no contestar sus preguntas, en previsión de muchos casos, — entre otros el de no saber. Pero haré cuanto me sea posible para no descontentar á nadie, y contestar á todo el mundo, por poco que me dé el naipe para ello.



En el concurso del soneto bisilábico (núm. 3) ha resultado vencedor el señor Raúl Olivera, domiciliado en la calle Lorea 681, con esta solución:

Cuando
siento
viento
blando,

ando
lento
ento-
nando

suave
canto
de ave,

tanto
cuanto
cabe.

Sólo una docena de cartas conteniendo ó no soluciones exactas—que lo ignoro, por no habermelas abierto, como es de regla,—me han llegado para este concurso. La gente no está para hacer versos, ni aún con pauta, en estas épocas calamitosas.

El Sr. Raúl Olivera puede pues pasar por la administración, en busca de su premio, consistente como se sabe en una lujosa edición española del "Cyrano de Bergerac".

—

El concurso del jeroglífico (No. 4) ha sido más favorecido, y me han enviado un centenar de cartas.

Entre ellas la suerte ha designado la del señor Bernabé Castro, domiciliado en la calle Tucuman 2650, que contenía la solución exacta, es decir:

La capa todo lo tapa.

Dicho señor puede, también, reclamar en la Administración su premio, una docena de retratos Boudoir, que le serán hechos con arte y exquisito gusto.

Cincuenta pesos por un cuento

Escribir un cuento humorístico que se desarrolle sobre un tema de crítica social y cuya acción pase en este país, con tipos y costumbres genuinamente nuestros, no es cosa fácil: y tampoco es fácil, en estos tiempos .. difíciles, ganar *cincuenta pesos* en un par de horas.

Esa suma ofrece, sin embargo, ARLEQUIN, al mejor cuento que se le presente antes del 18 de Julio á las cinco de la tarde. La composición debe reunir las siguientes condiciones:

1° Ser humorística y original. 2° Tratar asunto de interés, poniendo de relieve algún defecto general. 3° Ser genuinamente argentina. 4° No traspasar los límites de la corrección. 5° Estar escrita en castellano... aproximado. 6° No ser más extensa que una página de ARLEQUIN.

Además

Un segundo premio de *veinte pesos*, para el cuento que siga en mérito al premiado.

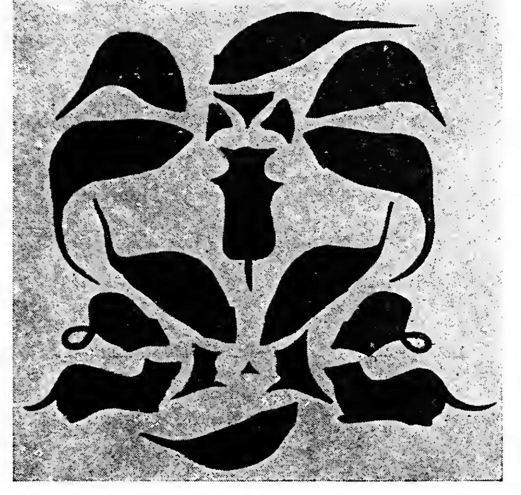
Los trabajos que se envíen serán juzgados por una comisión compuesta por el director de ARLEQUIN (*pro domo*) y los señores Bartolomé Mitre y Vedia, Julio Piquet y Leopoldo Lugones. Esta comisión podrá declarar desierto uno ú otro premio, ó los dos juntos, si á su juicio los trabajos concurrentes no fueran acreedores á ellos.

Las composiciones deben enviarse firmadas con un pseudónimo, y este pseudónimo debe escribirse en un sobre cerrado que contenga el nombre del competidor.

Dada la índole especial de este concurso, se amplía, como se ha visto, hasta dentro de un mes, el plazo para la presentación de los trabajos.

Concurso número 5

Los ratones infortunados



Trece ratones están, como ustedes ven, dándose un formidable atracón de queso.

Seis pedazos de queso tentador que, más pérfido que el queso gubernativo, ha causado á algunos indescriptibles retortijones de tripas: probablemente estará envenenado, y dará cuenta de ellos en breve tiempo.

Pero, por si el veneno no produce en todos un efecto fulminante, ahí cerca, en ellos mismos, anda su enemigo más terrible: el gato.

¿Dónde está el gato?

No sería fácil encontrarlo metido en uno de los ratones, pero será muy sencillo ver su enorme y feroz cabeza, si se toman unas tijeras, se recortan cuidadosamente los roedores y los pedazos de queso roído, y se unen todos, pegándolos unos junto á otros sobre un papel, en un orden que el ingenio del lector no dejará de indicarle, si tiene un poco de paciencia.

El amable amigo que no quiera cortar el número, para conservarlo como cosa buena—que lo es,—puede calcar la figura, y esto le dará el mismo resultado.

Este concurso, tan fácil que no puede serlo más, tiene un premio que se discernirá en las condiciones establecidas, y que consiste en una preciosa caja con tres frascos de esencia *Bouquet des Amours*, de la acreditada perfumería de Roger y Gallet, que puede verse expuesta desde ahora en la vidriera de la Peluquería de los Oficiales, calle Piedad 465.

REGLAS PARA LOS COMPETIDORES

Las cartas que se envíen á ARLEQUIN conteniendo soluciones, deberán llevar siempre en el sobre, para poder ser distinguidas, la indicación del número del concurso á que se refieran. Para esto habrá que recortar y pegar en la parte externa del sobre, la viñeta que presentamos al pie de esta página. Esto tiene por objeto evitar que quien no compra ARLEQUIN pueda hacer competencia en los concursos á los amigos de esta publicación. Las cartas deben estar autorizadas con el nombre y el domicilio del competidor.

No serán tenidas en cuenta las cartas que no llenen TODOS estos requisitos indispensables.

Todas las comunicaciones deben ser entregadas antes de las 12 de la noche del martes de cada semana, día y hora en que tendrá lugar la adjudicación del premio, á la cual podrán asistir los interesados.

La adjudicación se hará mezclando las cartas, á fin de que desaparezca el orden en que han sido recibidas, y la primera carta que se abra y que contenga la solución exacta, será la premiada.

El resultado de cada concurso se publicará en el número subsiguiente, y al conocer ese resultado, los favorecidos deberán ocurrir *personalmente* á la Administración de ARLEQUIN, donde les serán entregados sus respectivos premios.





ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORISTICO ILUSTRADO

Aparece los Sábados — Unión Telefón. 1955

Precios de Subscripción (Pago Adelantado)

	Ciudad	Interior	Exterior
Por 3 meses	$ 2.50	$ 3.00	$ 4.00
„ 6 „	„ 5.00	„ 6.00	„ 8.00
„ un año	„ 9.00	„ 11.00	„ 15.00

Número suelto: En la Capital: 20 centavos. En el Interior: 25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle Florida 67 — Buenos Aires



BIER CONVENT

Maipú esq. Cuyo

Bien se ve
que éste es uno
que ni come
ni bebe
en lo de Luzio.

CERVEZA NEGRA STOUT ARGENTINA
DE LA FABRICA NACIONAL



— Estoy muy flaco, Isidora,
pero ¿qué he de hacer?.....
— Pascual,
ya te he dicho: bebe ahora
la Cerveza que elabora
la Fábrica Nacional.

SE VENDE EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE LA REPUBLICA
Sociedad Anónima Fábrica Nacional de Cerveza
Caridad 350



ENVASES DE HOJALATA
É IMPRESIONES
SOBRE METAL

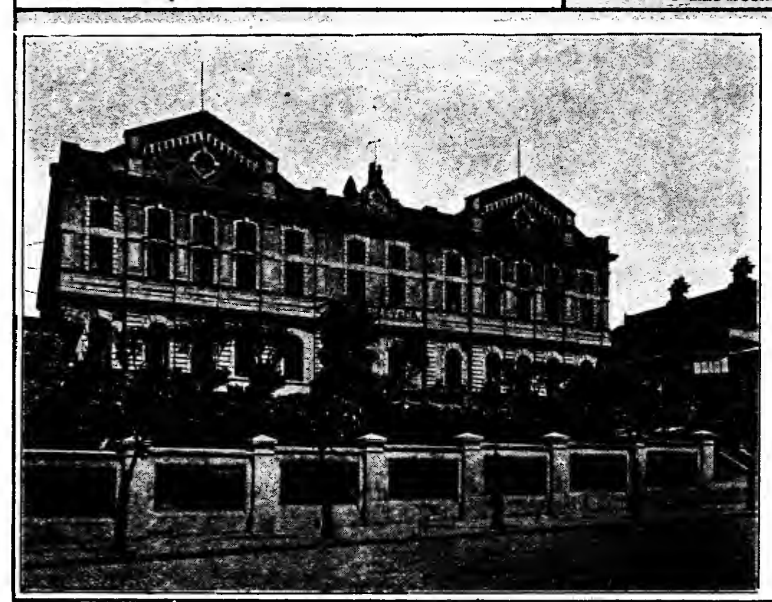
S. Ostwald y Cia

HERRERA 1253

Unión Telefónica 9079
Cooperativa 4006

DROGUERIA ALEMANA
BERETERVIDE & Cia.
Sucesores de A. Müller y Alverti
Piedras 156 á 170

ACTUALMENTE ENSANCHE
SURTIDO COMPLETO DE DROGAS
Y ESPECIALIDADES MEDICINALES



M. S. BAGLEY
& Cia. Lda.
Unicos Fabricantes de las



LOLA La Reina de las Galletitas.

HESPERIDINA Es el licor mas favorito del público.

DULCE DE NARANJA Delicado y saludable manjar.

205 Avenida Montes de Oca
Buenos Aires

ARLEQUIN



PELLEGRINI—A moi le panache!

ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORÍSTICO ILUSTRADO

DIRECTOR: ROBERTO J. PAYRÓ

AÑO I. Buenos Aires, 24 de Junio de 1899 N.º 6.

De baile

Anoche tuvo lugar el gran baile de la Lira Juvenil de Barracas al Sur. De allí vengo, y como no quiero perder la frescura de las impresiones recibidas, me pongo á escribir aunque esté muerto de sueño, seguro de que el relato ganará en verdad y en relieve.

¡Oh Colombina! Mira en qué obligaciones me has puesto y cómo trabajo para que dentro de DOS MESES Y TRES SEMANAS ¡plazo fatal! me otorgues tu blanca mano y la felicidad con ella! A tí te invoco ¡oh dulce Colombina! como á mi musa, como á mi Egeria, como á la fuente pura y limpia de mis pensamientos, como á la sagaz inspiradora de mis acciones!...

Llegué tarde al baile, cuando ya todos los invitados llenaban la sala. El adorno de banderas y gallardetes clavados en la pared, en torno de grandes liras de cartón dorado, presentaba un golpe de vista sorprendente. En el piso de tabla no había más alfombra que una espesa de polvo, levantado en nubes por los pies y las *polleras* de bailarines y bailarinas. La orquesta (violín, arpa y clarinete) tocaba un boston cuando entré, y un grupo de sedientos danzantes se arremolinaba bebiendo cerveza al rededor de una mesita cargada de vasos y botellas, que se había colocado en un rincón para ocupar menos sitio sin duda.





A lo largo de las paredes una fila de sillas de Viena producía el mejor efecto, ocupada por algunas mamás y por niñas de trajes extraordinarios, de vivos colores. La concurrencia, entre las nubes de polvo, parecía en pleno Olimpo.

Confieso que, á primera vista, juzgué aquello lo menos adecuado para una reunión de literatos; pero voy acostumbrándome tanto á esta clase de sorpresas, que no paré mucho rato mientes en ello, máxime cuando he visto en Buenos Aires casi todas las cosas del revés.

En un principio nadie hizo caso de mí, dejándome en la misma situación de los contribuyentes ante el gobierno, tal vez porque mi traje de particular no tenía nada de idem; y ya iba á retirarme resentido, cuando el presidente de la Lira se acercó lleno de efusión, y después de estrecharme vigorosamente ambas manos, me preguntó y se contestó sin más circunloquios:

—¿Qué le parece nuestra fiesta, señor Arlequín? Está animada, eh! Muy animada! También tenemos tanta gente distinguida!... poetas, literatos, escritores... Ya verá usted; lo voy á presentar. Además hay cuatro poetisas y una novelista (en prosa) que cualquier día de éstos van á llamar la atención pública... ¡Oh! el baile es poca cosa, comparado con la velada intelectual que vamos á tener! Lola Punticoma leerá unos versos dentro de un rato: es una *genia!* Y Alberto Resina, el filósofo modernista, nos hará una disertación sobre el amor... Supongo que usted, señor Arlequín, nos improvisará algo también; y aquí, *inter nos*, le diré que lo hemos invitado contando especialmente con eso.

—¡Ah! ¿sí?—exclamé—Pues lo grave es que no sé improvisar, ni cosa que lo valga... Si ustedes me hubieran avisado con quince días de anticipación...

—¡Oh, señor Arlequín! Me alegro mucho de que usted improvise lo mismo que nosotros; eso demuestra que pertenece á la raza privilegiada de los intelectuales.

—Ya va dos veces—dije—que le oigo pronunciar esa palabra. ¿Qué quiere decir intelectual?

—¡Me sorprende su pregunta! Se hace usted el ignorante por broma... ¿No? ¿no lo sabe, de veras?... Pues intelectual es un hombre á quien... es un hombre de... es un hombre que no es como los demás y que escribe versos y prosas, ó los escribiría si quisiera, pero no para el vulgo sino para cierta gente preparada...

—¡Ah! ya sé; gente que escribe para que otra gente no la entienda; como si dijéramos: los que usan clave ..

En esto terminó el boston, y los bailarines se arremolinaron buscando asiento para sus encantadoras parejas. El presidente aprovechó la oportunidad, y separándose de mí fué al medio de la sala, donde con estentórea voz dijo éstas ó parecidas frases:

—Señoras y señores: Con distinguida gentileza, la ilustre poetisa y bellísima señorita Lola Punticoma va á leernos unos magníficos versos eróticos que ha compuesto ella misma y que aun permanecen inéditos, lo que nos hará gozar de una amabilísima primicia.

—¡Muy bien! ¡muy bien!

Gran ruído de sillas, pues los concurrentes buscaban posiciones cómodas, en medio del cual, como si fuera el murmullo de aprobación con que se acoge á un orador querido, se levantó una muchacha alta y desgarbada, de gran nariz y ojos de ratón, vestida con descuído y llena sin embargo de remilgos, monadas y mohines, quien con una voz de tiple que producía en el oído un efecto semejante al del vinagre en el paladar, comenzó diciendo:

VAGOS AMORES.

Era el título, y después de cada título hay una pausa, como si dijéramos un blanco. Este fué un blanco de más de media página. La voz de vinagre continuó luego, mientras que un brazo largo y flaco se movía con vaivenes de escoba limpiando telarañas.

En los años primeros de mi niñez temprana
no sabía qué cosa es el amor,
que ya me ha sacado muchas canas
de angustia y de dolor.
¡Ay de mí!
¡cuánto sufrí!

Una tempestad de aplausos acogió esta primera estrofa. La *genia* saludó varias veces, con la misma gracia de un semáforo de ferrocarril, y continuó:

Primero me enamoré de un muchacho
que era un Adonis de belleza sin par;
pero la muerte impertérrita me lo arrebató en un rato
y ya no nos volveremos á ver jamás!
¡Ay de mí!
¡cuánto sufrí!

Entusiasmo indescriptible produjo esta segunda estrofa, á la que siguió una tercera igualmente aplaudida, una cuarta que lo fué menos y así hasta veintitrés, en las cuales estaban relatados todos los *vagos amores* de la *genia*, que si los tenía en tal abundancia creo—y Dios me perdone—que sería gracias á ser unipersonales.

Cuando terminó, todos respiraron como si se quitaran un peso de encima, y después de vacilar un instante rompieron en estrepitosos aplausos.

—¡Atención, señores!—gritó en eso el presidente, y como si lo iluminara una divina inspiración corrió hacia una de las paredes, trepóse de un salto á una silla, arrancó la enorme lira de cartón dorado de los adornos, volvió corriendo hacia Lola, y doblando la rodilla púsole el instrumento en las faldas exclamando:

¡Insigne poetisa!
En nombre de los presentes,
ofrezcoos esta lira
que tocas tan hábilmente!...

¡Qué emoción! ¡qué delirio! ¡cómo se felicitó al intelectual, magistral, genial improvisador!... En vano trataba el filósofo Alberto Resina, manuscrito en ristre, hacer un poco de silencio para emprenderla con su disertación. Por fin, aprovechando un instante de calma, comenzó:

—¡Señoras y señores! ¿Qué cosa es el amor? Arcano profundo que la humana mente no puede sondar, porque es insondable, y que forma el secreto más recóndito y misterioso de la vida, porque nadie lo puede explicar claramente, como todas las cosas que no se alcanzan á comprender fácilmente!...

Iba á continuar, sin duda por el mismo estilo, cuando los músicos,—gente intempestiva la gente musical, y sino que lo digan los organillos,—comenzaron á tocar un vals, y ya no hubo remedio: ni damas ni caballeros pudieron con sus piernas, y el pobre Resina seguía leyendo en medio de los danzantes, para él solo, como el preso de la *ronga catonga*.

Por fin renunció, é hizo bien, aunque tarde.

Cuando terminó el vals comenzó mi suplicio.

—¡Que hable Arlequín!—gritó el presidente, á quien hizo coro gran parte del público.

—Pero, señores, si no sé, si no puedo!—tartamudée.

—No! no! que hable! que hable! no valen excusas! que hable!...

—Pero, señores...

—Nada! nada!... Que hable! que hable!

El presidente se acercó á mí, y en voz baja:

—Diga usted cualquier pavada,—murmuró.

Esto me dió un poco de ánimo, y haciendo de tripas corazón, sudando á chorros, ciego como caballo que se desboca, comencé, sin saber lo que decía:

—¡Señoras y caballeros! Lo lamento... pero no me siento... en este momento... con talento para acceder al pedido atento... de las simpatías con que cuento... en este asiento del estudio y del entretenimiento... Yo nunca improviso ni invento... porque soy de pensamiento lento... porque sólo en mi aposento, aislado y sin impedimento... puedo dar aliento á las hojas que lanzo al viento... con público contento... porque el periódico alimento con ese parto violento en que experimento...

—Parece que habla en verso;—oí que murmuraba un entendido.

—Sí, y con mucha facilidad;—afirmó otro.

Y como si la ovación sólo aguardara ese murmullo satisfecho para estallar como una bomba, gritos frenéticos de entusiasmo me interrumpieron:

—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bien!

—¡Admirable!

—¡Sublime!

—¡Viva Arlequín!...

Y me llevaron en triunfo, porque en la Lira Juvenil, como casi en todas partes, más vale caer en gracia que ser gracioso, y la mayor estupidez puede pasar por obra del genio si reviste formas extrañas y si los que la oyen son más estúpidos que quien la dice.

Y sino ahí están Fulano, Zutano, Mengano, Perengano y tantos otros, famosos en las artes y las letras, que no me dejarán mentir.

ARLEQUIN.

NOTA.—*Los amigos y clientes del doctor Genaro Sisto se han cotizado para obsequiarlo con un carruaje, que se le ofrecerá en una fiesta significativa del aprecio en que le tienen cuantos le conocen como médico y como persona. Sisto es un hombre que se debe á su propio esfuerzo y que domina el ramo de la ciencia á que se ha dedicado en, el que á cada paso dá muestras de su abnegación y su saber. Aprovecho esta oportunidad de hacerle justicia, que yo también sé de justicias cuando el caso llega, y aunque yo no se la hiciera... sus obras podrían más que mi silencio.—A.*

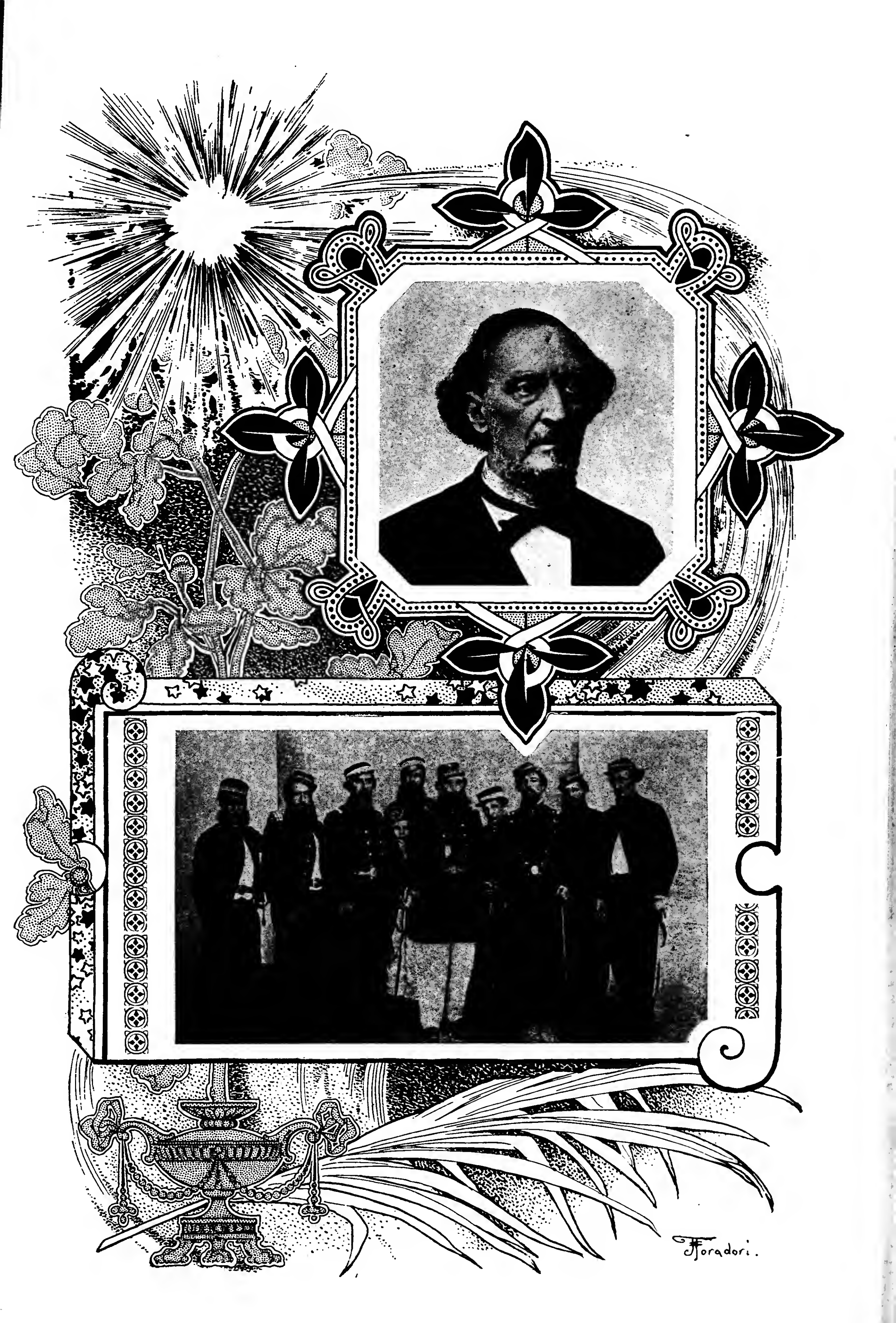


NOTA.—*Un banquete á un periodista es cosa que no suele verse muy á menudo; pero un banquete merecido, como demostración de aprecio por una campaña lucida, valiente y moralizadora, es algo más raro todavía en estos tiempos en que las plumas batalladoras duermen enervadas por un* dolce far niente, *que hace bostezar á los lectores y deja que las cosas anden como el diablo.*



Pues ese banquete le ha sido ofrecido al señor Bourel, director de El Nacional, *por el servicio que ha prestado al país poniendo en claro lo que pasaba en los bastidores de su justicia, campaña de que aquel diario fué iniciador, que mucho lo honra y que grandes bienes traerá consigo si alguna vez se trata de reaccionar... que lo dudo.*

Asociándome á la simpática fiesta en la medida de mis arlequinescos posibles, inserto el retrato del director de El Nacional *y hago votos porque obtenga la victoria completa en la altruísta lucha emprendida.—A.*


Foradori.

CASUISMO, ó sea: opiniones encontradas de un sastre y un su cliente.

El sastre llega por centésima vez á cobrar su cuenta (una de esas cuentas largas pero dudosas, que hacen exclamar al acreedor: "Tu no me pagarás, pero caro lo llevas"), y halla al cliente rebelde sentado á su escritorio, y trabajando. El sastre no se cree ya en el caso de hacer cortesías ni buscar circunloquios, y aborda francamente la cuestión:

—¡Vengo por la cuenta!

—¡Hola! ¡buenas tardes!—dice el cliente.—Sabe que sería mejor... que volviera el sábado... el sábado, sí, eso es; para el sábado estaré en fondos.

—¡He vuelto demasiadas veces!

—Pues amigo, lo lamento, pero no tengo plata.

—¡Lo demandaré! ¡Ya estoy cansado!

—¡Ya estoy cansado yo también! Demándeme y... le prometeré pagarle cuando pueda, como se lo prometo ahora. El juez no me va á dar con qué saldarle la cuenta, conque así...

El sastre, *furioso*:—Cuando no se tiene dinero, no se va á las sastrerías de lujo!...

El cliente, *recobrando todo su aplomo*.—Es que *no tengo ni un centavo*, absolutamente *ni un centavo*, de modo que no podría pagarle ni aunque fuera usted un sastre de pacotilla.

—¡Sastre de pacotilla, yo!

—Es una suposición... El hecho es que no teniendo nada, no me sacarían nada, ni los mejores ni los peores sastres. Y el hecho es, también, que los que no pueden pagar deberían ir preferentemente á las sastrerías ricas, para no arruinar á los pobres que apenas viven de su trabajo. Traje más, traje menos, para usted es lo mismo; mientras que un corte de casimir puede ser el Rubicón de un sastre pobre!...

El sastre, *arrastrado por su afición á la filosofía (todos los sastres son filósofos)*.—Eso es un sofisma! La proporción de los precios está en razón directa con la proporción de los riesgos!... Tanto es deberle á un sastre de lujo un traje rico, como á un sastre modesto un trajecito cualquiera. (*Tomando asiento para desarrollar mejor su argumentación.*) Usted sabe que se paga mayor patente, un alquiler crecido, mucho gas; los *clavos* son muy frecuentes también, de modo que uno sufre, en comparación, tanto como cualquier chapucero; y los fines de mes son duros, cuando no viene la mosca. (*Confidencial.*) Yo, por ejemplo, tengo fuertes vencimientos á fin de mes, y voy á verme en apuros... *Dejando de ser filósofo para volver á ser sastre.*) Por eso quisiera que me arreglase la cuentita... y estoy resuelto á demandarlo si no lo hace. (*Brutal.*) Y ya verá usted si el juez es tan blando como cree!...

El cliente, *tranquilo*.—No se acalore... Yo le pagaría pronto, muy pronto... Pero ¿dónde quiere que me presente con esta ropa?... ¿cómo supone que he de conseguir dinero si ando como un atorrante?... La plata no le cae á la gente mal vestida... Pero usted podría hacer algo por usted mismo y por mí.. Un traje presentable, y estoy salvado; hágamelo.

El sastre, *sorprendido*.—No; no puedo fiarle más. (*Medita.*)

—Lo siento. Tenía una combinación segura. Pero vistiendo como un mendigo nada es posible.

—¿Y está usted seguro de conseguir dinero?

—¡Segurísimo, palabra de honor!... ¿Cuento con el traje?...

—No; de mi casa no; pero...

El cliente, *radiante de esperanza*.—¿Pero?...

—Puedo darle una recomendación para un sastre amigo, más modesto...

El cliente, *rebosando alegría*.—¡Venga! (*El sastre la escribe.*)

El sastre.—Con esto le harán inmediatamente un traje. (*Le dá la carta.*) Cuento con que me pagará, eh!

El cliente.—Antes de fin de mes; pierda cuidado. Yo soy como tabla!

El sastre, *al salir*.—Sí; ya lo sé por experiencia. Vaya... ¡adiós! Mucho me temo que no me pagará... ni tampoco al otro. Pero, de todos modos, á él le deberá siempre *menos!*

Cortador.

Humoradas



La Mujer: Hoy nos veremos libres de importunos. ¡Cómo vamos á divertirnos!...



La Suegra: Pues me he venido á pasar alegremente el día con ustedes. Pero ya veo que mi yerno es tan insoportable como siempre!

Un héroe

La gloire... qu'est-ce que c'est que ça?

La sala de espera de la estación estaba desierta. De rato en rato entraban gentes apresuradas con bultos y valijas en mano, consultaban el reloj y volvían á salir. Afuera, el sol glorioso de las doce del día quemaba los campos y pintaba con azul intenso un cielo limpio, sin una sola mancha.

Sentados en un banco, nosotros consumíamos tranquilamente el tiempo, entre la hora del tren que habíamos perdido y la del que íbamos á tomar.

Un soldado encanecido, casi achacoso, entró caminando á paso lento y se sentó junto á nosotros.

—¡Buenas tardes!

—Buenas tardes.

Era bajo, macizo de cuerpo. A través de su decrepitud se notaba todavía vestigios de la arrogancia militar. Llevaba la cabeza alzada, y erguidos bigotes blancos. Los ojos, de un celeste límpido, brillaban en su rostro con expresión bondadosa é ingenua que predisponía en favor suyo.

Nos pusimos á hablarle. Costaba poco reconocer en él á un veterano, por las medallas que ostentaba y por la insignia del cuerpo de inválidos que se veía en su kepis. Aquellos símbolos rubricaban una página viviente de glorias patrias, y podía buscarse en ella toda una serie de recuerdos heroicos.

Le hicimos algunas preguntas, sin obtener respuesta. El anciano mirábanos con su expresión de niño satisfecho, y sonreía. Después de quedarse un momento así indeciso, nos dijo que no entendía el castellano. Tuvimos que hablarle en su idioma.

—¿Muchos años en el país?

—¡Oh, sí! Del 57 acá; más de treinta años. Entonces era joven, pero ahora es otra cosa: ya estoy viejo. ¡Eh! el tiempo pasa...

Hablaba con voz gangosa y entrecortada, buscando las palabras.

—¿Estuvo en el Paraguay?

—¿En el Paraguay?... Sí. Hace tiempo del Paraguay. Una guerra larga, larga de muchos años. Combates, batallas, marchas de aquí para allá; todos los días marchas...

—¿Hizo la campaña completa?

—¿Eh?

—¿Toda la campaña?

—...Algunos días no, y otros sí; pero siempre en movimiento. Hacía calor allá. Y después, mosquitos, bichos y víboras... ¡Víboras... así de grandes! Vivíamos en carpas todos los soldados; los jefes también. Todos en carpas. Había días que el sol era como un brasero. Se dormía siesta, de día. Cuando hacía fresco era una fiesta todo el campamento...

Nos sorprendió de improviso una risa de timbre atiplado, modulada con una variedad inesperada de tonos. Parecía una nota cómica de ventriloquia, y su efecto era tan seguro que imponía su contagio con imperio irresistible. Había que reír forzosamente cuando reía el veterano; aquello era casi un acto fisiológico.

—¿Y por qué fué usted á la guerra, siendo extrangero?

—¡Eh! no había trabajo, no había nada! Todos se iban para allá, y la ciudad quedaba sola. Yo era albañil... ocho años albañil. Ya había aprendido en mi país, yo. Pero después vine aquí y estuve trabajando hasta que se hizo la guerra. No había trabajo, y me despidió el patrón. Claro: si no había trabajo... Estuve más de un mes sin ocupación. Y no había que comer: era cosa de morirse de hambre. Entonces me enganché. Había oficinas para los que querían ir. Pagaban bien, daban comida... Me enganché en el cuerpo y me mandaron al ejército.

—A defender la patria!

—No: á pelear con los paraguayos. Había guerra, pues. Al principio hacíamos ejercicio, pero después nos mandaron allá. Había que caminar mucho, primero en vapor, después á pie. Todos los días á pie. Es lejos los paraguayos... Estuvimos allá unos cuantos años. Peleaban bien los paraguayos; eran valientes.

Siempre con su voz gangosa y mirando al vacío, parecía reconcentrarse para precisar sus recuerdos.

—Teníamos el uniforme roto de tanto usarlo. Un día, con el clavo de un cajón me rompí toda la blusa, aquí. Un tajo grande. Cuando me lo vió, el sargento me puso preso. Era malo el sargento... Después lo mataron... En Curupaity...

—¿Curupaity?

—Sí; fué una batalla grande, con muchos muertos. Era como una montaña, y teníamos que entrar nosotros

—¿Entonces usted es de los bravos de Curupaity?

El anciano nos miró con su cara risueña de niño satisfecho.

—Sí, yo estaba... Mi batallón entró en fuego desde temprano. ¡Hubo más muertos!...

—¿Se acuerda usted bien?

—¡Oh, sí! Muy buena comida dieron ese día. Muy buena. Cordero asado y empanadas. Dos empanadas. ¡Ah! y vino también. A todos vino. Muy buena comida...

Y sonreía, acariciado por el recuerdo.

—¿Pero la batalla?

—¡Ah! muchos muertos. Por la mañana nos dijeron que íbamos al fuego. Después fuímos. Por todos lados había balas. Balas de cañones, balas de fusiles, bayonetas en la punta de los fusiles... Mataron al sargento, los paraguayos. Fué un balazo en la cabeza. ¡Un agujero chiquito como la punta del dedo! A otro soldado le sacó la barriga una bala de cañón... Y había que ir al fuego, porque estaban los oficiales al lado! Después nos sacaron del fuego y á la tarde entramos otra vez. Más de la mitad del batallón quedó allí. No era juguete...

—Pero los soldados se portaron como héroes...

—¿Eh?

—Que se portaron bien.

—No se podía hacer otra cosa. Porque allí van los oficiales, y al que se dá vuelta... No, no! Mejor es ir al fuego! .. Si uno sale herido lo llevan al hospital... Había baldes de sangre, hombres sin brazos, sin piernas... Había uno sin nariz.. se murió al fin. Es triste eso.

—¿Y después de Curupaity?

—¿Después? Siempre con las marchas, y algunos días al fuego .. Lo mismo que antes.

El tren se aproximaba. Tendimos la mano al viejo soldado, despidiéndonos.

El nos miró con su sonrisa infantil, presentando el kepis:

—¿Y para la copa no hay nada?...

JOSÉ L. MURATURE.



Nota. - ¡Lo que es la falta de espacio! Aquí tienen ustedes una fiesta comercial mezclada con una hermosa vista del casamiento de la señorita Méndez con el señor Sánchez, ó del señor Sánchez con la señorita Méndez — cosa de que ellos se acordarán sin duda, pero que yo no *rememoro.*

La comercial se refiere á la reunión de presidentes de los comités seccionales del meeting de protesta iniciado por el Centro del Comercio. Supongo que ustedes sabrán distinguir; porque, como dijo tan acertadamente el tabernero, ¡hay que distinguir!



desde el principio, sin que ello lo preocupe mayormente, se ha dado cuenta exacta de los peligros de esta historia para su reputación de hombre grave.

—

La noche se había puesto, realmente, muy fea, sin lo cual habría salido en demanda de algún sitio donde estuviese completamente solo, para saborear á mis anchas, en el perfume de aquellas flores, los deliciosos recuerdos que evocaban.

Que aquello era simplemente ridículo, no se me oculta; pero así fué y así lo digo, libre cada uno de pensar de ello lo que se le antoje.

El mal tiempo no me permitió salir y me fuí á mi cuarto y me eché sobre el sofá, fumando un cigarrillo

La cascada estaba en voz aquella noche y me hacía un gran servicio su ruído, llevándose una parte de los pensamientos que, de otro modo, se habrían concentrado en una dirección de la cual convenía apartarlos todo lo posible.

El humo del cigarro subía en ondas, nubes y espirales que los ojos seguían distraídamente hasta verlas desvanecerse, como las esperanzas y las ilusiones, para ser reemplazadas por otras; y el monótono tic-tac de un reloj inmediato hablaba al oído de dulces misterios, en armonioso contraste con el eco sordamente amenazador de la caída, sin solución de continuidad y sugestivo de extraños y profundos destinos.

Concluído el cigarrillo, cerré los ojos, y seguí viéndolo todo mejor que cuando los tenía abiertos, intensificadas en proporción las sensaciones de que era causa el cuadro general de los hechos y las circunstancias que me rodeaban.

¡Claudio, no se vaya!...

Y ví nuevamente el cielo rasgado por angulosa línea de fuego, y otra vez oí el trueno retumbar en los espacios.

Púseme de pie apresuradamente, dí algunos paseos por la habitación, apoyé un rato la frente sobre un cristal de la ventana, procurando inútilmente penetrar con la mirada en las densas tinieblas, y por último tomé un libro y me tendí vestido sobre la cama, con tanto deseo de leer como de dormir, pero resuelto á llegar á lo uno por medio de lo otro, costase lo que costase.

¿Cuánto tiempo leí? No lo recuerdo, pero resultó el remedio peor que la enfermedad, y arrojando con rabia el libro sobre una mesa de noche, tomé otra vez la vertical, y como me acercase á la ventana, haciendo pantalla de las manos para ver mejor en la obscuridad, me apercibí con satisfacción de que el tiempo había mejorado sensiblemente, distinguiéndose con relativa facilidad, á la luz de las estrellas, la cascada y sus inmediaciones, salpicadas de villas, edificadas ya en la pendiente de la montaña, ya en la planicie que se extendía al pie de la misma, una parte de la cual ocupaba la población que fué teatro de este episodio que no tuvo entonces principio ni fin verdaderamente caracterizados, y que quedó por fortuna envuelto en las sombras que hubieran sido su suerte eterna sin el sable mágico de Arlequín, que lo ha exhumado de entre las ruínas en que yacía, por lo que deben recaer sobre él todas las responsabilidades del caso.

Bruscamente, como quien después de una lucha consigo mismo adopta una determinación y procede sin más demora á hacerla efectiva, dejé la ventana,

(Continuación)

—Mal tiempo, según parece.

—Es verdad, muy malo,—me contestó.—No se irá usted, si llueve...

—Lo sentiría, porque me urge ponerme en viaje.

—¿Cuándo es la partida?

—Mañana, con el primer tren.

(Nuevo silencio, hasta llegar cerca del hotel)

—Señora,—la dije, á pocos pasos de la escalinata de entrada,—permítame usted que le asegure que solamente razones muy serias han podido decidirme á dejar este sitio antes del regreso de su esposo

No me contestó una palabra. Subimos hasta el vestíbulo, donde el grupo se detuvo para las despedidas.

Me sentía turbado como un adolescente en sus primeras armas amorosas.

—¿La veré á usted, señora, antes de ausentarme?

Muchos se habían ido ya, otros se preparaban á separarse; un momento más y quedábamos solos, lo que no era propio que sucediese.

Se volvió rápidamente hacia mí, me extendió una mano, que me apresuré á estrechar, hallándola á la vez temblorosa y enérgica, y me dijo con un acento que no olvidaré jamás, de orgullo vencido por el orgullo:

—¡No se vaya, Claudio!...

....

¡Claudio!

Un relámpago rasgó el firmamento con angulosa línea de fuego y el primer trueno retumbó en los espacios.

¡Llueve! exclamó alguno, y varias personas, alojadas en otros hoteles, salieron precipitadamente. Los pocos que quedaban en el vestíbulo, Juana entre ellos, subieron á sus respectivos departamentos, y quedé solo.

En el descanso de la escalera, á punto de ocultarse en el semicírculo superior de la misma, la ví por última vez, toda de blanco, como una novia, y asomando por el tapado entreabierto algunas flores colocadas sobre el seno, del lado del corazón.

Debió dar un mal paso, porque la ví trepidar un instante antes de esconderse á mi vista, y el ramo cayó por tierra, tal vez sin que ella lo notase.

Decir que me apoderé de él en seguida, sería superfluo.

Negarlo ó silenciarlo, hipocresía impropia en quien



El —Aquél del ba
y por mucho
siempre seré
El comercio—¡Lo que vá de
El —Cuanto digas
que á Rio Jan
tomando el pr



del banquete soy
mucho que te apriete
re seré el del banquete!...
ie vá de ayer á hoy!...
o digas es al *cohete*,
Rio Janeiro me voy,
ado el primer paquete.

tomé el sombrero y salí á pasos acelerados, pero tratando de no hacer ruído.

El largo y angosto corredor, débilmente alumbrado, tenía, con su doble fila de pequeñas puertas numeradas y equidistantes, algo de cárcel. Por lo menos, tal fué la impresión que me produjo al dejar mi habitación, una de las últimas del extremo interior, y dirigirme al otro extremo en busca de la salida, sin volver la vista atrás ó á los lados, no porque hubiese ni el más remoto peligro de convertirse en estatua, y menos de sal, que sazona y refresca, sino porque iba en procura de aire y en aquel sitio cerrado no lo había como yo lo necesitaba.

Pasé derechamente del pasillo al vestíbulo, del vestíbulo á la terraza, de ésta á la plazoleta y luego al camino cortado en la montaña, testigo y cómplice de mi amada desgracia.

Húmedo el piso y medio revuelto todavía el tiempo, no eran particularmente favorables al paseo las condiciones en que se efectuaba.

No hay, por otra parte, para qué decir qué inmensa distancia, en todo sentido, había de aquella escena á otra que conoce el lector y veo tan claramente como si fuera de ayer: el banco al pie de la montaña, altar de votos contenidos; las filtraciones doradas derramando la vida sobre las piedras; el valle sonriente con sus edificios aislados, sus caseríos y sus ganados paciendo en los verdes prados; el río á medio camino de las opuestas montañas, y éstas en último término del magnífico cuadro; de un lado el sendero que conducía al recreo y la lechería, del otro el mismo sendero, rumbo al hotel y sus dependencias, y en él la joven dama del vestido de lanilla azul y vivos blancos, alejándose lentamente, sin saber lo que dejaba tras de sí, ó sabiéndolo demasiado.

Estuve un rato sentado en el *mismo* banco, barajando ideas y sentimientos, y me fuí por donde había venido, y me encontré en el pasadizo de mi vivienda muy enojado conmigo mismo.

Volví nerviosamente un pestillo, pero lo solté en seguida, como si fuera una brasa, apercibido á tiempo de que me había equivocado de puerta, hallándose mi cuarto un poco más allá, y corrí á este último más preocupado de lo que lo estaba al salir de él.

Eran ya, á todo esto, las cuatro de la mañana; reuní mis efectos y los metí desordenadamente en la maleta. No quedaba afuera, sobre la mesa de noche, más que el volumen que había estado leyendo antes de sentir la especie de vértigo que me hiciera emprender la reciente excursión, de contornos románticos.

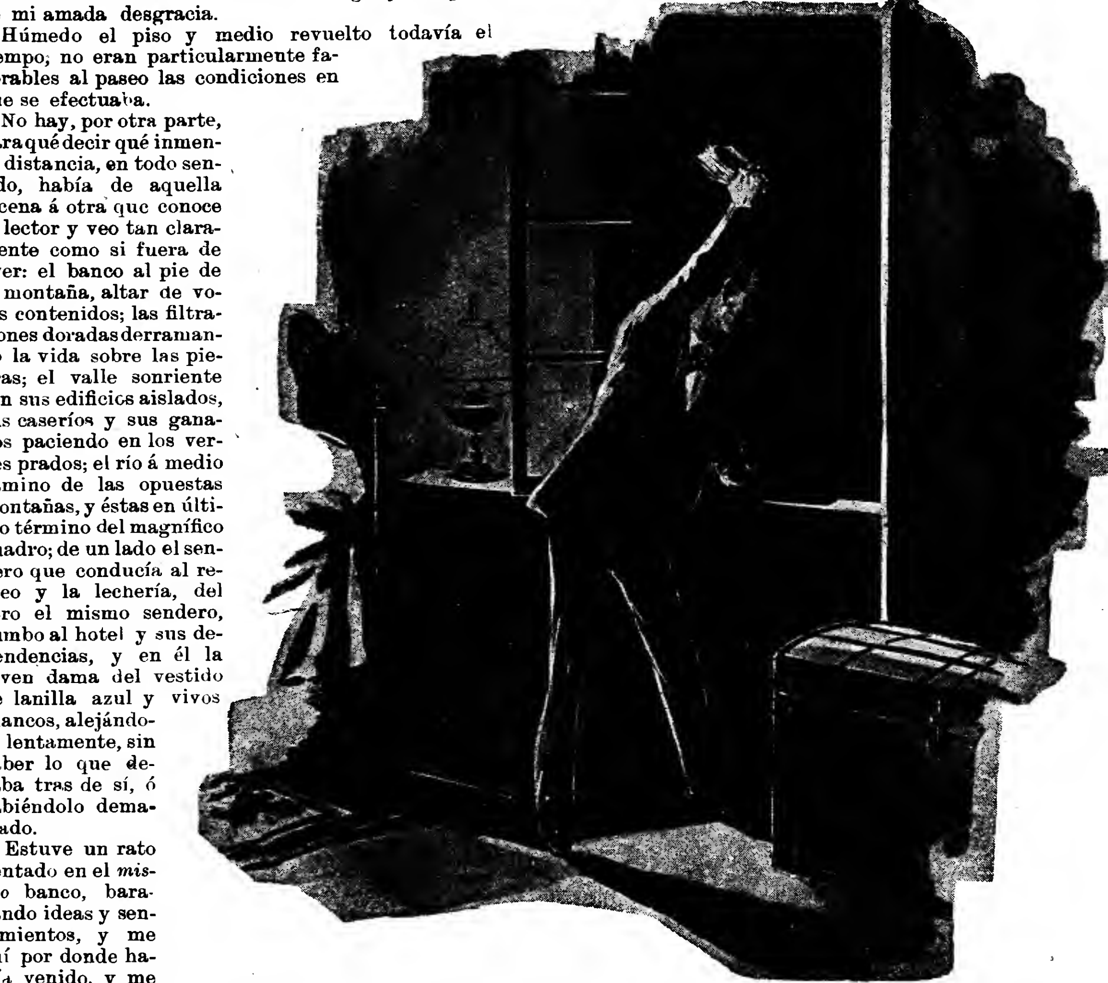
¡BOCCACIO!

Leer sobre la cubierta el nombre del autor de los endiablados cuentos florentinos, ver en el espejo de la memoria á Paolo y Francesca, pensar que no solamente en aquella ocasión, inmortalizada por el genio, *Galeotto fu il libro e chi lo scrisse*, abrir violentamente la ventana y arrojar el volumen al torrente, hasta el cual llegó agitando estrepitosamente sus hojas como ave siniestra de innúmeras alas, fué cuestión de un momento.

. . . .

Poco más tarde, ya en marcha el tren que me alejaba para siempre de aquellos sitios, volví muchas veces la vista hacia atrás, recibiendo una impresión dolorosa siempre que, por afinidad de ideas, una casa, un árbol, una roca, un objeto cualquiera, real ó imaginariamente entrevisto, reconstruía una escena ó evocaba una imagen de grata recordación.

Y, sin embargo,—con placer lo digo, hoy que brisas y huracanes se han llevado las cenizas de aquel fuego que parecía inextinguible, dejando un calor suave



y afectuoso por toda señal del sitio donde ardió potentísimo,—á la profunda tristeza con que me separaba de *ella*, para no volver á verla nunca, como se lo había dado á entender en las pocas líneas de despedida que le dejara al partir, se mezclaba un sentimiento de orgullo y una tranquilidad que proclamaban en el ser íntimo el triunfo del hombre sobre el hombre, llenándolo de profunda satisfacción.

. . . .

Si algunos encontrasen que no es éste un desenlace de novela, ó no viesen la línea que lo separa de la tontería, piensen en que "la perla encontrada en el fondo del mar de los recuerdos por el pescador que subscribe", no es el presente relato, sino *ella*, Juana, y hallarán muy natural que si ésta no era ni linda ni fea, ni nada que descollase particularmente, suceda lo mismo con las páginas que inspiró, como ella limpias, sin embargo, y como ella sanas.

No es necesario ser ortopédico para comprender ciertas cosas.

ARGOS.

De Buenos Aires á Montevideo

LA PARTIDA

El *Venus* acaba de desprenderse de la Dársena Sud. Son las seis de la tarde. La noche ha caído por completo, y desde la toldilla del fluvial se divisa á Buenos Aires envuelto en un manto de penumbra tachonado por centenares de luces. Suena á bordo del *Venus* una campana, y una voz argentina, cerca de proa, dice dirigiéndose á un hombre cuyo rostro no alcanza á divisarse en la obscuridad:

—Papá, creo que llaman á comer.

Es sólo prevención. El *Venus* tiene todavía que abandonar la Dársena, cruzar el canal y verse en el río libre. Sólo entonces pueden el capitán y su segundo descender al comedor.

Un largo piteo anuncia la partida. Hay á proa y á popa del fluvial dos remolcadores, que se prenden de él como dos muchachas ágiles y retozonas colgadas de los brazos de un viejo, y lo arrastran afuera ..

El *Venus* se hace el remolón y se mueve pesadamente. Y desde el dock, un niño, tomado de la mano de un hombre, grita con su voz infantil:

—¡Feliz viaje!

Ya estamos frente al Riachuelo, y la salida al río aparece con sus feas boyas marcadoras del rumbo. Entonces el *Venus* mueve sus amplias ruedas como un pájaro que extiende sus grandes alas al hallarse en el espacio libre.

Agrupados á popa tres hombres y cuatro mujeres contemplan la ciudad que se sumerge en las sombras.

Una de las pasajeras, una rubia pálida, tiende la mano hacia el oeste y señalando la guirnalda de focos eléctricos que circunda todo el horizonte, exclama alborozada:

—¡Buenos Aires, visto desde aquí, parece una reina coronada con su diadema de perlas!

—Déjate de poesías,—responde con voz gangosa una solterona,—y vamos á comer.

EN EL COMEDOR

—Esos asientos están tomados, pero aquí al medio tienen ustedes otros en una mesa con cuatro cubiertos. Aquí, usted y sus amigos estarán mejor.

—¡Mozo, la lista!

—La comida está hoy muy buena, un verdadero banquete, y les recomendaría que probaran de todo.

—¡Mozo, una servilleta! ¿Quién es esa rubiecita tan mona, sentada á la derecha del capitán?

—¡Lo sabremos mañana!

—¿Mañana? Pero mañana estaremos en tierra y será tarde.

—¿Qué tiene esa niña? ¿Por qué abandona el comedor?... ¿El balance?... ¡Pero si el buque no se mueve!... ¿El mareo?... ¡Pero, no puede ser que se maree un ángel así. Los ángeles no se marean!

—Café para tres. ¡Un cacho con coñac!... La comida ha terminado. ¿Y ahora? Usted que toca el piano. ¡Vamos! ¡Una mazurka! ¡No se haga usted de rogar! ¿Que su repertorio es viejo? ¡No importa! A estas alturas todo es nuevo. ¿El Washington Post? ¡Viene de perlas!... ¿Y la rubia? ¿No me iba usted á dar datos de la rubia? ¿Una historia vulgar? ¡No importa! ¡En viaje todo es nuevo!

Pues, bien, escuche usted pero guárdeme reserva. Estuvo para casarse; debió hacerlo con un rico estanciero que se embarcó de improviso para Europa, sin explicarle á nadie su viaje. Se fué a París, hace de eso once meses, y no le ha escrito á ella ni á nadie. El padre de Mariana...

—¡Lindo nombre!

—El padre le escribió á él varias cartas interpelándolo sobre su conducta. Un hermano de Mariana juraba matar al seductor á su regreso.

—¿Seductor? ¿Qué ha dicho usted?

—Es decir, eso se corre...

—¿Y bien? ¿Y el hermano?

—El hermano sostenía la familia en Buenos Aires, pero acaba de quebrar. Una quiebra muy fea, ¿sabe? Ha tenido que huir.

—¿Y ahora?

—La familia se va á Río Grande.

—¿Son brasileros?

— Así dicen...

LA LLEGADA

La travesía no ha podido ser más feliz: noche de calma, el río manso, sueños color de rosa! Hemos hecho un viaje delicioso... El *Venus* debe haber fondeado muy temprano. Alguien golpea el camarote.



Es uno de los mozos de á bordo.

—¿Qué quieres?

—¿En que parte van ustedes á *parar?*

—No lo sabemos. Es la primera vez que venimos.

— Hay que decirlo. El gobierno lo exige. De lo contrario, al llegar á tierra...

—¡Pues bueno; á ese hotel! ¡Al Pirámides!

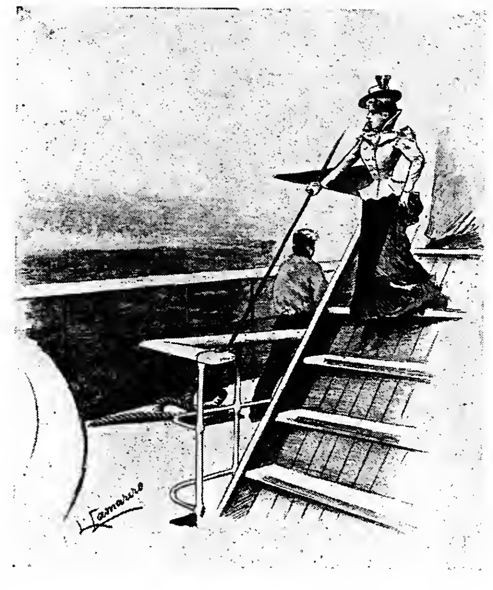
Y ahora á vestirse, y á cubierta.

¡Qué visión tan hermosa la de aquella Perla del Oriente sudamericano, sorprendida desde á bordo en toda su regia desnudez!

La rubia pálida, con su sombrerito de colegiala y sus ojos de virgen enferma, mira la ciudad, y señalando una torre que sobresale:

—La catedral,—murmura, —y cierra los ojos.

Allí *lo conoció*. Y el recuerdo de su engaño la oprime el corazón y le arranca un suspiro, que la brisa, una brisa suave, juguetona, brisa traviesa, le arrebata y conduce hacia la ciudad...



El bote nos espera y un hombre á quien en la vida hemos visto, jura que nos ha desembarcado en Montevideo la mar de veces, y hay que creerle. Boga en seguida, y en un instante nos conduce á esa tierra de ensueños y de ilusiones, á la que nos arrastran nuestras más vivas simpatías.

Un estremecimiento de júbilo nos sacude los nervios al sentirnos sobre el suelo de ese país, que hemos amado desde lejos como se aman en la niñez las regiones encantadas, las ciudades maravillosas pintadas en los cuentos ilustrados y en las novelas de Verne.

En la aduana saben de donde somos y nos perdonan el registro.

A la salida, en fila militar los agentes de hotel esperan la autorización para avanzar. Uno de ellos, un italiano despierto, nos conquista con una frase picaresca. Es Filipo, el corredor del Hotel Pirámides.

—Ahora, ¡á la calle Sarandí! ¿En *tren* ó en coche?

—En coche. Es más breve...

¡Quién hubiera ido en *tren!* La rubiecita pálida, acompañada de los suyos, ha subido en un tranvía. Cuando nuestro coche cruza los rieles, la divisamos. Ya su fisonomía no está tan triste. Bajo su sombrerito de colegiala relampaguea su miradita risueña, y parece decirnos:

—He comprendido tu simpatía ...¡adiós! ¡adiós!

Buenos Aires, 1899.

JUAN PEDRO PAZ SOLDÁN.

NOTA.—*Los congresales de la paz en La Haya han estado á punto de establecer el arbitraje obligatorio entre las naciones. Parece que sólo Alemania se ha opuesto á la medida, proponiendo en cambio un proyecto de transacción.*

Y en caso de que se sancionara el arbitraje,—preguntaba uno ayer,—¿qué se le haría á la potencia que no se sometiese?

—*¡Pues... se le declararía inmediatamente la guerra!*

NOTA.—*Ya ha comenzado á introducirse un perfeccionamiento en los hospitales municipales de Buenos Aires: criaderos de microbios, dependientes de ellos, y que los suministren con abundancia en tiempo oportuno. Los tres primeros, que son de primer orden, están adscriptos á la Casa de Aislamiento y dedicados especialmente á la cría de microbios de tuberculosis, la difteria y el tifus. Llevan los gloriosos nombres de Loeffler, Koch y Eberth. Dentro de poco se establecerán otros más, de igual importancia.*

De modo que el señor Intendente, con previsión singular, no se contenta con proveer á los hospitales de lo extrictamente necesario, sino que también se preocupa con ahinco de que no vayan á faltarles buenos enfermos, bien contagiosos. Y después hay quien niegue el progreso!—A.

NOTA.—*Un libro grande, que también es un buen libro, acabo de recibir y he leído á toda risa. Es la* Vita Italiana nell' Argentina, *del señor Francesco Scardin, un inmenso tomo que se hace perdonar sus proporciones por la amenidad de lo que contiene. Generalmente en mi país los libros son chiquitos pero contienen el alcaloide del aburrimiento; este es* abundante, *trata una materia que parecería árida, y, sin embargo, chispea en él un buen humor de buena ley (como el mío) y dice cosas que, cuando menos, satisfacen, si no hacen sonreír de gusto.*

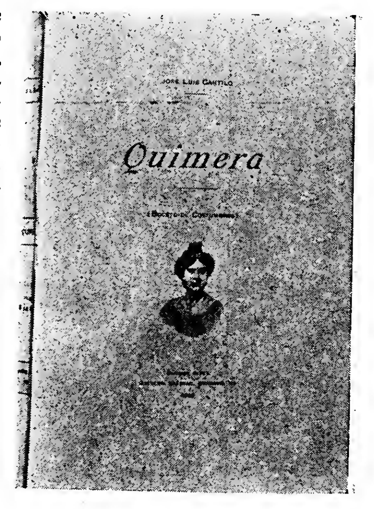
—El Faro, *periódico socialista, dirigido por Nicanor Sarmiento, futuro doctor en leyes, que contiene trabajos buenos, pero muy fragmentarios. Complete más, colega.*

—La Pirámide *(¿de qué?) me ha venido de La Plata con la firma del señor Augusto Marcó del Pont. Ando averiguando de qué es esa pirámide.*

—Sarmiento, *periódico para los niños, muy apropiado para ellos, lo que hace su mejor elogio.—A.*

NOTA.—*Diez cardenales ha hecho*
en estos días el Papa.
¡Muy bien! y no se me escapa
que es hombre de pelo en pecho,
pues cuando los liberales
hieren la Iglesia en lo vivo,
él busca un derivativo...
haciéndoles cardenales.—A.

NOTA.—*El señor José Luis Cantilo me ha hecho llegar gentilmente su libro titulado* Quimera, *boceto de costumbres muy bien recibido por la crítica, y en que el autor se revela un escritor de quien hay mucho bueno que esperar, cuando tan bien comienza. La sencilla acción de* Quimera *se desarrolla, parte en un pueblo de la provincia y parte en la capital, y pone en movimiento á personas de carne y hueso, retratadas con seguridad de rasgos y riqueza y propiedad de colorido. Cantilo se inaugura con una obra seria y bien ejecutada en el difícil género que tiene entre nosotros tan escasos cultores; y su estreno viene á prometernos libros de amenidad y de sana crítica que no ha de tardar en producir quien al primer ensayo muestra tanto dominio en la materia.* Quimera *ha sido editado por el librero Brédahl.—A.*





La justicia en Ratonía

(Diálogo de circunstancias)

—¡Ahora sí que vamos bien
y que tendremos justicia!
¡Nada de lo que la vicia
podrá mantenerse!
—Amén.
—Parece que usted dudara...
Y, sin embargo, ya sabe
que es una cosa muy grave
lo que el Congreso prepara.
Gracias á su decisión
los malos jueces caerán.
—¿Está seguro, don Juan?
—Sí, don Luís, no habrá perdón.
Hora es ya de corregir
ese mal que nos devora.
—Pues si ha llegado la hora...
la dejarán transcurrir;
que así somos, así fuímos
y así seremos después.
Sabrá usted, dentro de un mes,
si nos vemos cual nos vimos.
Tantísimo investigar,
tanto revolver papeles,
hace ruído, dá laureles...
y pare usted de contar!...
Mientras la opinión no venza,
(y ni siquiera se inicia)
no hemos de tener justicia,
ni rectitud, ni vergüenza,
ni nada, señor don Juan.
—¡Exagera!
—No señor.
—¡Declama!
—Hágame el favor
de escucharme. ¿Dónde están
los actos que den indicios
de alguna tendencia buena?
¿Qué se prepara, qué pena
contra tan abyectos vicios?
¿En dónde está el vengador?
¿En dónde el juez imparcial?
Cierto: se señala el mal...
pero va á quedar peor!
Desgracia tan manifiesta
me recuerda, entre otras mil,
una fábula infantil.
Escúchela usted. Es ésta:
Los ratones, cierta vez
observaron indignados
que los mejores bocados
de queso eran para el juez;
y queriéndose librar
de tan feroz apetito
hicieron un plebiscito
que resolvió hacer o ahorcar.
Pero el poder democrático,
que mandaba en la emergencia,
revocó aquella sentencia
y... lo nombró diplomático;
aduciendo la razón
de que ya no comería
el queso de Ratonía,
viviendo en otra nación..
Algunos juzgaron sabia
la decisión, que es un yerro,
diciendo que muerto el perro
con él se acaba la rabia...
De aquél se libraron, mas
nombróse un juez en seguida
que era parco en la comida
sin excederse jamás,
pero que con afición
á lo cómodo y mullido
iba adornando su nido
con pellejos de ratón...
También á aquél arrojaron
pero sin quitarle nada,
y con su casa adornada
y sus joyas le dejaron.
De tal modo, que un tercero,
nombrado, ratón de mundo,
procedió como el segundo
y comió como el primero.
Desde aquel tiempo, quien llegue
á Ratonía verá
siempre lo mismo, que ya
está bien tomado el pliegue;
y por más que los ratones
furiosos se desgañiten,
en vano será que griten
protestas y maldiciones.
No castigándose bien
al primero que faltó,
no hubo causa de que no
faltaran otros también;
pues la falta es perspectiva
del lucro que va con ella.
La rectitud es muy bella,
pero poco lucrativa!...
—La fábula es agradable
pero yo no sé á qué viene.
—¿No?
—Será porque no tiene
aquí nada de aplicable.
—¿Que no tiene?
—No, don Luís.
—Ya lo verá usted después.
Ratonía, don Juan, es
lo mismo que mi país,
en que han de hallarse á montones
ésta, y otra, y otras veces,
no diré ratones jueces
pero sí jueces ratones.

Don Hermógenes.



De las *Fliegende Blatter*.



UN DRAMA

Habían vivido juntos desde la más tierna infancia. ¿Qué extraño, entonces, que Espuela-de-oro y Coqueta se amaran desde que llegaron á la edad de las pasiones? No, no se asuste nadie: se trata de amor platónico, y mi cuento será tan púdico, que cualquier niña honesta de dieciséis años podrá hacerlo leer por su misma madre.

—

Espuela-de-oro y Coqueta eran dos pichones de pavo de la mas pura raza india. Habían sido criados con amor y poco gasto, aunque su dueña hiciera todas las mañanas fervientes plegarias al Todopoderoso para que crecieran sanos y gordos, dignos de altos destinos.

—

Llegó junio; Espuela-de-oro y Coqueta vieron con júbilo que se les preparaba un almuerzo más suculento que nunca. Cuando hubieron llenado los buches, la patrona bajó al corral, tomó ambas aves por la cola, las metió en una canasta y se dirigió con ellas al mercado. No lanzaron un gemido. Dos corazones jóvenes que se aman, se encuentran perfectamente bien hasta en una carpa. ¡ Figúrense ustedes en una canasta!...

—

Cuando los reclusos volvieron á ver la luz, en el mercado, fueron puestos en venta al mayor postor. Eran jóvenes, hermosos, prometían... y el señor Meronzio, rico propietario de Belgrano, compró por cuatro pesos á Espuela-de-Oro, y el doctor Tucalli, de Flores, adquirió á Coqueta por dos veinticinco. Las hembras valen siempre menos que los machos: se pretende que son menos sabrosas y algunas veces más agrias.

La lengua india posee, para expresar la desesperación y el dolor, palabras intraducibles. Coqueta, separada á viva fuerza de su compañero de infancia, gritaba: *glu-glu-zit-tai-glu-zit-tai-glu*, lo que en cierto modo podría parafrasearse así:

—Amame siempre! consérvate fiel, si puedes, y escríbeme sin olvidarte de poner la estampilla!...

Espuela-de-oro, atado por las patas con una cuerda, gritaba del otro lado: *glut-glut-as-glut* lo que, más ó menos, quería decir:

—Amaré, escribiré y haré lo que pueda!...

La expresión del dolor es mucho menos intensa en los machos.

Las mujeres,—según dicen los naturalistas más famosos, — demuestran siempre más de lo que sienten.

Carta de Coqueta á su amigo.

Flores, junio 5.

¡ Al fin puedo escribirte ! Esta carta llegará hasta tí por los pies del amor. Fido, un honradísimo y buen perro del doctor Tucalli, ha querido encargarse de llevártela. Va á Belgrano todas las noches, para charlar con la perra de tu actual patrón. No dudo que, con el instinto del amor, habrás adivinado ya en qué parte de su individuo guardará mi carta nuestro prudente mensajero, para substraerla á la intemperie y á la curiosidad pública.

Si la violencia de la pasión que tú, ingrato, has sabido inspirarme, no me hiciese la más infeliz de las pavas, yo tendría que convenir en que mi posición actual es muy superior á la de antes. En casa del doctor Tucalli he encontrado una entusiasta acogida. Hombres y bestias (no te pongas celoso), me adoran aquí : ¡ quieren que coma seis veces al día! ¡y qué manjares! ¡qué magnificencia!... Por la mañana, una mezcla de harina con verduras; á las diez, gran cantidad de harina de maíz con caldo; á las doce, sopa de leche... ¡ Qué vida ! Si las raciones fueran dobles, sólo faltaría á mi felicidad tener el gusto de dividirlas con mi Espuela-de-oro!... Los hombres son nuestra providencia en el mundo. ¡ Bendigámoslos á todas horas del día !.. Debo agregar que todos los animales de la casa me quieren y estiman. El perro me hace toda especie de cortesías, el gato me mira con benevolencia, y dos patos muy gordos,— mis compañeros de casa y mesa,—han respetado siempre mi pudor. Adios, mi adorado. Fido quiere salir, y levantando la cola pide la carta. Contéstame pronto, á menudo, y ámame como yo te amo.

Espuela-de-oro á Coqueta.

Belgrano, junio 7.

Mi adorada pava :

Bajo la cola de Fido hallé tu carísima carta, y no puedes imaginarte con qué contento he devorado tus perfumadas frases. Sí; tenemos que agradecer á los hombres, que bendecirlos á toda hora del día y de la noche, por los favores de que nos colman. Mi nuevo patrón, señor Meronzio, hace digno juego con tu excelentísimo doctor Tucalli. A pesar de mi amor, hoy más perdido que nunca, como el día entero. Soy el predilecto de la señora. El otro día, después de haberme palpado el pescuezo y la panza, oí que decía á sus criados :

—¡ Cuidado todos ¡ eh! con que este animal no esté, á fin de mes, tan gordo como mi esposo !

¡Sería demasiado! Pero ¿ podrá tu amor resistir esta revelación ? Desde que nos separamos peso el doble y tengo triple volumen... Mas la bondad de los hombres es muy grande, y si nos han separado, ya pensarán en reunirnos. Entonces, tú, ¡oh Coqueta! me harás enflaquecer con tus caprichos. ¡Adiós! me llaman para la décimacuarta comida... En el campo, ahí cerca, vive una pavita que todas las noches canta el aria *Vieni meco*; pero yo, ni con la mejor voluntad del mundo podría hacerlo, á causa de mi obesidad, pues no puedo escalar la tapia. Puedes, pues, estar seguro de mi fidelidad. Acuérdate de quien te quiere.

Coqueta á Espuela-de-oro.

Flores, junio 10.

Dos líneas, nada más, para decirte que estoy perfectamente, y que ayer, escarbando con mi piquito entre las plumas posteriores, he visto que mis carnes han adquirido el candor de la nieve. ¿ Estás contento ? ¡ Me parece oirte, pillo !... *Glout, glout !...* ¡ Eh ! tenemos que tener paciencia ! El pinche me dijo ayer :

—Dentro de dos semanas será tu fiesta.

Lo que quiere decir indudablemente que nuestros señores, tan buenos y amorosos, quieren reunirnos al fin.

Espuela-de-oro á Coqueta.

Belgrano, junio 15.

Apenas si tengo fuerza para escribirte ; tan gordo me he puesto ! De veras que estos señores comienzan á pasarse de corteses. Esta mañana querían hacerme tragar ocho nueces con cáscara y todo... Protesté; pero el pinche que no comprende el idioma indio, me abrió el pico á viva fuerza y, creyendo darme un placer inmenso, me hizo tragar las nueces.

—¡ Traga! ¡ traga!- gritaba desde la sala el señor Meronzio—Traga, que te hará bien!

¡ Adiós, Coqueta! Voy á acostarme con ocho nueces sobre el corazón. Si mañana amanezco vivo, probablemente iré mejor...

Coqueta á Espuela-de-oro.

Flores, junio 21.

¿ Estás vivo? ó mejor ¿ estamos vivos?... Deja, deja que grite con el poeta:

¡ Todo es perfidia, traición, engaño!

¡ Sí! Hemos sido engañados... La destrucción de nuestra raza está decretada... Tengo apenas tiempo de avisarte... Si puedes, apúrate... salta la tapia... escapa á la provincia! Los dos patos gordos que compartían conmigo los palos del gallinero, han caído esta mañana bajo la cuchilla del verdugo. ¿Y sabes quién ha sido nuestro verdugo? El mismo que todas las mañanas nos preparaba la comida y nos colmaba de caricias! La familia de Tucalli, hombres, mujeres y niños, asistían á la ejecución riendo y aplaudiendo. La suerte de los infelices patos será también la mía! Mi suplicio ha sido retardado varias horas gracias á un joven poeta, recién llegado al país, que intercedió en favor mío. Sus enérgicas invectivas contra la crueldad humana, desarmaron por un rato la sanguinaria ferocidad del cocinero. Pero... el mismo poeta ¿ no ha devorado acaso esta mañana, almorzando con el doctor Tucalli, dos chuletas doradas que hace tres días estaban incorporadas á una ternera, hija única de la más amorosa de las vacas?... Te lo repito: son todos unos pérfidos desalmados!... ¡ Dios mío!... ¡ el hombre blanco!... ¡ el cuchillo!... ¿ dónde me escondo?...

Espuela-de-oro á Coqueta.

Belgrano, junio 23.

...Tu carta me encuentra... agonizante!... Escribo con mi sangre!... como tú, maldigo la crueldad y la hipocresía de los hombres!... ¡ Dios nos vengará! Nos encontramos en la patria de los elegidos, donde hombres y bestias hemos de ser razonables y buenos... por falta de apetito!... Consuélete la idea de que muero gordo, como los tenores de ópera, y que, como ellos, puedo cantar en la agonía:

Coqueta... io t'amo... io t'amo
E ti precedo in ciel!

Fido á Diana.

Junio 24.

Perdona si ayer no fuí á visitarte. En casa de Tucalli y el día de San Juan, la gente se pone más bestial que de costumbre. No dudo que habrás pasado santamente la fiesta. Aquí hemos comido á reventar. Yo, por mi parte, he tenido que comerme los huesos de dos patos y ¡ ay! los de Coqueta. Michón, el gato de casa, que en años anteriores me ayudaba en la destrucción de los esqueletos... esta vez ha sido víctima de unos glotones que, á falta de liebre, se lo comieron en salsa agridulce. Demos gracias á la Divina Providencia que se ha complacido en dar á nuestras carnes un gusto repugnante al paladar de los hombres; á no ser así, estos señores serían capaces de devorarnos también, aunque seamos, como ellos dicen, sus mejores amigos...

GIACOMO DE ZERBI.

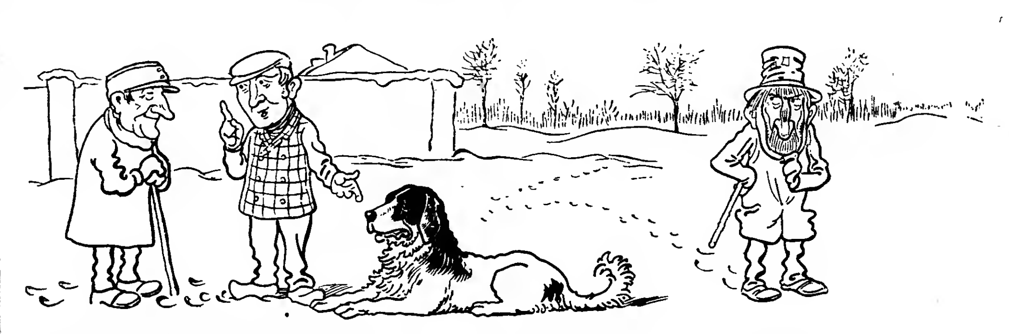
Augusto Ballerini



"CERRO DE LA PIEDRA MOVEDIZA (TANDIL)"
Acuarela perteneciente al Museo Nacional de Bellas Artes

La caridad explotada

El cuento del... perro de San Bernardo



— Sí, amigo: Este es un perro de San Bernardo... Buscan á la gente enterrada en la nieve... y después les llevan de beber... alcohol.

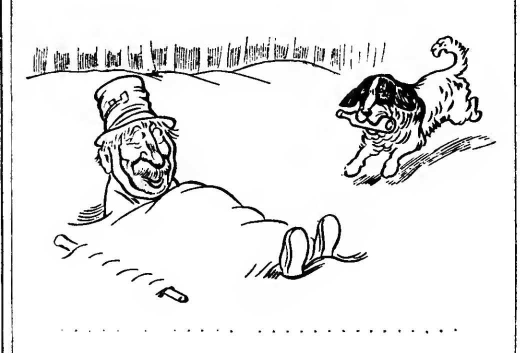
El atorrante (aparte).—¡Hola! ¡hola!...













El falso helado.—¡Y era verdad!... Y rom añejo, de yapa!...



—El señor C. me escribe lo siguiente, que publico bajo su responsabilidad, pues *se non è vero, è ben trovato:* "Arlequín amigo: Por mucho que se hable y escriba respecto del Ilustre Restaurador de las Leyes, siempre habrá algo nuevo que borronear y que decir, como lo demuestra esto que te comunico sabiendo lo curioso que eres. Don Juan Manuel, en sus ratos de ocio (que también los tenía), se ocupaba en leer el diccionario, no sólo para instruirse, como él decía y no faltaba quien creyera, sino también para dedicarse á cosas más fútiles, que le hacían olvidar los *sinsabores* del mando. Esta frase no es mía, sino de un discurso del general Roca; lo hago constar porque no me gusta engalanarme con plumas ajenas. Su pasatiempo favorito consistía en hacer logogrifos, combinando de diferentes modos las letras de una palabra para ver cuántas se formaban con ellas. Poseo un cuaderno en que el tirano apuntaba estos juegos, y en él hallo que, sin tomar más de un sola vez la misma letra de la palabra "Martiniano" llegó á formar setenta y ocho palabras diferentes. Ignoro si al alcanzar á ese número se agotaría la paciencia del Restaurador; pero donde puso á prueba su tenacidad fué en la palabra "Calabozo," con cuyas ocho letras, y según reza el expresado cuaderno, llegó á componer la friolera de *ciento ochenta y siete* palabras, que figuran en el diccionario castellano. Tratándose de un substantivo como ése, que á cada momento estaba resonando en sus oídos, no sería extraño que el sombrío personaje hubiese hecho las diferentes combinaciones con toda prolijidad. Tus lectores, Arlequín, pueden comprobarlo fácilmente... si tienen paciencia y humor para emprender la tarea. Tuyo:— *C.*

—Un vecino de Pigüé me escribe dándome cuenta de una espantosa matanza de perros que ha tenido por teatro las tranquilas calles del pueblo de las sierras de Curamalal. Lo lamento por los pobres animalitos, pero sólo puedo derramar una lágrima á su memoria perruna. Matar perros es una de las grandes ocupaciones de las municipalidades de campaña, que de algún modo tienen que justificar su existencia. ¿O quieren ustedes que se pasen toda la vida de brazos cruzados?

—Tiene razón don Sebastián, tiene muchísima razón cuando dice que mis concursos deberían ser especialmente destinados al bello sexo; pero no soy tan radical como él, y no quiero privar de ese inocente placer al sexo barbudo, que también tiene derecho de divertirse y ganar premios. Así, me propongo, Dios mediante, abrir una serie de concursos exclusivos para las damas, con recompensas adecuadas y sobre temas apropiados; de ellos quedarán desterrados los hombres, que no por eso se han de quedar sin nada. Para empezar cuanto antes, inicio esos concursos en este número.

—Agradezco las numerosas felicitaciones recibidas á propósito del anterior ARLEQUÍN. Mi lema es como el de las sardinas: *Toujours à mieux!...* de manera que no extrañará á nadie los sucesivos y rápidos perfeccionamientos que introduciré en el periódico, sobre todo si el público sigue manifestándome sus simpatías crecientes, como lo ha hecho hasta aquí. Entre esas felicitaciones hay algunas especialmente gratas para mí, por venir de quien vienen y decir lo que dicen, y tengo que hacer un esfuerzo para no publicarlas, por demostrar una modestia que... no tengo sino á ratos. Gracias, una vez más, por las justicieras alabanzas de que he sido objeto.

—Lo mejor que puedo hacer en favor de la señora F. G. y de su interesante gremio, es publicar aquí su carta, llena de elocuencia y tan elegante por lo menos como los sombreros y gorras que salen de sus blancas manos. Hela aquí: Señor Arlequín: Yo soy modista de sombreros, aunque me esté mal el decirlo, y le escribo para ver que usted también haga algo por nosotros que nos hace sufrir tanto el gobierno con sus impuestos que ya no nos deja vivir más y vamos á tener que cerrar. El otro día me estuvieron los inspectores á registrarme la casa para buscar todas las formas de alambre, de paja y etcœtera que tuviera medio con cintas para hacerme pagar como si fueran sombreros. Y yo les dije que prefería no trabajar á tener que pagar así por cosas que quizás no podré vender nunca, y volver á pagar otra vez que se les antojara y siempre lo mismo. No dejar que las pobres trabajemos es como para hacernos hacer cualquier otro oficio menos decente. Y yo digo que, en lugar de embromarnos y sacarnos la poca platita que ganamos con tanto trabajo las pobres que hacemos sombreros de señoras, ¿por qué no les ponen un impuesto á los coches que van á Palermo, que daría más plata que la que nos sacan á nosotras y no sería una injusticia para las trabajadoras y no les importaría nada á las ricas? Si usted dice algo de esto, se lo agradeceremos todas las que hacemos sombreros y gorras. Lo saluda atentamente, S. S. S.—*F. G.*



Esto de convertir ratones en gatos no había sido, según parece, empresa fácil, á juzgar por las poquísimas cartas que me han llegado. La primera acertada que cayó en mis manos fué la del señor Federico Coulon, domciliado en la calle Montevideo 1785, á quien felicito. A él le corresponde el premio: una caja con tres frascos de esencia *Bouquet des Amours*, de la acreditada perfumería de Roger & Gallet, que estuvo siempre á disposición del favorecido, ignoto aún y hoy renombrado!

He aquí la solución:



He pensado que sería una especie de compensación para los competidores á quienes la suerte no ayuda en todos los concursos, aunque acierten, publicar sus nombres; no por aquello de que siempre es grato verse en letras de molde (¡eh!), sino porque es justo que su trabajo les dé, por lo menos, la satisfacción de saber que ha sido objeto de atención y examen. Sin modificar por eso la forma de que me he valido hasta ahora para designar al favorecido:—mezclar las cartas y tomar al acaso una, que si es acertada se lleva el premio,—he resuelto, con esa libertad de pensamiento y de acción que no sacrifico á nadie, excepción hecha de Colombina, mi presunta y amadísima novia, abrir en adelante unas cuantas cartas, las que se me antojen, y publicar los nombres de los que envíen soluciones exactas y hayan caído en la *remanga*.

Empiezo por este concurso, enviando mis felicitaciones á los siguientes señores:

Baratelli, Remigio L.	De Santis Alfredo	Novari Mario
Cardiello José	Ferreira Ramón	Petray Alfredo
Cervini Francisco	Lefébvre Enrique	Rivara, Arturo J.

Pero... ¡conste que no me obligo á romper los sobres de los cientos de cartas que me envían! (Abrirlas todas... *horresco referens!*...

Y pasemos en seguida al **Concurso No. 7.**
que, también en uso de mi querida libertad, he resuelto sea

ESPECIAL Y EXCLUSIVO PARA EL BELLO SEXO

El problema consiste sencillamente en formar dos cuadrados enteramente iguales juntando unas con otras, de manera acertada, las figuras en que está dividido el dibujo colocado enfrente.

Las figuras están allí numeradas con el solo objeto de facilitar su separación; es decir: como hay tres clases de figuras, los números que las designan son 1, 2, y 3; y todas las figuras de la misma forma llevan el mismo número. En cuanto al orden en que han de colocarse las figuras para formar dos cuadrados iguales y separados, eso es precisamente lo que no puedo decir á mis amables amigas, por la sencilla razón de que ésta es una de las muchas cosas que yo no sé, á pesar de todo.

Pero, eso sí, me considero obligado á compensarles el trabajo y el tiempo que me dediquen, sino á todas, á una de ellas, ofreciéndoles un regalo que no dudo les será agradable. Este regalo es nada menos que un pulido y brillante espejo de tocador montado sobre una reluciente lámina sobredorada con formas de hoja de trébol, que está expuesto desde hoy en las vidrieras de los señores Gath & Chaves, vecinos y muy amigos míos, y dueños de esa exposición de lujo y esplendidez que para regocijo de la vista y augustias del bolsillo tengo constantemente, como una tentacion tenaz é irresistible, en la esquina de mi casa.

Concurso número 6

Cincuenta pesos por un cuento

Escribir un cuento humorístico que se desarrolle sobre un tema de crítica social y cuya acción pase en este país, con tipos y costumbres genuinamente nuestros, no es cosa fácil: y tampoco es fácil, en estos tiempos .. difíciles, ganar *cincuenta pesos* en un par de horas.

Esa suma ofrece, sin embargo, Arlequin, al mejor cuento que se le presente antes del 18 de Julio á las cinco de la tarde. La composición debe reunir las siguientes condiciones:

1º Ser humorística y original. 2º Tratar asunto de interés, poniendo de relieve algún defecto general. 3º Ser genuinamente argentina. 4º No traspasar los límites de la corrección. 5º Estar escrita en castellano... aproximado. 6º No ser más extensa que una página de Arlequin.

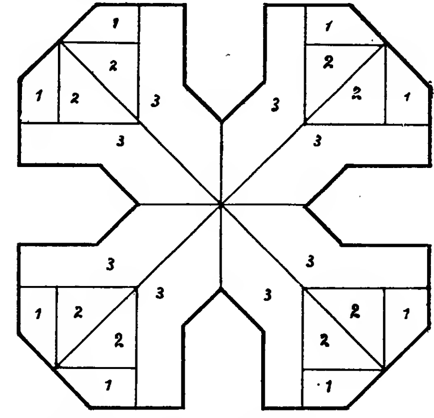
Además

Un segundo premio de *veinte pesos*, para el cuento que siga en mérito al premiado.

Los trabajos que se envíen serán juzgados por una comisión compuesta por el director de Arlequin (*pro domo*) y los señores Bartolomé Mitre y Vedia, Julio Piquet y Leopoldo Lugones. Esta comisión podrá declarar desierto uno ú otro premio, ó los dos juntos, si á su juicio los trabajos concurrentes no fueran acreedores á ellos.

Las composiciones deben enviarse firmadas con un pseudónimo, y este pseudónimo debe escribirse en un sobre cerrado que contenga el nombre del competidor.

Dada la índole especial de este concurso, se amplía, como se ha visto, hasta dentro de un mes, el plazo para la presentación de los trabajos.



REGLAS PARA LOS COMPETIDORES

Las cartas que se envíen á Arlequin conteniendo soluciones, deberán llevar siempre en el sobre, para poder ser distinguidas, la indicación del número del concurso á que se refieran. Para esto habrá que recortar y pegar en la parte externa del sobre, la viñeta que presentamos al pie de esta página. Esto tiene por objeto evitar que quien no compra Arlequin pueda hacer competencia en los concursos á los amigos de esta publicación. Las cartas deben estar autorizadas con el nombre y el domicilio del competidor.

No serán tenidas en cuenta las cartas que no llenen TODOS estos requisitos indispensables.

Todas las comunicaciones deben ser entregadas antes de las 12 de la noche del martes de cada semana, día y hora en que tendrá lugar la adjudicación del premio, á la cual podrán asistir los interesados.

La adjudicación se hará mezclando las cartas, á fin de que desaparezca el orden en que han sido recibidas, y la primera carta que se abra y que contenga la solución exacta, será la premiada.

El resultado de cada concurso se publicará en el número subsiguiente, y al conocer ese resultado, los favorecidos deberán ocurrir *personalmente* á la Administración de Arlequin, donde les serán entregados sus respectivos premios.





ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORISTICO ILUSTRADO

Aparece los Sábados — Unión Telefón. 1955

Precios de Subscripción (Pago Adelantado)

	Ciudad	Interior	Exterior
Por 3 meses	$ 2.50	$ 3.00	$ 4.00
" 6 "	" 5.00	" 6.00	" 8.00
" un año	" 9.00	" 11.00	" 15.00

Número suelto: En la Capital: 20 centavos. En el Interior: 25 centavos

REDACCION Y ADMINISTRACION

Calle Florida 67 — Buenos Aires

ARLEQUIN

Los jueces en Berlín... y en berlina



—Sí; usted tiene razón y la sentencia puede serle favorable... pero... ¿cuánto voy ganando?...

Precio: 10 cents.

ARLEQUIN

PERIÓDICO HUMORÍSTICO ILUSTRADO

DIRECTOR: ROBERTO J. PAYRÓ

AÑO I. Buenos Aires, 1º de Julio de 1899 N.º 7.

La novedad del día

¡Qué alegría para pobres y ricos, sobre todo para los primeros!... Alentado por el éxito, fuerte por bien fundadas esperanzas, he resuelto poner desde hoy en planta un proyecto que maduraba hace tiempo y que viene á dar á mi periódico su verdadero carácter:

Arlequin popular, Arlequin callejero, Arlequin en las chozas y en los palacios, Arlequin ubicuo, Arlequin *for ever*, Arlequin á diez centavos, para decirlo todo de una vez!...

Una feliz combinación me permite ofrecer materiales literarios y gráficos tan buenos como antes,—pueden verse desde este número,—sin pesar sobre nadie, sin gravar presupuesto alguno, por una pequeña moneda de niquel que á todos sobra, tan barato que nadie querrá privarse de Arlequin el humorístico, el alegre, el sano, el crítico, el sagaz Arlequin, siempre tan brillante y oportuno como pedrada en jo de boticario!...

Logro así uno de mis mayores deseos: no limitar en manera alguna mi acción, y, por el contrario, ir ensanchándola sucesivamente para que á todas partes alcancen las bendiciones ó los planazos de mi sable de madera, desfacedor de agravios y enderezador de tuertos.

Como he variado el precio del número suelto, he variado, también, el de la subscripción; el curioso lector podrá informarse de esto en las *Condiciones* que se insertan en la penúltima página y que indudablemente serán muy de su agrado. Hago, pues, con el periódico, por mi libre voluntad y sin que nadie me lo pida, lo que el gobierno nacional no haría con los impuestos, si no fuera por el meeting... y lo que éste puede traer consigo.

Arlequin.

Un poco de... política

Este pobre pueblo ha de ser eternamente desgraciado: cuando no está preso lo andan buscando, y si sale de las llamas es para caer en las brasas!

El meeting todavía fresquito del miércoles lo demuestra, á mi entender, pues donde ustedes ven solamente una protesta del comercio contra cargas demasiado pesadas, yo, en mi humildad y pequeñez, veo algo muy grave, un síntoma de general descontento, una condenación de todo lo que pasa en política...

Cualquier economista, aunque sea de menor cuantía,—Rosa v. g.—les dirá á ustedes que no hay buenas finanzas sin buen gobierno, y viceversa, y que un país donde los impuestos resultan onerosos para los habitantes, marcha á su ruína, y no puede estar bien manejado.

Es el caso de nuestra república, como lo sabemos Colombina y yo, y como no tardará en saberlo también, por dura experiencia, la población entera. Mal gobernados, mal dirigidos, con una más que dudosa honradez administrativa, sin justicia ni cosa que lo valga, da ganas de reírse á mandíbula batiente de los ilusos que creen en una mejoría, en una reacción, en una *moralización* de la política...

¿Con quiénes y para beneficio de quiénes serían todas esas lindezas? ¿Para los pseudo grandes hombres que están en el gobierno, con el afortunadísimo presidente á la cabeza? ¿Con ellos? Pero suponer tal cosa es sencillamente una inocentada que no se le ocurriría al mismo Pierrot! Quien hace un cesto hace ciento, y no han de cambiar así como así los que tanto nos abrumaron de 1880 á 1890 para continuar abrumándonos de 1890 hasta los siglos de los siglos, si no se remedia este estado de cosas.

La madre del borrego está en que hemos querido disfrazar nuestro cansancio después de tanta lucha estéril, con una apariencia de esperanza en tiempos mejores. ¡Esperanza en los mismos hombres que nos trajeron la ruína!... Y lo más curioso es que hemos tratado de engañarnos á nosotros mismos, es que nos hemos dicho que no había por qué hacer oposición, es que hemos querido hasta convencernos de que el general Roca, experimentado en el mando, deseoso de *mitrificarse*, era el único hombre capaz de producir una reacción y estaba dispuesto á evolucionar en el sentido de las aspiraciones populares...

¡Linda reacción! ¡Famosa evolución cuyos primeros pasos han sido la resurrección de los Lázaros juariztas y el empeoramiento de la situación hasta el extremo de provocar el meeting del miércoles!... Si esto es mejorar, que venga Dios y lo vea...

El comercio y la industria, bajo la macadamizadora de los impuestos, se van quedando como una oblea; pero, cual si no bastara sacarles del bolsillo hasta el último centavo, se les imponen vejaciones inquisitoriales, inspecciones tiránicas, y tienen que cerrar sus puertas no sólo porque se les acaba la plata, sino también porque se les acaba la paciencia, desde que se les coarta hasta tal punto la libertad... ¿Y el consumidor, el pobre pueblo?

Se hace gala de proteccionismo, y con ese pretexto el fisco traga á dos carrillos, cobrando enormes derechos de introducción y onerosos impuestos al productor. La industria sufre de ello, como el comercio; pero más desgraciado aún, el infeliz consumidor paga las consecuencias de este sistema de desgobierno, que hace en finanzas lo que hace en política, de tal modo que el descontento cunde, la vida se torna precaria, hasta las más modestas esperanzas resultan fallidas, y el día menos pensado pobres y ricos vamos á estallar como un cohete, gracias á la reacción... roquista.

Pero también ¿en qué cabeza cabe que pueda marchar cosa tan descalabradamente manejada como nuestro país? ¿Qué pruebas, qué indicios de ser un estadista ha dado el general Roca, por ejemplo? ¿Dejarnos á Juárez? ¿traernos á Sáenz Peña? ¿volver él al poder, que Pellegrini tenía en la mano y que le cedió quién sabe por qué? ¿rodearse ahora de figurillas de último orden, emanadas algunas de ellas del juarizmo, y prontas á hacer lo de antes invocando la *prescripción* para que se les disculpen los viejos excesos?

Y además ¿dónde esta el comienzo, siquiera el comienzo del cumplimiento de su programa? ¿Ha provocado la realización de tanta lindeza el movimiento colosal del miércoles, ó ese meeting demuestra que el país no puede seguir siendo gobernado así? ¡Oh! si iluminado por esa demostración el pueblo viera, al fin, las fuerzas que en sí mismo tiene!... Otro gallo le cantara!...

No extrañen mis lectores que alce el diapasón; es que ya voy cansándome de mistificaciones y engaños, creo en la virilidad hoy un tanto comprometida del pueblo de Mayo, de Julio y otros meses, y me propongo traer mi granito de arena al debate político que no tardará en suscitarse para bien de todos, y contribuír con mi esfuerzo decidido á que la opinión tome formas por fin, se condense, se exteriorice, como debe hacerlo, y prepare días mejores, haciendo desaparecer el fantasma que nos amenaza: la ruína completa.

Desde mi pequeñez puedo señalar uno de los más terribles efectos del desgobierno actual, y es éste:

LA POBLACIÓN DE LA REPÚBLICA PERMANECE ESTACIONARIA DESDE HACE MUCHOS AÑOS.

Y UN PAÍS QUE SE DETIENE, ES UN PAÍS QUE MUERE.

Basta... por hoy.

Cuentan que el otro día el general Roca fué á mirarse á un espejo, y que apenas se acercó dió un salto atrás horrorizado:

¡Había visto la imagen de Juárez en el sitio que debía ocupar la suya!

ARLEQUIN

En la Avenida de Mayo



—Diga, señor vigilante, ¿cuántas cuadras hay... hasta la calle Maipú?
—Siete.
—Siete!!!
—¡Vea si es maulón! Y se asusta de siete cuadras!
—No es de... lo largo... sino de lo ancho de la calle, *pa* ir de vereda á vereda!

NOTA.—*Aunque no es mi costumbre, ni mucho menos, hacer gala de los* bombos *que me dan, haré una excepción para las siguientes líneas, muy honrosas y que agradezco mucho por cierto, en que* "La Nación" *abre juicio acerca de mis humildes méritos periodísticos:*

"Con buenas ilustraciones, pero realmente interesante por los materiales de lectura, ha aparecido el último número de ARLEQUIN. *Hay que decir, haciendo justicia, que ésta es la primer revista argentina que sabe hacer crítica política y social de una manera amena y culta.*

A esto hay que atribuir, sin duda, el favor creciente con que la recibe el público, siempre dispuesto á aplaudir todo lo que es digno de elogio."

No creía merecer tanto honor; más aún: creo todavía no merecerlo. Pero en vista de ésta y otras amabilísimas voces de aliento, me propongo hacer cuanto esté en mi mano para que siempre pueda hablarse con tanto afecto de mi periódico.—A.



Hay noticias de que el famoso lord Candish se encuentra en Buenos Aires, después de haber explorado la Patagonia en diez y ocho días y medio.

Ya se sabe que lord Candish fué enviado por el gobierno inglés á la República Argentina con el objeto de buscar un mylodón vivo y llevarlo cuidadosamente al Jardín Zoológico de Londres, donde haría las delicias de las amas y los *babies* de la pérfida Albión.

Lord Candish no ha encontrado mylodones, á pesar de sus incesantes y minuciosas pesquisas, por haber llegado demasiado tarde aunque él dirá, probablemente, lo contrario.

El último ejemplar que quedaba (lástima que esto pueda decirse de los mylodones, pero nunca de los libros argentinos), dejó el pellejo allá en tiempo de Noé, á *manos* de un rémington con que cazaba Cam. Ameghino tiene un pedazo del cuero, con bolitas y todo, y el doctor Moreno llevó á Londres una tabaquera del mismo material, que ha exhibido en su última conferencia, con grande asombro de los circunstantes.

He buscado á pleito á lord Candish para hacerle una *interview,* juzgando que consideraría este periódico el más apropiado para entrevistas con buscadores de mylodones y otras yerbas; pero no he podido encontrarlo en parte alguna, y he arribado á las siguientes conclusiones:

1° O lord Candish no existe;

2° O no está en Buenos Aires;

3° O ha pasado de incógnito, cambiándose el nombre para ocultar mejor el resultado de sus pesquisas, cual modesto autor después de una silbatina con papas.

La primera conclusión tiene que ser rechazada *in limine,* porque la prensa en general ha hablado de lord Candish, y ya se sabe que ella no habla de lo que no existe... por ejemplo, la justicia.

La segunda no es admisible tampoco, pues no hay cosa en América del Sur que no se halle en Buenos Aires, sin exceptuar la fiebre amarilla.

Queda, pues, la tercera. Pero ¿cómo puede quedar incógnito hombre tan culminante y de tanto volumen como todo un lord? Más desapercibido pasaría un hipopótamo por la calle de Florida, que un noble tan noble en nuestra aristocrática ciudad!

Entonces hay que volver á caer en que no existe, pero eso ya he demostrado que es imposible; ó que no está en Buenos Aires, lo que es absurdo... ó dar con él, lo que no he conseguido.

Pero supongamos que lo he encontrado (todo cabe en el campo de las suposiciones), y que lo he entrevistado (también cabe), y que me ha dicho cuanto tenía que decirme. Esto no hubiera sido mucho. En fin, supongámoslo.

—¿Entonces, milord, ha recorrido usted toda la

Patagonia? ¿En sólo diez y ocho días? ¡Parece imposible!

—Los ingleses somos así; recuerde usted nuestra ubicuidad de los sábados, sino. Se nos halla en todas partes al mismo tiempo.

—¿Y encontró usted el mylodón?

—Nada puede proponerse un inglés, que no lo consiga. Su pregunta es ociosa.

—¡Disculpe usted!... ¿Tardó mucho en encontrarlo?

—¡Oh! apenas el tiempo de llegar donde estaba. Un par de días...

—¿Y lo cazó?

—Lo cacé y lo pesqué, mi amigo, porque el animal es anfibio; y aunque para otro que no hubiese sido inglés era cosa muy difícil, porque casi ni de noche sale del agua; además, es muy duro para morir...

—¿Trae usted los restos?

—No. Quedó convenido con él que me esperaría hasta la vuelta. Me dió lástima matarlo, y como no había llevado conmigo una jaula apropiada para conducirlo vivo, le perdoné la vida por unos cuantos meses, el tiempo de ir á Inglaterra y volver con los aparatos necesarios...

—¡Es admirable!

—Así somos siempre.

—Y diga, milord, ¿no teme usted que el mylodón el falte á la palabra y no acuda á la cita?...

—¡Oh, imposible!... Me tiene demasiado miedo, y además ¡qué animal, por antediluviano que sea, desperdicia la ocasión de lucirse en Londres!

—Es verdad. Conozco muchos que, con tal de ir, pasarían hasta por megaterios.

—Harían muy bien y se les pagaría buen sueldo, muy buen sueldo, porque Inglaterra es generosa con quienes la divierten.

—¿Y cuándo estará usted de regreso, Mylodón?... Digo... milord!...

—¡Oh! apenas me hayan concluído una jaula apropiada para el animal. A mi vuelta aprovecharé la ocasión para echar una ojeada á la Colonia del Chubut y ver si está madura.

—¿Madura?

—Sí; ya sabe usted la protesta de los galenses... Madura para la anexión... Me inspira usted confianza, y aquí, *inter nos*, le revelaré...

—¿Qué?... Hable, hable usted pronto!

—Que quizá sea nuestra intención cazar y pescar los mylodones con Patagonia y todo... Eso sería más natural, y así podríamos exhibirlos en la tierra de que son indígenas... convenientemente britanizada!...

Así hubiese dicho lord Candish si existiera, si estuviera en Buenos Aires, y... si estas cosas pudieran decirse.

FLIC.

Los caballeros del florete

¡Dios nos asista! .. ¡Buena es la que nos ha caído encima con el desencadenamiento de esgrimistas en que nos vemos envueltos! Ahora no va á poder decirse una palabra, pues ¿cómo decirla, cuando todos andaremos con el Jesús en la boca? Y ¿cómo decirla, también, si los caballeros de la espada, el florete y el sable nos amenazan anticipadamente con rompernos la crisma por poco que juzguemos su nariz ó su frente, ó tengamos opinión sobre su actitud correcta ó incorrecta?

¡Oh, Señor! ¡De los esgrimistas es el reino de la tierra! Ellos harán tabla rasa con los periodistas y los escritores, con los pensadores y los filósofos, y si mucho los apuran, hasta con la policía, su jefe, sus comisarios, y sus vigilantes!... ¡Pues buenos son ellos para soportar imposiciones!... ¡Pues buenos son ellos para permitir que se les tosa!...

—¿Por qué me mira usted así, joven?

—Porque no tengo otra manera de mirar.

—¡Pues váyase usted con cuidado!... Yo soy... ¡Pum! profesor de tiro al blanco!...

—¡Oh! ¡perdón! ¡perdón!

Y el joven cae de rodillas.

Esta escena callejera tomará otro aspecto en las redacciones de periódico. Incomodado por cualquier suelto, que directa é indirectamente se refiera á él, ¡Pum! hará su entrada en las oficinas, de las que, temblorosos y, sin embargo, azuzados por el miedo, huirán repórters, redactores, director hasta el portero. ¡Pum! dejará su tarjeta, con este Mane Thecel Phares:

Profesor ¡Pum!

¡¡¡HE ESTADO AQUI!!!

No habrá periodista que no rectifique inmediatamente cuanto haya escrito, temeroso de que el profesor vea alusiones hasta donde no las hay. Así, no tardaremos en leer cosas curiosas, y Dios mediante, y ayudando las armas, muchas hojas—si no todas—comenzarán pronto á aparecer en blanco.

La misma paz de las familias se verá hondamente trastornada.

—¡Cómo se atreve usted á abrazar á esa señora! ¡Es mi mujer!...

—¡Salga usted de ahí! ¡Yo soy el profesor ¡Pum!

La mujer, por su parte, murmurará trémula:

—¡No te metas, Juan, por Dios! Peor sería que te matara.

O en otro caso:

—Vengo á pedirle la mano de su hija.

—No lo conozco á usted.

—¡Insolente! ¡Yo soy el profesor ¡Pum!

—En ese caso... señor... usted disculpe... no sabía. Como buen padre... se la niego á usted porque ya está comprometida, y aunque sepa la terrible suerte que me aguarda! Ahora, si ella quiere sacrificarse para salvar la vida al autor de sus días...

—

Seriamente, lectores: Si siempre se hubiera dado á los esgrimistas el lugar que les corresponde, no sucederían jamás estas cosas.

Pero... no se les ha dado.

Ahora, como no quiero batirme, declararé que ese lugar no es denigrante, sino por el contrario elevadísimo, gloriosísimo, y muy, pero muy arriba, de todos nosotros.

PIERROT.

Notas de un "solo"

Me detuve en la esquina de la catedral á esperar pacientemente el tranvía de "Recoleta-Paraná" que me conduce cuotidianamente á mi casa, y mientras llegaba me detuve á observar el ir y venir de fieles, de curiosos, de indiferentes, de comerciantes ambulantes, de vendedores de diarios, que pululaban debajo de la columnata, en las gradas, é invadían una buena parte de la calle. Una función religiosa extraordinaria atraía toda esa masa de gente que rumorosa y apurada se movía en todas direcciones, con esa agitación casi febril que se apodera de las hormiguillas cuando, marchando en columna, tropiezan de súbito con algún obstáculo inesperado, que produce en ellas un desbande general, que, aunque momentáneo, asume proporciones tales que llega hasta comprometer la gravedad y la compostura, peculiares en tan estimable y ponderada variedad de las innumerables de seres vivientes, grandes y chicos, que se atropellan y se estorban en nuestro planeta.

Sobresalían del murmullo general, característica de toda reunión de animales, racionales ó no, la antipática sonata de los coches del tranvía, los gritos de los vendedores ambulantes y la algarabía de los de diarios, que, de sopetón, ofrecían á los circunstantes su mercancía, dando saltos y tumbos y causando verdaderos terrores á las ejemplares beatas octogenarias (cuando menos), que á duras penas se abrían paso por entre la muchedumbre, muy ocupadas en cuidar sus libros de oraciones y esos rosarios grandotes que ha calificado de "boleadoras místicas" un amigo mío, incrédulo impenitente, más hereje que el moro Muza. Y mientras de pillo desocupado observaba todo esto, mi tranvía no llegaba, cosa, por otra parte, que no debe causar extrañeza á toda persona que use de diario tal medio de locomoción, cuando de pronto siento que me palmean el hombro; doy vuelta:

—Don Pedro ¿de dónde sale usted?

—De casa y voy á ella,—me contesta mi interpelado.

....

Es Don Pedro un original tan de marca mayor, que vale la pena dejar pasar diez tranvías para escuchar su charla siempre paradojal, estrafalaria y novedosa. Figúrense ustedes al Monsieur Legrimaudet que pinta de mano maestra Paul Bourget, pero un Legrimaudet *moderniamericanizado* (¡oh memoria imperecedora de Don Antonio Zinny!), radical, no en política criolla, porque de eso no se digna hablar, sino en lo que él llama "sus principios generales", soñador de reformas sociales dignas de la horca en cualquiera nación medianamente organizada, gran conocedor del corazón humano, que sabe al dedillo

"toda la historia antigua
como el abecedé."

item más la moderna, y cuanta cosa se lé ocurra saber á un hombre como Don Pedro, quien, por añadidura, lee cuantos librecos le caen á mano, sin orden ni concierto, de cuya laboriosísima digestión resultante son las disparatadas ideas que propala en todas partes y á cuanta persona puede atrapar para endilgarle un *solo* de padre y señor mío, como él los sabe dar. Todo esto encuadrado en una personita inquieta y nerviosa, vestida de negro, lo suficientemente desaseada para poder parecer un sabio de zarzuela; su cara de timbre postal siempre afeitada y coronada su cabeza con un sombrero de forma pretenciosa, debajo de cuyas alas se desborda una melena gris, bastante enmarañada, que cubre su nuca abundantemente y extiende sus frondosidades hasta abrigar cariñosamente el cuello de su gabán de corte antiguo. Para terminar su presentación, haré observar que Don Pedro se dice cubano de *nacionalidad* según él, y anarquista, con el agregado de *cristiano*.

....

—¿Qué le parece, Don Pedro, todo este gentío? En nuestra época están aún muy arraigadas las creencias religiosas,—le dije para chulearlo.

—Así es, amigo. La sociedad corrompida y enervada de este fin de siglo necesita y busca un ideal que la cure de la indigestión científica que sufre, y no hallándole, se refugia, aunque excéptica, en la práctica de los cultos que llamó vetustos y que ha ayudado á combatir hasta ayer, deplorando hoy haberlos conmovido en sus cimientos seculares.

—Pero,—le arguyo,—Max Nordau piensa que el renacimiento del misticismo es simplemente una manifestación de histerismo, de degeneración ó algo así, más ó menos, si mal no recuerdo.

—Max Nordau es un judío digno del manicomio, como todos sus admiradores y compiches.

—¡Pero hombre! Es usted muy absoluto en sus sentencias, Don Pedro.

—¡Qué absoluto! digo la verdad. Estamos en pleno crepúsculo social; á la humanidad se la lleva ateta, no por las causas que apunta ese hereje que usted cita, sino porque nos hallamos al principio

de una gran reforma social. Estamos cansados de lo actual, de lo presente; necesitamos algo nuevo que nos sacuda, que mejore la condición del pobre, del que sufre, cuyas lamentaciones no las escucha nadie.

—Un Cristo,—le digo yo.

—Precisamente; si no fuese porque en esta tierra no escuchan sino á los que se ocupan de política, ya hablaría yo y diría á usted cosas que lo dejarían patitieso. Sí, mi amigo, todos los filósofos, los políticos, los economistas del presente, son unos crapulones, unos mercenarios, vendidos á los plutócratas detentadores del capital común, á los vampiros del proletario, del obrero, de ese cuarto estado que se levantará, al fin, furibundo, justiciero y hará tabla rasa de las vergonzosas instituciones actuales, para echar las bases duraderas de la gran reforma que asegurará el bienestar general.

(Mi Don Pedro ya estaba cargado para un buen rato.)

—¡Pero Don Pedro!...usted es más que un socialista... es un genuino anarquista.

—Cristiano, mi amigo.

—Pero los anarquistas predican y practican la destrucción sin límite alguno, y no hablan de reconstruír nada una vez que consiguieran totalmente su intento. En cada una de sus hazañas resultan muertos y heridos grandes y chicos, pobres y ricos, viejos y jóvenes, hombres, mujeres, niños, la mar! Eso no es cristiano ni cosa que se le parezca. Cristo predicaba el amor, la caridad, la humildad, el perdón de las faltas del prójimo; y las teorías y las prácticas anarquistas no me parece que se fundan precisamente en tan nobles y humanitarios principios.

—Incurre usted en el error general. Cree en la leyenda que tomó cuerpo y se propagó después de la muerte de Cristo. Yo le puedo garantir á usted que todos los evangelios son una pura mentira. Jesús era un anarquista en su época, y es de sentirse que no tengamos á mano un contemporáneo suyo para saber la verdad verdadera.

Si lo crucificaron,—prosiguió don Pedro,—fué porque, en su época, su prédica equivalía á la de los anarquistas de hoy día. ¡Ah! desearía que pudiéramos vivir unos siglos, nada más, para que viera usted con qué criterio se juzgarán entonces los actos de los anarquistas de hoy. Ya no se les considerará como á criminales vulgares; serán mártires venerados, precursores de la gran reforma que presiento.

—¡Qué barbaridad, Don Pedro! ¿Es posible que un hombre como usted piense, crea y diga tales cosas? ¡Cristo anarquista! ¡Esto es un colmo!

—Sí, anarquista; y no empleó dinamita, porque en aquella época no la había; sino, en vez del látigo de que se valió para arrojar á los mercaderes del templo, hubiera usado la marmita de Vaillant. Hay en la historia contemporánea un ejemplo palpitante de estas transformaciones radicales del criterio público; cuando la restauración borbónica, en Francia, los hijos de Dantón solicitaron del poder competente el permiso necesario para cambiar de apellido. Se horrorizaban de llevar el de un bandido sanguinario como aquél, según se decía por su tiempo... Hoy los franceses levantan estatuas á Dantón, el gran patriota... Los anarquistas, criminales feroces del presente, serán, lo repito, los mártires del porvenir.

....

Don Pedro, cargado como estaba, hubiera continuado un año su perorata, si, horrorizado por sus ideas, no le hubiera interrumpido para despedirme de él, columbrando además la tablilla verde de mi tranvía, que me urgía ahora no perder por escuchar tamañas iniquidades. Instalado ya en el coche, me volví para saludar de nuevo á mi hombre; no me vió, pues ya estaba dándole la lata á otro prójimo que le había caído á tiro.

F. Caronti Casati.



—Dime, mamá.... ¿se puede castigar á los niños por una cosa que no han hecho?

—No, hijito.

—Entonces ¿por qué el maestro me ha puesto en penitencia porque no hice la plana?

Sinfonía en Verde Mayor

(Versos decaídos)

Todo está verde, verde cual la verde Esperanza
de que el Asno famélico hizo un día pitanza,
dándose un atracón:
verdes están los días de holgura y de bonanza;
muy verde la Justicia, la de la fiel balanza;
verde un gobierno recto como el de Sancho Panza;
verde la reacción.

—

Verde, pero de un verde chillón, nuestra cordura;
verde, cual si tuviera dos manos de pintura,
el peso nacional;
verde la carne gorda, que es cara la gordura;
y si la carestía, que ya principia, apura,
ha de ponerse verde ¡qué verde! la verdura
del pucherete actual.

—

El insigne guerrero triunfador de La Verde
al pueblo y al comercio está poniendo verde
que es una atrocidad.
Verdes son sus promesas, pues antes que se acuerde,
hasta el último niquel de seguro se pierde,
y furiosa, los codos, verde de hambre, se muerde
toda la humanidad.

Verdegrís.

Un retrato andariego

La otra noche entré á mi casa y me encontré de manos á boca con mi retrato, que pálido y desencajado me miraba desde el óvalo de su marco, con una mirada entre burlona y tierna, entre fija y melancólica, como quien reprocha y tiene lástima. Me fijé en sus labios de fotografía descarnada y me pareció que pronunciaban esta palabra: "expulsado".

"¡Oh doctor! decía el retrato, ¿para esto se paró delante de la máquina? Cuando exponiendo su vida luchaba por arrancar sus presas á la fiebre amarilla, hasta obligar la gratitud de un fotógrafo, ser vendido á vil precio y transportado á casa del comprador de donde saldría para venir aquí sin haber tenido tiempo de oír lo que se hablara de mi original? Esa es una crueldad de que cualquier fotografía debe quejarse."

"No hay razón para ello, contesté yo; peor sería, mi amigo, que hubiera estado primero en la sala, luego en el comedor, después en la despensa y por fin en algún desván, entre los baúles viejos y las jaulas desvencijadas de los pájaros muertos. No se queje de tan poco, vea lo que sucede con los objetos que representan los sentimientos más legítimos y más puros. Muere un ser querido. El primer mes su tumba está llena de flores frescas, y una mano cariñosa riega las plantas; pasa el tiempo y con él los entusiasmos del sentimiento, impremeditado: las flores comienzan á secarse, las coronas de siemprevivas á cubrirse de manchas negruzcas, y hasta las letras de los epitafios dolientes á borrarse por las injurias de la humedad y del polvo. Así las lápidas, después de algunos años, se convierten en una sátira grotesca que atestigua la instabilidad de las pasiones humanas. El corazón del hombre es siempre un cementerio, donde yacen solitarias las cruces puestas sobre las tumbas de los cariños muertos."

El retrato pareció consolarse ó yo le puse consuelo en el limpio lienzo de su frente despreocupada; y aprovechando de todos los miramientos que pudo prestarle mi sirviente, se dejó conducir al último rincón de un cuarto donde pernoctan ó velan todos los objetos inútiles, para continuar mirando con sus ojos fotográficos, entre melancólicos y burlones, los rincones sombríos ó las hendiduras del piso donde dan sus paseos solitarios las sabandijas anónimas engendradas por la humedad y la falta de luz.

Allí está todavía, y de allí ya no saldrá nunca probablemente...

EDUARDO WILDE.

Juegos malabares



El pichicho.—La adhesión, señores, la adhesión!... Con la adhesión se hace milagros ...

Curiosos ciclistas

Dentro de pocos años, un hombre que ande á pie será una verdadera curiosidad.

Los ciclistas y automovilistas se quedarán con tamaña boca abierta cuando vean á un individuo que anda lentamente por las calles haciendo uso de las piernas, sin estar montado sobre nada, sin ser arrastrado por nadie.

Hasta los inválidos no quieren volver á caminar; también á ellos les ha entrado el contagio ciclista.

Sino, vean ustedes estos ejemplos:

El americano—yankee había de ser—Mr. Brown,—que anda fácilmente de cien á ciento diez kilómetros por día, no tiene más que una pierna.

Lo mismo pasa con el corredor Speed, que se fué en seis horas y veinticinco minutos de Londres á Brighton.

Mr. Scott, que no tiene manos, las reemplaza con dos ganchos, y con ellos dirige su bicicleta.

En Italia, el doctor Monti, un adorador del *tandem*, está completamente ciego hace dos años.

Por fin... ¡admirable *record* de lo inédito!... Mr. Mackintosh, que no tiene ni los muñones de las piernas, fué á París en 1889 y en un triciclo especial movido con las manos, desde una considerable distancia!...

Pero ahora, cuando hasta entre los jueces el que no corre vuela, ¿qué extraño que anden los cojos y que hablen los mudos?... A ver mayores milagros estamos llamados.

Sax.

Los dos ayunadores

El pueblo y Succi son de una
semejanza singular:
Succi, por ganar, ayuna;
y el pueblo... por no ganar!

Nota.—*Formidables son los cargos acumulados por la comisión investigadora de la Cámara de Diputados contra el juez federal de La Plata, doctor Mariano S. de Aurrecoechea.*

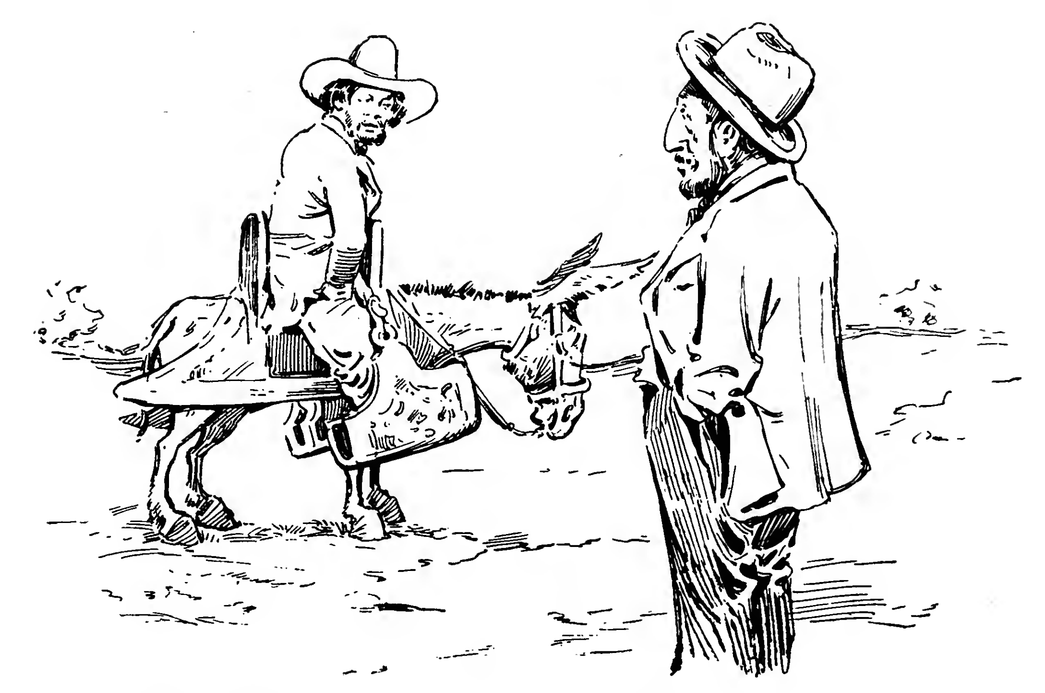
El juicio político se impone, como se impone un severo castigo si el acusado no demuestra su inocencia, lo que creo más que improbable.

Pero, permítaseme una pregunta:

¿No ha encontrado la comisión investigadora ningún otro juez delincuente, ninguno?

Porque hacer de uno solo víctima propiciatoria, ó chivo emisario, ó como se quiera, no es ni ejemplar, ni útil, ni justo.—A.

En los Llanos



—Dígame, paisano... ¿por dónde se va á la casa de Paiva?
—Avirigüe, pues ñor.
—¿Pero no ve que eso es lo que estoy haciendo?
—Y entonces... ¿páque me pregunta?...

Lo mejor... morirse

Puede afirmarse, sin temor, que después de la muerte cesan las persecusiones y las ingratitudes, porque en nuestro país b sta ser difunto para adquirir todas las cualidades más raras.

Sobre las tumbas no se arroja sino flores... de retórica. El epitafio es el medio mejor que se haya encontrado para gozar de buena reputación... algo tardía!

Verdad es que los elogios tributados al difunto no se le repetirían si tuviese la imprudencia de salir de la tumba...

¿Qué se necesita para que los diarios, de perfecto acuerdo, hablen bien de ustedes?

Una cosa muy sencilla (para los demás, si no para ustedes): Morir.

Los muertos sirven siempre pará algo: para tratar de achatar á los vivos.

Cuando muere un hombre público, un financista, un político, un literato ó un artista, se dice que ha muerto el *único* hombre público, financista, artista ó literato, ó, por lo menos, el más grande; los demás ya pueden ir á esconderse; pero el día de su muerte también serán puestos en altísimo pedestal. Luego vendrá la *destatuación* á beneficio de otro cadáver más fresco.

Hasta para despechar á ciertos ricos, y no sabiendo otro modo de combatirlos, cuando uno de entre ellos muere, se dice:

—Ha fallecido el último de los filántropos!...

Este *último filántropo* muere regularmente una vez al mes en casi todas las ciudades de Europa, y una vez al año entre nosotros, lo que quiere decir que el puesto permanece poco tiempo vacante.

Los días que siguen al de la muerte son para algunos, y por decirlo así, los mejores de su vida... considerada la abundancia de los cumplimientos funerarios. Y los literatos ó pseudo literatos son afectuosísimos... como sepultureros. Aquél que hasta ayer era un plagiario, un libelista abyecto, el hombre más reprensible, hoy que ha muerto se convierte en el *ilustre*, en el *amigo querido* y hasta en el *inolvidable talento*.

El difunto estaba acribillado de deudas (contraídas antes de morir, se entiende), y se lee que, por último, ha *devuelto*... el alma á Dios, ó ha *pagado*... su tributo á la Parca! Esto, en primer término, prueba la Omnipotencia: Dios era el único que podía hacerse devolver algo por él... JARRO.

NOTA.—*He recibido en un volumen de más de ciento cincuenta páginas, impreso en Chartres, un poema de Francisco Soto y Calvo, titulado* Nastasio, *y cuya acción se desarrolla en la pampa argentina. Todavía no he tenido tiempo de leerlo, pero supongo que, por lo menos, será de un mérito igual al de las anteriores obras del mismo poeta.—A.*

—Fecundidad, *ó, mejor dicho, su segundo libro, acaba de aparecer, editado por* "La Nación", *su propietaria en estos pagos. Entre otras cosas importantes, tiene un magnífico cuadro de la muerte de madame Morange, capaz de poner los pelos de punta al más pintado.—A.*

NOTA.—*Ya en otro sitio hablo de la cuestión judicial. No importa: esto es una noticia solamente. Sé de buena tinta que el juez Aurrecoechea, gracias á ciertos empeños, estuvo á punto de verse libre de toda incomodidad y continuar muy campante en su puesto. Hay algo muy, pero muy podrido; no en Dinamarca, sino en la Argentina.—A.*



—Voy á dar un paseíto por la calle Florida, porque ya es la hora de los aperitivos!...

Nota.—*Miles y miles de personas han tomado parte en el meeting del miércoles, y aquel día la ciudad presentaba el más extraño y lúgubre aspecto, con todas las puertas de sus casas de comercio cerradas á piedra y lodo, como atestiguando un luto colosal.*

Los manifestantes cruzaron nuestras calles en el mayor orden, sin gritos descompasados, ni otras demostraciones de entusiasmo; eso sí, aplaudieron á su comisión organizadora y vivaron al general Roca, como si el meeting en cuestión no fuera justamente una protesta contra sus obras y su sistema de gobierno... De estas cosas raras se ven á cada paso en nuestro país, y no soy yo el primero en reírme de ellas.

También se ríe el general, también se ríen los que lo rodean, sus ministros y su corte íntima, con la risita que tiene siempre el que tira la piedra y esconde la mano, burlando al dolorido que atribuye á otros el golpe.

Pero, de todos modos, el meeting ha sido espléndido y viene á demostrar una vez más que puede jugarse impunemente con el pueblo sin límite alguno... pero con su bolsillo... sólo hasta cierto punto.—A.

Viéndolo tuerto, un chichón
gritóle así á don Propercio:
—"Ponle al ojo el cartelón:
CERRADO POR ADHESIÓN
AL GRAN MEETING DEL COMERCIO!...

Los vendedores de Arlequín

FOTOGRAFÍA INSTANTÁNEA TOMADA EN EL PATIO DE "EL TIEMPO".



Nota.—*A la cabeza de los bulliciosos muchachos vendedores de* ARLEQUÍN, *cuyo retrato publico en grupo, está Ministro, su capataz, que coloca en Buenos Aires, él solo, miles de ejemplares, y que se propone llegar á una venta prodigiosa. El grupo no puede ser más interesante, y cabe pensar cuántos de esos chicos, que hoy corren las calles ofreciendo los productos de la inteligencia agena, llegarán á producirlos á su vez (se dan casos hasta entre nosotros mismos) y á ser ciudadanos distinguidos y buenos padres de familia... Entretanto, su modesto papel no es de los menos útiles, y ellos con sus gritos y su sempiterno buen humor, no contribuyen poco á animar el aspecto de nuestra ciudad, donde, si por los* diareros *no fuera, no se oirían más que vociferaciones de carreros y mayorales, improperios de cocheros y palabrotas de* changadores. *Porque, amigos míos, Buenos Aires es una ciudad triste, tan triste que á veces dá ganas de llorar.—A.*



—Un *Entrometido* me pregunta por qué no he cerrado mi "establecimiento" el día del meeting. Pues no lo he cerrado sencillamente porque yo no hago industria ni comercio. Yo hago crónica, crítica, sátira, cuentos, hasta gracia algunas veces; pero eso no es motivo para cerrar nada ni siquiera los ojos, antes la situación. En cuanto á que sea ó no partidario de los manifestantes y coparticipe de sus ideas, eso es harina de otro costal. Con el corazón he adherido al meeting, como hubiera adherido con verdadero entusiasmo á otro más importante y que no se hizo: el que reclamara é impusiera la moralización de la justicia !...

—"Ahora que están de moda los largos viajes á pie—escribe *Santiago*—puedes decirme, Arlequín amigo, cuál de todos los *globe-trotters* de que tienes noticia es el que te ha parecido más original?" Puedo decirlo, pues haciendo caso omiso de mí, que nací en Bérgamo y he dado de mil maneras la vuelta al mundo, me ha llamado mucho la atención un yankee, Mr. Georges Melville Boynton, que juzgando ridículo correr tierras vestido y calzado como cualquier hijo de vecino, se mandó hacer un traje de papel, y con tan ligeras ropas salió de San Francisco el 13 de Agosto de 1897 para dar la vuelta al mundo. Melville Boyton propónese ganar durante el viaje el dinero necesario para comer, vestir, etc., y piensa hacer el viaje en cinco años, llegando á Wáshington el 13 de Agosto de 1902. Por ahí anda el pobre!... Parecería que, después de éste, no hay más que pedir; pero ahora ha salido un francés que ha apostado dar la vuelta al mundo en sesenta y cinco días, quince menos que el famoso Phileas Fogg, de Verne.—Ahora, si *Santiago* me pide estos datos para tratar de hacer un viaje *super-original* y dejar chiquito á los otros, le aconsejo que no pierda tiempo, pues ó mucho me engaño ó nuestro presidente está meditando uno para cuando vuelva del Brasil, que va á ser el colmo de lo extravagante.


Teniente general Juan Ayala † el 25 del actual.

—En un papel de color de rosa, y con letra diminuta, he recibido la amable esquelita siguiente: Gracioso Arlequín: ¡Si supieras cuánto te agradecemos que hayas establecido un concurso para nosotros, generalmente tan olvidadas por el sexo fuerte... y ahora díme ¿en el concurso número 6 podemos entrar también nosotras, ó se guardan los premios para los hombres solamente? Espero no te enfadarás porque te tutea tu servidora,—*María*.—¡Excluir de alguna parte á las señoras! ¡Nunca! ¿Qué diría de ello Colombina? Vengan los cuentos de las damas, que no podrán dejar de ser buenos, y que las musas les inspiren el mejor, el más honesto, el más gracioso y el más imperecedero de todos, para que los premios les correspondan! Ese es mi mayor deseo.

—El señor E. D. me ha enviado (ya que hablamos de concursos), dos ingeniosos prob.emas, que publicaré en breve para solaz de mis lectores y con sus correspondientes premios. El *Capitán Nemo*, por su parte, me comunica una caricatura suya, en que el comercio, enfermo en cama, tiene á su lado á una vieja, la Administración de Rentas, que lo mira con cara de vinagre, como si tuviese la intención de no dejarlo mejorar, á fuerza de disgustos. "La debo—me escribe hablando de la caricatura—á un comerciante que días pasados me describía de esta manera gráfica la situación respectiva de los dos *enemigos*." Siento que causas ajenas á mi voluntad me impidan publicarla aquí. Otra vez será, con otra que tenga mejor suerte.

—El señor Manuel O. C. me escribe cosas extraordinarias á propósito de la Casa Rosada, dándome la curiosa noticia de que "de vecina tiene á la Plaza de Mayo, y perpendicular á su frente la soberbia Avenida de Mayo que por su aspecto *parece asumir una actitud belicosa* y dirigirse á derribar la casa *Negra*, y levantar lejos, muy lejos, una nueva y verdadera Casa Rosada, para que el polvo de las ruínas no *lleguen* y la *manchen*." Este incomprensible modelo de alta literatura hará que su autor entre como un cohete en la *Société des Macanneurs*, si el insigne Argos la resucita un día. Por mí, le doy mi voto desde ahora.

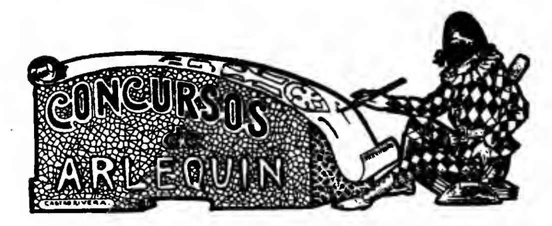
—Me pregunta una Dolores con muchísimo candor:

"Pues soy amante, ¿qué amor prefiero entre los amores?"

No soy un mal educado, y la pregunta no quedará sin respuesta.

Pues prefiero — le contesto—el amor...amortiguado, porque ya de sus saetas tiene embotadas las puntas, y no induce á hacer preguntas arriesgadas é indiscretas.

Mas si tu carta llegase preparando tus amores con Arlequín ¡oh Dolores!... te digo que me gustan de cualquier clase.



Como recordarán mis amables lectoras, en uso de mi querida libertad he resuelto que el concurso número 7 sea

ESPECIAL Y EXCLUSIVO PARA EL BELLO SEXO

El problema consiste sencillamente en formar dos cuadrados enteramente iguales, juntando unas con otras, de manera acertada, las figuras en que está dividido el dibujo colocado al pie de la otra columna.

Las figuras están allí numeradas con el solo objeto de facilitar su separación; es decir: como hay tres clases de figuras, los números que las designan son 1, 2, y 3, y todas las figuras de la misma forma llevan el mismo número. En cuanto al orden en que han de colocarse las figuras para formar dos cuadrados compactos, iguales y separados, eso es precisamente lo que no puedo decir á mis bellas amigas, por la sencilla razón de que ésta es una de las muchas cosas que yo no sé, á pesar de todo.

Pero, eso sí, me considero obligado á compensarles el trabajo y el tiempo que me dediquen, sino á todas, á una de ellas, ofreciéndoles un regalo que no dudo les será agradable. Este regalo es nada menos que un pulido y brillante espejo de tocador montado sobre una reluciente lámina sobredorada con formas de hoja de trébol, que está expuesto desde hoy en las vidrieras de los señores Gath & Chaves, vecinos y muy amigos míos, y dueños de esa exposición de lujo y esplendidez que para regocijo de la vista y angustias del bolsillo tengo constantemente como una tentación tenaz é irresistible, en la esquina de mi casa.

Concurso número

Cincuenta pesos por un cuento

Escribir un cuento humorístico que se desarrolle sobre un tema de crítica social y cuya acción pase en este país, con tipos y costumbres genuinamente nuestros, no es cosa fácil: y tampoco es fácil, en estos tiempos... difíciles, ganar *cincuenta pesos* en un par de horas.

Esta suma ofrece, sin embargo, ARLEQUIN, al mejor cuento que se le presente antes del 18 de Julio á las cinco de la tarde. La composición debe reunir las siguientes condiciones:

1º Ser humorística y original.

2º Tratar asunto de interés poniendo de relieve algún defecto general.

3º Ser genuinamente argentina.

4º No traspasar los límites de la corrección.

5º Estar escrita en castellano... aproximado.

6º No ser más extensa que una página de ARLEQUIN.

Además

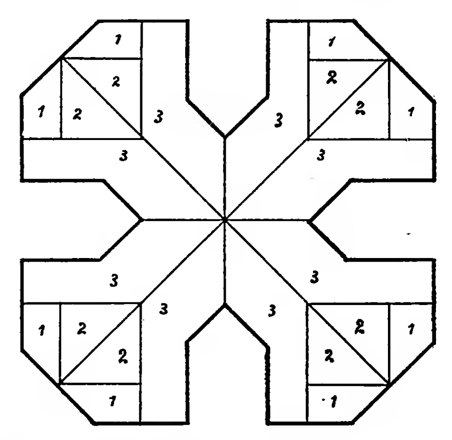
Un segundo premio de *veinte pesos*, para el cuento que siga en mérito al premiado.

Los trabajos que se envíen serán juzgados por una comisión compuesta por el director de ARLEQUIN (*pro domo*) y los señores Bartolomé Mitre y Vedia, Julio Piquet y Leopoldo Lugones. Esta comisión podrá declarar desierto uno ú otro premio, ó los dos juntos, si á su juicio los trabajos concurrentes no fueran acreedores á ellos.

Las composiciones deben enviarse firmadas con un pseudónimo, y este pseudónimo debe escribirse en un sobre cerrado que contenga el nombre del competidor.

Dada la índole especial de este concurso, se amplía, como se ha visto, hasta dentro de quince días, el plazo para la presentación de los trabajos.

Concurso numero 7.



Este concurso quedará clausurado el martes próximo á las doce de la noche.

REGLAS PARA LOS COMPETIDORES

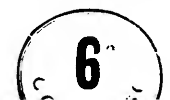
Las cartas que se envíen á ARLEQUIN conteniendo soluciones, deberán llevar siempre en el sobre, para poder ser distinguidas, la indicación del número del concurso á que se refieran. Para esto habrá que recortar y pegar en la parte externa del sobre, la viñeta que presentamos al pie de esta página. Esto tiene por objeto evitar que quien no compra ARLEQUIN pueda hacer competencia en los concursos á los amigos de esta publicación. Las cartas deben estar autorizadas con el nombre y el domicilio del competidor.

No serán tenidas en cuenta las cartas que no llenen TODOS estos requisitos indispensables.

Todas las comunicaciones deben ser entregadas antes de las 12 de la noche del martes de cada semana, día y hora en que tendrá lugar la adjudicación del premio, á la cual podrán asistir los interesados.

La adjudicación se hará mezclando las cartas, á fin de que desaparezca el orden en que han sido recibidas, y la primera carta que se abra y que contenga la solución exacta, será la premiada.

El resultado de cada concurso se publicará en el número subsiguiente, y al conocer ese resultado, los favorecidos deberán ocurrir *personalmente* á la Administración de ARLEQUIN, donde les serán entregados sus respectivos premios.



7º

ARLEQUIN

Aparece los Sábados — PERIÓDICO HUMORISTICO ILUSTRADO — Unión Teléfon. 1955

Precios de Subscripción (Pago Adelantado)

	Ciudad	Interior	Exterior
Por 3 meses....	$ 1.25	$ 1.50	$ 2.00
" 6 "	" 2.50	" 3.00	" 4.00
" un año	" 4.50	" 5.50	" 7.50

Número suelto: En la Capital: 10 centavos. En el Interior: 15 centavos

Redacción y Administración: Calle FLORIDA 67 — Buenos Aires

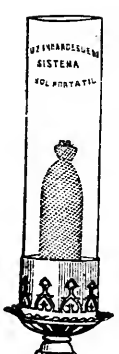
A los subscriptores que hayan pagado adelantado según la anterior tarifa, se les tendrá en cuenta la diferencia, prolongando proporcionalmente el plazo de su subscripción.

Arlequín

La primer entrevista



—Reciben ustedes de un modo admirable, doctor. — Y con muchisímo gusto, general.



"Sol Portátil"

LUZ

INCANDESCENTE

para gas

50 % de ecodomía y 300 % de aumento de luz

Artes 578 y Moreno 733

CASA



S. IANCOVICH

Lámp. N. 1 Lámp. N. 2

Lámpara N. 2 completa, como el dibujo $ 3.00 m. n.

» » I » » » » 6.00 »

colocada en casa

Gran surtido en Tulipas, Bombas, Pantallas y todo cuanto concierne la luz incandescente.

NOTA - Pídase siempre factura mía original por cada lámpara colócada; sin factura no me hago responsable por la colocación ó venta de mechas de repuesto.

S. IANCOVICH

MORENO 733 **ARTES 578**

Malas digestiones

Tómese el VINO TEGAMI

Pídanse prospectos

de las acreditadas **Especialidades TEGAMI**

en la FARMACIA DEL PLATA

ARTES 214 Buenos Aires

AGUA MINERAL NATURAL

BIRRESBORN

Para garantizar al público contra toda falsificación, cada botella lleva una etiqueta con un número y letra que corresponden con nuestros libros de venta; en caso de duda rogamos se sirvan comunicarnos la numeración para indagar donde está la falta. Como no hay ya en venta botellas del aguâ mineral natural

BIRRESBORN

sin la numeración indicada, debe rechazarse toda botella cuya etiqueta no reuna dichos requisitos.

ÚNICOS CONCESIONARIOS

ROTHES & KERN

Viamonte 536, entre Florida y S. Martín

B. NOEL & Cía.

Casa fundada en 1847

BOMBONES — CARAMELOS — CONFITES

PASTILLAS y DULCES

Gran Diploma de Honor y Medalla de Oro

EXPOSICIÓN NACIONAL 1898

Defensa 993 **Buenos Aires**

TONIKINA

(DE QUINQUINA, KOLA Y COCA)

El vino tónico y aperitivo reconstituyente más enérgico que se importa

J. MIRANDA & Cía.

12 - CERRITO - 12

Fotografía ARLEQUIN

67, FLORIDA, 67

UNION TELEF. 1955

Se atienden pedidos de retratos y vistas á domicilio. Precios sumamente reducidos.

Los valiosos elementos de que dispone la empresa de **ARLEQUIN** para su sección fotográfica le permiten ofrecer al público estos servicios en condiciones especialísimas, tanto por la excelencia de los trabajos que se le confían como por la modicidad de sus precios.

SE RECIBEN ORDENES POR TELEFÓNO

WIENGREEN & Cía.

Gran surtido de Papeles, Tipos, Máquinas y Útiles para Imprentas, Litografías, Encuadernaciones y Aserraderos, Aceites minerales, Grasa consistente, Correas de algodón, Motores á gas, Trilladoras y Locomóviles de Garret Smith & Co.

484, RECONQUISTA, 488 - Buenos Aires

CASILLA DE CORREO 886

Union Telefónica 322 **Coop. Telefónica 1237**





PERIÓDICO HUMORÍSTICO ILUSTRADO

DIRECTOR : ROBERTO J. PAYRÓ

Vol. I — Buenos Aires, 8 de julio de 1899 — Nº 8

Entre dormido y despierto

Hasta hoy sigue comentándose el meeting del comercio, que para muchos es un despertamiento de la opinión, ni más ni menos.

En este país, la opinión tiene generalmente un sueño enorme, que se manifiesta en todo, sin exceptuar los diarios.

El pueblo se mueve, anda, pasea, llena las calles, vá á los teatros, camina procesionalmente, y tiene, en fin, todas las apariencias de la vigilia; pero, como los personajes de Swift, está dormido por dentro y hay que despertarlo á vejigazos.

Debo advertir que no confundo pueblo con opinión ; pero cuando duerme el todo, claro es que también debe estar dormida la parte: si el pueblo ronca, la opinión sueña.

No se explica de otro modo que sucedan casos como el de un juez federal que durante larguísimos años vende sentencias, ejercita venganzas, hace negocios, ampara falsificadores y hasta se queda con el dinero de la beneficencia, á la vista de todo el mundo, sin que lo ignoren más que los que no se ocupan absolutamente de nada, y con riesgo de que siga haciendo lo mismo por los siglos perdurables.

Pero, volviendo á lo de antes, parece que se cifran grandes esperanzas en las consecuencias del meeting, considerado como primer desperezamiento de la opinión que despierta, y ni aun falta quien diga que en las esferas gubernamentales se ha mirado ese hecho no sin cierto temor.

El coronel Gramajo, cuya influencia decisiva en cuestiones presidenciales no es un secreto para nadie, ha estado, en efecto, preocupadísimo durante todos estos días y ha aconsejado al general Roca que tome sus medidas para evitar una oposición que puede serle fatal.

—¿Y qué hago? — dicen que le preguntó el presidente.

—Lo mejor sería ascender al mayor número posible de militares, exceptuándome naturalmente á mí, pues mi modestia no me permite ser general... por ahora.

—¿Y qué sacaremos con eso?

—¡Hombre! ¡Me extraña la pregunta! Contando decididamente con el ejército no hay miedo de que suceda nada, aunque vuelvan á agitarse los revoltosos.

El coronel Gramajo, que comparte con el barón de Alkaine y otros personajes de alto vuelo, la gloria de inspirar, aconsejar y guiar á nuestro primer magistrado, es, como se vé, hombre de largas vistas, y uno de los más admirados por Colombina y por mí.

Gracias á su iniciativa no hay ni habrá en largo tiempo temores de revolución ni de cosa parecida, y la situación queda normalizada.

¿De qué quejarse, en efecto, en un país, cuando no ha quedado militar por ascender?

Cierto que el comercio está reventado por los impuestos, que no hay dinero en circulación, que aunque nos

encontremos casi á un paso de la miseria, nadie piensa en disminuír el presupuesto de gastos, que la baja del oro y nada es todo uno porque los precios de las cosas se conservan lo mismo,... pero ¿qué vale todo eso? La gente militar está contenta desde que un ascenso significa un aumento de sueldo, y eso basta para que el país se conserve tranquilo, y, que quiera ó que no, tenga que considerarse dichoso.

Sin embargo, el coronel Gramajo no se ha limitado á aconsejar esa medida salvadora, sino que, completando su plan, ha ido hasta presentar un proyecto de economías.

—En el viaje al Brasil—ha dicho—hay que gastar lo menos posible, desde que el *metin* demuestra que los pesos andan á caballo.

—¿Y en qué se puede ahorrar? — preguntó el Telémaco de este Mentor omnisapiente.

—¡Vaya, hombre! ¡En qué ha de poderse! En quedarnos el mayor tiempo que sea posible en tierra brasilera. Mientras estemos de *guespes* no nos van á dejar gastar un centavo...

Ya se vé, pues, que aunque no parezca, siempre se gana mucho haciendo manifestaciones populares en que se protesta del gobierno y al mismo tiempo se le aplaude y se le viva con entusiasmo. No hay que llevar las cosas al extremo... Bueno es un pan con un pedazo, y este nuevo modo de hacer oposición, inventado exclusivamente por nosotros los argentinos, demuestra por lo menos nuestro ingenio.

—Verá usted—decía un comerciante al día siguiente del meeting, hablando con un colega suyo muy quejoso de no vender nada—verá usted como de esto nace un gran partido que pondrá á raya á los demás. Mientras se trata de *teorías*, nadie hace caso, y aquí á ninguno le importa de federalismo ni de unitarismo; pero tóquese al bolsillo de la gente, hágasele apretarse el estómago, y se la verá encresparse y enfurecerse como gato á quien se le ha pisado la cola. Todos los movimientos decisivos de los pueblos han sido consecuencia de una situación económica mala, y la misma independencia argentina se produjo por causas que podemos llamar comerciales.

—¡Y á mí qué me importa! — exclamaba con ímpetu el otro. — Para lo que yo voy á sacar con el partido ése, y lo que haga!... Antes de que haya nacido la tal agrupación tengo tiempo de quebrar tres veces!... Yo preferiría que se hiciese el empréstito ó que se mandaran imprimir unos cuantos millones, porque aquí lo que hace falta es plata, no partidos.

—Lo uno—dijo sentenciosamente el interlocutor—es consecuencia de lo otro. Si la opinión despierta, y poniéndose en movimiento procura un gobierno sensato al país, el dinero no puede faltar. Las fuerzas vivas que poseemos se aprovecharían, y bien dirigidas y mejor administradas, traerían el bienestar, la población, la riqueza!

—¡Para allá me las guardes!—exclamó el otro. —Eso es como hablarle de faisanes dorados á un hombre que se muere de inanición en el desierto...

¡Así son las exageraciones! Esta atmósfera vá contagiando á todo el mundo, hasta á mí mismo, y dentro de poco, á pesar de las sabias inspiraciones salvacionistas del insigne coronel, no vá á haber quien no crea que estamos en una situación insoportable.

Arlequin.

Nota — ¿Se pondrá derecha nuestra tuerta justicia? *¡Ecco il problema!*... como dijo el otro. Ya le han sacado un ojo, y á menos de hacerla de nuevo, lo más que podrá lograrse será ponerle uno de vidrio que no mejorará mucho su situación.

Entretanto, algo se va ganando ya, aunque más no sea que en el salvataje de las apariencias, y el juicio político al doctor Aurrecoechea es una lección que . . . aprovechará! . . .

Pero el doctor ha hecho tantas perrerías que no es el más indicado para víctima propiciatoria. Para ello sería necesario otro menos culpable, porque cualquiera podrá tranquilizar su conciencia, ó, mejor dicho, su temor al castigo, reflexionando:



— ¿ Acaso hice yo tanto como el juez Aurrecoechea ?

Porque para hacer lo que él, se necesita estar convencido de que el gobierno y todos cuantos forman parte de él, pueden hacer lo que quieran de la cosa pública y hasta de la cosa privada, que es lo peor.

— ¿ Qué harán del juez Aurrecoechea ? — me preguntaba ayer un ingenuo.

— Le encargarán un libro para la Exposición Universal de París.

— ¿ De veras ? ¿ Y un libro sobre qué ?

— Sobre las diferentes maneras de comerciar que hay en nuestro país, y sobre las diversas industrias que ejercen ciertos caballeros de idem.

— ¡ Pero eso sería sencillamente una atrocidad !

— Pues justamente por eso es que se hace. ¿ No ve usted que ni siquiera lo han suspendido ?

Sin embargo, no hay que quejarse cuando se comienza siquiera á tener en cuenta las apariencias. "Palo porque bogas, y porque no bogas palo" es un refrán sin aplicación en lo que á mi arlequinesca crítica respecta. Sólo que, lo repito, la lección tiene que ser insuficiente: limitará apenas los desmanes que hagan ó se propongan hacer otros magistrados; nada más. En cambio, si se castigara á todos los que han delinquido en escala menor, algo más se conseguiría.

Hoy se quita la llaga grande y se dejan las chicas . . . que se harán grandes á su vez, para ser extirpadas; y así sucesivamente... lo que me hace recordar al horroroso monstruo mitológico, á quien había que cortar todos los brazos, sin perder tiempo, para que no renaciera.

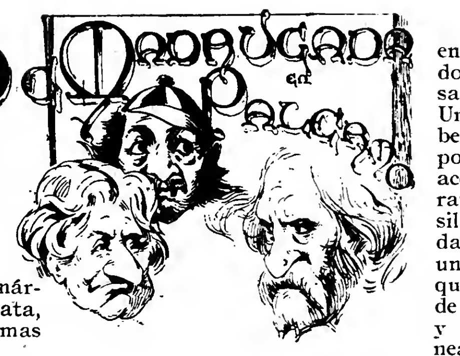
Y en cuanto al castigo... ¡para allá me las guardes!... La cámara-juez, como se llama al Senado en este caso, no puede hacer otra cosa que destituir al acusado é inhabilitarlo para desempeñar cargos públicos. El juzgamiento de los delitos y su punición, cosa reclamable por el pueblo en esta oportunidad, compete á la justicia ordinaria.

De modo que... ¡adiós substracción de fondos á la lotería y otras lindezas por el estilo!... No faltará algún enorme pedrusco que vaya á caer sobre el legajo del proceso y lo inmovilice para toda la siega!

¡Tantos ejemplos de eso tenemos, que no hay duda de que volverá á suceder!

Y como el acusado quedará probablemente en buena posición pecuniaria, ha de saludársele mañana como hoy y como ayer, sombrero en mano y con la sonrisa en los labios:

— ¡ Señor doctor ! . . .



¡Qué frío tan intenso el de esta mañana de veranito de San Juan! Tiritan las palmeras de la Avenida Sarmiento, y de las casuarinas de la Aveuida Casares penden gotas heladas que parecen confititos plateados. La linda estatua cincelada por Correa Morales, desnuda y con los pies descalzos en el agua de un surtidero, llora de frío y por sus mejillas de mármol se deslizan, como hilos de plata, gotas cristalinas que fingen lágrimas nacidas en sus órbitas animadas.

Un guardián de uniforme azul ronda en torno de ella y sigue con la vista á tres tipos patibularios que vienen del bosque. Harapientos, desgreñados, selváticos; son seres errantes de la metrópoli, sin mesa y sin hogar. Acaban de levantarse de su gran lecho de hojas marchitas, escondido allá en el último cuadro del parque, y tornan á la ciudad con los puños apretados y los ojos sombríos. Caminan temblando de hambre y de frío, y el más chico, un viejo de veinte años, arrugado y concluído, mira oblicuamente al guardián, murmurando una imprecación. Es el rey de los atorrantes y el hijo mimado del presidio, en cuyo recinto pasa las tres cuartas partes del año.

Una voz estraña le hace volver la cara:

— *It is cold, my darling!* . . .

Es un ginete inglés que va discutiendo con su caballo. El corcel mueve la cabeza de alto á bajo y parece decirle que sí.

Y se ríen ruidosamente de ambos, con risas que parecen chasquidos de látigo, dos franceses desabrigados y una francesita, que apenas se distinguen en la niebla densa que sube del río y llena todo el parque.

Al avanzar se les mira mejor: ellos fingen dirigir la vista á un costado, mientras ella clava su mirada provocativa, sonriendo en señal de desafío, con una sonrisa tentadora.

El frío aumenta. Un cierzo glacial se pasea por las avenidas haciendo cosquillas á los árboles que se extremecen y se retuercen, y los pajarillos saludan en su idioma al viento que al pasar los acaricia y les riza las plumas.



¡Quién sabe por qué hay tantas avecillas en esta mañana, tan fría que solidifica el agua de los surtideros! Sus trinos variados y alegres resuenan por todas partes, y se les divisa en bandadas entre las copas de los árboles y desfilando en batalla sobre la hierba. Tal vez *titean* á unas palomas que se pasean graves sobre los rieles del tren, como niñas formales á quienes acompaña una mamá jamona.

¿Y qué es aquello? . . . ¿Por qué levantan todos el vuelo y huyen las palomas despavoridas? El suelo tiembla y la casa de la Estación se sacude fantásticamente en medio de la niebla densa, en tanto que un ruído sordo, que aumenta sin cesar, viene de Belgrano... Un estrépito, luego un torbellino de humo y de vapor, una ráfaga tibia y aceitosa; y en su centro raudo el convoy que cruza silbando agudamente, sin dar tiempo para delinear una sola de las fisonomías que pegadas á los vidrios de los vagones aparecen y desaparecen instantáneamente.

Aumenta la niebla, Ya casi no se distingue á más de diez pasos, y no se sabe si es hombre ó mujer un bulto que va y viene delante de *lo de* Monsk, como un fantasma rezagado de la noche.

La cosa es curiosa. Junto al lago empañado por la niebla hay una partida de muchachas con blancas camisas, que retozan en la orilla... ¡los cisnes!... más blancos que nunca en ese fondo gris que envuelve toda la naturaleza.

El lago turbio y terso no tiene un solo pliegue en su superficie, ni refleja las copas de los pinos que lloran en su circuíto gotas de helado rocío. Hay una serenidad dulce y triste sólo interrumpida por las notas claras de las aves que gorjean en las ramas y por un ruído seco de alguien que rasca. ¡Qué ruído extraño!... ¿De dónde viene?...

Es el jardinero que con su rastrillo recoge las hojas secas y las piedrecillas, y borra las huellas de alguna pareja que cruzó por allí la víspera al anochecer.

Deben ser alemanes esos tres señores gordos y rozagantes, que bien pesarán sus ciento veinte kilos y pasan en sus livianas bicicletas corriendo carreras como muchachos chicos... ¡qué buenas pantorrillas!

Las han visto tal vez esas dos ancianas, damas de noble porte y plateada cabellera, que cruzan en un elegante *coupé* particular y asoman sus cabezas risueñas y bonachonas. ¡Deliciosas viejecillas!... Ríen tan placenteras que cautivan. Han ido á Palermo á esas horas y con esa temperatura... ¿Á qué?... Á recordar, con este paseo, travesuras inocentes de sus quince años.... ¡de hace medio siglo!...

Da el carruaje dos vueltas y regresa á la ciudad; se alejan los ciclistas, se pierde de vista el jardinero, y Palermo queda sumido en una tranquilidad y en un silencio que sugestionan profundamente. Sin querer, la cabeza se dobla y la vista se clava en el suelo... ¿qué hay allí entre dos palmeras?... Sobre la hierba húmeda un listoncito rosado desprendido del adorno de alguna nerviosa paseante de la tarde anterior. Un listón que parece decir muchas cosas... Si se le recogiera ¡qué precioso talismán sería!... Hay que guardarlo. En la cinta se ven escritas estas palabras:

Malgré tout!...

Y al aspirar la liga se siente que conserva todavía un perfume apagado, suavísimo y exquisito de *toilette* aristocrática.

¿Si será de...? ¡A qué formar malos juicios! La mañana está helada... perdonemos.

Ya la niebla parece diluirse. Una luz clara asoma allá arriba... ¡Qué alegría!... el sol desgarra la tupida venda que le cubre, y hiere de frente á un vigilante que aparece *veloz en su corcel.*

Llega al fin. Ataja á un guardián del Parque y le interroga:

—¿Tres hombres de aspecto patibulario?... Uno de ellos, el rey de los atorrantes, ¿sabe?... Anoche, detrás de los portones... ¡Ese mismo es!...

¡La pista de un crimen!... ¡Un homicidio ó un robo!...

El sol vuelve á esconderse, la niebla se hace más densa, una inundación de tristeza infinita se apodera de Palermo, invade las últimas alamedas y arranca á una ave posada en el pinar una nota lastimera, que vibra en el espacio como un acento de dolor humano.

A esa misma hora descienden misteriosos, camino de la ciudad, *coupés* con las cortinillas bajas, carruajes que parecen volver de un entierro. Se diría que nadie va dentro de ellos.

Empero en aquél de atrás, cuyo cochero hace chasquear con tanto brío la fusta, alcanza á divisarse la fisonomía de un mancebo pálido, con sombras en la cara adelgazada y el largo cabello desgreñado. Es un poeta. Pasó la noche entera componiendo un poema elegíaco y la elucubración forzada y continua deja en su rostro ese sedimento amargo de cansancio, de abatimiento y de hastío.

Tras del carruaje, y montado en los ejes como un granuja, el rey de los atorrantes va lleno de júbilo. Bien poco le durará esa loca alegría, porque esa misma noche debe caer de nuevo en las garras de los vigilantes que lo buscan, para llevarlo, por décima vez, á presidio. ¡Fragmento de la escoria humana arrojado á estas playas hospitalarias como simiente de progreso!...

JUAN PEDRO PAZ SOLDÁN.

Buenos Aires, 1899

El dentista previsor

NUEVO APARATO PRIVILEGIADO



Un dentista yankee, observando que muchos de los pacientes que acudían á su casa á sacarse ó emplomarse muelas se sentían súbitamente mejorados al tocar la campanilla, de miedo á las herramientas y á los tirones, acaba de inventar un aparato...



...el cual, apenas un dolorido llama ó está á punto de llamar á la puerta del inventor, lo retiene invenciblemente hasta que llega el portero y lo conduce á la sala de torturas, donde, quieras ó no quieras, se ejecuta la terrible operación de extraerle el hueso.

NOTA — *Ayer me encontré con un joven militar amigo mío, y, como es natural, le hablé de lo que por ahora interesa más al ejército.*

—¿Y á usted también lo han ascendido?

—También.

—De modo que estará muy contento . . .

—¡Nada de eso! Si el gobierno quiere ganar simpatías con semejante proceder, yo creo que se equivoca de medio á medio.

—¡Cómo así! Me deja usted absorto.

—Es que, amigo Arlequín, nosotros no nos contentamos con sueldos, sino que también queremos honores, distinciones merecidas; y ¿qué puede gustarnos ver que, junto con los que trabajamos y nos conquistamos el ascenso, se asciende á los que no tienen otro mérito que el de estar siempre del lado del gobierno?

—Bueno es saberlo,— dije yo para mi capote;— no todas son flores en esto de mandar gente! . . .

NOTA — *Continúan los viajes gubernativos, de ministros y su corte, sin duda porque ha llegado el momento de hacer economías. Esta vez ha sido el del interior, Civit, que se ha lanzado á la Rioja para ir aceptando banquetes por el camino. Lo que falta ahora es que se inicien los paseos de subsecretarios y oficiales primeros, con séquito apropiado, y que los sucedan los del resto de la administración, jefes de sección, auxiliares, escribientes, ordenanzas... ¡Ganan tanto en ilustración nuestros empleados con eso!*

Una página artística



Composición y dibujo de Roberto von Steigel.

La defensa de Buenos Aires

Rememorar las célebres jornadas del 5, 6 y 9 de Julio de 1807, que á la vez que probaron el temple y valor de las fuerzas nativas para contrarrestar el empuje del aguerrido ejército invasor desvanecieron para siempre el sueño de la conquista del Río de la Plata, es rendir homenaje no sólo á los héroes de la defensa, sino al hecho imperecedero merced al cual había de revelarse, tres años más tarde, la nueva nación que iba á llevar la libertad y la independencia á través del continente.

Derrotada la primera invasión traída por Beresford, los ingleses trataron de vengar la ofensa al año siguiente desembarcando por la Ensenada un ejército fuerte de doce mil hombres al mando del teniente general Juan Whitelocke, y marcharon á apoderarse de la ciudad que tanto codiciaban.

Las calles de Buenos Aires fueron teatro entonces de una hazaña que ha quedado famosa en las páginas de nuestra historia. Á la insolente intimación de rendirle la plaza, hecha por el general británico, contestan con un grito de guerra las fuerzas patricias que, aunque bisoñas y mal armadas, se sienten fortalecidas por el santo ardor de la patria.

En la madrugada del día 5 comenzó el terrible asalto por las calles centrales que conducían á la plaza mayor; las casas eran fortalezas, los ciudadanos soldados, cada soldado un héroe, dicen los mismos vencidos; con ejemplos tan hermosos de heroísmo, que hasta las mujeres desde las azoteas y balcones tomaron parte en la defensa arrojando piedras y agua caliente sobre los invasores, que al cerrar la noche de aquel memorable día habían perdido tres mil hombres, entre muertos, heridos y prisioneros.

El día 6 continuaron las hostilidades hasta que al fin Whitelocke se vió obligado á aceptar la capitulación que esta vez le imponía Liniers como jefe de la defensa, reembarcándose con el resto de su ejército destrozado para evacuar la plaza de Montevideo de que se había apoderado Auchmuty. El sueño de conquista quedaba desvanecido para siempre, ante la revelación del poderío de la nueva nación presentida por el poeta, cuyo núcleo vigoroso sería la *gran capital del Sur*.

Para perpetuar la memoria de la heroica defensa se crearon cuadros y medallas, destacándose singularmente entre estas últimas una de plata mandada acuñar en Chile por la señora María Mercedes González de Lavalle, madre del general Juan Lavalle, cuyo patriotismo se reveló además por la venta que hizo de sus alhajas destinando el producto á las viudas y huérfanos de la defensa.

Reproducimos un facsímil del retrato de Whitelocke que nos ha sido facilitado por el distinguido numismático señor Alejandro Rosa, quien posee en su valiosa colección un ejemplar de la medalla á que nos hemos referido, verdaderamente rara por haber sido retirada de la circulación por el representante de Inglaterra, Mr. Parish.

Figura también entre los recuerdos conmemorativos la lámina de plata piña y oro finísimo del Perú con que la Villa de Oruro obsequió á la invicta Buenos Aires, para perpetuar en artística alegoría el memorable hecho de armas contra el extrangero invasor.

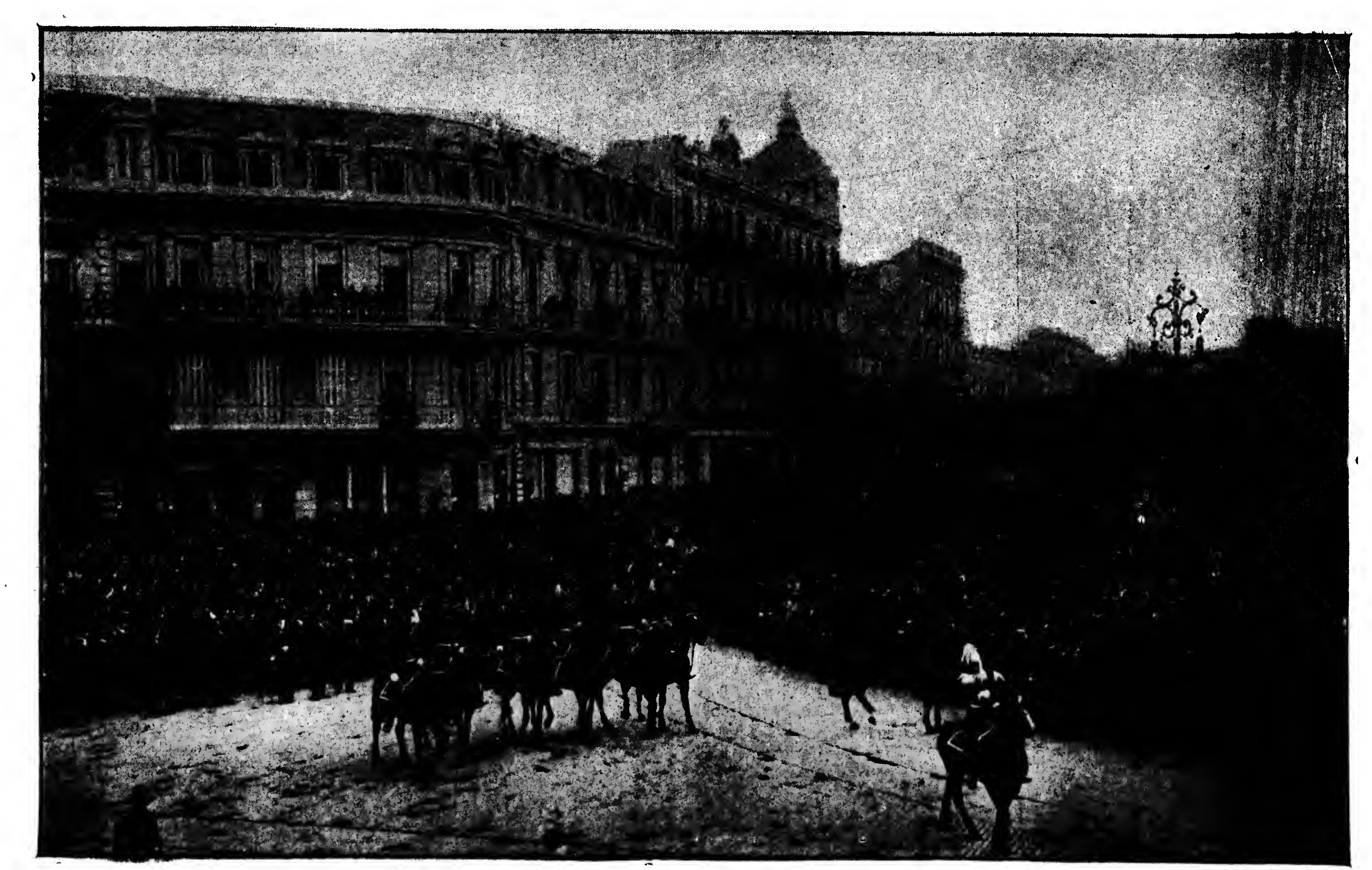
Completamos esta nota ofreciendo á nuestros lectores un grabado de esa hermosa lámina, que hoy guarda el Museo Histórico como una cara reliquia de los viejos tiempos.

Creemos servir á una idea útil y simpática popularizando estas cosas que atestiguan las glorias nacionales, un tanto olvidadas en estas horas de positivismo egoísta y de indiferencia para las más puras satisfacciones de la vida cívica. Y porque, además de causar gratas satisfacciones al alma patriota, estas reliquias encierran también en sí grandes enseñanzas, que, como ejemplo vivo de grandeza cívica, conviene tener siempre presentes.



Max.

El meeting del comercio



La Manifestación vista desde la Casa de Gobierno

En la Suiza argentina

NEUQUÉN — UN PAR DE VISTAS PINTORESCAS

Dos frases póstumas

Uno de nuestros más grandes poetas, famoso por sus versos esculturales y al par llenos de sentimiento, como es famoso por la amenidad y la agudeza de su conversación, cuenta que allá, en tiempos ya lejanos, prestó servicios de dinero á un pobre diablo aporreado por la suerte y que ni aun con esa *cuarta* pudo salir del atolladero en que se había ó le habían metido.

Lo llamaremos don Francisco.

El hombre, á quien no volvió á ver en largo espacio, escribíale de vez en cuando sentidas cartas de agradecimiento, disculpándose también de no poder retribuir el servicio recibido y dejando el pago de su deuda para épocas mejores.

Por su parte, el poeta, que jamás hizo un beneficio por otra cosa que por el placer de hacerlo, se limitaba á contestar alguna de aquellas cartas con frases de aliento y de esperanza, que naturalmente recibía con júbilo don Francisco.

Pasó, pues, el tiempo. Y un día llegó una nueva carta, pero no ya como las anteriores, llenas de dulce agradecimiento, sino amarga y desesperada.

"Don Carlos: — decía más ó menos — Estoy desesperado porque me voy sin poder pagarle. Me muero, y mi deseo más grande es estrecharle la mano antes de la partida. Venga usted; no deje de venir ¡por Dios!"

El poeta fué — ¡cómo no había de ir! — á despedirse de su humilde amigo, á quien encontró en su miserable lecho de muerte, en una habitación destartalada y desierta, retrato de su pobre vida.

— ¿Cómo está, don Francisco? ¿qué le pasa?

— ¡Ah! ¡es usted... don Carlos! ¡Cuánto gusto me da con haber venido! Ya ve usted... aquí estamos, prontos para irnos al otro barrio...

— ¡Bah!... ya se mejorará, don Francisco.

— No, señor: no me hago ilusiones: la muerte está cerca, y lo que más lamento no es morirme, sino que tener que dejar en esta tierra deudas tan grandes como la que he contraído con usted. ¡Ah! ¡si pudiera pagarle!...



La voz del moribundo se iba haciendo cada vez más entrecortada y débil. Sólo podía hablar haciendo esfuerzos que lo ponían sudoroso.

— Deje esas ideas, mi don Francisco, — le dijo el poeta, consolándolo, — y piense en curarse, que una vez sano ya habrá tiempo para todo.

El enfermo meneó la cabeza.

— ¡Curarme! Es imposible. Y, le repito, lo que lamento es morir como un desgraciado, sin pagarle sus servicios.

Pero al llegar á este punto brilláronle los ojos y su rostro se animó.

— Sin embargo, — continuó balbuceando — aunque no pueda... entregarle el dinero... puedo darle... antes de morir... un consejo que le valdrá... mucho en la vida...

— ¿Un consejo? ¿y qué es ello?

— Suceda lo que quiera en el mundo... no se apure, don Carlos... no se apure nunca!

Y un instante después, espiró.

— Muchas veces, — decía el poeta terminando el relato, — he tenido ocasión de seguir el consejo, y nunca me ha ido mal con él. Don Francisco me había pagado con creces su deuda!...

—

Moribundo estaba un bebedor, de aquéllos de la vieja cepa, gran invitador y alegre compañero en todas las ocasiones.



Rodeaban su lecho varios amigos, — entre los cuales contábase nuestro poeta, — afligidos por la postración en que se hallaba el enfermo.

En efecto, habíale sobrevenido un síncope, y desde hacía ya dos horas parecía un cadáver.

— No saldrá de este desmayo; — decía el médico.

Los amigos cambiaban de vez en cuando algunas palabras en voz baja, haciendo comentarios sobre el estado del que se marchaba, tratando en vano de hacerse creer mutuamente que podía abrigarse alguna esperanza, y recordando las bellas prendas y la liberalidad de aquel hombre, cuyo único defecto era la devoción á la Diva Botella.

En esto comenzaron á notarse movimientos imperceptibles en el cuerpo ya casi yerto del moribundo, que de pronto salió del síncope y se incorporó haciendo un esfuerzo; sorprendido al ver tanta gente en torno suyo y recordando sin duda horas más propicias, dijo con voz bastante clara:

— ¿Qué gustan tomar, caballeros?

Y cayó desplomado, para no levantarse más.

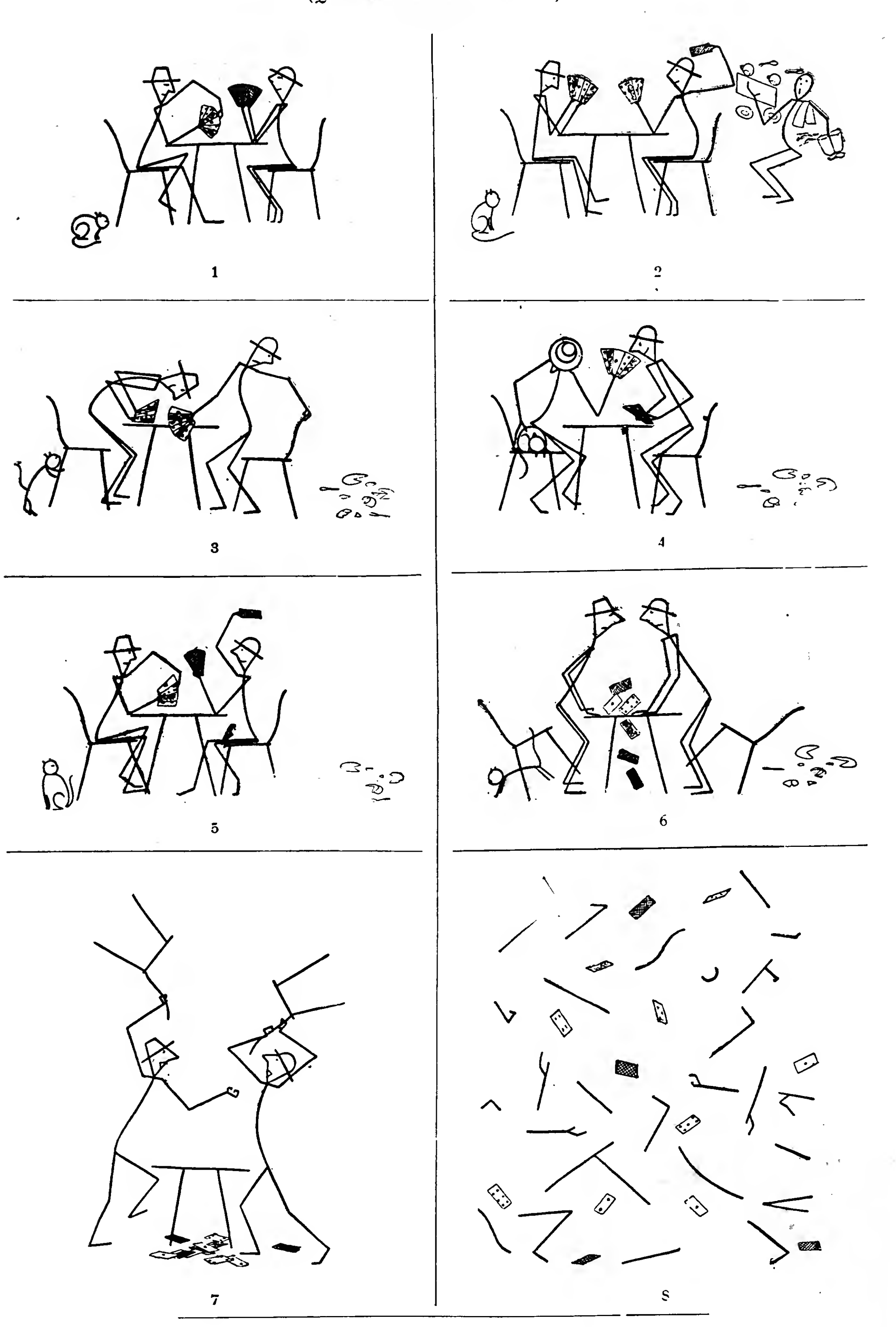
— No he visto ni he oído hablar nunca, — decía el poeta, sonriendo — de muerte más caballeresca!...

PEPINO.

NOTA — *Por fin se hicieron las elecciones de Buenos Aires y va á terminar la intervención nacional, que no ha tenido el poder de interesar á otros que á los políticos platenses. En cuanto á los resultados de la elección... pero, señores... ¿cuándo se han tomado en serio las elecciones entre nosotros?...*

Una partida de cartas

(Quien mal anda mal acaba)





El número de mis corresponsales ha aumentado de una manera tan notable, que ya no voy teniendo tiempo, no digo de contestar, ni siquiera de leer sus cartas, por mucho que me esfuerce para ello. A ese paso vamos á tener que quedarnos á *media correspondencia*, como aquél que no escribía nunca y que, preguntándole porque decía eso de *media*, cuando jamás tomaba la pluma, contestó:—Es que, como ellos escriben y yo no contesto, claro es que falta exactamente la mitad de las cartas.—Pero no teman ustedes, amables corresponsales del uno y del otro sexo. Yo no haré tal. Antes bien, me propongo contestar á todos, uno por uno, aunque me cueste y aunque tenga que tardarme para quedar en paz con todos; no haré lo que las oficinas públicas, que no se ocupan de los asuntos viejos y á los nuevos los dejan envejecer; yo trataré de todo y con todos, que mi buena voluntad dá para eso y mucho más. Pero, eso sí, dos cosas pido: primero, que se me deje tiempo suficiente, vale decir que no se me exija la respuesta inmediata; y segundo, que no se me hagan comunicaciones ni preguntas demasiado tontas, porque me vería obligado á no hacer caso de las unas y á no contestar las otras.

—Siguen llegándome caricaturas de elaboración popular. *Criollo* firma una titulada "El talento del general", que tiene bastante gracia, aunque no sea muy nueva que digamos. Representa al ilustre personaje sentado en una poltrona y rodeado por varios médicos. Uno de ellos acaba de abrirle el cráneo para examinar lo que tiene dentro, y al levantar la tapa, como si fuese la de una caja, vuela graznando un pato. La ejecución no es de las más felices, pero hubiera publicado la caricatura en su carácter de colaboración popular, si no me faltara espacio.

—A propósito de unos datos que en el número anterior inserté en mi *Correspondencia*, me escribe Flag si sé cuál es el mas notable *record* de nadadores en estos últimos tiempos. ¡Vaya si lo sé!... El barón Forgatsh y el señor Haser Angeli acaban de realizar en Viena una verdadera *gauchada*. Han remontado el Danubio Azul en una distancia de sesenta y un kilómetros, en sólo siete horas, llevando sus ropas á la espalda dentro de bolsas impermeables. Hace menos tiempo aún, tan sólo cuestión de unos cuantos meses, un nadador francés se propuso trasladarse á Inglaterra sin pagar pasaje. No sé qué resultado habrá tenido su aventura natatoria, pero dudo mucho que haya sido un éxito. Entre nosotros hay mucha gente que nada entre dos aguas que es una maravilla, y ése no es el más despreciable de los *records*, ni mucho menos.

—Muchas, muchísimas satisfacciones me está dando este trato con señoritas, que Colombina me permite (¡Dios la bendiga!). Y esta semana no ha sido la menor de esas satisfacciones la que he experimentado al leer la siguiente carta, que me place publicar íntegra, tanto porque es en su género un modelo epistolar, cuanto porque, á pesar del arte ó quizás á causa del arte natural con que ha sido escrita, resulta una joya muy delicada, muy femenina, enteramente femenina, que es lo que apetecemos nosotros los hombres, arlequines y no arlequines:

Buenos Aires, Julio 1 de 1899. — Ocurrente Arlequín: Recién he visto tu concurso, y no he titubeado un momento en mandarte la solución exacta de él. Creo que si tienes tan buena mano para sacar mi carta, como tienes la pluma para escribir y el sable para sacudir, de seguro que me llevo el tan deseado espejito. ¡Ay! ¡cuántas como yo suspirarán por él á estas horas! Te manifiesto, y perdona la confianza con que te trato, que has tenido muy buena idea al dedicar al sexo bello un concurso por número, aunque no te aplaudo hayas dispuesto que las cartas sean abiertas á media noche. Me parece muy... muy intempestiva la hora. ¿Por qué no á las doce del día? Otra cosa buena que has hecho, de las muchas que llevas practicadas, es haber rebajado el precio de tu revista. Ha sido una medida muy acertada. ¿Quién no te lee por ese precio? Sigue así que vas muy bien. Deseando ser la afortunada en el premio, te desea mucha prosperidad y larga vida tu S. S. S.—*Elvira A. Reusmann.*—Independ. 1724.

Contestaré á la graciosa señorita su indicación respecto á la hora de los sorteos, diciendo, con menos sorna por supuesto, lo que el general Roca dijo á los de la manifestación del comercio: "Respeten *ustedes* las instituciones". Esta institución de las 12 de la noche para los sorteos es inconmovible... es la única hora propicia para asuntos de grave transcendencia, y sino, hay están los clubs y las chocolaterías...



El Comercio — ¡Qué posición mas incómoda!
Arlequin — ¡Pero hombre!... ¿No ves que con sólo quererlo te levantas?
El Comercio — ¿Levantarme? ¡Eso quiero! Pero temo hacer caer á los que están arriba!



El martes, á esa hora solemne de la media noche en que por lo regular doy largo esparcimiento al ánimo después de la ruda tarea diaria, cayeron sobre mi mesa de trabajo, como finísima lluvia de flores multicolores, los cientos de cartas recibidas para el concurso número 7. Procedí al sorteo, y con verdadero placer anuncio á la señorita Arcelia Riobó, domiciliada en la calle Catamarca 28, que la fortuna le ha otorgado el disputado premio. Está á su disposición el valioso obsequio de mis amigos Gath & Chaves, y que este espejo sea para su afortunada dueña como la promesa de otro espejo tan fiel y tan sonriente: él de un par de ojos negros, por ejemplo, lánguidos ó ardientes, según sea su gusto.

Me puse en seguida á la tarea de abrir las cartas... ¡cuántas sonrisas en esas caligrafías caprichosas!...¡ qué oleadas de perfumes!... ¡Ah, Colombina, Colombina!... no me queda la menor duda de que tú presidías en espíritu este amistoso coloquio de tu Arlequín con sus lectoras... Te he sentido, te he visto en esas misivas de formas tan delicadas... radiante de luz, coronada de flores, risueña, tentadora como siempre!...

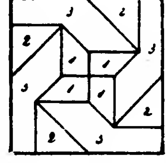
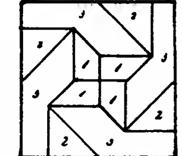
¡Qué lástima!... Después de abrirlas he tenido que desechar muchas, demasiadas cartas que no venían en las condiciones necesarias: unas por no traer el sello; otras por estas firmadas con pseudónimos ó nombres incompletos; otras por no tener indicado domicilio alguno; otras por venir duplicadas... lo que no es bueno hacer; otras... (no me lo hubiera imaginado nunca)... porque las enviaba uno que otro representante del sexo fuerte... ¿ Para qué diablos podría necesitar espejo el muy entrometido?... ¿Es, por acaso, tan desventurado que no tiene una madre, una hija, una esposa, una novia en cuyos ojos pueda verse siempre que le dé la regalada gana?

Pero... digresiones á un lado. Hé aquí la lista completa de las que han estado á punto de ser dueñas del consabido espejo... y créanme mis amables lectoras, nunca he deseado más que ahora ser santo ó político platense para obrar en este caso un milagro: el de la multiplicación... de los panes y de los peces.

Esta es la lista:

De la Ciudad:
Agrelo Carmen
Antonini María
Aras Matilde
Arata Catalina D.
Balduzzi Carolina
Barbieri, Angela C.
Battolla Angela
Bidart, Marcelina E. de
Bosio, María C.
Cáceres Aura
Cáceres Paula
Cadaval, Petrona M. de
Camuyrano María
Capellini Estela
Caramelo Benita
Caronno Ida
Cazalás Amelia
Coste Margarita
Coulon, Lila M. de
Charming Eva
Domínguez Consuelo
Eglis Amalia
Ferreyra Florentina
Ferreyra Margarita
García Balbina
Hiriart, María Elena
Klug, Elvira V. de
Laburt Eugenia
Lafont, Elina S.
Lassús, Amelia de
Lastiri, María C. de
Lévy, María Luisa M.
Lichas Elena
Linares, María Matilde
López Luisa
López María
Mallat, Francisca F.
Márquez, A. G. de
Mendrotti Raquel
Mestonico Margta.
Morena Vicenta
Moyano Josefa
Nana, Catalina T.
Novari María
Ochagavía María
Olivera Marcelina
Olivera, María E.
Peirano María
Petray Osmide
Pittaluga, M. S. de
Polet, Dolores J. de
Posse Graciana
Reusmann, Elvira A.
Reyes Magdalena
Reyna Quesada, María F.
Rivai Clara
Rodríguez Juana
Rossi Rafaela Gardi de
Ruíz Juana
Sandés, M. Isabel
Sanna Clorinda
Sourrouille Celia
Storni Carlota
Suárez, Julia de
Tacchi María
Tallaferro Adela
Tenorio, Luisa M.
Toledo Rosa
Trápani Amalia
Ulivi Anita
Uriburu Leopolda
Vago Dominga
Villamayor, María Elida

De La Plata:
Añón, Josefina R.
Orzábal, Paula M. de
Puente, Ana M. de la
Sal, Carmen G. de
Silva Angeliquita.

Bachmann Elvira, *Banfield.*
Carrera Juana, *Temperley.*
Escalar Elena, *Rawson.*
Espíndola, J. M. de, *Ens'da.*
Fagioli Luciana, *S. Pedro.*
Hortoneda, Irene E. *Bolivar.*
Lecoq Angela. *Banfield.*
Lynch Catalina, *Lomas.*
Marañón Emilia, *Temp'ley.*
Melini, Elisa C. de, *Mercedes*

—

El problema tenía varias soluciones, no menos de media docena según he podido ver; y como ocuparía mucho espacio copiarlas todas, presento sólo una, la que ustedes encontrarán pocas líneas más arriba.

—

Concurso núm. 8



Colombina, mi amada Colombina, me ha pedido que dé á mis lectoras otra oportunidad de lucir su ingenio. ¡Cómo negarme!... Todo cuanto tengo, todo cnanto valgo es de ella, es para ella... Resuelvo, por lo tanto, y muy de mi gusto, que también sea *Especial* y *Exclusivo para el Bello Sexo*, este nuevo é interesante concurso.

La que acertare con la solución de este jeroglífico, bastante enmarañado por cierto, será obsequiada con una docena de retratos Bondoir que irá á hacerle, expresamente en su casa, nuestro artista fotógrafo. Si la agraciada residiera fuera de la ciudad, podría optar por un año de subscripción gratuita.



ARLEQUIN

Aparece los Sábados — PERIÓDICO HUMORÍSTICO ILUSTRADO — Unión Telefón. 1955

Precios de subscripción (Pago Adelantado)

	CIUD.D	NTERIOR	EXTERIOR
Por 3 meses...........................	$ 1.50	$ 2.00	$ 3.00
,, 6 ,, ...	,, 3.00	,, 4 00	,, 6.00
,, un año	,, 6.00	,, 8 00	,, 12.00

Número suelto: En la Capital, 10 centavos — En el Interior, 15 centavos.

Redacción y Administración: Calle FLORIDA 67 — Buenos Aires

Á los subscriptores que hayan pagado adelantado según la anterior tarifa, se les tendrá en cuenta la diferencia, prolongando proporcionalmente el plazo de su subscripción.



BIER CONVENT

LUZIO Hnos.

Maipú esq. Cuyo

Bien se ve
que éste es uno
que ni come
ni bebe
en lo de Luzio.

Cerveza negra STOUT ARGENTINA

DE LA FÁBRICA NACIONAL



Esta robustez divina
se la debo á mi mujer...
sí, señores .. á Joaquina,
que me ha obligado á beber
Cerveza Stout Argentina.

SE VENDE EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE LA REPÚBLICA

Sociedad Anónima Fábrica Nacional de Cerveza

CARIDAD 350

ESTABLECIMIENTO GRAFICO

DE

Gunche, Wiebeck y Turtl

Litografía, Tipografía

Fototipia, Autotipias, Clisés, Estereotipia

Y

FÁBRICA DE LIBROS EN BLANCO

Talleres: **O'BRIEN 121**

Escritorio: **PIEDAD 576**

DROGUERIA ALEMANA

BERETERVIDE & Cía.

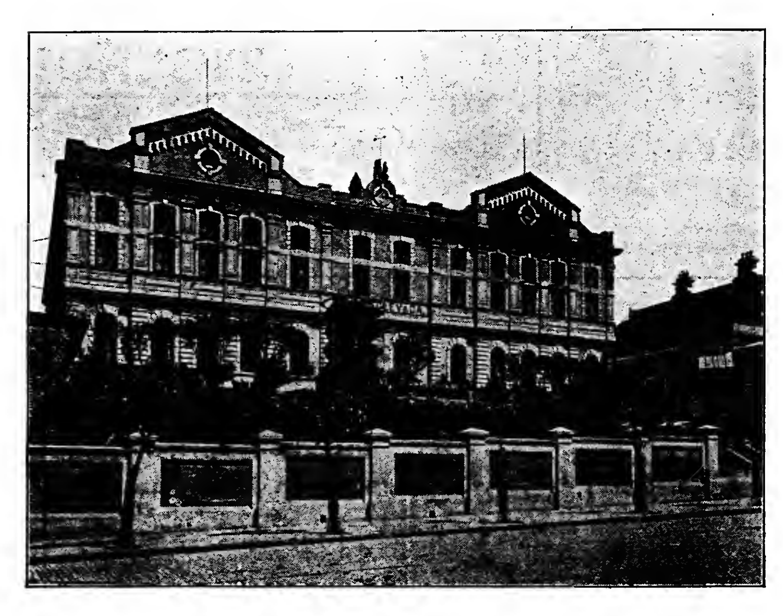
Sucesores de A. MÜLLER y ALIVERTI

PIEDRAS 156 á 170

Actualmente ensanche

SURTIDO COMPLETO DE DROGAS

y especialidades medicinales



M. S. BAGLEY

& Cía. Lda.

Unicos Fabricantes de las



3 COSAS BUENAS

LOLA LA REINA DE LAS GALLETITAS

HESPERIDINA

Es el licor más favorito
del público.

DULCE DE NARANJA

Delicado y saludable
manjar.

205 Avenida Montes de Oca

Buenos Aires

Imprenta Elzeviriana y Encuadernación, *Florida 701*

Arlequín

Las estatuas rotas



Arlequín—¡Quién diablos vendrá á componerlas! Esta es tarea de todo un pueblo de obreros.

Precio: 10 cents.

Arlequín

PERIÓDICO HUMORÍSTICO ILUSTRADO

DIRECTOR: ROBERTO J. PAYRÓ

Vol. I | Buenos Aires, 15 de julio de 1899 | N° 9

Aventura arlequinesca

Ó ARLEQUIN MOZO DE CLUB

Tengo un amigo (modestia aparte) camarero en uno de los principales clubs de esta capital. (Se puede ser camarero de un club y tener amigos de cierta posición). Pues este amigo, á quien casualmente encontré el otro día, me ha proporcionado algo que no se paga con dinero. Me detuve á hablarle cuando el encuentro, que fué en plena calle Florida (no soy orgulloso), y me pareció afligido. En efecto, lo estaba.

— Tengo á mi mujer enferma (hasta los camareros se casan, ¡oh, Colombina!); — me dijo — quisiera poder velarla esta noche, porque es cosa de cuidado (¡hum!), pero me es imposible faltar al club... ¡ Figúrese usted! ¡en plenas fiestas julias!... Me pondrían una multa, sin contar la pérdida de las propinas que serán gordas...

— Pero busque reemplazante,— le dije.

— ¡Ah! eso parece sencillo, pero con motivo de las fiestas todos los camareros presentables están ocupados. Hasta á los más *chupistas* y ladrones los han tomado por noche, y algunos trabajan sin dormir. ¡Pobre Dolores!... la dejaré que salga sola de su...

— ¡Alto ahí! — exclamé. — Yo tengo reemplazante.

— ¿ Correcto ?

— Sí

— ¡Quisiera verlo!... ¿Quién?

— Yo mismo.

—¡ Usted, señor Arlequín!... ¡No puede ser!... ¿Cómo va á ponerse usted en eso?... ¡ Todo un periodista!...

— Pues por la misma razón: quiero ver y escuchar, una vez siquiera, sin que me conozcan.

Para abreviar: accedió el hombre después de rogarme que no lo fuera á comprometer; me preguntó, haciendo un esfuerzo, qué parte le daría de las propinas (¡claro!), y al oir que todas serían suyas tomó calle abajo, tirándome de la manga, y no paró hasta el club, donde me presentó al gerente diciéndole que yo era primo suyo, que iba á reemplazarlo aquella noche, que me llamaba François y que patatín y que patatán... Examinóme el gerente, le parecí de su agrado, me dijo que el servicio empezaba á las siete, que fuera de frac y que tuviese mucho cuidado de presentarme con toda corrección.

¡Lo que oí yo aquella noche!... ¡Lo que oí á ratos en la sala de juego!... Nunca, como simple visitante, hubiera aprendido tanto, y por eso invito á los directores de diario á que formen un nuevo cuerpo de repórters con los mozos de club. ¡ Sería el mejor informado !

Pero ni voy á contar de una sola sentada todo aquello, — porque necesitaría un libro, — ni cometeré más indiscreciones que las precisas para que el pobre Jules no las pague por mí.

Pues en un rinconcito donde estaba generalmente lo que llamaré "mi parada", habían formado tertulia aparte tres caballeros, tertulia política... vale decir, de viejos, aunque no lo fuera sino uno; los otros eran hombres maduros, nada más. Y pasaban revista á los partidos, á sus jefes, sus afiliados, los gobernantes, los gobernados, la mar... naturalmente sin dejar títere con cabeza (para lo cual tienen razón que les sobra). Oigamos á uno de ellos, calvo, grueso, de rostro enérgico, que, dirigiéndose á otro, flaco y bigotudo, le decía con vehemencia, golpeándole la rodilla con el dedo:

— Sí, mi amigo; este país está podrido, podrido hasta la medula, y todo lo que sucede y se ve no es más que un síntoma de la enfermedad implacable que lo devora. Mire usted: el comercio y la industria, que viven del pueblo, protestan mientras el pueblo calla... y paga. Pero éste verá al fin que también tiene que protestar, puesto que paga y lo desangran... Y créame usted: algo transcendental se prepara, que pondrá término al sistema económico que se inauguró el 80. Desde entonces sólo se ha producido, para contrarrestarle, la revolución de Julio. Fué un fracaso. Claro, porque sólo se inspiraba en teorías, en sentimentalismos y en aspiraciones políticas. Lo que viene se apoyará en hechos, en necesidades reales, y pedirá *cosas*, no palabras...

Tuve que acudir á un llamado y no escuché más. Cuando volví hablaba reposadamente el viejo.

— Desde 1880,— decía — no se ha hecho sino gozar del gobierno en detrimento del contribuyente; se ha malbaratado la fortuna pública, y con pretextos más ó menos burdos se ha robado (perdonen ustedes la palabra), se ha robado al pueblo emitiendo millones que han ido á manos de los allegados al poder, fundando industrias con el mismo dinero del pueblo para imponerle luego el consumo de esos productos, haciéndolos pagar lo que no valen... Y ahora se viene al complemento de la obra: acabar de desangrar al consumidor convirtiéndole los po-

cos pesos con que se le retribuyó mal su trabajo, por mucho menos que su valor... Resulta, pues, que desde el día que se comenzó á emitir á destajo, el sistema que se pone en práctica es el de gobernar para una casta favorecida.

El que había estado fumando en silencio hasta entonces, el flaco, narigón y bigotudo, intervino.

—Pero la revolución de Julio trajo alguna mejoría, y las administraciones de Sáenz Peña y Uriburu han sido una tregua.

—Sí,—saltó el primero con vehemencia — pero ahí tenemos á Roca, el representante... ¡qué!... ¡el iniciador del sistema! ¡Y ahora vuelve á imperar, es claro!... ¡qué más podía esperarse de un hombre cuyo talento y cuyos medios de acción política se reducen — fuera del ejército — á ser el gerente de una casa de comercio... ¡qué!... de una manga de langostas!... Pellegrini por cálculo y Mitre por patriotismo...

— ¡Gracias, ché! — dijo el de los bigotes. — Ya sabe que soy muy mitrista...

— ... han impuesto al país — continuó el otro — este nuevo presidente; pero el cálculo del uno y el patriotismo del otro serían bien poca cosa si no hubiera mediado una circunstancia fortuita que justificó su conducta y que ustedes saben muy bien: el estado de las relaciones con Chile.

— Es verdad,—interrumpió el anciano.—Roca benefició de esa circunstancia, y hasta sembró la alarma, para que la opinión se fijara en él como el jefe del ejército que escalaría los Andes. La opinión le perdonó, en vista de la guerra, como eligiendo de dos males el menor... ¡Quién sabe!..

— ¡ François ! ¡François! ¡François!

Y un tirón del frac: era el gerente, que me preguntó violentamente si dormía, con aire de amenaza. Me estaban llamando hacía diez minutos... ¡ horror !... Pero pude volver, y oir al viejo que continuaba perorando:

— El estado de los espíritus no puede ser más angustioso; pero la angustia se parece algo á la tranquilidad feliz. Trae la depresión general. Callamos por que nos sentimos derrotados moralmente, por que tenemos conciencia de que hemos sido burlados de una manera sangrienta, en nombre de los sentimientos más generosos!... ¡Vaya! ¡yo también me exalto!... Los millones que se nos exigieron se han ido en malos barcos, abollados por marinos inexpertos, se han ido en caballos tuertos y mancos, inservibles, se han ido en los mil escándalos de las intendencias. Y...

Y esto que dijo el viejo es gordo y vale la pena de prestarle atención:

— Y una vez disipado el peligro de la guerra, —á costa de concesiones, muy prudentes sí, pero que al fin y al cabo eran concesiones que lesionan nuestros derechos, — nos encontramos con un gobierno inconsciente de lo que ocurre, bambollero, aparatoso... *internacional!*... muy respetuoso de la oposición en la forma, pero burlándose de ella en los hechos, para único beneficio de los suyos.

— En todos los países se administra en provecho del partido que gobierna,— observó el de los bigotes.

— Sí,— prosiguió el viejo, — pero además de eso, que es accesorio en ellos, la verdad es que también en otros países se administra con criterio; el partido que domina toma buena parte de las *utilidades* pero no toca á los bienes mismos de sus representados, preocupándose, hasta por interés propio, de hacerlos prosperar... ¿Se hace esto aquí?... Lo que se hace es perturbar el desarrollo natural de las riquezas del país...

Otra llamada me hizo perder lo que seguía, pero no sentí esto porque á mi vuelta se trataba de algo mucho mejor, por lo menos mucho más curioso, y de gran miga: aquellos señores retrataban mental y moralmente á los hombres que gobiernan, demostrando que el presidente y sus ministros son, en absoluto, incapaces de dirigir hoy este país... ¡Ah! ¡Señoras y Caballeros!... ¿tienen ustedes curiosidad por saber lo que decían? Pues ya comenzaré á contarlo por lo menudo en el número próximo. Pero entretanto les diré una frase del viejo, que estuvo á punto de enloquecerme de gozo:



— ¿Y quién provocará la reacción, quién salvará al país? — preguntó el de los bigotes.

El viejo, más grave que nunca, le contestó lentamente:

— ¡Arlequín! ¡Sí! Arlequín. El espíritu popular que renace. ¡Ese será el salvador!...

Inútil es decir que estuve á punto de traicionarme, y que el corazón me dió un vuelco en el pecho.

—

Cuando fué Jules á verme al día siguiente, me dijo que no iba por la plata de las propinas (¡natural!), sino para saber cómo estaba...

— ¡Toma — exclamé radiante—toma los veinte pesos que he recogido para tí... ¡y estos otros veinte que te regalo!...

— ¡Pero, señor Arlequín! — decía Jules azorado. — Tras del servicio que...

— Nada, nada. ¡Es que no sabes!

— ¿Qué? Alguno de los que jugaban... (nunca dice jugadores, aunque lo maten).

— ¡No, Jules, no! Tú sólo piensas en el dinero...

— Pero... ¿qué es?

— ¿Qué es, Jules, qué es? ¡Que Arlequín va á salvar al país!...

—

¡Ay!... Después supe que aquellos señores conocían mi disfraz, y que, al terminar su conversación, me habían dado un bromazo. Pero, al saberlo, sin rencor y sin otra amargura que la *sana*, me dije:

—En efecto. A este país no lo salva nadie. Ni yo...

ARLEQUÍN

Un conspicuo



Su persona presenta al observador muchos aspectos interesantes.

Como que es uno de los hombres á quienes el especial lenguaje de la política, no muy inteligible para la generalidad de las gentes, ha dado en llamar *conspicuo*.

Un hombre conspicuo es decir un personaje, una notabilidad visible y sobresaliente, porque todo eso significa el conceptuoso adjetivo latino *conspicuus*.

Nada hay que decir contra el vocablo, de legítimo origen románico, como muchos otros de la abundante lengua española.

Pero en cuanto á la aplicación, ni el mismo diablo, á quien se supone mucho ingenio, ó mejor, un ingenio muy perspicuo, puede entender por qué motivo ignorado se aplica el adjetivo á muchos caballeros particulares, que no han hecho nada de particular y cuyo mayor mérito consiste en no tener ningún mérito conocido.

El personaje debe ser, por lo menos: si filósofo, un De Maistre ó un Balmes; si literato, un Michelet ó un Víctor Hugo; si crítico, un Revilla ó un Lemaitre; si militar, un Murat ó un Gurko; si diplomático, un Tayllerand siquiera, y si político, siquiera un Bilou-Barrot.

Mas andan por este mundo varios políticos, diplomáticos, militares, críticos, literatos y filósofos, que lo mismo podrían ser, y aun con mayor ventaja, picapedreros ó fabricantes de jabón, á quienes se llama conspicuos.

¿ Por qué ?... Nadie lo sabe.

—

El caballero que motiva este artículo no pertenece á ese número. Es un conspicuo auténtico.

Al poco tiempo de nacer, en cuanto soltó los andadores y se le desenredó un poco la lengua, su madre, una señora de ejemplares virtudes y amantísima de sus hijos, dió en decir:

— Pero ¡ qué inteligente es mi Panchito ! ¡ Qué talento ! ¡ Si es asombroso lo que comprende á su edad ! — Y como siempre repetía los mismos elogios y los multiplicaba á medida que crecía el niño, el padre de la criatura se habituó á creer que era el progenitor de un prodigio de inteligencia, y los amigos y las relaciones de la casa se encargaron de pregonar el talento de Panchito.

Desde muy temprana edad se le preparaba para ser conspicuo.

Cierto que no demostró en sus primeros estudios, ni en los segundos, ni en los posteriores, ninguna cualidad sobresaliente. Pero ya se sabe lo que son los jóvenes, generalmente desaplicados. La juventud lleva en sí misma un fondo de alegrías é ilusiones que distrae su atención de los objetos graves de la existencia.

Panchito se ocupaba de todo menos del estudio. Una cosa es la aplicación y otra cosa es el talento. Y que Panchito tenía mucho talento no podía dudarse.

Muchísimo talento. Era un conspicuo, y pronto lo demostraría.

—

Se dejó crecer la melena y la barba. No andaba, ni hablaba, ni gesticulaba, ni reía, ni tosía, ni comía, ni bebía, ni se vestía como los demás ciudadanos. Usaba unas corbatas de colores rabiosos, unos chalecos inverosímiles, unos pantalones en cada una de cuyas piernas hubiese podido embutir todo su cuerpo, unas levitas que hacían vecindad con los zapatos y unos sombreros que le ahorraban el paraguas.



Eso es lo único verdaderamente extraordinario de la persona de Panchito, que actualmente "el conspicuo y respetable don Pancho".

Y esa persona del antiguo Panchito y del don Pancho actual, ha desempeñado ya importantes destinos públicos, y ha pasado por las cámaras y los ministerios, con sus pantalones, sus levitas, sus sombreros, su larga melena y su histórica barba.

Habla poco y sentenciosamente, no se ríe jamás, sintetiza un discurso en un gesto, y un libro en un monosílabo, y esos monosílabos y esos gestos son todos sus libros y todos sus discursos, muy difíciles de coleccionar cuando don Pancho pase por el camino de la muerte al alto asiento que la posteridad le reserva.

Alguna vez se digna darse á ver en las calles de la ciudad. Permite que los pobres mortales le contemplen y le admiren. Se detiene por raro caso, porque todos los conspicuos han de vivir de prisa en todas partes y holgar poco tiempo, el menos posible, lo extrictamente necesario á la salud del cuerpo y del espíritu. Y después vuelve á encerrar su personalidad olímpica, que sin saber cómo ni por qué ha realizado el sueño que su mamá acariciaba desde el nacimiento de Panchito: tener un hijo conspicuo.

Los descendientes de don Pancho en la quinta ó sexta generación contemplarán con religioso respeto los levitones, los chalecos y los grandes sombreros de su antepasado, y exclamarán:

— El legado de nuestro ilustre antecesor. Somos los legítimos sucesores de un conspicuo.

De un conspicuo como otros muchos tontos, que han ejercido de personajes ante la paciencia y el silencio de las multitudes.

CHRISTIAN ROEBER

Cosas curiosas

(El Enigma ó Charada de Mark Twain)



No hago á mis lectores el poco favor de creer que no conocen á Mark Twain (Samuel L. Clemens), el gran humorista americano que ha hecho reír á toda la humanidad civilizada é incivil, en las diversas partes de que se compone el mundo.

Lo que quizá no conozcan es su efigie, que publico, y el siguiente curioso é ingeniosísimo enigma, que presento fuera de concurso, y que él dió últimamente á luz en una gran revista yankee.

Atención, y paciencia para descifrarlo, Señoras y Caballeros.

He aquí el problema:

"Deseando no ser sobrepujados en empresas literarias por esas revistas que encierran atractivos destinados á deleitar la fantasía y fortificar la intelectualidad de la juventud, hemos ideado y construído el siguiente enigma, haciendo gran consumo de tiempo y de trabajo:

Soy una palabra de 13 letras.

Mi 7, 9, 4, 4, es una aldea de Europa.

Mi 7, 14, 5, 7, es una especie de perro.

Mi 11, 13, 13, 9, 2, 7, 2, 3, 6, 1, 13, es una clase particular de substancia.

Mi 2, 6, 12, 8, 9, 4, es el nombre de un gran general de los tiempos antiguos (que hemos deletreado lo mejor que hemos podido, aunque nos hayamos equivocado por una ó dos letras, lo que nada importa para el significado).

Mi 3, 11, 1, 9, 15, 2, 2, 6, 2, 9, 13, 2, 6, 15, 4, 11, 2, 3, 5, 1, 10, 4, 8, es el nombre intermedio de un filósofo ruso, cuyo nombre completo, aunque lentamente, comienza á surgir de un modo vigoroso.

Mi 7, 11, 4, 12, 3, 1, 1, 9, es una especie, mal conocida pero bien determinada, de chinche.

Mi *todo* es... pero esto será revelado más bien por una cantidad razonable de actividad y de ingenio".

Sentimos un gusto orgullo al ofrecer la acostumbrada pluma de oro ó pulsera de brillantes por la solución corecta de lo que antecede.

Nota. — *Muy preocupados andan los amigos del doctor Pellegrini, en busca del modo de recibirlo á su próximo regreso de Europa. Hasta han hablado de hacerle una manifestación popular... Los concurrentes — es mi idea — deberían ir en zancos, lo que presentaría un hermoso golpe de vista y una porción de golpes más. Y como toda manifestación lleva música, podrían sus amigos ofrecerle la que más le gusta: la de la banda presidencial. — A.*

Nota. — *Se hizo un meeting comercial,*
se hace un meeting industrial;
se hará un meeting general...
y todo seguirá mal.

Nota — *He recibido un librito firmado por el capitán Nemo y titulado " Mis viajes por mar " que me ha procurado algunos momentos agradables con sus cuadritos de la costa brasileña y patagónica, sus escenas de á bordo y sus fiestas en tierra. Trae como apéndice una corta biografía del capitán de navío Atilio Barilari. Gracias por el gentil envío.*



El zarevitch de Rusia † el 10 del corriente

Nota—*El señor Monner Sanz, conocido educacionista, ha encontrado el medio de llamar la atención sobre su establecimiento, iniciando unos juegos florales. De los poetas que concurran, ya no podrá decirse que no han ido á la escuela.—A.*

El rey en jaque

(*Cuento modernista*)

En un pequeño *boudoir*, lejos del baile, se encontraron casualmente.

— Aquí estamos solos, Pancho, y podemos conversar...

— Pero... ¿ y si nos encuentran juntos?

— Me parece que una mujer puede hablar á solas con su marido en cualquier parte...

— ¡ Menos en un baile, Amelia, menos en un baile, por Dios! ¿No ves que eso es soberanamente ridículo? ¿ Qué dirán las de Gómez, y las de González, y las de Pérez, y todas, en fin, si llega á vernos alguna de ellas y por ésa se sabe que á los tres años de casados andamos arrullándonos por los rincones, como dos novios de medio pelo?

— Ridículo ó no, tengo que decirte algo... Ven, acércate.

— ¡ Vaya! ¡no hagamos tonterías, Amelia! Luego me dirás lo que tienes que decirme. Adiós.

— ¡¡ Pancho!!

— ¿ Qué?

— ¡ No te vayas así, oye, escucha!

Pancho, que ya estaba en la puerta, se detuvo, miró fijamente á su mujer, y luego se fué aproximando á ella con lentitud, sin dejar de mirarla. Apoyó el codo en un mueble, la mejilla en la mano y siguió mirándola. Amelia sonreía, y ambos callaban.



— ¡Ja, ja! ¡Qué tonto eres!

— Me va pareciendo que sí...

— ¡ Creías, con tu acostumbrada petulancia, que esta noche habías hecho una conquista, y que ésta era nada menos que tu mujer!... ¡Ja, ja!...

Él no sabía si reírse ó enfadarse, pues la conducta de Amelia le parecía incomprensible.

— ¿ Eso es todo lo que tenías que decirme? — preguntó.

— Espera un momento, no seas impaciente, y quédate así, como en tierno coloquio. No, no te muevas.

Pero un ruído que le pareció oir en la puerta le hizo volver la cabeza con curiosidad. No vió nada.

— ¿ Quién era?

— Nadie.

— Lo dices de un modo que estoy seguro de que había alguien.

— No, nadie. Ahora puedes irte.

— ¡ Pero, Amelia! ¿ Me explicarás qué juego es éste? ¿ Qué diablos significa tu conducta? ¡ Oh! Tienes que decírmelo, porque si bien no ha pasado *nada* que sea extraño, yo siento que hay *algo*, quizá *mucho*, bajo esa nada...

Ella, semi-sarcástica, semi-amorosa, inquirió:

— ¿ Tienes celos? Ya no se usan...

— No tengo celos.

— Lo parece por tu actitud trágica. Además, no tener celos de una mujer es injuriarla, ha dicho... no sé quien y lo digo yo. Pero... suponte, por un momento, que hubieras encontrado á la de Pérez con su marido, más ó menos en la posición en que estábamos cuando oiste algo en la puerta... ¿ hubieras tenido celos?

—¡Yo! ¿de quién?

—De la de Pérez.

—¡No digas tonterías! Yo, tener celos de la de Pérez... ¿ por qué? ¿ Quién te ha dicho que yo..?

—¡ Uf! Esas cosas se saben antes de que uno quiera... ¡ Bien! Aunque lo niegues, te hubieras puesto celoso... como yo la he puesto celosa á ella...

Pancho, sin poder contenerse:

— ¡ Ah!... ¡era ella!—exclamó.

— Sí; pero no venía sola, sino con el marido, y ambos se retiraron al vernos. Yo lo había citado á él, como tú á ella, para este *boudoir*. Ahora tenemos dos celosos.

— ¡¡ Amelia!!

— ¡ Quiero decir tres!... ¡quizá cuatro!... ¡ Ah! y te advierto que si le quitas á él la mujer, yo... le quito á ella el marido. ¿ Tú das jaque á la reina? Pues yo doy jaque al rey, y jaquemate si tocas esa pieza, esa... buena pieza: la reina contraria... ¿ oyes?

La partida es tablas hasta ahora. ¡ Quién sabe si con el andar del tiempo un descuido posible hace que alguno la pierda!

Benito Brace

Buenos Aires, 1899.

En el Retiro



— Si creerán éstos que estoy esperando el tren?... Ya van dos horas de plantón y no veo una cara conocida... ¡Con razón protesta el comercio y hace manifestaciones!...

NOTA. — Mañana domingo tendrá lugar en el Prince George's Hall, ó sea salón del príncipe Jorge, acaudalado propietario que todavía no tengo el honor de conocer, lo que me extraña á causa de su principado, — una fiesta para mí tan interesante como simpática. — Se trata de hacer una manifestación de aprecio al distinguido educacionista señor Andrés Ferreira, confirmando así los triunfos que ha tenido y los esfuerzos que ha hecho en su carrera "de maestro, de profesor, de autor didáctico y de propagandista de las ideas pedagógicas más adelantadas" como dice con justicia la dedicatoria del Album que se le ofrecerá en esa fiesta, y que firman educacionistas, escritores, todos lo que — en general — se dedican á tareas intelectuales. Mi adhesión á ese acto no puede ser ni más espontánea ni más sincera... — A.

NOTA. — Ya está suspendido por el Senado y emplazado por él para el juicio político, el juez federal de La Plata, doctor Aurrecoechea. Aplausos en la barra. — Me consuela hasta cierto punto este hecho moralizador, aunque otros sucesos me traen la convicción de que en Aurrecoechea acabará este buen esfuerzo de evolución hacia la verdad y la justicia. Sobre todo lo demás va á caer el negro y pesado manto del olvido, que como la capa del mendigo español cubre más harapos, máculas y parásitos, que la bóveda celeste hombres sobre la tierra!... (Digan ustedes después que no soy elocuente). Desde luego no hay duda de que el doctor Aurrecoechea va á ser despojado de su magistratura; quizá se llegue hasta inhabilitarlo para desempeñar cargos públicos... Pero pare usted de contar. Los fondos de la lotería no llegarán jamás á su destino, y probablemente la justicia ordinaria se contentará con el castigo moral que impondrá el Senado. Y así no se hace patria. A los que piensen que prejuzgo les diré que la experiencia así lo enseña. — A.

En el minist° de la guerra

Aprovecharé la oportunidad para ascenderme, porque si tardo me quedo en simple general.

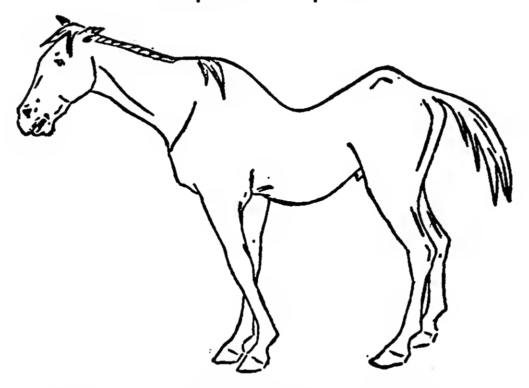
NOTA. — Toda esta semana se ha traído y llevado un par de noticias sensacionales: la renuncia del ministro de hacienda y la renuncia del gobernador de Buenos Aires. Preguntado el doctor Irigoyen, dijo: — ¡No! — Preguntado el doctor Rosa, dijo: — ¡No! — A mí no me extraña que hayan respondido negativamente, porque lo lógico hubiera sido la afirmativa. Y en nuestra tierra lo ilógico ha de predominar siempre. — Sobre todo es de admirar que el ministro de hacienda se sienta con valor suficiente para continuar la serie de sus fracasos, que el papelón del otro día en la Cámara de Diputados no lo inmute, y que, tan campante, espere (eso creo) la oportunidad de hacer una que sea sonada. — Buen ministro contemporizador, cuya acción se limita á hacer que vayan apagándose los ecos del meeting, sin mover pies y manos, ni remediar nada que sea remediable... Claro, puesto que para acceder al pedido de los comerciantes habría que rebajar los impuestos, es decir, que hacer economías. Y hacer economías significa, para gobiernos como el nuestro, enajenarse una cantidad de partidarios proporcional á la suma ahorrada. — En cuanto al doctor Irigoyen, mejor para él sería retirarse á cuarteles de invierno, que falta le hace, y con lo que poco perdería la provincia, porque para embarullada ya lo está á no poder más. — A.



— ¿En qué piensa tu mama que no te hace lavar la cara?

NOTA. — Esta, si mis notas llevaran título, debería llamarse *Ravvedimento e perdono*. El papa nombra nuncio bajo Roca, que despachó al otro nuncio en horas más liberales. Con el nuncio llegará sin duda á Buenos Aires la bendición pontificia para el hijo pródigo que, inspirado por la misma Virgen cuando su peregrinación á Luján, vuelve arrepentido al seno de la Santa Madre Iglesia. De los arrepentidos se sirve Dios... y el papa, su representante visible en la tierra — A.

Después de la parada



El caballo que montaba el general Campos el dia de la parada, abrumado bajo el peso de S. E.



Srtas. Cecilia Roger Brieba
Lucrecia Morandé Calvo
Blanca Antúnez Cassot
Isabel Aristia Lyon

El presidente y su séquito al entrar en la Casa de Gobierno

Entre ingleses

— No, señores, — decía Robustiano empinando su pequeña y flaca persona, en medio del grupo que lo rodeaba; — no estoy de acuerdo con ustedes. Esos individuos largos, rubios, colorados, siempre serios y apurados, en cuyo cerebro ustedes sostienen que sólo caben números y cuentas, son gente sumamente espiritual, de agudo ingenio y capaces de encontrar salida airosa en la situación más difícil. Conozco un caso, que les voy á relatar, y después me dirán si á alguno de ustedes se le hubiera ocurrido un final tan correcto y tan ingenioso como al personaje de mi historia.



Hamilton W. Ligtheart, asociado á la casa Rátering & Co. es un inglés joven, á quien acompañan muchas cualidades de las que distinguen su raza, tan maravillosamente organizada por la naturaleza y perfeccionada por la educación, para triunfar en la lucha por la vida. Aficionado á toda clase de *sports*, les concede, sin embargo, el segundo lugar, estando el primero dedicado á ganar dinero, que sólo para eso abandonó su patria. *Gentleman* correcto, fuma apestante tabaco americano, en pito, le gusta el *wiskey* y la ensalada de nabos cocidos. Es casado con una bella joven; más que bella, bellísima; inglesa, residente en el país desde niña, que, sin duda por caprichos de alguna buena hada, ha sido agraciada con atractivos que no abundan entre los súbditos de su graciosa majestad Victoria. Simpática en extremo, de modos afables, risueña, es un hermoso chiche rubio, de preciosos ojos azules, elegante porte y facciones delicadas.

En un viaje que Mr. Ligtheart hizo al Rosario, tratando de salvar intereses valiosos que tenían

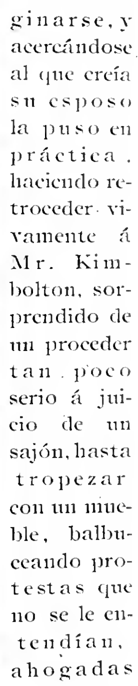
en peligro manejos turbios de la casa Borsaiuoli & Cía., tuvo ocasión de tratar á un connacional suyo, que se le parecía en muchos detalles, hasta en lo físico: Mr. William H. Kimbolton, *comptable* y socio de la firma comercial Pickpocket & Cía. quien le fué tan útil y lo colmó de tantas atenciones, — cosa natural entre ingleses, — que Mr. Ligtheart dejó, no sin pesar, á su nuevo amigo, llevándose la promesa de que en la primera ocasión oportuna Mr. Kimbolton le proporcionaría el placer de tenerlo por su casa de Buenos Aires, donde se proponía pagarle su deuda dedicándole mayor número de agasajos, si fuera posible.

Muy poco después Mr. Kimbolton necesitó trasladarse á Buenos Aires por un asunto del mismo género que el que llevó á Mr. Ligtheart al Rosario. Aunque Mr. Kimbolton no olvidaba á Ligtheart, primero estaban sus intereses, y el tiempo no le sobraba para visitar á su amigo. Una noche que se preparaba en un *Bar-Room* de moda á saborear algunos delicados manjares, salados y empapados de salsas y mostaza, únicos que admiten sus débiles estómagos, apareció Mr. Ligtheart, con grave confusión de Mr. Kimbolton pillado en flagrante delito contra la amistad ofrecida. Se excusó como pudo, defendiéndose sobre todo con su *time is money*, sin poder evitar que Mr. Ligtheart se apoderara de él por esa noche. Cenarían juntos, lo presentaría á su señora, y después asistirían los tres al gran festival que se daba en honor del cumpleaños de su Graciosa Majestad en el Prince George's, á cuya reunión no podía faltar ningún buen súbdito inglés. No le valió ni la objeción de su falta de ropa de etiqueta: su amigo tenía el guardarropa bien provisto, y la estatura y cuerpo de los dos eran casi iguales. Se mandó aviso á la señora Ligtheart, cenaron bien, bebieron mejor, y salieron, rosaditos, en dirección á la confortable casa de Mr. Ligtheart, producía en el cuarto de vestir de su marido, montada con toda clase de comodidades prácticas. Preguntó éste por la señora, que estaba ocupada con la peinadora; llevó á su amigo á la habitación que á él le servía de *toilette*, y después de sacar y elegir toda la ropa que le era necesaria para el caso, lo dejó en posesión del cuarto y se fué á fumar su pipa de aromático tabaco americano.



Inmediatamente después de quedar solo, Mr. Kimbolton procedió á su arreglo personal: una abundante ablución, y despojado de su ropa de diario, en paños menores, tomó la camisa de frac que se le destinaba y metió en ella la cabeza y los brazos, sin notar que tanto los puños como el cuello estaban fuertemente cerrados. Quiso la casualidad que en ese mismo momento la simpática señora Ligtheart, terminada ya de peinarse y habiendo sentido el movimiento que se entrara á hablarlo, encontrando en trance tan original á quien fácilmente confundió con el que buscaba.

Su espíritu juguetón le sugirió una broma, cualquiera, la que á ustedes se les ocurra ima-



ginarse, y acercándose al que creía su esposo la puso en práctica, haciendo retroceder vivamente á Mr. Kimbolton, sorprendido de un proceder tan poco serio á juicio de un sajón, hasta tropezar con un mueble, balbuceando protestas que no se le entendían, ahogadas por la camisa que le tapaba la cabeza.

La simpática señora Ligtheart, sin darse cuenta de la equivocación, continuaba su travesura, riéndose á carcajadas de la situación apurada en que lo tenía al *mister* enfundado.

— Calavera, — le decía; — ¿con que te vas á cenar con tus amigos, dejando sola á tu mujercita? Yo te voy á enseñar, pillín, á ...

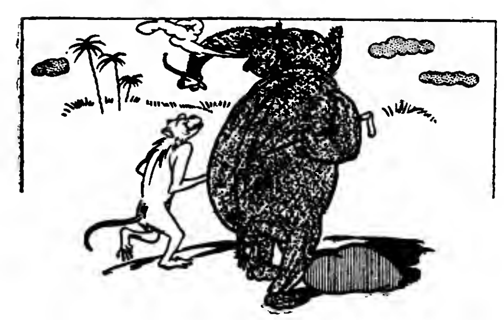
La cabeza de Mr. Kimbolton, apareciendo después de un último esfuerzo por el cuello de la camisa, cortó la frase de la señora Ligtheart, casi desmayada de susto, mientras Mr. Kimbolton, estirando la falda de la camisa, con toda la gravedad y la corrección de un *gentleman* británico, exclamaba:

— Siñoora, mocho gosto mi conócer úste.

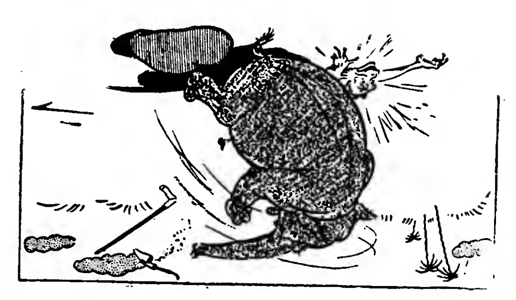
Atanasio Tripailao

Trop de zèle
ó EL ELEFANTE Y EL MONO

FÁBULA ANIMADA



I Alegres se van los dos
por esos mundos de Dios,
el mono y el elefante
á cual más vivo y campante.



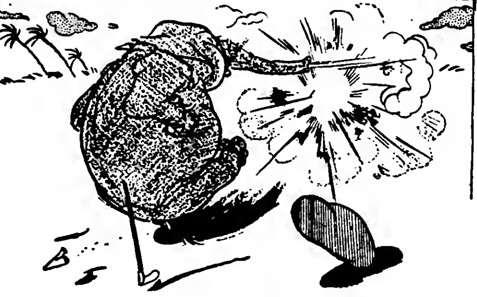
II Se levanta con trabajo
y viendo al mono debajo
exclama con voz absorta:
— «¡Santo cielo! ¡Lo hice torta!»



III El elefante tropieza
y se cae... de cabeza,
con tan malísima suerte
que al mono en torta convierte.



IV «Pues lo soplaré, — prosigue, —
» y si el aspecto consigue
» otra vez de una persona...
» ¡de gozo pesco... una mona!



V » Ya va bien... ¡un poco más..!
» ¡magnífico!»—¡Puf! ¡¡paff!! ¡¡¡tras!!!...
¡El mono ha subido al cielo!

MORALEJA
¡Señores!... ¡No mucho celo!

NOTA. — *Gran parada y gran iluminación el 9 de Julio, de cuyas fiestas publico una excelente nota gráfica, tomada por mi colaborador fotográfico, señor Ayerve. La conmemoración de la fecha gloriosa fué este año más calurosa que otras veces, porque los argentinos somos muy patriotas... así, en las festividades y para conservar mamarrachos como la pirámide, que en la iluminación nocturna — sea dicho de paso — parecía una pagoda chinesca. En cuanto á trabajar por el engrandecimiento del país y por la práctica de sus instituciones escritas... es otra canción que no entonamos aún, pero que entonaremos quizá dentro de un par de siglos.*

NOTA. — *El doctor Pedro Delheye, distinguido profesor del Colegio Nacional de Buenos Aires, acaba de publicar, y ha tenido la gentileza de enviarme, tres de sus conferencias de historia argentina, bajo el título de "Los grandes días": 25 de Mayo 1810-1899; 9 de Julio 1816-1898 y Lavalle, 16 de Octubre 1797-1897. Claras, sintéticas, animadas de un espíritu generoso y presentadas en un estilo elegante, son dignas del escritor que, ya á sus dieciséis años, calafateaba buenos versos latinos, crimen perdonable y aun plausible en aquella edad, pero de que, á Dios gracias, estoy inocente todavía.*

— Del doctor Enrico Piccione he recibido "San Martín y Garibaldi", conferencia dada con mucho aplauso en el Ateneo. — A.

NOTA. — *La caricatura se abre cada vez más camino. Esta semana la hemos visto aparecer en la Cámara de Diputados, manejada con habilidad por Varela Ortiz, que hizo dos cargas al ministro Rosa que, afortunadamente, se había ausentado ya. No resisto á la tentación de copiar un parrafito, con más mala intención que un garrotazo. Dice Varela :* "Decía el ministro que, después del impuesto de $ 1, se habían conocido las fábricas clandestinas, las cuales se denunciaban por su olor... exactamente como los melones, que no se pueden esconder porque su olor los denuncia." *No creo que el diputado Varela Ortiz haya querido tratar de melón al ministro de hacienda. Pero, si no es así, á la verdad que lo parece y que me ha hecho mucha, pero muchísima gracia.— A.*



— Con placer veo que aumenta y mejora al mismo tiempo la colaboración popular en lo que respecta á caricaturas. Esta semana he recibido por lo menos media docena, de las que elijo las dos que me parecen más acertadas. La

Colaboración popular



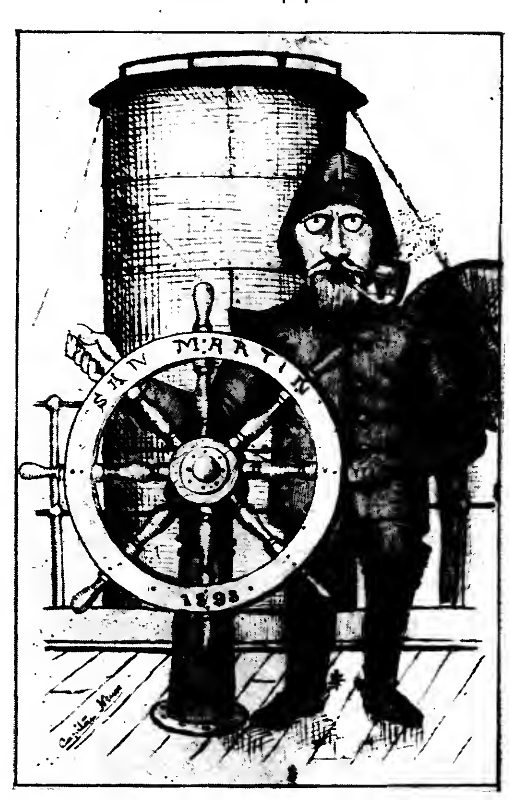
— ¿Ves á ése?
— Sí; ¿qué tiene?
— Tiene una historia muy negra...
— ¡Ah, ya sé!... habrá sido juez.
— ¡No tanto, hombre!... es quebrado fraudulento.

primera es del señor J. B., que la firma con el pseudónimo de *Criollo*, y que hace sátira social, y la otra del *Capitán Nemo*, supongo que el autor de "Mis viajes por mar", libro de que me ocupo en otro sitio. Esta última es de carácter político, y sería una suerte para el país que la respuesta á la pregunta que formula pudiera ser afirmativa. Pero... más fácil es aprender á gobernar en el archipiélago austral que en la Casa Rosada. En la carta con que *Criollo* acompaña su artículo me dice: "Muy justa encuentro la crítica respecto de mi mamarracho, pero aunque sólo dibujo de imaginación sucede con frecuencia que, cuando se cree tener una inspiración feliz, resulta una reminiscencia de las más fiambres. Por la ejecución no trataré de disculparme, comprendiendo que ya te habrás dado cuenta de que soy un aficionado; pero agregaré que lo soy honradamente y no de los que dan gato por liebre, esto es, copias por originales. Ahí va otra *caricatura*, buscando mejor suerte que la anterior.

— Para dar cabida á la colaboración gráfica, parte importante de mi Correspondencia, dejo para el número próximo la contestación á las numerosas cartas recibidas.

—¡Señor X! ¡señor X! Ya debería usted haber comprendido que no quiero ocuparme de esos asuntos. Si quiere usted ser humorista, y de buena ley, lea por ejemplo á Mark Twain, cuyas obras hacen desternillar de risa á cualquiera y pueden andar en manos de todo el mundo. Rabelais fué de su época. La nuestra se distingue por el lema bastante hipócrita de "esas cosas se hacen pero no se dicen" lema que se ha puesto en práctica en Francia con *l'affaire*, y que aquí se trata de adoptar en la cuestión judicial. En fin, si

Colaboración popular



Con tanto viaje por mar
¿aprenderá á gobernar?...

el señor X persiste en producir esas cosas, yo podré indicarle el sitio adecuado para ellas. Quedamos notificados ¿no es así?



El Concurso núm. 6

Á pedido de numerosas personas que quieren tomar parte en esta justa literaria, he resuelto prorrogar el plazo para el envío de materiales, hasta el próximo 1.° de agosto; de modo que cuentan con una docena más de días para su parto intelectual los escritores y aficionados que, además del honor de la victoria, quieran recibir.

CINCUENTA PESOS POR UN CUENTO

Escribir un cuento humorístico que se desarrolle sobre un tema de crítica social y cuya acción pase en este país, con tipos y costumbres genuinamente nuestros, no es cosa fácil; y tampoco es fácil, en estos tiempos... difíciles, ganar *cincuenta pesos* en un par de horas.

Esa suma ofrece, sin embargo, Arlequín al mejor cuento que se le presente antes del 1.° de agosto (nuevo plazo) á las cinco de la tarde. La composición debe reunir las siguientes condiciones:

1ª Ser humorística y original. 2ª Tratar asunto de interés, poniendo de relieve algún defecto general. 3ª Ser genuinamente argentina. 4ª No traspasar los límites de la corrección. 5ª Estar escrita en castellano... aproximado. 6ª No ser más extensa que una página de Arlequín.

ADEMÁS

Un segundo premio de *veinte pesos*, para el cuento que siga en mérito al premiado.

Los trabajos que se envíen serán juzgados por una comisión compuesta por el director de Arlequín (*pro domo*) y los señores Bartolomé Mitre y Vedia, Julio Piquet y Leopoldo Lugones. Esta comisión podrá declarar desierto uno ú otro premio, ó los dos juntos, si á su juicio los trabajos concurrentes no fueran acreedores á ellos.

Las composiciones deben enviarse firmadas con un pseudónimo, y este pseudónimo debe escribirse en un sobre cerrado que contenga el nombre del competidor.

Concurso núm. 8

El martes á las 12 de la noche expira el plazo para que mis amables y lindas lectoras me envíen la solución del jeroglífico que publiqué en mi número anterior. Muchas serán sin duda las que acierten, porque muchas han sido las que en los concursos anteriores han hecho gala de finísimo ingenio.

Entre ellas una, la que designe la suerte veleidosa, que también es mujer para con las mujeres, será obsequiada con una docena de retratos Boudoir, que irá á hacer expresamente en su casa el artista fotógrafo que me ayuda — y que no ayuda á nadie más — quien es hombre muy hombre de hacer maravillas con su máquina, perfeccionada, y de una galantería tal que no dice nunca fea á una señora, ni aunque se lo imponga el objetivo y la placa sensible.

Concurso núm. 9

Exclusivo para el sexo fuerte y talentudo

Ofrezco un hermoso ejemplar de la notable obra «Bertoldo, Bertoldino y Cacaseno» á aquél de mis inteligentes é ingeniosos lectores que descifre el siguiente curiosísimo rompecabezas:

CARO

Formar con las cuatro letras anteriores, sin añadirles ni quitarles nada, el nombre de un conocido general, presidente de una república, conquistador de un desierto, jefe de un partido, y que dentro de poco saldrá por el Brasil.

La dificultad de este problema no obstará para que alguno de mis lectores lo resuelva exactamente, llevándose el lindo y merecido premio.

REGLAS PARA LOS COMPETIDORES

Las cartas que se envíen á Arlequín conteniendo soluciones, deberán llevar siempre en el sobre, para poder ser distinguidas, la indicación del número del concurso á que se refieran. Para esto habrá que recortar y pegar, en la parte externa del sobre, la viñeta que presentamos al pie de esta página. Las cartas deben estar autorizadas con el nombre y el domicilio del competidor.

No serán tenidas en cuenta las cartas que no llenen TODOS estos requisitos indispensables.

Todas las comunicaciones deben ser entregadas antes de las 12 de la noche del martes de cada semana, día y hora en que tendrá lugar la adjudicación del premio. La adjudicación se hará mezclando las cartas, á fin de que desaparezca el orden en que han sido recibidas, y la primera carta que se abra y que contenga la solución exacta, será la premiada. El resultado de cada concurso se publicará en el número subsiguiente, y los favorecidos deberán ocurrir *personalmente* á la Administración, donde les serán entregados sus respectivos premios.



ARLEQUIN

Aparece los Sábados — PERIÓDICO HUMORÍSTICO ILUSTRADO — Unión Telefón. 1955

Precios de subscripción (Pago Adelantado)

	CIUDAD	INTERIOR	EXTERIOR
Por 3 meses	$ 1.50	$ 2.00	$ 3.00
,, 6 ,,	,, 3.00	,, 4.00	,, 6.00
,, un año	,, 6.00	,, 8.00	,, 12.00

Número suelto: En la Capital, 10 centavos — En el Interior, 15 centavos.

Redacción y Administración: Calle FLORIDA 67 — Buenos Aires

Á los subscriptores que hayan pagado adelantado según la anterior tarifa, se les tendrá en cuenta la diferencia, prolongando proporcionalmente el plazo de su subscripción.

BIER CONVENT

LUZIO Hnos.

Maipú esq. Cuyo



Bien se ve
que éste es uno
que ni come
ni bebe
en lo de Luzio.

Cerveza negra STOUT ARGENTINA

DE LA FÁBRICA NACIONAL



Esta robustez divina
se la debo á mi mujer...
sí, señores... á Joaquina,
que me ha obligado á beber
Cerveza Stout Argentina.

SE VENDE EN TODOS LOS ESTABLECIMIENTOS DE LA REPÚBLICA

Sociedad Anónima Fábrica Nacional de Cerveza

CARIDAD 350

ESTABLECIMIENTO GRAFICO

DE

Gunche, Wiebeck y Turtl

Litografía, Tipografía

Fototipia, Autotipías, Clisés, Estereotipia

Y

FÁBRICA DE LIBROS EN BLANCO

Talleres: **O'BRIEN 121**

Escritorio: **PIEDAD 576**

DROGUERIA ALEMANA

BERETERVIDE & Cía.

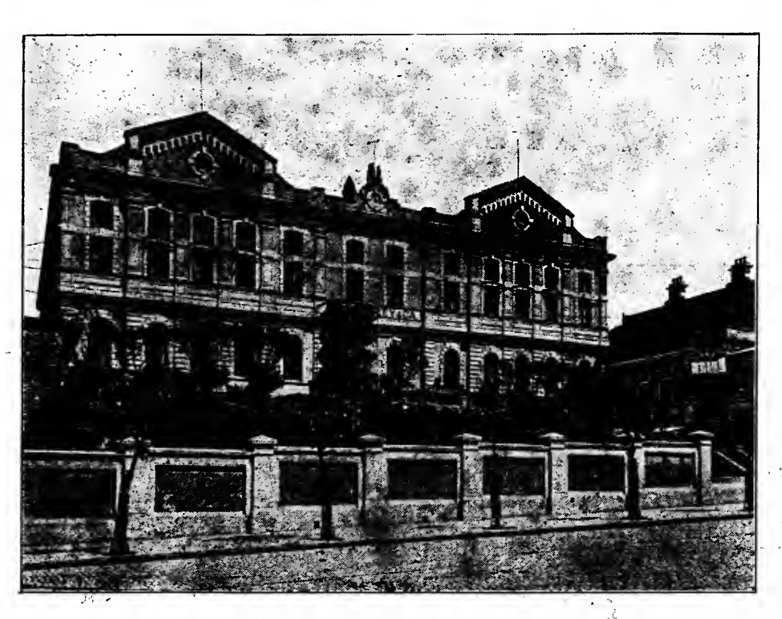
Sucesores de A. MÜLLER y ALIVERTI

PIEDRAS 156 á 170

Actualmente ensanche

SURTIDO COMPLETO DE DROGAS

y especialidades medicinales



M. S. BAGLEY

& Cía. Lda.

Unicos Fabricantes de las



LOLA LA REINA DE LAS GALLETITAS

HESPERIDINA

Es el licor más favorito del público.

DULCE DE NARANJA

Delicado y saludable manjar.

205 Avenida Montes de Oca

Buenos Aires

Imprenta y Encuadernación Elzeviriana, *Florida 701*